



TU + YO =

EXTREMUM

PHAVY PRIETO

+18

EC
Romantica

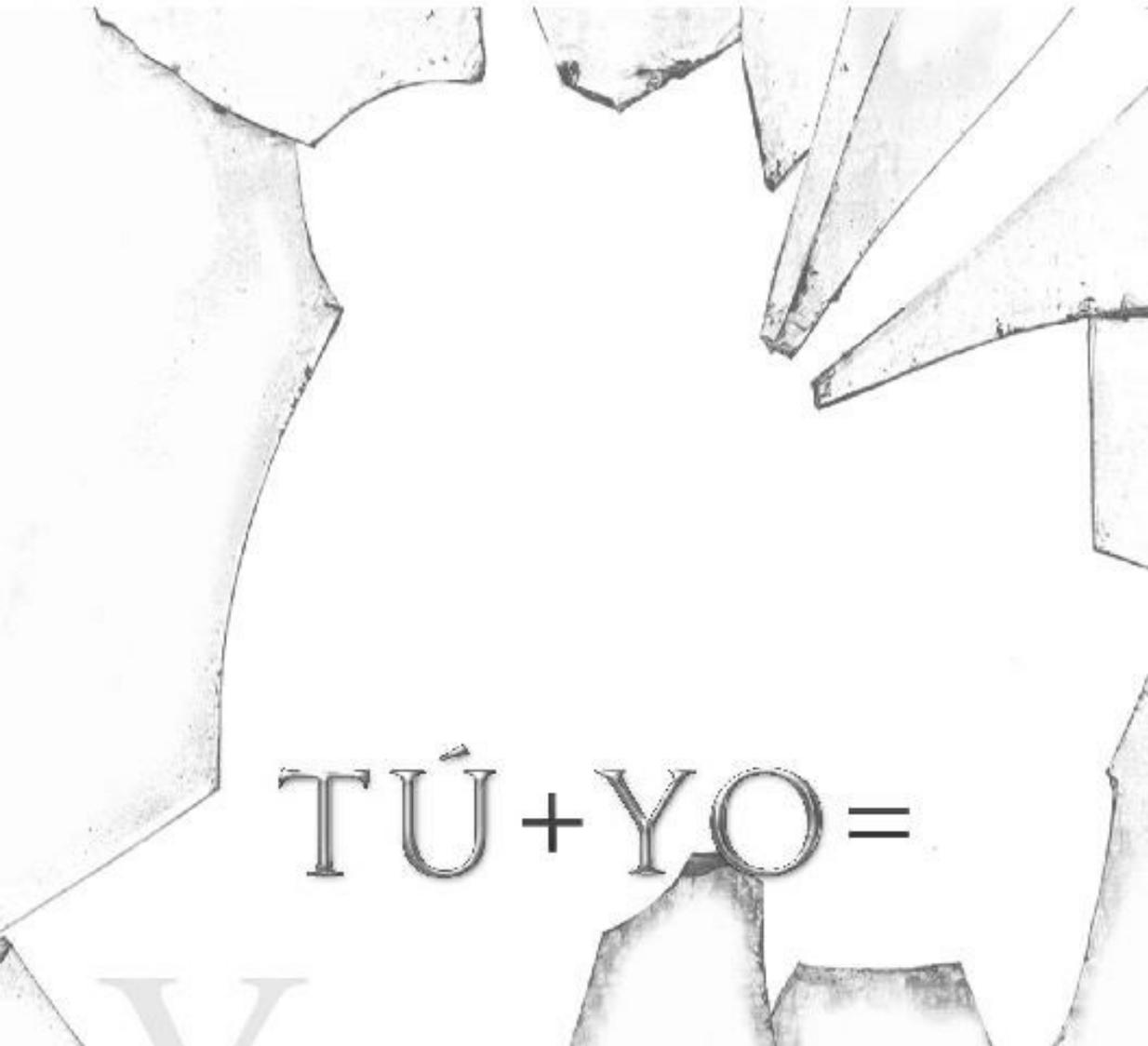
2018PHAVYPRIETO

2018©de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Erótica
Dirección:www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Octubre 2018

Diseño portada: Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



TÚ + YO =
EXTREMO

PHAVY PRIETO



+18

Sinopsis

Después de que Irina abandonara Madrid para estar cerca de su padre, tomará conciencia y asumirá su posición en la Presidencia de empresas Komarov. Sabe que no se lo pondrán fácil, ella es mujer, aún es demasiado joven e indiscutiblemente no posee experiencia, pero cuenta con su inteligencia, tesón y audacia que la harán demostrar de lo que es capaz cuando asuma su cargo.

Alejandro debe viajar a Rusia con motivo de la sucesión de la presidencia de empresas Komarov. Tenía claro que buscaría a Irina así tuviera que amenazar a Andrei para conseguirlo, era consciente del enorme vacío que ella había dejado en su corazón y había asumido a su pesar que la necesitaba en su vida.

Lo que jamás pensó Alejandro era que no solo la encontraría más hermosa que nunca, sino que ella sería la nueva presidenta del consorcio Komarov. Ser consciente de que en realidad Irina no había sido una simple becaria, que en realidad era la mismísima hija de Luciano Komarov fue el principio de su redención si de verdad quería recuperarla.

A Simone.

*Gracias por querer pasar el resto de tu vida a mi lado y ser mi dios griego
de ojos azules.*

Te quiero, amor..

1.

El regreso a Rusia

El avión aterrizó en el aeropuerto privado de Moscú y aún no podía creerme que no fuese a volver, que de verdad todo hubiera terminado. Ahora mi prioridad era ver a mi padre y calmar la ansiedad que mantenía desde que supe que había sufrido un amago de infarto. Un coche de la empresa nos esperaba en la pista de aterrizaje para llevarnos directamente al hospital, pese a que mi primo tenía demasiados asuntos que atender, no quería pasar la oportunidad de visitar también a su tío.

La impresión al ver a papá postrado en aquella cama, tan fuerte, decidido y capaz como siempre me había mostrado ser, fue lo que me hizo asegurarme aún más de que no regresaría a España de nuevo, me quedaría allí en Moscú junto a lo que verdaderamente era importante en mi vida, quienes verdaderamente me querían; mi familia.

Me abalancé sobre el cuerpo de mi padre no pudiendo evitar derramar algunas lágrimas ante lo sucedido; yo tenía que haber estado allí, tal vez si hubiera estado nada de aquello habría ocurrido.

—Estoy bien Luciana. —La voz de papá sonaba demasiado baja, como si apenas pudiera hablar o le costara demasiado trabajo, pero noté sus dedos acariciando mi mejilla.

—Pasé tanto miedo... —susurré con la cara hundida en su pecho mientras notaba como me acariciaba la cabeza con cuidado puesto que tenía colocadas vías en ambos brazos.

—Salgan todos por favor —exclamó la voz de una enfermera que acababa de entrar de entrar con un carrito lleno de medicamentos, agujas y material

médico que no entendía, pero que evidentemente era para tratar a papá.

—Si por supuesto —intervino mamá—. Vamos Irina. Salgamos un momento.

Apreté los dedos de la mano de mi padre e intenté sonreír vagamente mientras con la otra mano me secaba las lágrimas.

—Vuelvo enseguida —susurré a mi padre que me sonrió de tal forma haciéndome sentir mucho más tranquila.

—No te preocupes hija, no creo que me dejen irme de aquí pronto —contestó amargamente y me reí ante su respuesta.

Sabía de sobra que detestaba los hospitales, pero no tendría más remedio que quedarse allí hasta que no corriera peligro le gustara o no.

Tanto Andrei, como mi madre y yo salimos a la sala de espera contigua a la habitación del hospital privado mientras la enfermera atendía a mi padre.

—Tengo que hacer un par de llamadas para comprobar que todo está en orden, vuelvo enseguida —dijo Andrei mientras se alejaba de nosotras y salía de la habitación hacia el pasillo, probablemente buscara algún sitio en el exterior ya que estaba prohibido alzar la voz dentro del hospital.

—¿De verdad está bien? —exclamé observando a mi madre mientras le hacía la pregunta.

Tenía ojeras, estaba bastante demacrada para lo sumamente cuidadosa que era en ese aspecto y además llevaba el cabello recogido, algo casi insólito en ella.

—Ha sido muy duro Irina —susurró mientras soltaba el aire—. Pensé que se iba, que lo perdía... cuando lo encontré tirado en el despacho de casa y no me respondía, yo me imaginé lo peor.

—Lo siento mamá —dije mientras me abrazaba a ella y comenzaba a llorar

porque volvía a sentir esa culpa de no haber estado ahí de nuevo.

—No es tu culpa Irina, es ese maldito trabajo que lo absorbe, siempre ha sido así, pero él ya no es joven como tú, no tiene la misma fuerza, ni el mismo aguante que hace veinte años, ya no puede exigirse tanto a sí mismo y tiene que empezar a delegar en Andrei.

—No mamá. —Intervine mientras me separaba lentamente de ella—. Debí haberle hecho caso, haberme quedado en la sede de Moscú junto a él para trabajar y aprender a su lado, pero mi cabezonería me hizo irme y si me hubiera quedado esto no habría pasado, yo le habría restado bastante carga de trabajo...

—Eso no lo sabes Irina, pero ahora que estás aquí quizá puedas ayudarme a convencerlo de que ceda...

—Yo me haré cargo de la empresa —respondí tajantemente.

—¿Cómo? —exclamó mi madre sorprendida.

—Sé que soy capaz de hacerlo —aseguré—. Tal vez me falte experiencia, pero él me supervisará, aunque yo haga todo el arduo trabajo. Seré yo quien viaje, quien se desplace, quien acude a las reuniones, quien trate con los inversores y pacte los acuerdos. Me encargaré de supervisarlo todo.

—Dudo mucho que tu padre acepte —dijo mi madre no muy convencida.

—Lo hará y nos encargaremos de que acepte porque es por su bien. Se trata de su salud y su bienestar —afirmé.

En solo unos días papá ya comenzaba a reponerse volviendo a ser el mismo de siempre, aunque estaba desesperado por salir de aquella habitación de hospital para volver al trabajo y el hecho de no tener acceso a un ordenador o ni tan siquiera un teléfono a mano, hacía que tanto mi madre como yo,

tuviéramos que dar excusas todo el tiempo que al final terminaba aceptando. Mientras tanto había tenido la oportunidad de ir a la empresa para evaluar que todo procedía correctamente, su secretaria me había facilitado su agenda y había cancelado todas las citas durante los próximos quince días que no fueran absolutamente imprescindibles. Andrei me estaba ayudando a gestionar todos los asuntos fuera de la ciudad y lo cierto es que agradecía enormemente su ayuda.

«Puedo gestionar esto. Sé que pudo hacerlo» me decía una y otra vez a mi misma. Sabía que podía dirigir la empresa.

Decir que no extrañaba a Alejandro era mentir como un bellaco, por supuesto que le extrañaba... de hecho, mi cuerpo se resentía por la falta de su tacto cada vez con mayor exigencia, pero al menos estaba lo suficientemente ocupada para prestar atención.

No había vuelto a encender el teléfono con número español desde que me fui hacía ahora una semana, es más, valoraba la posibilidad de tirarlo a la basura o más bien a una papelera de alguna calle poco transitada para no tener la más mínima tentación de hacerlo, porque me moría por saber si había intentado contactarme.

¿Me habría buscado Alejandro?, ¿Habría ido hasta el apartamento a comprobar si estaba? Por supuesto que no lo habría hecho, es más, dudaba que hasta me echase de menos, llamara o simplemente intentara verme tras la carta de renuncia que debía haber recibido en la empresa con el nombre de Irina Suárez y que pedí a Andrei expresamente que enviara la misma noche que llegamos

—¡Tengo que olvidarme de una maldita vez de él! —exclamé en voz alta.

—¿Hablando sola? —preguntó la voz que acababa de entrar en mi habitación

y que reconocía perfectamente.

—¡Nadia! —grité mientras me abalanzaba sobre ella y ambas acabamos en el suelo del impulso con el que la abracé, menos mal que la moqueta de mi habitación amortiguó la caída.

—Fractura en la pelvis izquierda con traumatismo de hombro izquierdo y muñeca —comenzó a recitar.

—¡Anda y calla exagerada! —grité ante el parte clínico que Nadia relataba y comenzó a reír al igual que yo lo hice.

La ayudé a levantarse y la observé detenidamente, lo cierto es que Nadia y yo nos parecíamos bastante solo que ella tenía el cabello más oscuro y los ojos grisáceos en lugar de azules, pero físicamente éramos bastante parecidas, de hecho, podríamos pasar como hermanas.

—¿Que tal está tu padre? —preguntó mientras me dirigía hacia la cama, la cual estaba llena de toda la ropa que me había traído de vuelta y aún no había colocado en los armarios, es más, estaba durmiendo en la habitación de invitados contigua a la mía precisamente por esa razón.

—Bastante mejor, de hecho, le darán el alta a finales de semana o al menos eso nos han comunicado —afirmé seria.

—Me alegro entonces de que todo vaya bien, ¿No tienes a nadie que coloque tu ropa? —preguntó extrañada señalando el montón de ropa sobre la cama.

—Sí, pero la verdad es que prefiero hacerlo yo, me distrae y así luego sabré donde coloqué cada prenda —contesté sin mencionar que quería tener la mente ocupada por no incluir que quería conservar algunas prendas que para mí tendrían un significado especial por los encuentros que había mantenido con Alejandro mientras las llevaba puestas... como aquel body que llevé la

primera vez tras el acuerdo regalo de mi madre o el que él me regalo justo antes de aquel fin de semana en Londres o sin lugar a duda, las prendas que me regalo cuando fuimos a navegar...

—Bueno, vine porque quería que fueras la primera en saberlo —dijo entonces Nadia y me volví hacia ella prestándole toda mi atención.

—¿Saber qué? —pregunté preocupada.

—¡Ya soy licenciada! —gritó en un chillido atroz que hizo que diera un salto de la emoción.

—¡Oh Dios mío! —exclamé—. ¿Y donde harás la especialidad? —Sabía que haría una residencia de dos años en algún hospital para hacer una especialidad en cirugía que era lo que ella deseaba desde que era pequeña, anhelaba ser cirujana.

—Aquí —sonrió—. En el clínico central —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero si era súper difícil entrar! —grité emocionada sabiendo que entrar ahí como médico residente solo se podía mediante buenas calificaciones y no con sobornos como ocurría en otros hospitales.

—Sí, pero debí seducirles con mi encanto durante la entrevista, porque de lo contrario, no me lo explico —contestó en un tono de lo más sensual y yo le tiré a la cara la prenda que llevaba en las manos que no era ni más ni menos que el vestido que me había puesto la noche en que acudí a la primera cita con Alejandro.

—Mentirosa, te has matado para ser una de las mejores de tu promoción —aseguré.

—¡Ey! —chilló mientras recogía el vestido del suelo—. Que, si no lo quieres

me lo quedo, ¡eh! —sugirió Nadia mientras parecía analizar la prenda meticulosamente estirándola para verla en todo su esplendor.

—Quédatelo, yo no lo quiero —contesté sin emoción.

—Vaya... pues sí que estás mal — contestó en un tono serio mientras se acercaba a mí—. ¿Has sabido algo de él?

—No, ni tampoco quiero —respondí como un autómatas mientras empezaba a separar prendas por colores.

—Tal vez sea mejor así Irina, los tipos como él no cambiarán nunca —afirmó pasándome un brazo por los hombros.

—Lo sé —aseguré—. Al igual que también sé que con el tiempo me acabaré olvidando y solo será un lejano recuerdo del que ni me dará nostalgia recordar, pero ahora solo deseo que llegue ese momento y que lo haga rápido.

No quería sentir ese dolor que estaba sintiendo, esa ansia viva por volver a verle, por desear demasiadas cosas que estaba segura no sucederían y sobre todo, por tener que aceptar que me había enamorado de un patán egoísta sin escrúpulos que durante todo el tiempo solo pensó lo peor de mí por más que intenté demostrarle lo contrario.

Alejandro no me convenía, por más que me lo decía una y otra vez sabía que no era el hombre que yo necesitaba en mi vida, pero eso no cambiaba lo que aún sentía y a pesar de saber que con el tiempo le olvidaría, algo dentro de mí me decía que no sería tan fácil hacerlo porque había sido el único hombre del que me había enamorado perdidamente.

Aquella tarde fui con mamá al hospital, necesitaba hablar con mi padre para plantearle la situación y en dos días le darían el alta para que volviera a casa. Los médicos habían sido muy estrictos advirtiéndome que necesitaba llevar una

vida tranquila sin altibajos, por lo que mi idea de tomar las riendas de la empresa como la presidenta del consorcio Komarov, cogían fuerza al tener el apoyo de mi madre y también el de Andrei que estaba de mi lado para ayudarme. Todos coincidíamos en que mi padre no podía volver a llevar el mismo ritmo de antes o su salud se agravaría.

—Papá tenemos que hablar —dije cuando llevábamos unos minutos en la habitación.

—Tengo la sensación de que las dos estáis tramando algo que no me va a gustar —contestó mi padre frunciendo el entrecejo y después sonrió—. ¿Que desean las dos mujeres de mi vida? —prosiguió mientras dejaba el periódico que era lo único que le permitíamos leer a un lado y nos observaba a mi madre y a mí a ver cuál de las dos se atrevía a hablar primero.

—No puedes volver a la empresa y llevar el ritmo de trabajo que tenías antes —dije sin rodeos.

—Sé que estáis preocupadas por mí, pero os prometo que no me esforzaré más de lo que mi corazón pueda soportar —aseguró con voz pausada.

—No Luciano —intervino mi madre—. No voy a permitir que me des otro susto como este, ¿Sabes lo mal que lo he pasado? Es hora de que delegues, te guste o no, la situación lo requiere y ya no estás para pasarte la vida montado en ese avión de reunión en reunión sin descanso.

—No creo que sea para tanto mujer —respondió tozudamente.

—¡Casi te mueres por dios! Si no llego a estar allí no se que habría podido pasar... —gimió con pesar.

—Vas a nombrarme tu sucesora papá —afirmé—. Vas a delegar en mí y seré la nueva presidenta de Komarov, aunque tu sigas estando al frente de la empresa

desde la sombra, pero seré yo quien haga la mayor parte del trabajo —añadí convencida.

—No estás preparada Irina, aún eres muy joven, tienes mucho que aprender todavía y...

—Lo estoy papá —contesté interrumpiendo su discurso—. Además, no te estoy diciendo que te apartes de la empresa, pero te quedarás en casa, llevarás una vida tranquila y yo te informaré de todo. Serás tu quien me diga qué decisiones debo tomar o no.

Observé a papá meditar la opción, era la primera vez que no rebatía o contestaba rápidamente como lo hacía siempre, sino que hasta incluso parecía estar valorando aquella opción, cosa que yo misma me había llegado a plantear que rechazaría obcecadamente sin siquiera escucharme, por eso estaba mi madre allí como apoyo moral y aún así pensé que tendríamos que obligarle a que aceptara.

—Hazlo por nosotras —intervino mamá—. Hazlo por mí tranquilidad Luciano y por la de tu hija —insistió.

—Está bien —contestó tras un largo silencio sorprendiéndonos a ambas.

—¿De verdad? —exclamé sorprendida.

En el fondo jamás creí que mi padre me dejase la presidencia, después de todo era casi recién licenciada y no tenía más de tres meses de prácticas, creí que diría que Andrei estaría al frente hasta que yo estuviera preparada o algo asimilar.

—Me demostraste que eres muy capaz con aquel proyecto y confío en ti Luciana, además ibas a heredar la empresa tarde o temprano, aunque vas a encontrarte con demasiados problemas que no vas a saber resolver, pero

reconozco el talento de mi propia hija y sé que no me vas a defraudar.

—No lo haré papá, te demostraré que has tomado la decisión correcta —aseguré con los ojos vidriosos por las lágrimas contenidas.

Saber que mi padre confiaba tanto en mí como para darme ese privilegio solo me hacía sentirme la hija más afortunada. Era consciente de que heredaría algún día su imperio, pero siempre habría creído que lo haría cuando estuviera lo suficientemente capacitada y con ciertos años de experiencia a mi espalda, sin embargo, había decidido apostar por mí, arriesgando su mayor logro y dejándolo en mis manos.

No podía defraudarle, así tuviera que enfrentarme al mismísimo diablo para sacar todo adelante, no iba a dejar que se arrepintiera de haber tomado aquella decisión.

—Estarán todos los miembros de las juntas directivas y directores de todas las sedes Komarov señorita Irina —citó la secretaria de mi padre y sus palabras retumbaban en mi cabeza una y otra vez.

Eso solo podía significar una cosa; Alejandro estaría en el acto conmemorativo en el que se anunciaría el traspaso de la presidencia, los rumores decían que sería Andrei quien estaría al frente puesto que nadie me había visto trabajar en la empresa y mi padre había tratado de mantener oculta salvo por un número selecto de amigos y clientes.

«Desde luego más de uno se va a llevar una sorpresa esa noche» pensé para mis adentros, aunque quien desde luego iba a sorprenderse y dudaba que reaccionara de buena manera sería Alejandro. Algo me decía que estaría allí, puesto que él jamás renunciaría asistir a un evento de tal relevancia.

—Calma Irina —me dije a mi misma—. Solo haz como si no existiera y todo irá bien. No se acercará a ti, estarás rodeada de numerosas personas y le

resultará imposible hacerlo, aunque quisiera —me apremié a mí misma.

En todo caso, probablemente ni le vea ya que al acto acudirán casi tres mil personas desde todas partes del mundo. Si, lo más probable es que ni tan siquiera le encontrara entre tanta multitud.

—¿Cómo lo llevas, prima? —exclamó la voz de Andrei haciendo que tomara una pausa en mis anotaciones para levantar la vista de la mesa y sonreír.

—Creo que estoy un poco asustada si te digo la verdad —dije en confianza—. Y también nerviosa —añadí.

Tenía que estar a la altura de las circunstancias y sobre todo, no defraudar a mi padre en el camino.

—Seguro que lo harás bien, de lo contrario el viejo no te habría puesto al mando de la presidencia —contestó divertido.

—¿No te hubiera gustado estar en mi lugar? —pregunté directa.

Andrei podía ser una cabra loca en muchos sentidos, sobre todo en cuanto a mujeres se tratara, pero se tomaba bastante en serio los negocios, poco a poco estaba demostrando ser muy capaz y adquiriendo actitud de líder.

—En absoluto querida prima —contestó rápidamente—. Una cosa es hacerme responsable de ciertos asuntos por tu padre y el apellido de la familia que lleva ésta empresa, pero otra bien distinta es que caiga toda la responsabilidad sobre mis hombros. Probablemente la carga me pesaría tanto que saldría huyendo sin mirar atrás —dijo entre risas—. Prefiero estar así, gozo de mucha más libertad de lo que haría estando en tu lugar.

—En cierto modo lo entiendo —confesé entendiendo a lo que se refería—. Ahora que he inspeccionado la agenda de mi padre me doy cuenta de la cantidad de reuniones, viajes y asuntos que debía tratar continuamente. No me

extraña que le haya dado ese amago de infarto, es más, lo que me extraña es que no le haya dado antes debido a su edad —añadí sincera.

—Porque en el fondo el viejo es un tipo duro, está hecho un toro —contestó riendo Andrei mientras se levantaba.

—¡Oye!, ¡Que tampoco es tan viejo! —le recriminé.

Se llevaba unos cuantos años con mamá, pero apenas pasaba de los sesenta.

—Sabes que no lo digo en serio, todo queda en familia primita —dijo con cierto humor en su voz.

—Si claro —contesté con cierta ironía entrecerrando los ojos como cuando hacíamos de pequeños.

—Anda, que te invito a comer —anunció como si tratara de comprar mi silencio.

—No puedo, he quedado para almorzar con Nadia —respondí inmediatamente y miré el reloj porque no podía llegar tarde—, está trabajando en el hospital y solo tiene una hora libre —añadí mientras metía todas las cosas en el bolso para salir corriendo.

—¿Aún sois amigas la endemoniada esa y tú? —exclamó con sorna.

—Que Nadia sea una de las pocas o probablemente la única mujer que te haya rechazado no significa que sea endemoniada —contesté de forma divertida.

Sabía que a mi primo Andrei le llevaba por el camino de la amargura que Nadia no le hubiera hecho ni caso cuando hace unos años intentó tener algo con ella y le mandó al diablo.

—A mi no me rechazó, fui yo el que descubrió que era una arpía envuelta en un bonito disfraz. —Se defendió.

—Si ya... di lo que quieras, pero solo te cae mal por eso —contesté rebatiendo su argumento.

—¿Para qué perder el tiempo con una mujer cuando hay tantas? —exclamó abriendo los brazos al mismo tiempo que lo decía.

—Por eso mismo te rechazó Nadia —suspiré—. Me voy o llegaré tarde —dije mientras cogía el ascensor para bajar al garaje donde debía esperarme el chofer que hasta hacía poco atendía personalmente a mi padre y que ahora me atendería a mí.

La comida con Nadia logró ayudarme a reflexionar, ella tenía toda la razón respecto a Alejandro. Era agua pasada, ya había pasado tiempo suficiente, aunque solo hubieran sido un par de semanas para que mi cuerpo se acostumbrara a su carencia y aunque reconocía que por las noches no podía evitar pensar en él y en su recuerdo, había comenzado a aceptar la idea de que no volveríamos a tener contacto, de que aquello había terminado formando parte de mi pasado.

Estaba nerviosa, aunque sabía que el momento iba a llegar inminentemente, no podía sino estar prácticamente histérica por lo que en unas horas iba a acontecer y que cambiaría mi vida drásticamente. El día había llegado y lo cierto era que lo único en lo que podía pensar es si lograría verle después de todo... ¿Estaría Alejandro entre la multitud? Ni tan siquiera me había atrevido a preguntar si había confirmado su asistencia porque eso me pondría aún más nerviosa de lo que de por sí ya estaba.

—¿Qué te pondrás para el evento? —preguntó mi madre en ese momento entrando en mi habitación sin llamar, de alguna forma aquello me desquiciaba.

Después de estar meses viviendo sola y teniendo cierta independencia sin tener que dar explicaciones, aunque la casa de mis padres era enorme, decreté

que tenía que buscar un lugar donde vivir sola, aunque viniera frecuentemente al que siempre había sido mi hogar, pero necesitaba esa sensación de libertad que allí no iba a encontrar.

—Algo formal —contesté mientras me secaba el cabello con la toalla y le quitaba la humedad.

—¿Necesitarás ayuda? —preguntó pacientemente.

Al ser una ex- modelo y amante de la moda, agradecía los consejos de mi madre, pero en aquella ocasión tenía muy claro que debía representar formalidad por lo que no llevaría ninguna extravagancia, ni presumiría de piernas largas o gran escote, solo el estrictamente apropiado.

—Creo que no, pero gracias por tu ayuda mamá —contesté dedicándole una sonrisa.

—Gracias a ti por hacer esto —suspiró—. Desde el momento en el que tu padre aceptó que te hicieras cargo, volví a respirar tranquila.

—Hasta a mi me extraña que no se haya arrepentido y cambié de opinión —dije dándole pie a conversar porque presumía que era lo que pretendía entrando allí.

—¡Para nada!, Hasta va presumiendo en su círculo de amistades más cercano que va a jubilarse y su hija se hará cargo de la empresa mientras él recorre el mundo.

—¿De verdad? —exclamé atónita—. Pues sí que se lo ha tomado bien —susurré.

—Dentro de dos semanas nos iremos por fin de crucero en el barco después de tantos años, ¿Recuerdas la última vez que hicimos eso? —gritó de la emoción.

—Creo que fue cuando tenía unos cinco años —mencioné riéndome mientras recordaba aquel verano—. Me alegro mucho mamá —dije sinceramente.

Tal vez era hora de que ellos al fin disfrutaran como el matrimonio que realmente se amaba. Pensé si yo encontraría ese amor que ellos se profesaban alguna vez, si sería capaz de encontrar a alguien que me amase tanto como mis padres se querían. Tal vez ya era demasiado afortunada teniéndolos a ellos como ejemplo, para que la flecha de Cupido me alcanzara también a mí y que en ese caso me correspondiera.

Saqué del armario el conjunto blanco de pantalón y chaqueta larga que había elegido para la ocasión. Lo combinaría con un corsé negro que pese a tener escote no era muy atrevido y al llevar abotonada la chaqueta del traje disimulaba bastante. Era elegante y seductor en la medida justa.

—Te sienta muy bien el blanco Irina —confirmó mi madre que se había quedado pese a decirle que no necesitaba su ayuda.

Me ondule el cabello dejándolo suelto, no quería nada de recogidos muy elaborados, así parecería más natural y me maquille sutilmente, pero marcando bastante los ojos con mucha máscara de pestañas y un labial en tono claro para que los labios no desentonaran demasiado. Debía dar un aspecto profesional, no de mujer de revista.

Iba a elegir las joyas que luciría esa noche cuando abrí el joyero para inspeccionar, pero mi madre colocó una mano sobre el dorso de la mía en el momento que había decidido coger unos pendientes de perlas.

—Te compré esto para la ocasión —dijo ofreciéndome una cajita de terciopelo azul que cogí entre mis manos.

Cuando la abrí contenía un par de pendientes brillantes bastante discretos con una fina gargantilla muy sencilla y un anillo del mismo estilo que los

pendientes.

—Es precioso mamá y muy sencillo —añadí sorprendida porque ella era de gustos mucho más extravagantes y recargados.

—Intuí que no querías llevar nada llamativo para la ocasión —sonrió cómplice como si supiera perfectamente lo que pensaba—. Son diamantes, aunque están engarzados en oro blanco.

—Gracias mamá, es justo lo que yo habría elegido —respondí al tiempo que la abrazaba.

Ahora entendía porque se había quedado allí todo el tiempo observándome, solo estaba esperando el momento oportuno para darme aquellas joyas y me conmovió que fuera tan paciente. Suponía que en el fondo se sentía demasiado agradecida por lo que iba a hacer esa noche y lo que implicaba que lo hiciera.

De camino al lugar donde tendría lugar el evento del traspaso de la presidencia las manos comenzaron a sudarme, tal vez me cayera de aquellos andamios de quince centímetros que llevaba puestos o se me secara la garganta al pronunciar mi discurso, pero tenía que ser sincera, la verdadera razón de mis nervios se llamaba Alejandro Álvarez.

«¡Dios!, ¡Que al menos no le vea hasta que termine el discurso!» gemí en mi interior.

Se había decidido optar por realizar el acto en el hotel Aurora de Moscú en lugar de la empresa porque podría albergar a todos los presentes, así que cuando llegamos había algunos asistentes en el hall de entrada y muchas más en la antesala previa al lugar donde se realizaría el evento.

Andrei se acercó hasta nosotros nada más entrar en el hotel, al parecer él acababa de llegar hacía solo unos instantes y le había dado tiempo a verificar

que todo estaba en orden según lo previsto.

—Después de hoy, no habrá vuelta atrás —susurró Andrei acercándose hasta mí.

—Lo sé —contesté respirando profundamente y miré al frente para encontrar aquellos ojos azules que tanto había tratado de evitar desear, pero que resultaba imposible no hacerlo.

—Alejandro acaba de verme —susurré en voz baja para que solo me escuchase Andrei, que tras oírme rodeó con su brazo mi cintura, como si con aquello intentara hacerle creer que era mi pareja y no mi primo.

—¿Sigue creyendo que eras una simple becaria? —preguntó sonriente.

—Si —afirmé porque la mentira iba a desmoronarse en unos instantes.

—Pues la sorpresa que se llevará será bien gorda —contestó riéndose de tal forma que casi conseguía exasperarme.

Para él sería gracioso, pero desde luego para mí no lo era.

2.

A cualquier precio

POR ALEJANDRO

Llevaba dos largas semanas sin noticias, sin responder a los infinitos mensajes que había dejado en su buzón de voz, a los miles de mensajes de texto que había enviado o a los cientos de correos electrónicos que decidí como último recurso enviar a modo de desesperación para lograr contactar con ella.

Se había esfumado, era como si Irina se hubiera marchado de verdad y para siempre porque a ninguno de ellos contestó e incluso me inclinaba a pesar de que ni siquiera lo había recibido porque su teléfono permanecía siempre apagado y en el correo electrónico nunca aparecía conectada.

Me había repetido una y mil veces que después de todo solo era una mujer, otra más de la lista pese a saber de sobra que no era así. Ella tenía algo que ninguna otra poseía; aparte de sus largas piernas, esas malditas nalgas que me tenían obsesionado y una cara preciosa, Irina había conseguido filtrarse bajo mi piel de tal forma que era incapaz de olvidarla y mucho menos resignarme a no volver a verla.

—Señor Álvarez, tiene una llamada por la línea dos, parece muy importante y viene de la sede central de Komarov —mencionó en ese momento la voz de mi secretaria por el interfono haciendo que dejara de pensar unos instantes en la rusa.

—Pásamela —contesté seriamente como siempre solía hacer, aunque desde que ella se había marchado estaba sumamente irritable.

—Al habla Álvarez —dije mientras firmaba al mismo tiempo unos

documentos pendientes.

—Le llamo de la sede central de Komarov en Moscú porque no hemos recibido aún su respuesta de confirmación a la reunión que se llevará a cabo dentro de cuatro días con motivo de la sucesión de presidencia —contestó una voz femenina que hablaba perfectamente inglés.

¿Dónde estaba esa invitación? No me constaba haberla leído.

—Disculpe, pero no he recibido dicha invitación, ¿Hace cuanto tiempo que la enviaron? —pregunté al mismo tiempo que comenzaba a revisar el correo.

—Se le envió por correo interno hace tres días señor Álvarez, tanto a usted como a todos miembros de la directiva y junta ejecutiva de todas las sedes Komarov.

Revisé el correo interno que precisamente hacía cuatro días que no había abierto y me maldije por haberme despistado, allí estaba la invitación. Cuando la leí y vi que el lugar de la sucesión sería en Moscú solo un pensamiento se me cruzó por la cabeza... Irina, era la oportunidad perfecta para encontrarla.

—Confirmando mi asistencia —respondí como si fuera un autómata mientras pensaba que Andrei estaría allí, de hecho, debía ser él quien sucedería a Luciano Komarov en la empresa, aunque desconocía los motivos por los que dejaba el cargo de presidente del consorcio. Corrían ciertos rumores debidos a su salud, pero con la seriedad que trataba siempre todos sus asuntos privados, dudaba que se filtrara información al respecto hasta el día de la reunión directiva.

Solo conservaba una foto de Irina, la causante de que la hubiera conocido y la que tenía tan grabada en mi retina que casi no me hacía falta mirarla en el teléfono para recordarla. Esa maldita imagen fue la causante de todo, la culpable de que ahora me encontrara como lo hacía, literalmente embaucado

por esa rusa rubia de ojos azules que era incapaz de olvidar o pasar página.

La necesitaba en mi vida, eso lo tenía bastante claro y no precisamente por falta de sexo, pese a ser el más increíble que jamás había experimentado, sino porque sentía deseos de estar con ella, de permanecer a su lado y no solo por un apetito carnal como siempre había estado acostumbrado sino porque quería volver a percibir su olor, a escuchar su voz, a sentir su risa, simplemente anhelaba a esa mujer y no me conformaba con su recuerdo.

Irina había sido la primera mujer con la que había dormido en la misma cama porque así lo había deseado. Era cierto que en las primeras ocasiones solo fue por puro instinto de tenerla para saciar mi apetito, pero después comencé a sentir una irrefrenable sensación de querer que ella estuviera ahí cuando despertara, la seguridad de tenerla al lado por el simple hecho de abrazarla. No entendía que significaba aquello, pero era distinto a lo que siempre había sentido, diferente a cualquier otra sensación que había experimentado en mis anteriores relaciones esporádicas.

La quería única y exclusivamente para mí, quizá Andrei tuviera mucho más dinero que yo para ofrecerle, pero estaba dispuesto a darle el mundo entero si era necesario con tal de que ella volviera de nuevo a mi lado.

Irina quería una relación de pareja, algo en lo que yo ni creía, ni confiaba, ni desde luego estaba preparado para ello. Nunca me había ni tan siquiera planteado tener pareja, de hecho, era algo que no consideraba tener jamás en mi vida, pero el simple hecho de pensar en su ausencia me incitaba a plantearme la posibilidad e incluso aceptarla si era la única forma de tenerla.

Buscaría incluso debajo de las piedras si hiciera falta hasta encontrarla. Amenazaría a Andrei Komarov si era necesario para dar con ella y convencerla de regresar de nuevo a mi lado, de aceptar ser mía otra vez y así me pidiera la luna, accedería encantado a concedérsela.

—¡Hola hermanito! —exclamó voz de Teresa sintiéndola como un soplo de aire fresco para mi amargada existencia desde que Irina se había marchado.

—¿Que tal está la futura novia más hermosa? —contesté en el tono más amable posible que pude conseguir expresar.

No deseaba que Teresa pudiera darse cuenta de la situación, bastante tenía con sus insufribles charlas sobre que tuviera una relación real y normal por una vez en la vida para darme cuenta de lo que me estaba perdiendo, por eso sabía que si le hablaba de Irina por más que quisiera hacerlo solo provocaría un vendaval.

—¡Nerviosa!, ¡Solo falta un mes! —gritó con aquella voz chillona y bastante efusiva.

—Lo sé... aunque aún no comprendo porque hicisteis la despedida tan pronto, ¿No se supone que es una semana antes de la boda o dos? —pregunté algo extrañado.

—¡Si claro! —exclamó en ese tono autoritario que adoraba—. Para que me lo dejen hecho un Cristo... ya volvió con la muñeca rota y completamente rapado, si eso pasa una semana antes de la boda, ¡Os crucifico! —añadió algo molesta.

Lo cierto era que me fui mucho antes de que aquello sucediera, de hecho, apenas recordaba algo después de la cena y mucho menos como fue sucediendo todo, pero sí recordaba donde había acabado... en casa de Irina.

—¿Para que me llamabas pecosa? —pregunté cambiando de tema para evitar recordar a mi rusa más de lo necesario.

—Quería preguntarte por última vez si vas a llevar acompañante o no a la boda, puesto que estoy cerrando la lista de invitados —dijo con ese tono que

parecía casi una súplica.

Teresa me había preguntado hasta la saciedad y mi respuesta nunca había cambiado, siempre había sido negativa, pero si era sincero consigo mismo, ahora deseaba que Irina me acompañara, me gustaría incluso que mi hermana la viera y me diera una opinión sobre ella. ¿Se llevarían bien si se conocieran? Ni tan siquiera sabía porque pensaba en ello cuando probablemente no volviera a verla.

—Siempre que me lo has preguntado, la respuesta ha sido la misma, ¿Qué razones tienes para creer que he cambiado de opinión? —exclamé fingiendo desinterés.

—Alberto me ha dicho que has conocido a alguien, que incluso parecías más interesado de lo normal —admitió y suspiré maldiciendo en voz baja.

¡A la mierda Alberto y su afán por contarle todo a mi hermana! Esperaba que no le hubiera contado como eran realmente las cosas o le mataría con mis propias manos a pesar de ser mi mejor amigo y pronto mi cuñado.

—Aprecio tu interés pecosa, pero no es así. —Ni tan siquiera sabía si encontraría a Irina, aunque desde luego no cesaría de intentarlo.

—Tienes dos semanas para cambiar de opinión, hazme ese regalo de bodas hermanito, ¡Por favor! —dijo en un tono de lo más dulce que no pude negarme en rotundo a ello.

—No te prometo nada, pero lo intentaré. —Aquello era más, mucho más de lo que podía ofrecerle, entendía las razones de Teresa por preocuparse, ella iba a comenzar una nueva vida, formar su propia familia y podía entender que se sintiera nostálgica al sentirse algo culpable por todo lo ocurrido en nuestra niñez, después de todo fui yo quien se llevó la peor parte por protegerla a ella y podía ser consciente del dilema que ella tenía, pero siempre había estado

bien a mi manera, nunca había deseado precisamente la compañía de una mujer... hasta que Irina llegó a mi vida volviéndolo todo patas arriba y filtrándose en lo más profundo de mi piel.

—¡Ay que emoción!, ¿Cómo se llama?, ¿Es guapa? Seguro que es guapísima, aunque eso es lo de menos y... —comenzó a hablar provocándome cierto pesar al estar dándole esperanzas sobre algo que probablemente no podría cumplir.

Aunque encontrara a Irina nada me aseguraba que conseguiría que ella volviera a pesar de que fuera lo que más deseara en el mundo. Era consciente de que le había hecho daño a pesar de no querer hacerlo de forma intencionada, pero no tenía ni idea de cómo tratarla y lo peor de todo era que mis miedos me cegaban sin permitirme siquiera intentar confiar en ella.

Tal vez aquello fuera lo más complicado, pero me había convencido de estar dispuesto a ello, de tratar de superar todos esos años de convicciones y confiar por primera vez en una mujer, en la única que había sido capaz de reconsiderar esa posibilidad por la simple y llana razón de que sentía un hueco en mi pecho por su mera ausencia.

—Tengo que dejarte Teresa, voy saliendo para una reunión que tengo dentro de cinco minutos —comuniqué a mi hermana para interrumpir la llamada puesto que solo se trataba de una simple excusa y no tenía ninguna reunión a la vista, pero no quería entrar en más detalles para que se ilusionara más de la cuenta.

Haría cuanto estuviera en mi mano por tratar de que me acompañara, pero aún me parecía demasiado insólito que lo hiciera después de no haber logrado ni tan siquiera contactar con ella. No veía la hora en llegar a Moscú para aquella dichosa reunión y tratar de encontrarla, nunca había estado más agradecido a un viaje de negocios que ese, solo por lo que ello implicaría.

Cogí el vuelo aquel viernes en cuanto salí del trabajo, necesitaba estar allí con antelación para aprovechar todo el tiempo que fuese posible y buscar a Irina. No tenía ni la menor idea de por donde empezar, aunque en realidad sí que la tenía “Andrei”. Sin duda alguna él debería saber donde estaba ella o incluso la tendría alojada en su propia casa.

La convención para el traspaso de la presidencia tendría lugar a media tarde del sábado, esperaba tener tiempo suficiente para poder dar con ella y convencerla de regresar... a pesar de meditar durante aquellas largas horas de vuelo y preparar un discurso un tanto mediocre, me convencí a mi mismo que una parte de ella desearía volver, que no podían ser imaginaciones mías lo que habíamos vivido con tanta intensidad, es más, quise aferrarme a la única seguridad que tenía, de que a pesar de haber estado distanciados la noche que aparecí en su casa tras la despedida de Alberto, ella no se había acostado con Andrei. Por alguna razón le había rechazado a pesar de que él volviera a su casa al día siguiente.

Mis esfuerzos fueron infructíferos durante aquella noche y todo el día siguiente hasta que no tuve más remedio que volver al hotel donde me alojaba y que por suerte se celebraba allí mismo la ceremonia de traspaso. Mi única resignación era que al menos estaría Andrei presente, es más, aunque existían rumores de posibles candidatos, sería más que obvio que él sucedería a su tío Luciano Komarov, puesto que era el único miembro de la familia en la empresa. En algún momento de la noche tendría que interceptarlo para preguntar por ella, para que me diera, aunque fuese una dirección y entonces acudiría en cuanto finalizara aquella pantomima.

Era la primera vez que no disfrutaba realmente de lo que significaba mi trabajo, en todos los años que llevaba trabajando para el consorcio Komarov, había incluso pagado por asistir a eventos, convecciones y fiestas que se

hicieran fuera de la empresa y en los que nadie me preguntaría por mi vida personal, por mi pasado o por situaciones de las que prefería simplemente no contestar como ocurría cuando me relacionaba con familiares y amigos, pero en aquella ocasión primaba más mi interés personal por Irina y sentía una opresión en el pecho inaudita por saber que ella se encontraba en aquella ciudad y tenía forma alguna de localizarla.

En el momento que deslicé la mirada hacia la entrada solo para ver por enésima vez si Andrei Komarov habría hecho acto de presencia, la vi... tuve que mirar dos veces para asegurarme de que verdaderamente era ella y estaba asombrosamente elegante y absolutamente bella.

Mi garganta se reseco solo por contemplarla, en todos mis años de vida nunca había visto a una mujer más absolutamente preciosa que ella y podría incluso jurar que su sonrisa era tan sincera que simplemente me abrumaba. A pesar de saber que ella podría ser como todas las demás simplemente me daba igual, la quería a ella, únicamente a ella.

Observé que a su lado estaba Andrei Komarov. Ni tan siquiera me había planteado la posibilidad que ella le acompañara a un evento singular de tales características, pero quizá el interés del sucesor de Luciano por mi rusa era tan significativo como el mío.

En el momento que ella se percató de mi presencia pude ver el brillo de sus ojos de nuevo, su rostro de sorpresa al verme, aquellos segundos en los que ambos permanecemos mirándonos para mi fueron suficientes, supe que ella tendría que regresar de nuevo a mis brazos o simplemente moriría.

3.

No soy quién esperabas

—¡Andrei Komarov! —exclamó la voz ronca de Alejandro penetrando mis oídos y mi cuerpo comenzó a temblar debido a ello.

Vi como Alejandro miraba a Andrei, como si tratara de rivalizar con su altura y estudiando fijamente sus movimientos. Pero ¿Qué demonios hacía saludando a mi primo estando allí presente?

—Álvarez —contestó Andrei en un tono con mucha menos efusividad.

En ese instante Alejandro volvió su mirada hacia mí, no sabía que decir, ¿Debía decir algo? No podía ni razonar y mi cuerpo tampoco lo hacía permaneciendo completamente rígido, como si temiera que con un movimiento fuese a romperme en pedacitos.

—Señorita Suarez —dijo mirándome fijamente mientras yo guardaba un silencio sepulcral y estaba segura de que Andrei se estaba regodeando con la situación por la mano que aún permanecía en mi cintura pese a no saber gran cosa de lo ocurrido entre Alejandro y yo, salvo que evidentemente tuvimos una aventura, de eso no podía tener la menor duda cuando le pilló en mi casa prácticamente desnudo y con aire de posesividad.

—Vamos querida, debemos entrar —dijo entonces la voz de mi madre interrumpiendo mi silencio y sacándome del trance. Me giré para verla, iba del brazo de mi padre.

—Es la hora Irina —apremió Andrei en voz baja y yo asentí.

Agradecí que Alejandro no entendiera ruso porque de lo contrario estaría pensando a qué demonios se referirían.

—Debería tomar asiento Álvarez puesto que la reunión dará comienzo inmediatamente —apremió Andrei en un perfecto inglés mientras Alejandro asentía y nosotros nos marchábamos tras mis padres dejándole allí de pie y muy probablemente observando cómo nos alejábamos.

—¿Por qué sigues rodeándome de la cintura si ya no nos ve? —pregunté a Andrei algo nerviosa.

—Eso de que no nos ve lo dirás tú —contestó mientras aguante las ganas de volverme para mirar hacia atrás cuando estábamos llegando a los asientos en la primera fila—. De todos modos, ¿Que más te da? En unos minutos averiguara que no eras una becaria cualquiera, déjame disfrutar del momento —añadió sonriente y yo rodé los ojos hacia otro lado.

—Luego dices que Nadia no tiene razón, pero a veces te comportas como un niño, aunque ahora casi agradezco que lo hagas —contesté tomando asiento a su lado entre él y mi madre.

De haber estado sola presentía que Alejandro me habría increpado de alguna forma y lo cierto es que no estaba segura de cómo interpretarlo después de como terminamos la última vez que nos vimos.

—No pienso perderme su cara cuando tu padre haga el anuncio —susurró en voz baja—. Ese tipo no me cae mal pero reconozco que la situación me divierte.

No le contesté, realmente tenía demasiado en lo que pensar ahora que el momento se acercaba como para añadir a la lista que Alejandro iba a enterarse de que no era una becaria de poca monta con grandes aspiraciones como él siempre había creído, sino que era la heredera de todo aquel imperio que mi padre había creado. Aunque me daba igual como reaccionase él, no tenía medio de comunicación alguno para reprochármelo y de lo que sí estaba

segura era de que pensaba evitarlo a toda costa en cuanto aquel acto se acabara.

—Buenas tardes y bienvenidos al hotel Aurora a todos los asistentes —comenzó a decir en inglés la persona asignada para llevar el protocolo y orden del evento que tenía lugar.

El silencio se hizo eco por toda la sala y aunque algunos de los invitados estaban terminando de entrar, miré la hora y me sorprendió la precisión con la que se estaba llevando a cabo todo. Eso me hizo recordar las veces en las que Alejandro me había reprendido por mi impuntualidad, aunque solo se tratara de uno o dos minutos de retraso.

Me sacudí la cabeza y decidí prestar atención al maestro de ceremonias que seguía el discurso establecido de presentación.

—... con motivo de la sucesión en la presidencia Komarov. Por tanto, ¡Démosle un gran aplauso al fundador, al creador y gran promotor de las empresas Komarov en todo el mundo, el gran Luciano Komarov! —exclamó el interlocutor comenzando él mismo un aplauso motivando a todos los presentes.

Los aplausos prorrumpieron en toda la sala mientras mi padre subía los escalones y se ajustaba la corbata mientras tanto, llegó al atril y haciendo un movimiento de manos para que la gente se calmara el silencio volvió a inundar la sala.

El discurso de mi padre databa de sus inicios, contando cómo su padre, es decir mi abuelo, trabajaba en pozos petrolíferos y le contaba historias de que el petróleo era el nuevo oro del siglo veinte. Eso le hizo meterse desde muy corta edad en proyectos que gracias a la suerte o al destino, dieron sus frutos al encontrar petróleo en unos terrenos por los que nadie apostó que encontraría. Gracias al dinero del petróleo pudo invertir en tecnología,

inmobiliaria y muchas otras ramas que con la evolución de los últimos años habían llevado a empresas Komarov al posicionamiento en el que hoy día se encontraban, siendo uno de los consorcios más consolidados en todo el mundo.

—Aunque reconozco que es hora de que otro ocupe mi lugar, de dejar paso a una nueva generación de la que no puedo estar más orgulloso y de la que confío plenamente y completamente seguro, que conseguirá de las empresas Komarov un imperio aún más fuerte de lo que es hoy día —dijo mi padre con un evidente tono de voz que evidenciaba devoción.

Me sequé las manos en el pantalón porque me sudaban, de hecho me sudaban demasiado por los nervios, el momento había llegado, sabía con antelación la frase que venía y que mi padre iba a decir en unos instantes y me preparé mentalmente para ello...

—Es para mí un placer poder anunciarles que mi única hija, Luciana Irina Komarova, será la nueva presidenta y de empresas Komarov.

Andrei fue el primero en comenzar a aplaudir, seguido de mamá y en ese instante me levanté y observé a mi padre que también aplaudía mientras hacía el mismo recorrido que minutos antes había hecho él subiendo aquellas escaleras a ritmo pausado, lo que menos podía ocurrir ahora era que me diera de bruces contra el suelo mientras tres mil personas estaban aplaudiendo, quizás dos mil novecientas noventa y nueve si no contaba a Alejandro que no sabía que estaría pensando en esos momentos.

Mi padre no se movió de allí mientras yo me acercaba a él y le daba un beso en la mejilla delante de todos los presentes.

Los aplausos se calmaron y me conciencie para lo que debía decir.

—Gracias a todos por la asistencia —dije mientras hacía una pausa para que

se calmase el último de los asistentes que aún seguía aplaudiendo. Gracias a los focos y la oscuridad tras estos no podía definir bien los rasgos de nadie por lo que me despreocupé y comencé el discurso que tenía preparado desde hacía varios días—. Es para mí un placer poder hacer honor a mi apellido formando parte de la historia y legado que mi padre, aquí presente ha decidido entregarme. Agradezco su confianza puesta en mí, para hacer frente a lo que desde muy pequeña he tenido la oportunidad de ver crecer y convertirse en lo que todos conocemos hoy día. Empresas Komarov seguirá creciendo, seguirá expandiéndose y trabajaré duro para lograr que así sea. Hemos llegado a ser líderes en Europa y Centroamérica. Estoy segura que con el esfuerzo y dedicación necesaria conseguiremos ser líderes también en el resto de continentes. Me he formado conscientemente durante toda mi carrera para este día, tal vez no tenga la experiencia que posee mi padre, pero si tengo su tenacidad y sé que contaré con vuestro apoyo para cualquier decisión que tome cuya misión sea llevar a un futuro mejor al consorcio Komarov. Solo quiero volver a agradecer la asistencia de todos los aquí presentes para honrar a mi padre en su despedida, un gran hombre del que no puedo estar más orgullosa y del que ha sido y siempre será un maestro ejemplar para mí —dije mirándole fijamente y apreciando aquellos ojos azules vidriosos.

Los aplausos volvieron cuando mi padre comenzó a hacerlo y aunque pensé que estaría al borde de las lágrimas a pesar de que jamás le había visto llorar, no lo hizo.

—Gracias a todos por su asistencia, y les invitamos a pasar a la sala contigua donde se ofrecerá un coctel para todos los asistentes —dije dando por finalizado el discurso.

—Ya eres oficialmente la nueva presidenta de Komarov, querida prima —dijo Andrei con sorna mientras yo reía—. ¿Ahora deberé llamarte jefa? —añadió en

el mismo tono de ironía.

—Calla estúpido —contesté dándole un leve manotazo en el brazo mientras sonreía—. Aunque eso de llamarme jefa no suena nada mal.

—Siempre he soñado con tener una jefa a la que poder tirarle los tejos, una pena que tengas que ser mi prima —contestó en un tono soñador.

—Tú nunca cambiarás, Andrei —respondí rodando los ojos mientras los últimos presentes en la sala iban saliendo.

Salimos de aquella sala y nos dirigimos hacia el salón contiguo donde se celebraría el pequeño coctel cuya única misión era que mi padre me presentara a los contactos con los que más relación tendría directamente, aunque algunos de ellos ya los conocía por la amistad que les unía y habían sido invitados a cenar a casa en varias ocasiones.

—He olvidado mi bolso en el asiento —comenté mientras volvía justo antes de entrar.

—¿Te acompaño? —preguntó Andrei al tiempo que escuché que alguien le llamaba a cierta distancia para que se acercara.

—No hace falta, está aquí al lado y tardaré un minuto —dije rápidamente mientras volvía hacia la sala donde acabábamos de salir recorriendo el hall que comunicaba las dos puertas y caminando directamente al asiento donde debía haber dejado mi bolso. A pesar de estar oscuro aún no habían quitado los focos del escenario, por lo que pude llegar con facilidad y lo encontré rápidamente.

Me volví enseguida para retomar el camino de vuelta, pero vislumbré una figura que estaba en mitad del pasillo, desde allí no la distinguía lo suficiente para reconocer quien era, aunque podía apreciar que llevaba un traje y por las

sombras parecía tener las manos en los bolsillos.

—Irina Komarova —exclamó esa voz que supe distinguir perfectamente. Esa maldita voz que tantos sueños me había robado y placeres dado al mismo tiempo—. Había esperado cualquier cosa de ti, casi todo salvo que fueras una Komavov, la hija de Luciano Komarov sin ir más lejos.

En aquel momento me armé de valor, no me dejaría acobardar, así que aferrando el bolso en mi mano me coloqué frente a él donde ahora podía distinguir mejor su rostro pese a la distancia.

—Lo soy —respondí simple y llanamente sin titubear.

Ya no tenía que esconderme, ni demostrar que era capaz de ganarme el lugar que me correspondía. Ahora podía decir libremente quien era.

—Así que todo fue un simple juego para ti —escupió aquellas palabras con una risa escéptica que hizo que me frustrara aún más—. Como no... la brillante hija de papá burlándose de todos fingiendo ser una simple becaria.

—Hasta donde yo sé, no me burlé de absolutamente nadie —contesté tajante—. Es más, te recuerdo que ni tan siquiera me quejé del trabajo que me asignaron desde el primer momento —añadí pese a reprenderme a mi misma por entrar en aquella polémica absurda.

—Sí, pero supiste llamar a papá cuando las cosas se torcieron y que te pusiera al frente de un equipo propio —contestó haciendo que apretara los dientes con fuerza para aguantar las ganas de abofetearle.

—Y yo lo rechacé, ¿O eso no te interesa recordarlo? —respondí altivamente—. Al igual que tampoco te interesa recordar que no me escuchaste cuando insistí en que era importante y por esa misma razón tuve que acudir a él para que *mi* empresa no perdiera una suma importante de beneficios

—añadí recalcando que la empresa era mía para que quedara constancia de ello.

—Nunca estuviste con Andrei —dijo cambiando de tercio tan rápido que me costó reaccionar.

—Mire señor Álvarez, creo que eso no es de su incumbencia, pero ya que lo pregunta, le diré que Andrei Komarov es mi primo y si me disculpa tengo que saludar a numerosos invitados por lo que no puedo entretenerme más con usted. Espero que le vaya bien —contesté de forma despectiva.

Pensaba que tratarlo con distancia y de forma unilateral lograría que se diera cuenta de que entre nosotros todo había terminado.

Caminé directa hacia la salida, sabiendo perfectamente que tenía que pasar por su lado y me dio seguridad el hecho de que él no se moviera del sitio como si permaneciera allí clavado. Tal vez había aceptado que la conversación había acabado, pero me equivoqué porque al pasar por su lado sentí su mano aferrarse a mi antebrazo impidiendo que me marchara.

—Te fuiste sin decir nada —susurró en ese instante con aquella voz ronca que me hizo temblar de nuevo.

—No había nada que decir, tu lo dejaste muy claro —contesté secamente.

—Yo... —comenzó a susurrar.

—¡Irina! —exclamó la voz de mi madre que me llamaba desde el hall.

—Adiós Alejandro —dije mientras con mi mano libre me deshacía de su agarre y me marchaba sin mirar atrás—. Estoy aquí mamá —respondí nada más verla al salir de la sala llamando su atención ya que iba camino de la entrada del hotel.

—¿Dónde estabas?, Tu padre no para de preguntar por ti —aseguró

preocupada.

—Olvidé el bolso en el asiento —le dije alzándolo para que viera que no mentía.

Aún podía notar los nervios del encuentro a solas con él, después de tantos días y de haber imaginado como sería si es que se daba el caso nunca pensé que fuese a ir tan bien. Me había imaginado infinidad de reproches y aunque los había habido no eran del talante que esperaba recibir por parte de él.

«Tal vez se haya terminado para siempre», pensé para mis adentros. «Ahora que sabe quién soy, lo más probable es que intente evitarme».

El resto de la velada fue bastante normal, aunque tediosa. Tuve que soportar largas charlas, algunos comentarios machistas por parte de varios miembros que, aunque no eran capaz de ser mordaces, era evidente que la idea de que una joven recién licenciada y además mujer estuviera al frente del consorcio les generaba serias dudas, pero afortunadamente para mi les puse en su lugar antes de que mi propio padre lo hiciese.

Aquella noche caí rendida en la cama, la jornada acabó bastante más tarde de lo que pensaba y mi dolor de pies era monumental. Necesitaba un masaje con urgencia, pero el cansancio era aún mayor que aquel dolor por los infernales zapatos de tacón.

Justo antes de conciliar el sueño no pude evitar pensar en el dios griego una vez más, había sido increíble volver a verlo y si era sincera conmigo misma, mi cuerpo aún seguía reclamándole a él, únicamente a ese bombón de ojos azules, aunque me negase la idea constantemente y lo privara de ello.

Me levanté bastante temprano pese a que había trasnochado dándome una ducha rápida y eligiendo un conjunto formal para mi primer día oficial como presidenta y dueña de empresas Komarov.

Con un maquillaje suave, el cabello ondulado que aún me duraba de la noche anterior y un conjunto gris perla de chaqueta y pantalón salí apresuradamente de casa tras tomarme un café y un zumo de naranja en la encimera de la cocina.

En el instante que mi madre entraba para entretenerme con sus charlas sobre moda o ejercicios de pilates, le di un beso y salí corriendo. Definitivamente tenía que mudarme de casa porque necesitaba esa intimidad que requería el vivir completamente sola y más ahora que iba a tener el estrés del trabajo sobre mis hombros, así que tomé nota mental para encargarme a mi secretaria que buscara una selección de pisos acorde a lo que satisficiera mis necesidades. No quería nada demasiado grande, podría conformarme incluso con un estudio si era preciso, solo quería buenas vistas y que fuera acogedor.

—Buenos días Elsa —dije saludando a mi secretaria bastante mayor que yo y que llevaba muchos años junto a mi padre.

—Buenos días señorita Komarova —saludó sonriente.

—¿Y eso?, ¿Dónde ha quedado señorita Irina? —exclamé extrañada, aunque sonreí para no asustarla.

—Ahora es usted oficialmente la presidenta, creo que es conveniente que la llame por su apellido para que todos lo oigan en la empresa —anunció dejándome asombrada.

—Está bien, como usted prefiera —dije sin darle mayor importancia—. ¿Ya tengo la agenda de la semana preparada? —pregunté entrando a mi despacho mientras ella me seguía.

—Sí, ya he terminado de ajustar las últimas peticiones. Deberá ir visitando todas las sedes a lo largo de las próximas tres semanas para conocer las instalaciones y presentarse ante los trabajadores, además de concertar algunas reuniones necesarias que requieren varios asuntos de su aprobación.

—Sí, ya contaba con eso —dije mientras me sentaba dejando mi bolso al lado y viendo el plan de la semana.

—Entre hoy y mañana tendrá varias reuniones importantes aquí en Moscú donde se detallarán algunos problemas que se han dado en la empresa y sobre todo se decidirán algunas inversiones de capital que debido a la situación de su padre se han pospuesto —anunció Elsa aclarándome la situación y asentí cuando me lo comunicaba mientras leía el informe que me había preparado minuciosamente.

—El domingo viajará a Alemania donde estará dos días, el martes por la tarde viajará a Italia, el miércoles a Francia y el viernes a España donde pasará el fin de semana y el martes volverá de nuevo a Moscú.

—¿Tanto se alargarán las reuniones en España? —exclamé nerviosa.

—Sí, tiene que aprobar bastantes medidas con el director de la sede, además de varias reuniones con la junta directiva.

¡Genial!, ¡Tendría que tratar asuntos con Alejandro en mi primera semana de presidenta!, ¡Estupendo!, ¿No podía posponerse infinitamente?

«A la mierda mis planes de no verle» gemí.

—Está bien — contesté procurando que mi tono de voz pareciera de lo más normal pese a ser absolutamente lo contrario.

Y yo que pensaba que igual no volvía a verle en muchos años al menos...

«Que ilusa eres Irina» pensé observando como mi secretaria salía por la puerta dejándome a solas.

Alejandro era el director de una de las sedes, ¿En qué maldito momento pensé que no volvería a verle si precisamente tendría asuntos que tratar con él y en ocasiones directamente?

4.

Ahora mando yo

En lo más profundo de mi interior y a pesar de que pensé que aún faltaría más de una semana para volver a enfrentarme a Alejandro, creí que tendría tiempo suficiente de prepararme mentalmente para soportar las largas horas que tendría que pasar junto a él.

Me había dicho a mi misma cientos de veces que no estaría sola, que solo hablaríamos de trabajo y que si en algún momento salía a relucir algo del pasado debía cortarlo de raíz en ese instante, pero una cosa era pensarlo, tenerlo claro en mi cabeza y otra bien distinta conseguirlo.

Las reuniones en Alemania, Italia y Francia fueron bastante bien, lo cierto es que esas experiencias me hicieron estar mejor preparada para volver de nuevo a España, solo que en esta ocasión no llegaría en calidad de becaria, sino como la nueva dueña y presidenta de la empresa para escuchar las propuestas y tomar decisiones de relevancia.

Cuando el jet privado aterrizo en el aeropuerto de Madrid y el vehículo que me estaba esperando me llevó hasta el hotel, me pareció que había pasado demasiado tiempo desde que me había marchado de allí, aunque realmente solo fueron semanas, ni tan siquiera llegaba a los dos meses desde aquel amago de infarto que sufrió mi padre y por el que me fui con Andrei inmediatamente sin pensarlo dos veces.

Me hospedaba en el Gran Hotel imperial situado en la gran vía durante esos días, algo que me traía demasiados buenos recuerdos porque aquel pequeño apartamento solo estaba unos cuantos metros calle arriba y aunque me apetecía salir de la habitación, no quería ir a cenar sola por lo que pedí algo de comida

a un restaurante que servía a domicilio y mientras aproveché para repasar el informe de la reunión que tendría al día siguiente.

Me levanté muy temprano teniendo en cuenta que apenas había conseguido pegar ojo debido probablemente al encuentro que evidentemente tendría en pocas horas con Alejandro, aunque eso me había permitido darme una ducha más calmada y secarme tranquilamente el cabello. Me apliqué un maquillaje suave, tiré la toalla al suelo y me enfundé en el conjunto de lencería más sexy que llevaba en la maleta. Necesitaba sentirme arrebatadoramente sensual, aunque solo fuera por debajo de la ropa que llevaría puesta.

Me calcé las medias con ligeros que acompañaban al conjunto de encaje negro y deslicé un vestido color gris perla de seda por el cuerpo ajustándolo con un cinturón negro acompañado de una chaqueta del mismo tono al igual que los zapatos.

Metí los documentos en mi maletín y me decidí a salir por fin de la habitación. No llevaba asistente personal porque ya tenía el teléfono y a mi secretaria desde Moscú que me daba todas las indicaciones necesarias, así que no lo había creído oportuno y de hecho hasta el momento, me estaba funcionando bastante bien.

Pese a la cercanía del edificio Komarov respecto al hotel, el coche me estaba esperando en la puerta para llevarme a la sede y fui custodiada por un guardaespaldas hasta la misma puerta de la espectacular torre en la que al mencionar mi nombre se presenciaron dos personas de personal para acompañarme hasta el lugar donde se celebraría la reunión.

Conforme ascendía el ascensor me reprendí por no haber tomado nada como desayuno, pero con los nervios se me había olvidado y ahora sentía el hambre en mi estómago rugir como un león. Nada más avanzar unos pasos tras salir del ascensor pude ver un pequeño grupo reunido de personas y como siempre

que ocurría en cuanto llegaba, las miles de atenciones hacia mi persona empezaban a hacerse notar por el simple hecho de ser quien era.

La reunión duró tres largas horas demasiado tediosas y me sorprendió la falta de presencia de Alejandro, pero luego descubrí que no era necesaria su asistencia en aquella reunión y que justo después debía reunirme en privado con él.

«¿Cómo demonios iba a volver a enfrentarlo?» pensé mientras la reunión estaba por terminar.

Solo era trabajo, debía centrarme únicamente en eso. Hablaríamos solamente de trabajo.

—El señor Álvarez la espera en su despacho —me comunicó un miembro de personal en cuanto salimos de la sala de reuniones.

—¿Ha de ser la reunión privada en su despacho? —exclamé—. Preferiría que fuera en una de las salas de junta —añadí sin más, por lo que el chico que me había comunicado aquello y que seguramente acababa de licenciarse palideció ante mi respuesta—. Dígale al señor Álvarez que quiero que la reunión sea en una sala de juntas.

Esperé diez minutos aproximadamente hasta que el joven regresó aún más pálido de lo que se había ido.

—Discúlpeme Señora Komarov... —comenzó a decir con voz temblorosa.

—Señorita Komarova —respondí inmediatamente cortando su discurso.

—Discúlpeme señorita Komarova, pero el señor Álvarez insiste en que la reunión sea en su despacho puesto que ya tiene todo preparado y hacerla en la sala de juntas requeriría retrasarlo todo demasiado tiempo.

Suspiré y me clavé las uñas en la palma de la mano, ¿Es que tenía que seguir

saliéndose con la suya constantemente? Se iba a enterar este de quién era yo...

—Está bien —respondí algo airada mientras tomaba el camino que ya conocía de sobra hacia el despacho de Alejandro.

—Señora... digo señorita, ¿Desea que la acompañe? —preguntó el chico de personal que me seguía.

—¡No hace falta! —exclamé airada—. Sé de sobra el camino.

Cuando llegué a la altura de su despacho su secretaria estaba allí.

—Dígale al señor Álvarez que Irina Komarova está aquí —dije en el tono más serio y formal que pude.

—Si, por supuesto —respondió eficiente mientras repetía mis palabras por el interfono y se levantaba para abrirme la puerta.

—El señor Álvarez la está esperando señorita Komarova, puede pasar cuando usted quiera.

Nada más entrar vi a Alejandro levantarse de su silla para acercarse a mi y tras escuchar cómo se cerraba la puerta no pude evitar mirarlo fijamente.

—Que sea la última vez que cuestiona una decisión mía Álvarez —le dije tajantemente haciendo que me observara sorprendido.

—No fue esa mi intención —respondió suavemente—. Como ya le dije al miembro de personal...

—No me importan tus explicaciones —atajé no importándome un comino sus excusas—. Si decido que quiero que la reunión sea en la sala de juntas, se hará y punto.

—¿Y entonces por qué motivo estás aquí Irina? —preguntó dejándome confusa.

—¡Para dejártelo bien claro personalmente! —exclamé—, ¡Y no me tutees!

Soy la presidenta de esta empresa, no tu amiga —añadí sin rodeos.

—Me ha quedado claro, ¿Comenzamos entonces? —preguntó sin ningún tipo de emoción en sus palabras y le observé mientras me hacía un gesto para que tomara asiento en los sillones que había en su despacho.

Por un momento me pareció peligroso todo el ambiente en sí, estuve a punto de decir que no, que la reunión no comenzaría hasta que no tuviera todo preparado en la sala de juntas, pero eso sería prolongar la agonía y quería quitarme de encima aquello cuanto antes. Dejé mi maletín sobre la mesa y me senté, el sofá era tan bajo que estaba segura de que por detrás se podía ver parte del ligero, pero en ese momento me dio absolutamente igual, sería problema de Alejandro y no mío.

—Hay diez puntos importantes que tratar y que requieren su inmediata aprobación señorita Komarova —dijo comenzando su discurso y me sorprendió que tomara tan a rajatabla la petición de formalismo al dirigirse hacia mí con la que lo había reprendido.

Cuando íbamos por el punto cinco, sentía que iba a desfallecer de un momento a otro, además de sentir las piernas entumecidas y la necesidad imperiosa de desprenderme de aquellos incordiados zapatos.

—Hagamos una pausa —dije sin aguantarlo más provocando que él callara su discurso y me observara.

Estaba gratamente sorprendida de que se hubiera ceñido a la reunión, tanto era así que incluso estaba comenzando a pensar si es que habría asumido que entre él y yo jamás volvería a haber nada e incluso se había olvidado de lo que hubo entre nosotros. Me levanté de un solo movimiento, tan rápido que me tambaleé y creí que me caería de bruces al suelo si no llega a ser porque un brazo demasiado fuerte me rodeó de la cintura impidiéndolo.

—¿Te sientes bien? —exclamó esa voz que hizo que cerrase los ojos al embriagarme ese aroma que me transportaba a infinitos recuerdos demasiado ardientes que me enardecían la piel y además estaba mareada de verdad.

—Te dije que no me tutearas —contesté aún con los ojos cerrados.

—Pero tu lo has hecho conmigo —susurró con voz ronca y pude notar su aliento cercano a mi.

—Suéltame —contesté de pronto mientras le empujaba, pero él no lo hizo.

—¿Cuánto tiempo hace que no has probado bocado? —preguntó haciendo que en ese momento le mirase fijamente.

—Esta mañana no me dio tiempo de...

—Siéntate, pediré que te traigan algo, en tu estado podrías desmayarte a mitad de camino hacia la cafetería —habló con voz seria como si estuviera regañándose.

—No eres quién para darme órdenes Álvarez —respondí altivamente.

—Está bien, pero vas a comer lo que te traigan de todos modos —contestó y en ese momento me mordí la lengua porque después de todo, estaba siendo considerado conmigo muy a mi pesar.

Subieron de cafetería varios aperitivos a degustar junto a varias bebidas donde elegir. Lo cierto es que lo agradecí sumamente cuando mi estómago rugía como un león por el hambre voraz que poseía, aunque me negué a agradecerse.

Cuando me volví a acomodar en el asiento con mi estómago saciado, Alejandro me observó fijamente. Había estado todo el tiempo de pie, en silencio, mirando los grandes ventanales que daban a la ciudad mientras yo saciaba mi apetito. Pensé que continuaremos la reunión inmediatamente, aún

nos faltaban cinco puntos por tratar.

—¿Por qué? —preguntó haciendo una pausa— Le he dado miles de vueltas, pero aún no entiendo qué razón podrías tener para aceptar aquel acuerdo en el que obviamente no ganabas nada —añadió mirándome y esperando una respuesta.

Su pregunta me sorprendió, dejándome muda y sin saber que decir por respuesta.

—No creo que sea el momento oportuno de contestar eso, Álvarez —respondí tajante.

—Insistiré —rebatí con esa mirada impregnada de posesividad.

—No tenía nada mejor que hacer —contesté bajando la mirada y crucé mis piernas haciendo que el vestido se elevase un poco más de lo debido, pero no me importó que lo hiciera, si demostraba que me ponía nerviosa que viera mis ligeros entonces pensaría que su presencia me alteraba, algo que no pensaba permitir que ocurriera.

—¿Se trataba de un juego?, ¿Por eso me enviaste la foto?, ¿Pensaste que seducir al director de la empresa podría ser divertido?

—La foto fue un error, te lo dije en su momento y no me creíste —refuté—. No era para ti.

—Quién era el destinatario de esa foto —exigió.

—Eso no es asunto tuyo y ahora prosigamos con la reunión o me marcharé inmediatamente —atajé rápidamente mientras que veía como Alejandro se levantaba para servirse una bebida.

¿Un licor?, ¿A esas horas de la mañana? En mi País estaba acostumbrada a que la gente tomase alcohol a todas horas, pero en Alejandro me sorprendió.

—Continuemos —contestó mientras se sentaba y proseguimos con los últimos puntos faltantes.

Por fin había llegado el último punto, aquello era una auténtica tortura, entre el calor que comenzaba a sentir, el aroma varonil de Alejandro a mi lado y su tono de voz que parecía una caricia aterciopelada paseándose por mi piel. No podía más, tenía que salir de allí urgentemente o era capaz de arrojarme literalmente sobre él y eso jamás debía ocurrir por muy desesperada que estuviera.

—Está bien, le daré un repaso al último punto este fin de semana y el lunes tendrá mi respuesta —dije metiendo el informe en el maletín una vez acabada la reunión para repasar detenidamente si aprobaba la inversión al proyecto, aunque hasta el momento me había parecido que podría ser viable.

Me levanté y me giré colocando mi mano formalmente para saludar a modo de despedida

—Le veré el Lun...

—Ya no lo puedo soportar más —gimió aquella voz profunda que me enardecía antes de notar su mano en mi cintura acercándose a él al mismo tiempo que sus labios se apoderaban de los míos con desesperación.

En aquel momento no supe reaccionar, no sabía reaccionar porque todas mis fuerzas habían flaqueado ante la necesidad de ese beso ardiente. Tanto fue así que mi cuerpo no razonaba y respondía ante tal ataque como si él fuera el dueño de éste, como si fuera normal responder, aunque mi cabeza no deseara que lo hiciese.

En el momento en el que Alejandro me estrechó aún más contra su cuerpo casi jadee de placer, pero recordé su rechazo la última vez, sus palabras cuando quiso comprarme como si estuviera en venta para poder usarme las veces que

quisiera, ahora sabía que no podría hacerlo.

«¿Acaso ahora sí me consideraba estar a su altura?» pensé recordando esas palabras que se me habían grabado a fuego en el alma.

Con esa fuerza renovada le empujé, haciendo que él se sorprendiera y antes de que pudiera decir nada le di una bofetada con todas mis fuerzas.

«Plaff»

Vi cómo él se llevaba una mano a la mejilla y me observaba.

—Que sea la última vez que se tomas tantas libertades, Álvarez —le advertí mientras me giraba con el maletín en mano y antes de salir me volví hacia él—. De lo contrario me aseguraré de que no vuelva a pisar Komarov en lo que resta de su existencia.

No sabía si me había pasado de la raya con aquella amenaza, pero mis piernas temblaban como flanes ante tales palabras dirigidas hacia Alejandro. En ese momento llamé a mi guardia de seguridad para que me escoltara hasta el coche. Por hoy había tenido suficiente, aunque aquella noche no dejase de rememorar una y otra vez ese ardiente beso que me había hecho volver a ansiar estar en los brazos de Alejandro pese a saber que lo que ahora sentía por mí era solo interés tras conocer mi verdadera identidad y lo que eso representaba.

No pude concentrarme en el resto de la tarde, era imposible dejar de darle vueltas, ¿Pero por qué narices me sentía culpable si él había sido un cretino desde el principio?

Me tumbé sobre la cama mirando al techo, no me iba a quedar allí encerrada dándole vueltas hasta que mis neuronas explotaran, necesitaba distraerme así que me duché y elegí el vestido más corto que había metido en la maleta, ni tan

siquiera sé porqué lo había echado, tal vez mi subconsciente me había traicionado al pensar que vería a Alejandro.

Bajé al bar del hotel y pedí un vodka solo sin hielo para entrar en calor, iba a necesitar al menos cinco de esos para comenzar a sentir los efectos anulando mi juicio.

—Hola guapa —escuché una voz y me giré para ver de quien se trataba.

En el estado en el que me encontraba, el tipo en cuestión podía llegar a parecerme incluso sexy. Después de ocho vodkas solos sin hielo me había pasado a los Cosmopolitan que entraban como el agua.

—Hola —respondí sonriendo, probablemente hasta un amigo de mi padre podría parecerme sexy en aquellos momentos.

—¿Que haces tan sola por aquí? —preguntó aquel hombre mientras yo removía el palillo de la aceituna en la copa.

—Pasar el tiempo —respondí sin hipar o eso creía.

Aquel tío no era un adonis ni mucho menos, era de ese estilo al “montón” que no termina de ser pasable, pero tampoco es feo y del que no suelo fijarme jamás.

—¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó tomando asiento a mi lado.

—Claro, ¿Por qué no? —me dije a mi misma, aunque había respondido en voz alta.

Tuve que escuchar su perorata de que estaba allí por un asunto de negocios muy importante con el que ganaría una fortuna y que era un hombre adinerado, como si pensara que aquello iba a convencerme para decidirme acostarme con él.

—¿Por qué no continuamos la charla en mi habitación guapa? —preguntó y en ese momento le miré, puesto que hacía un buen rato que había desconectado la oreja de todo lo que me contaba sobre no se qué historias de juegos de azar, me sorprendió que de pronto lo dijera de buenas a primeras.

Le miré evaluando si yo sería capaz de irme con ese tipo del que ni recordaba su nombre, pero a pesar de mi estado sabía que no le toleraba, Alejandro Álvarez había dejado una huella demasiado profunda en lo más hondo de mi ser, que ni borracha era capaz de irme con otro tío a la cama.

—La señorita no va a ninguna parte —rugió una voz a mi espalda y tuve que darme la vuelta para saber si se trataba de mi subconsciente o realmente Alejandro estaba allí.

5.

Amarga resaca

—¿Y tu quien eres? —exclamó el tío de la barra.

—Ezo mizmo, ¿Quién erez? —pregunté mientras apoyaba el codo en la barra y me sostenía la cabeza mirándole porque me costaba trabajo incluso mantenerla erguida por sí sola.

—Esto es absurdo, lárgate ahora mismo si no quieres que llame al personal de seguridad para que te echen —escuché decir tan apresuradamente a Alejandro que casi no entendí lo que dijo.

—Me alojo en este hotel —respondió tan tranquilo el tipo.

—Hablo del personal de *su* seguridad —advirtió en ese momento y noté como hacía hincapié en advertir que yo era alguien importante. Me puse roja de la ira por su atrevimiento.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó el tío que trataba de llevarme a su habitación y del cual no lograba recordar su nombre.

—Ez mi emp... empleado —respondí mientras le daba otro sorbo a mi Cosmopolitan y en ese instante la copa fue arrancada de mi mano provocando que me girase ante ello y encararse a Alejandro, ¿Cómo se atrevía?

—Ya es suficiente —le escuché decir mientras se giraba hacia el tipo para enfrentarse cara a cara con él—. Y no te repetiré que te largues de nuevo —volvió a decir provocando que el hombre en cuestión dijera algo en unos murmullos que no logré capaz de averiguar antes de marcharse.

—Genial... —resoplé—. Adioz a una noshe de seso desenfr...enado —hipé.

—Un buen azote en el trasero es lo que deberías tener por exponer tal comportamiento en público —dijo Alejandro seriamente antes de que me diera cuenta que me había subido a su hombro.

—¡Basame ara mizmo! —le grité con la voz atropellada.

—¿Que te bese? —exclamó en un tono que evidenciaba la ironía mientras veía sus zapatos caminar por la alfombra de la entrada al hotel, si no fuese por mi estado de embriaguez, probablemente me moriría de la vergüenza allí mismo, pero era lo suficientemente tarde como para que no hubiera prácticamente nadie que nos viera—. Lo haría, pero tu aliento es atroz —añadió tajante.

En ese momento vi que entrábamos en el ascensor y le di un bocado en su perfecto y duro trasero provocando su sorpresa y por consiguiente que me bajara de su hombro.

—Erez un cretino —le dije señalándole con el dedo en el pecho.

—¿Dónde está tu personal de seguridad? —preguntó haciendo oídos sordos a lo que le acababa de decir.

—Le di la noshe libre —respondí encogiéndome de hombros y le escuché resoplar.

—En qué planta te alojas —dijo tratando de ser paciente mientras yo me agarraba a las paredes de aquel ascensor para no caerme con aquellos zapatos.

—En... pus... en... —me quede pensando, ¿Qué planta era? ¿Y por qué debía decírselo?—. Te dise que me deharas en pass.

—Si, recepción —le escuché—. Quiero encargar una botella de champagne para la habitación de la señorita Luciana Irina Komarova y que la sirvan inmediatamente sin demoras —añadió y le miré confundida—. Si le doy los datos —dijo mencionando varios dígitos que solo podían ser el número de su

tarjeta.

¿Por qué pedía Champagne? Pronto descubrí cuáles eran sus intenciones cuando vio al camarero con el carrito de la botella de champagne y dos copas, simplemente le siguió mientras me agarraba fuertemente de la cintura de forma que resultaba imposible que me cayese a pesar de la torpeza de mis pies.

El camarero esperó a que entráramos, por suerte llevaba el bolso y no lo había dejado en la barra, así que tenía la tarjeta de la habitación allí mismo.

—¿Desea que le descorche la botella señor? —preguntó el camarero a Alejandro.

Imaginaba que lo hacía porque parecía el más cuerdo de los dos.

—No gracias. Puede irse —contestó algo amable y el chico se marchó dejándonos a solas.

Tiré los zapatos al aire y me crucé de brazos, ahora comenzaba a darme vueltas todo.

—Mañana vamos a tener una charla tú y yo —decretó con su típica voz ronca y tan seria que me puso nerviosa incluso en mi estado.

—¿Mañana? —exclamé algo confusa.

—No me pienso mover de aquí, menos aún para que vayas con el tipejo ese que te encontré —bufó quitándose la chaqueta de su traje.

Ahí estaba, incluso siendo mi empleado no podía dejar de mandar sobre mí, ¿Es que no le quedaba claro quién era su jefa?

—Largo —dije acercándome a él llena de ira—. No eres mi dueño.

—No me pienso ir, así que tienes dos opciones —afirmó retándome con la mirada mientras lo hacía—. Te vas a dormir y a que se te pase la mona o me

despides, pero me quedaré en cualquiera de los dos casos.

—¡Puez que te vaya bien en er sillón! —grité antes de cerrar las puertas correderas que separaban el pequeño saloncito de la habitación y dejarle allí fuera.

Me tiré sobre la cama, podría estar borracha, pero tenía plena lucidez de lo que ocurría y lo que estaba pasando era que tenía a Alejandro en mi habitación de hotel e íbamos a pasar la noche bajo el mismo techo.

«¿Cómo había llegado a ocurrir aquello?» medité llevándome una mano a la cabeza cuando todo me daba vueltas.

Abrí los ojos lentamente fijándome en la luz que entraba por la ventana, ¿Por qué no estaban las cortinas echadas? Fui a incorporarme para cerrarlas y seguir durmiendo cuando el dolor intenso de cabeza me penetró la cabeza.

—¡Joder! —exclamé desorientada mientras salía de la cama casi a gatas de lo encorvada que estaba para ir a cerrar la cortina, pero antes de avanzar un paso mi pie se enredó en la sabana que estaba medio caída en el suelo y caí de bruces contra la moqueta.

—¡Auch!, ¡Mierda! —grité del dolor y eso que la moqueta había amortiguado la caída y apenas había dolido.

Escuché como las puertas se abrían en ese momento pensando que sería mi personal de seguridad al escucharme maldecir, pero no.... no tendría tanta suerte y no era el personal de seguridad sino Alejandro quién estaba ahí de pie observándome desde su gran altura y yo probablemente estaría espatarrada en el suelo.

«Mierda» pensé otra vez recordando las razones por las que él estaba allí y todo lo que había ocurrido la pasada noche. Me quería morir de la vergüenza,

hundirme en el primer agujero que hubiese y tirarme para no salir jamás. ¿De verdad le mordí el culo? Y tanto que lo hice, creo que en ese momento mi cara estaba roja como la grana, ¿Qué clase de seriedad le podía dar haciendo aquello?

Intenté levantarme lo más rápido que pude y me aguante el dolor intenso de cabeza, pero en ese momento descubrí que llevaba una camiseta que apenas me cubría mis partes nobles, probablemente me habría visto el trasero, aunque después de todo no era nada que no hubiera visto antes, sin embargo, solo de pensarlo me hacía temblar.

—No te he dado permiso para entrar aquí —dije y después tosí para aclararme la voz de resacosa que llevaba encima.

—Pues me lo doy yo mismo —respondió autoritario—. Al menos hasta que me digas que estabas haciendo anoche con ese tipo y en ese estado —añadió señalándome con ambas manos.

—¿Y porqué tengo que darte yo a ti explicaciones? En todo caso me las tendrás que dar tu a mi —dije alzando la voz.

¡Hay joder! La cabeza iba a estallarme y tuve que dejarme caer en la pared para que no se diera cuenta. Admitir que tenía una resaca de tres pares de narices solo le daría la razón al muy cretino, aunque probablemente físicamente era bastante evidente

—Soy tu socio, aunque sea minoritario y si la persona que representa una parte de la empresa en la que he invertido no tiene un comportamiento decente, me pensaré si debe estar o no al frente de la misma.

—¿Y qué harás?, ¿Poner una hoja de reclamaciones? —exclamé riéndome en su cara. Por su culpa es que había terminado así, era el que menos podía quejarse de todo aquello. Además, ni que lo hiciera todas las noches por dios,

solo había sido una vez.

—Puede —contestó y noté que se acercaba a mi. Dejé de reír para mirarle seriamente—. Si no vas a tomarte tu puesto en serio...

—Yo me tomo mi trabajo en serio, estás hablando de mi vida personal, no de un tema laboral y mi responsabilidad frente a ello —refuté interrumpiéndole.

—Olvidas que ahora tu vida personal es pública, ¿Qué crees que pasará si el tipo de anoche hace un comunicado de prensa revelando que la presidenta del consorcio de Komarov es una borracha libertina que se acuesta con cualquiera?

«Plaff»

No pude aguantar que siguiera insultándome de aquella manera y le propiné una sonora bofetada.

—Por mucho que te duela escucharlo es lo que parecía que estabas haciendo anoche —insistió.

A pesar del guantazo que le había metido por sus palabras Alejandro había llegado hasta mi y tenía su frente apoyada contra la mía, mirándome a los ojos.

No quería reconocerlo, pero era consciente de que mi comportamiento la noche anterior no había sido el adecuado, ni mucho menos el correcto para la nueva presidencia de Komarov, hasta ahí podía reconocer mi delito, pero solo había sido una vez, una excepción y solo porque me sentía profundamente vacía después de lo que había ocurrido.

—No volverá a pasar —contesté seriamente—. Y ahora lárgate de mi habitación.

—Eso espero —dijo antes de salir como si tuviera que tener la última palabra.

Apreté mis manos clavando las uñas en las palmas con todas mis fuerzas para contenerme y decirle algo. Por esta vez que la tuviera, pero sería la última. No pensaba darle razones para que se comportara de aquella forma conmigo, era consciente de mi conducta había sido indecente para el puesto que representaba y lo que ello podía conllevar, aunque me doliera Alejandro tenía razón y lo sabía, pero no sé si estaba más molesta porque solo lo hubiera hecho por las posibles consecuencias que podría haber tenido y no porque estuviera celoso de que pasara la noche con otro.

Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros parecía que le resultaba indiferente.

Me pasé todo el sábado encerrada, en parte sintiéndome culpable de lo ocurrido, después enfadada conmigo misma por haber llegado hasta esa situación en la que había perdido el control y luego resignada por no poder hacer nada al respecto. Por la noche la resignación se convirtió en una especie de venganza, necesitaba o más bien quería que Alejandro estuviera en una situación similar para poder regodearme como él lo había hecho conmigo, con paciencia quizá la tendría... tenía que tenerla para calmar esa espina que tenía clavada.

Me di un baño lo suficientemente largo para calmar mis nervios pensando en que el próximo lunes volvería a verle quisiera o no, es más, inventar una excusa solo aumentaría el hecho de que admitía que tenía razón en cuanto a mis actos.

¿Por qué mi vida tenía que ser tan complicada?, ¿No podía el destino simplemente eliminar a Alejandro de mi vida para conseguir que le olvidara?

6.

Celos incontrolados

Aquella mañana me sentía con las energías renovadas, tanto era así que me desperté relativamente temprano para ser mi día libre y tenía ganas de gastar energía. Lo bueno de viajar en jet privado era que podía llevar el equipaje que quisiera así que había añadido un conjunto deportivo en la maleta sin saber exactamente porqué. Quizá la insistencia de mi madre en que al menos practicara algunas posturas de yoga durante mis viajes para no atrofiarme la espalda habían sido la culpable.

Salí a correr sin rumbo fijo, sabía que cerca de allí había unos jardines sino recordaba mal o si no me perdía en el camino que era otra de las opciones.

Además, sabía que cerca de allí quedaba el templo de Debod, el cuál me había quedado con ganas de visitar antes de marcharme, así que lo vi como una oportunidad magnífica para pasar por ahí ya que tenía todo el día por delante sin nada mejor que hacer.

Madrid era una ciudad bastante grande y en continuo movimiento, de hecho, había mucha gente a esa hora por los jardines paseando, aunque con el buen tiempo que hacía era normal y la gran mayoría debían ser turistas. Mi fondo para correr era nulo, así que no aguante la marcha más de media hora según el reloj del teléfono y paré para proseguir caminando de forma ligera, pero a un ritmo bastante inferior.

Estuve visitando el templo que era absolutamente precioso, tal vez me pasé una media hora allí de pie observándolo mientras pensaba en mi vida, en lo increíblemente rápido que había sucedido todo y como había cambiado. Por último, pensé en Alejandro y en la situación que ahora nos acontecía sin saber

exactamente como me enfrentaría a él y como debía actuar.

Por un lado, quería o más bien deseaba pagarle con la misma moneda lo que él me había hecho, pero por otro no podía evitar desearlo, por más que me lo negase a mi misma resultaba innegable el poder de atracción que ejercía ese hombre sobre mi consiguiendo anular mi juicio.

«Probablemente sea masoquista» me dije mentalmente.

Después de como me había tratado, de hacerme sentir sucia, ruin y rastrera por pensar lo peor de mi, aún seguía provocando esas sensaciones que solo él sabía conseguir.

—Y a pesar de todo no puedo dejar de amarlo, ¡Maldita sea! —susurré maldiciendo.

Decidí volver al hotel, después de todo me había entretenido bastante y aún no había desayunado siquiera, pero en mi camino de regreso estaba más perdida que un muñeco de nieve en el Sahara, para colmo de males, el gps de mi teléfono había dejado de funcionar y me había dejado más tirada que una colilla.

—Vamos Irina... no pierdas la calma. Preguntando se llega a Roma —me dije animándome mientras miraba a mí alrededor para ver si encontraba un alma caritativa que me ayudase y entonces vi una chica que parecía estar esperando a alguien.

—¡Perdona! —exclamé acercándome a ella.

—¿Sí? —preguntó con una sonrisa.

—¿Sabrías indicarme donde está el Hotel Imperial? —pregunté sonriendo para que no pensara que era una loca de la vida.

—¡Si, por supuesto! —exclamó enseguida y suspiré mentalmente no

creyéndome la suerte que acababa de tener, gracias a dios no era una turista—. Subes por esta calle y coges la segunda a la derecha, sigue hasta el final y habrás llegado.

—¡Muchas gracias! —sonreí aliviada llevándome una mano al pecho, aunque sabía que llamando a mi personal de seguridad podrían venir a recogerme, pero no me apetecía quedar como una completa estúpida por perderme después de haber vivido en Madrid durante unos cuantos meses.

—¡De nada! —contestó la chica que tenía que reconocer era muy guapa, además de amable y simpática—. ¡Alejandro! —la escuché gritar de forma efusiva y en ese instante salió corriendo

Cuando me giré y vi bajarse a un hombre en concreto de cierta moto concreta, los recuerdos me vinieron como frases.

¡Venga ya!, ¡No podía ser! Madrid era demasiado grande como para que él tuviera que aparecer justo allí, pero en cuanto se quitó el casco y sonrió a aquella chica que se abalanzó sobre él, sentí como si me agujerearan el pecho con flechas y mis fuerzas flaquearan al ver aquella escena.

—¿Irina? —oí de pronto mi nombre en el momento que reaccioné para darme la vuelta y marcharme de allí inmediatamente.

—¿La conoces? —preguntó la chica extrañada mientras ahora me observaba con diferente expresión.

—Yo... esto... lo siento, pero tengo que irme, tengo prisa, he quedado —mentí no sabiendo que más excusas añadir para mi salida por patas.

—Hasta mañana —escuché el tono de voz profunda del dios griego.

—Si claro —dije encogiéndome de hombros—. Hasta mañana... —añadí seriamente y luego miré a la hermosa chica, la cual permanecía abrazada a

Alejandro por la cintura—. Y gracias de nuevo —dije antes de marcharme velozmente mirándola solo a ella.

No miré hacia atrás en ningún momento, menos aún por si me estaban observando alejarme y entonces eso solo haría ver que me importaba realmente quién era ella para Alejandro. No me podía creer mi mala suerte, de todas las posibles personas a las que podía haberles preguntado como volver al hotel, tenía que ser alguien que le conocía y no solo eso, que precisamente hubiera quedado justo en aquel momento con él. ¿Era acaso el destino cruel que se interponía en mi camino? Tal vez sí, tal vez tenía tanta mala suerte que el karma me estaba jugando una mala pasada.

POR ALEJANDRO

—¿Quién es? —preguntó mi hermana Teresa en cuanto vi como aquel perfecto culo de mi rusa se alejaba y me quedaba completamente embobado observándola.

—Una compañera de trabajo —contesté intentando parecer que no me afectaba.

—¿Y desde cuándo saludas tú a las compañeras de trabajo? —exclamó mi hermana observándome fijamente.

—Bueno... ella es... —comencé a decir, pero realmente no me salían las palabras, ¿Cómo se supone que debía definir a Irina?, ¿Más que una compañera de trabajo?, ¿Una especie de lío de oficina? Tampoco le podía decir eso a Teresa...

—¡Esa es la chica de la que hablaba Alberto! —gritó y alcé la vista para comprobar que Irina no lo hubiera escuchado.

—No sé de que me hablas —dije serio, tratando de esquivar el tema completamente.

—Lo sabes perfectamente Alejandro, ¡Soy tu hermana! —exclamó como si con ello lo dijera todo—. Sé que, si esa chica solo trabajara en la oficina, jamás la habrías saludado o tu primera impresión habría sido saber qué demonios hacía hablando conmigo y no saludarla de ese modo.

A veces odiaba que Teresa tuviera tan buen criterio y sexto sentido para esas cosas, ¡No se le escaba ni una! Y maldito fuera Alberto por darle a entender que salía con alguien porque ahora estaba alerta a todas las señales.

—¿Qué quería? —exclamé inmediatamente teniendo una pequeña esperanza. ¿Sabría Irina que ella era mi hermana?, ¿Sería esa la razón por la que estaban hablando? No lo creía, pero la curiosidad me podía.

—No te lo diré hasta que no me respondas a mi pregunta —contestó cruzándose de brazos.

—Está bien —admití con pesar—. Es ella.

—¡Oh dios mío! —gritó y casi pude sentir como mis tímpanos se perforaban ante aquel grito atroz—. ¿Por qué no la llevas a la boda?, ¿Por qué no la has invitado todavía? —exclamó eufórica.

—Porque nos hemos dado un tiempo... —contesté porque fue lo primero que se me ocurrió decir sin entrar en detalles.

—¿Habéis discutido? Entonces significa que sí estabais saliendo, que os estabais conociendo... eso quiere decir que ella te importa, que te gusta de verdad.

—No hemos discutido exactamente —respondí a pesar de recordar los dos últimos guantazos que Irina me había propinado en menos de veinticuatro horas prácticamente—. Solo hemos tenido diferencia de opiniones y por eso nos estamos dando un tiempo —añadí siendo cauto.

—Quiero conocerla —dijo de pronto Teresa y me entraron sudores fríos.

—Ya la has conocido —contesté intentando no parecer nervioso.

—Eso no es conocerla, ¡Ni tan siquiera sabía quien era! —exclamó—. Invítala a la boda, haz eso por mi Alejandro... —suplicó.

—Es la presidenta de empresas Komarov, no creo que tenga tiempo de asistir...

—¡Presidenta! —gritó—. ¡Estás saliendo con la presidenta de la empresa! — insistió.

—Cssh —siseé—. Deja de gritar que alguien puede escucharte —la regañé—. Te dije que no estoy saliendo con ella —insistí.

—Pienso dejar un asiento a tu lado para ella, así que más te vale hacer que ella vaya o me enfadaré contigo —refunfuñó cruzándose de brazos y en ese momento maldije mi existencia por tener una hermana tan cabezota.

—Está bien... —susurré—. Intentaré convencerla para que me acompañe — admití sin tener la menor idea de qué demonios iba a hacer para lograr que Irina quisiera venir conmigo a la boda de mi hermana.

«Desde luego ofreciéndole una cantidad exorbitada de dinero no iba a ser... quizá era cien veces más rica que yo. ¿Tal vez pidiéndoselo como favor personal? Esperaba que durante las pocas horas que faltaban hasta volver a verla, se me ocurriera una magnífica idea.

—Solo me preguntó la dirección del Hotel Imperial —dijo mi hermana sonriendo.

—¿La dirección? —exclamé frunciendo el ceño.

—Si, parecía perdida, así que le indiqué como llegar... desde luego no se perderá cuando acuda a la boda, tal vez sea cosa del destino que me lo haya preguntado precisamente a mi —añadió sonriente y no pude evitar sonreír al mismo tiempo por su ocurrencia.

«Destino» Pensé en ese momento.

Lo cierto es que era demasiada casualidad que Irina le hubiera preguntado justo a ella, pero fuera el destino o no... tendría que conseguir que ella asistiera.

POR IRINA

No podía ser, ¡Alejandro estaba con otra!, ¡Tenía novia! En aquel momento quería explotar y lo peor era que no tenía razones para hacerlo. Bueno, sí que las tenía... ¡Él me aseguró que no era un hombre de tener relaciones de pareja!, ¡Que eso no iba con él y que no servía para ello! A la vista estaba que era otra de sus mentiras. Solo era un cuento más para advertir que alguien como él jamás pondría sus ojos en una simple becaria y mucho menos si ésta se “prostituía” como él pensaba.

—Jamás me vio como otra cosa que no fuera un simple trapo de pudiera usar y después tirar —susurré en voz baja mientras por fin entraba al hotel y me encaminaba hacia mi habitación.

Necesitaba una ducha larga, muy larga para quitar toda la rabia que en ese momento sentía y porque no admitirlo, tenía unos celos que me carcomían como si fueran lava líquida recorriéndome por dentro.

«Maldito seas Alejandro Álvarez por hacerme sentir así»

Aquel lunes por la mañana las ojeras me debían llegar hasta los tobillos. En mi vida había dado más vueltas en la cama sin poder dormir maldiciendo al idiota del dios griego y sobre todo a mi misma por quererlo y no poder odiarlo al mismo tiempo.

¿Por qué tenía que sentarme tan mal que él estuviera con otra?, ¿Que tuviera una relación normal con una chica amable y simpática?

Estaba claro que la razón únicamente se debía a que yo quería haber sido esa chica, yo quise intentarlo y él me soltó que no estaba a su altura y que simplemente pusiera un precio a mi cuerpo.

Tal vez aparte de los celos solo me sentía frustrada por no haber conseguido que ni tan siquiera valorase la opción. Siempre me había mirado como mercancía en venta la cual uno usa y tira a su antojo y eso me hacía sentir peor que mal, pero me lo tenía merecido por haber aceptado desde el principio aquel maldito acuerdo en el que se suponía que yo me beneficiaba y no aclarar las cosas dejando presente que realmente no ganaba nada.

—Señorita Komarova, la están esperando —dijo una de las asistentes nada más entrar por las puertas de las oficinas Komarov llegando hasta mi.

Miré el reloj y tenía razón, llegaba media hora tarde, pero necesité más de veinte minutos para lograr apaciguar mi cabeza bajo el grifo de la ducha. En esos momentos era consciente del gran derroche viviente de agua que suponía, pero sintiéndolo mucho; mi cuerpo y sobre todo mi cerebro, lo necesitaban.

—¿Puedes traerme un café por favor? —exclamé.

No era de pedir esas cosas, pero necesitaba ese café más que respirar en aquellos momentos.

—Por supuesto que sí señorita Komarova, ¿Desea algo más? —preguntó amablemente.

—No gracias, salvo que la reunión se alargue más de dos horas y me traigas otro café —le advertí y a pesar de la broma ella tomó nota seriamente.

—Buenos días —dije seriamente entrando a través de las puertas acristaladas donde se realizaba la reunión.

Aquella mañana me había puesto un vestido rojo algo llamativo que desviara la atención de mis ojeras que ni con tres kilos de corrector sería capaz de ocultar.

—La estábamos esperando señorita Komarova, tome asiento por favor —

mencionó uno de los presentes.

—Pueden empezar —dije una vez me senté a la cabeza de la mesa, en el único asiento libre que habían reservado para mi.

La persona encargada comenzó a dar lectura del parte de la reunión, en ese momento estaba tan zombi que ni me había fijado en las caras de los presentes, pero descubrí a Alejandro tres sillas por delante a la derecha y mantenía la mirada puesta en el documento que todos teníamos frente a nosotros en las carpetas negras con el logotipo de la empresa.

La asistente entró silenciosamente acercándose a mi y dejándome el café sin decir nada, susurré un simple gracias con los labios para no desviar la atención de los presentes y volví a prestar atención al documento y a las palabras de quién leía minuciosamente los puntos que se discutirían en la reunión que básicamente era la aprobación de algunas propuestas, la derivación de fondos y los potenciales sectores de inversión.

La reunión fue larga y tediosa, evité mirar en todo momento a Alejandro, aunque en ciertas ocasiones me resultó imposible no hacerlo, en el fondo deseaba que él me mirase a pesar de que nuestras miradas no coincidieran en ningún momento.

Comí en un restaurante cercano a la torre Komarov con dos socios mientras discutíamos varias decisiones tomadas en la reunión, después tenía programada una visita guiada por varios sectores de la empresa básicamente para que los empleados vieran mi rostro más que para saber como funcionaba y finalmente hubo una última reunión algo tarde sobre el proceso de selección y las nuevas mejoras de los empleados que se pretendían implantar en todas las sedes. Se trataba de un documento que había elaborado y que tras mi experiencia como becaria deseaba implantar.

—No se le puede dar esa responsabilidad a un becario —dijo uno de los miembros al leer un epígrafe.

—Si nadie supervisa esa documentación por falta de tiempo solo nos quedan dos opciones, contratar más personal o dejar que lo hagan los becarios en lugar de entretenerlos haciendo fotocopias —zanjé.

—¿Pretende que un becario lea un documento e interprete si sería bueno o no para el mercado su inversión? Eso es imposible, no posee la experiencia adecuada para hacerlo, ni las nociones básicas de...

—Le recuerdo, señor Álvarez que no hace mucho una simple becaria pudo hacer mucho más de lo que se le está exigiendo en el documento —le corté.

—Eso no tiene nada que ver con lo que refleja este punto —rebatí y alzó la mirada para retarme.

—Tiene todo que ver —insistí—. Su sistema de archivo es nulo y eso lo pude comprobar por mi misma —volví a interrumpirle—. Estaremos de acuerdo en que esta empresa casi pierde varios millones de euros por ese error del cual no estoy dispuesta a que exista la mínima posibilidad de que se repita si puedo evitarlo. —aclaré.

Esperé y no obtuve ninguna intervención, por lo que di por sentado que todos estarían de acuerdo y pasamos al siguiente punto.

Cuando la reunión terminó me sentía tan cansada y hambrienta que estaba segura de que me desmayaría, estaba literalmente agotada. Ahora entendía la vida de mi padre, a este ritmo envejecería tan rápido que me saldrían canas en cuestión de meses.

Entré al baño para refrescarme la cara, aunque me iría enseguida al hotel donde sin duda caería rendida en la cama después de una ducha rápida, porque

en aquel momento primaba el sueño por encima de cualquier cosa.

Estaba inclinada sobre el lavabo cuando sentí unas manos en mis caderas rozándome la piel por encima del vestido y como un cuerpo se restregaba contra mi trasero. Di un respingo cuando vi el reflejo del tipo en el espejo.

Era el mismo tío que había visto otras veces y que me daba mala espina, el que me había encontrado en el pasillo de camino a la oficina de Alejandro o en el bar intentando invitarme a unas copas.

—¡Oh vamos! —exclamó—. No te hagas la inocente, hace mucho tiempo que te buscaba por la empresa y parecía que te escondías de mi, incluso pensé que ya no trabajarías aquí preciosidad —comenzó a decir mientras me alejaba de aquel tipo y él se seguía acercando.

—¿Qué haces aquí? —exclamé—, ¡Sal inmediatamente! —grité.

—Este es el baño de caballeros y tu has entrado aquí sabiendo a lo que venías —contestó sin despegar la vista de mi cuerpo.

—¿Pero qué dices? —exclamé confundida.

¿Me había metido en el baño equivocado?, ¡Y qué más da! Ese tipo se había restregado contra mí. Nunca me había transmitido buena sensación con esa prepotencia y cara falsa, menos aún lo hacía ahora.

7.

Dime qué necesitas

—Me da igual, ¡Largo de aquí! —grité con un tono de voz imponente.

—Como me excita que seas una gatita salvaje —gimió como si la orden que le acababa de dar fuera un simple juego para él.

En ese momento me armé de valor y a pesar de que obstaculizaba mi salida, intenté irme, pero aquel tipo me lo impidió acorralándome contra la pared de los baños.

—Apártate de mi, es la última vez que te lo advierto —dije completamente seria.

—Cshh, Cshh —siseó—. No linda gatita, llevo demasiado tiempo soñando con ese rostro como para dejarte marchar de nuevo.

En ese momento le empujé con todas mis fuerzas y aproveché para salir, pero antes de alcanzar la puerta sentí el dolor punzante atravesándome cuando aquel tipo agarró mi cabello y grité con todas mis fuerzas mientras me vi empujada y golpeada contra la pared para después notar el peso de su cuerpo sobre el mío tras abalanzarse contra mi.

Le di un pisotón con el tacón y le escuché gritar.

—¡Maldita zorra! —gritó mientras vi como su mano se alzaba y me preparé para el golpe que estaba apunto de recibir cerrando los ojos con fuerza y esperando que el dolor llegara, pero al no percibir aquel puño sobre mi rostro los abrí lentamente para sorprenderme ante lo que tenía delante de mis ojos; Alejandro tenía agarrado al tipo ese del cuello mientras el rostro iba perdiendo su color por la falta de oxígeno.

—Eres escoria Fernández —jadeó Alejandro como si estuviera poseído.

—Vamos Álvarez —contestó el tipo en un leve susurro—. Solo estábamos discutiendo —añadió sin apenas voz.

Antes de que pudiera hacer nada, Alejandro le dio un puñetazo justo después de soltarle el cuello y la nariz comenzó a sangrarle al asqueroso de Fernández, que ahora sabía como se apellidaba.

—¡Joder! —gritó el tipo maldiciendo de dolor—. No sabía que esa puta era tuya Álvarez —gimió y antes de darse cuenta Alejandro le había agarrado de la nuca y le daba un golpe contra la pared que lo dejó literalmente tirado en el suelo de la conmoción.

—¡Lárgate de aquí antes de que te mate! —le gritó Alejandro mientras el tipo salía despavorido de aquel baño—. ¿Estás bien? —me preguntó entonces y yo me había quedado allí estática observando todo como una simple espectadora que no me había dado tiempo ni a reaccionar. Si Alejandro no hubiera aparecido, si no hubiera entrado en el momento justo, ese tipo tal vez me podría haber violado allí mismo, en mi propia empresa.

—Yo... —comencé a decir mientras sentí como sus manos acariciaban mis brazos y me observaba.

—Debería haberle matado por lo que pretendía hacerte, tenemos que ir a la policía para denunciarlo.

—¿Que?, ¡No! —grité de pronto reaccionando ante las consecuencias de eso.

—¡Ese tipo iba a golpearte!, ¡Por no decir que pretendía violarte! —gritó.

—Lo sé, pero no puede hacerse público, tu sabes perfectamente lo que eso implicaría para la empresa —admití y en ese momento sentí lo que significaba el puesto que representaba. Ni tan siquiera podía defenderme con la ley de

tipos como aquellos, pero sí asegurarme de que no volviera a encontrar trabajo y que su vida fuera un completo infierno, aunque no pisara una cárcel.

—No me puedes pedir que me quede quieto, ¡Ahora mismo solo quiero matar a ese malnacido con mis propias manos por lo que iba a hacerte! Y lo único que me ha impedido no hacerlo es saber que pagaría por ello —dijo de forma atropellada y fuera de sí.

—Me aseguraré de que lo pague —susurré.

En cuanto se lo dijera a Andrei ese tipo tendría su futuro acabado. Alejandro me miró en ese instante con aquellos ojos azules que me conmovían por completo.

—Gracias —mencioné entonces—. No sé que habría hecho si no hubieras aparecido, te debo un favor muy grande —dije completamente sincera.

Había pasado del horror al alivio en dos segundos tras la entrada de Alejandro, en aquel momento quería abrazarme a él y sentirme consolada.

—Ven aquí —dijo como si predijera mis pensamientos y acogiéndome en sus brazos me sentí protegida de nuevo, notando su olor masculino y esa fuerza que solo él podía transmitirme.

Gracias a su abrazo conseguí no llorar. No iba a llorar por lo que podría haber llegado a ocurrir. Había tenido suerte, pero eso me hizo tomar conciencia del peligro que podía correr cuando creía estar segura.

—Vamos, te acompañaré al hotel —susurró mientras yo asentía sin poder negarme.

En ese momento no quería separarme de él, al cuerno si tenía novia o no, le necesitaba en ese instante, aunque solo fuera por su simple presencia. Se montó en el coche conmigo y me acompañó hasta la mismísima puerta de la

habitación, realmente no sabía si invitarle a pasar o no, pero justo cuando me debatía en hacerlo él habló.

—Llámame si me necesitas Irina, vendré enseguida —advirtió.

Antes de que pudiera responder se había dado media vuelta y yo solo veía su perfecta espalda cubierta por aquella chaqueta gris marcharse por el pasillo hasta que desapareció al girar la esquina.

Entré en la habitación y me sentí en cierta forma segura. Sabía que el personal de seguridad vendría para alistarse en la puerta de mi habitación y estaría dando vueltas por el pasillo si le necesitaba, después de lo ocurrido hoy, había tomado conciencia de que tenía que ser mas cauta. Por primera vez en mi vida me había sentido vulnerable e indefensa y eso que siempre me había considerado demasiado independiente y jamás me había gustado la idea de tener seguridad porque me parecía innecesario, pero desde luego no lo era, uno nunca sabe cuando es necesario hasta que ocurre lo inevitable.

En ese momento cogí el teléfono y llamé a Andrei no importándome qué hora era en Moscú, sabía que allí sería algo más tarde.

—Irina —contestó enseguida, su voz era ronca y algo somnolienta.

—Siento despertarte Andrei, pero es urgente —respondí inmediatamente mientras comenzaba a quitarme aquel vestido rojo.

Le conté el incidente ocurrido en el baño y que tomara cartas en el asunto con la gente que él considerase oportuna. Le di los pocos datos que sabía de aquel tipo asqueroso y si necesitaba algo más para identificarlo que preguntara a Álvarez puesto que él le conocía.

—Me encargaré de que ese tipo no vuelva a ver la luz del sol —afirmó tajante.

—Lo único que deseo es verle fuera de la empresa y que jamás vuelva a tener que cruzármelo —contesté firme.

En realidad, también deseaba que no le fuera bien en la vida si iba por ahí tratando de forzar a mujeres cuya respuesta era un no.

—¿Dónde estaba tu personal de seguridad cuando ese tipo te atacó? —me preguntó algo enfadado.

—Yo les pedí que me esperasen abajo, ¿Cómo iba a pensar que podría correr peligro dentro de la empresa? —exclamé.

En realidad, la culpa era mía no del personal.

—Deben acompañarte en todo momento Irina, están para eso, a ver si se te mete en la cabeza que, aunque esto haya sido un hecho aislado, habrá gente que quiera hacerte daño por tu posición.

—Te prometo que tendré mucho más cuidado a partir de ahora Andrei —contesté siendo consciente de ello.

—¿Estarás bien? —preguntó—. Me preocupa que estés sola después de lo ocurrido.

—No te preocupes, ya te dije que Alejandro llegó justo antes de que ese tipo me golpeará y le propinó una paliza —contesté despreocupada.

—Está bien, entonces descansa, yo me encargaré de todo.

—Andrei, una cosa más —dije antes de que colgara.

—Si, dime —respondió enseguida.

—Ni una palabra de esto a mi padre —advertí por si acaso.

—Lo sé —contestó y suspiré tranquila, gracias a dios que Andrei entendía la situación.

La habitación me pareció extrañamente solitaria, demasiado grande pese a no serlo y aquella sensación me oprimía el pecho de forma que casi me resultaba complicado respirar.

«Llámame si me necesitas» me había dicho Alejandro.

¿Le necesitaba?, ¿De verdad le necesitaba? Desde luego que sí, pero no podía llamarle, él tenía novia y tal vez solo me lo había dicho para ofrecerse a acompañarme en calidad de buen empleado o como alguien que trata de ganar puntos con su superior dentro de la empresa. Al final siempre terminaba viendo el lado del interés de Alejandro en todo aquello y aunque quisiera llamarle no tenía su teléfono, menos aún llamaría a Andrei para pedírselo o a mi secretaria a estas horas.

Preferí despejar la mente y fui hacia mi maleta para sacar un conjunto de ropa interior que ponerme tras la ducha, al hacerlo vi los pantalones blancos en la maleta, esos que resultaban muy cómodos para viajar, los mismos que utilicé la primera vez que viajé a España y no había vuelto a usar desde entonces. Cuando toqué el bolsillo de atrás allí estaba, ese papel en el que mi madre había escrito el teléfono de Alejandro a mano.

¿Era acaso una señal del destino? Al cuerno con todo... antes de poder arrepentirme ya le había enviado un mensaje vía WhatsApp como solíamos comunicarnos.

Irina:

«Te necesito. Irina»

Fui hacia la puerta de entrada y avisé a mi personal de seguridad que si el

señor Álvarez llegaba le dejasen pasar.

En ese momento me fui directamente al baño, mi cuerpo temblaba por lo que acababa de hacer, en realidad el mensaje podía tener mil interpretaciones, ¿Qué era lo que necesitaba realmente de Alejandro?, ¿Su cuerpo?, ¿Su compañía?, ¿Su protección? Indudablemente necesitaba todo de ese dios griego.

Me desnudé completamente y me metí bajo aquel grifo de agua caliente dejando que el agua lavara mi cuerpo y de paso mis pensamientos.

«No debería haberlo enviado» medité cuando el arrepentimiento empezaba a aflorar cada vez más, «No debí hacerlo», ¿Qué pretendía con aquello? Él me había utilizado siempre, aunque aceptaba que aquella noche le debía demasiado por lo que había evitado que sucediera.

Iba a cerrar el grifo y salir para enviar un mensaje de nuevo diciendo que no hacía falta que viniera, que solo estaba un poco asustada, pero ya se me había pasado cuando noté su olor, ese inconfundible olor que me volvía completamente loca de deseo.

—Dime qué necesitas —dijo con su voz ronca, estaba allí en aquella ducha, justo detrás mientras el agua seguía cayendo.

No respondí inmediatamente y sentí como él acortaba la distancia en ese momento rozando con su nariz mi hombro.

—Sabes exactamente lo que necesito —respondí directa y me giré lentamente para verlo de frente.

En cuanto lo hice aquellos labios se apoderaron de los míos con tanta fuerza que casi no fui capaz de poder seguir su ritmo.

«Iba a arrepentirme de aquello, de eso estaba más que segura, pero en aquel

momento me importaba muy poco ir al infierno porque le necesitaba.
Necesitaba más que nunca a mi dios griego aquella noche»

8.

Pasión bajo el agua

Había rememorado tantas veces sus besos que casi se me había olvidado lo bien que besaba ese hombre, ¡Dioses! Sus candentes labios se fundían con los míos y su lengua comenzó a jugar de tal forma provocando que gimiese de puro placer ante su contacto.

Mis manos se enredaron en su cabello que en cuestión de segundos estuvo literalmente empapado por el agua que nos caía a ambos y noté como sus manos comenzaban a acariciar mi espalda mientras bajaba lentamente hasta rozar mis nalgas y acercarme a él, notando de esa forma su polla abultada entre mis muslos.

«¡Oh dios!» gemí interiormente mientras sentía como me alzaba con aquellos brazos fuertes para aprisionarme entre la pared de la ducha y su cuerpo, notando así todos sus músculos rozándome. Era tanta la fuerza con la que me estrechaba que ni tan siquiera el agua se filtraba entre nuestros cuerpos.

Sus labios fueron descendiendo lentamente por mi garganta mientras yo no dejaba de jadear sin poder evitarlo, había sido tanto tiempo en ausencia de él, que ahora notaba cada caricia arder a pesar del repentino frío por no sentir el agua caldeando mi cuerpo.

Cuando noté sus dientes jugueteando con uno de mis pezones mientras sus manos descendían lentamente y se colaban entre mis muslos, no pude aguantarlo más y estiré con fuerza de su cabello para que me mirase fijamente. Lo hizo, no se si pudo intuir lo que necesitaba, pero imagino que sí cuando noté como me penetraba haciéndome sentir llena de nuevo, acercando su boca a la mía sin llegar a besarme mientras ambos jadeábamos al mismo tiempo por

aquel éxtasis que siempre nos embriagaba a ambos.

Su aliento se mezclaba con el mío en cada una de sus embestidas, la profundidad de éstas era cada vez mayor siendo mas fuertes, más audaces, hasta que me arqueé todo lo que pude abandonándome a ese placer inaudito. Jamás conocería a un hombre como él, lo sabía, era muy consciente de que no podía existir en el mundo otro dios griego igual que él y justo antes de notar aquella explosión que atravesaba mi cuerpo colmándolo de dicha, supe que nunca sería mío del todo, que Alejandro jamás sería para mi.

Cuando logré volver a abrir los ojos él se encontraba jadeando en mi cuello exhausto, aún me sostenía entre sus brazos y podía seguir sintiendo su miembro en mi interior, donde me habría gustado que se quedara para siempre, pero fui consciente de que no podía ser así, de que había terminado.

—Podría estar follándote toda la noche y jamás me cansaría preciosa —susurró en mi oído mientras me dejaba caer y volví a tocar con mis pies el suelo de la ducha. Me rodeó de tal forma que se colocó detrás de mi, justo como la posición en la que habíamos estado inicialmente, dejando que el agua cayera de nuevo sobre mi cuerpo.

—Puedes irte —dije en el tono más frío que pude conseguir pronunciar en ese instante.

—¿Cómo? —exclamó a mi espalda.

—Ya me has oído —insistí—. Máchate. —repetí de nuevo.

—Creía que...

—Pues creíste mal y ahora largo —dije antes de que mi voz quebrase y me arrepintiera de ello.

Cuando escuché la puerta cerrarse incliné la cabeza para sentir la baldosa fría

de la pared en la frente, ¿Que acababa de hacer por dios? Me dije a mi misma mientras cerraba el grifo y salía de la ducha.

Solo un día más, un día y me marcharía de allí, de aquella ciudad que tanto me había dado como quitado, otro día viendo a Alejandro en la empresa y por fin me marcharía para intentar olvidarlo, aunque supiera de antemano que aquello era impensable. Además, acababa de acostarse conmigo teniendo novia ahora que lo analizaba. No sabía si yo me sentía incluso peor que él en esa situación, porque al parecer, a él le daba absolutamente igual tener novia y serle infiel, ¿La tendría también cuando teníamos el acuerdo? Lo dudaba, sobre todo porque habíamos pasado juntos varios fines de semana y él había asegurado que no tenía tiempo, ni ganas de buscar sexo en otra parte, pero al parecer no había tardado mucho tiempo en encontrar a alguien en cuanto me fui. Quizá la chica del parque fuera una exnovia con la que había vuelto o alguien que acababa de conocer, pero fuera cual fuera de las dos opciones, lo que estaba claro es que era mentira eso de que él no servía para tener pareja.

Suspiré tras meditar todo aquello. Estaba agotada, pero antes de meterme en la cama me aseguré de que mi personal de seguridad estaba allí presente y cuando lo comprobé me deslicé entre las sábanas a y me abracé a la almohada. Sabía que iba a arrepentirme antes de enviar aquel mensaje y aún así lo había hecho. ¿Por qué diablos había tenido que sucumbir a la tentación? Ahora me martirizaría aún más de lo ocurrido, me estaba haciendo daño a mi misma y aún así no conseguía quitarme de la cabeza que por más que lo negara, deseaba volver a verlo.

Me desperté aturdida, por un momento pensé que lo de la noche anterior había sido simplemente un sueño, pero no, Alejandro había estado allí porque yo lo había querido. Habíamos tenido un polvazo en la ducha que quedaría para mi lista de recuerdos y del que quería arrepentirme al mismo tiempo que saborear

cada instante.

—Joder, joder, joder —recite mirándome al espejo después de lavarme la cara.

Bien, solo tenía que pasar la mañana de reuniones y me iría. Solo tenía que evitarlo durante el tiempo que permaneciera dentro de la sede y se habría acabado. Volvería a Moscú y no regresaría hasta haberle olvidado.

Me coloqué un traje de chaqueta y pantalón muy formal y apenas me maquillé, no me apetecía ni estar sexy, ni llamar la atención después de lo ocurrido en el baño con el tipejo ese. Le dije a mi personal de seguridad que no se separase de mi ni tan siquiera dentro de la empresa, tal vez debería llevar un equipo de trabajo a partir de ahora, aunque al principio me había negado pensando que harían todo por mí y no podría aprender nada, después de esa semana de reuniones y el asalto que había tenido por parte del individuo que mejor prefería no recordar... lo mejor sería precisamente eso; estar acompañada en todo momento. Tal vez incluso así podría evitar caer en tentaciones de las que después me martirizaría a mí misma por hacerlo.

—Señorita Komarova, el señor Álvarez la espera en su despacho —dijo el asistente que parecía estar esperándome nada más entrar en la sede como cada mañana.

—¿Cómo dice? —exclamé extrañada al chico—. No debía reunirme hoy con él, en mi agenda no consta que tenga una cita programada —advertí.

—Ha sido un cambio en el último momento, se trata de algo urgente al parecer por lo que ha mencionado el señor Álvarez —insistió el chico mientras me indicaba que pasara para coger el ascensor.

Alcé una ceja y esperé que fuera urgente de verdad, de todas formas, no podía negarme si la reunión se había atrasado por esa razón. Además, parecería que

no querría reunirme con el director de mi empresa y levantaría más sospechas que si simplemente acudía para tratar ese asunto urgente.

—Señor Álvarez, la señorita Komarova ha llegado —dijo la secretaria de Álvarez en cuanto llegué a su despacho y ni siquiera mencioné que me estaba esperando.

Pedí a mis guardias de seguridad que esperasen en la puerta, no tenía ni idea de a qué se debía ese asunto urgente, pero si eran temas de trabajo era preferible que no escucharan nada indebido por si acaso.

—Espero que sea algo urgente para haber retrasado la reunión —dije nada más entrar en cuanto el chico de personal me abrió la puerta y la cerró en cuanto estuve dentro.

—Lo es —respondió seriamente mientras se acercaba a mi con las manos en los bolsillos.

—Pues tú dirás —dije cruzando los brazos.

—Ahora mismo me vas a aclarar lo que hay entre tú y yo Irina —contestó seriamente, como si de verdad fuera un asunto de seriedad absoluta.

—¿Qué? —exclamé—. No existe un tu y yo, así que no hay nada que aclarar Alejandro —afirmé tajante.

—¿Y qué fue exactamente lo de anoche?, ¿Qué se supone que fue eso? —insistió.

—¿Un polvo? —exclamé esquivando la pregunta. Lo cierto era que trataba de no mirarlo, estaba demasiado atractivo con aquel traje azul marino y con ese el aire de poder que siempre emanaba por cada poro de su ser que de alguna manera me excitaba sin saber porqué.

—Antes de marcharte dijiste que querías una relación —aseguró—, una

relación normal.

—Si tan buena memoria tienes, debes recordar cuál fue tu respuesta. —aclaré.

—Tenía mis razones para actuar así, Irina —contestó con un semblante serio—. Es difícil de explicar, pero podría intentarlo...

—¿Intentar qué, Alejandro? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Tener una relación —sentenció.

En ese momento se podría haber caído el edificio que me hubiera quedado igual de estática al punto de que ni la sangre corría por mis venas. Había deseado tanto aquello hacía tan solo unas semanas que ahora no sabía reaccionar ante esas palabras.

—¿Por qué ahora? —exclamé no pudiendo evitar la pregunta en cuanto conseguí reaccionar. Necesitaba saber porqué lo quería en estos momentos cuando se había negado rotundamente desde el principio.

—Porque es la única forma de tenerte —contestó firme.

—¿Tenerme? —grité—. No soy una posesión Alejandro y mucho menos un objeto que puedas calificar como tuyo.

—No quiero que seas una posesión, solo quiero que seas mía y que solo yo pueda tocarte —aseguró firmemente y de hecho sentí que de verdad era lo que quería por más egoísta que me pareciera y que sin embargo él, no lo hiciera.

—¿Y tú?, ¿Qué hay de ti? —pregunté entonces.

—No entiendo la pregunta —contestó alzando una ceja confuso.

—¿También serías mío? —pregunté tratando de averiguar si confesaba quién era la chica del parque o si tenía otra relación con alguien.

—Si —afirmó sin dudar y me sorprendió que lo hiciera.

—¿Sólo mío?, ¿Sin nadie más de por medio? —pregunté anonadada.

—No necesito a nadie más.

En ese momento sentí la debilidad de mis pies sobre aquellos zapatos de tacón de aguja y me maldije por habérmelos puesto aquella mañana, ¿A quién se le ocurre? Desde luego solo a mi, aunque jamás hubiera previsto que me confesaría aquello, por más que estuviera mintiendo, pero había sido todo un deleite para mis oídos.

—Lo siento Alejandro, pero ahora eres tú quién no está a mi altura —contesté firme tratando de evitar cuanto me dolía decir aquello.

Me di la vuelta no esperando una respuesta, en el fondo me maldecía a mi misma porque había deseado que me dijera precisamente aquello durante tanto tiempo, pero después de que me partiese el corazón aquel día con aquellas mismas palabras que le acababa de recriminar supe que aquel hombre no merecía que lo amase por más que mi cuerpo se empeñase en reclamarlo y mi corazón en aclamarlo.

—Me dijiste que me debías un favor por el incidente de ayer —dijo antes de que colocara la mano en el pomo de la puerta para salir de aquel despacho.

No sabía que iba a pedirme, pero al menos supe por su voz que no se había movido de su lugar para acercarse a mi, tal vez si le tuviera justo detrás con aquella fuerza, esa increíble fragancia que si descubría cual era estaba dispuesta a pagar una fortuna por retirarla solo para que aquel maldito olor no me provocara esa agonía por tocarle y sobre todo el tono ronco que hacía que me exasperase de puro placer cada vez que le tenía cerca; me derretiría entre sus brazos y sería capaz de lanzarme sobre su cuerpo.

—Te escucho —dije sin darme la vuelta, no confiaba en mi misma, aún tenía presente la pasada noche, mi debilidad crecía por momentos y sabía que la

fachada que había conservado hasta ahora solo era producto de la culpa y la autocompasión por haber sucumbido yo sola víctima del puro deseo que sentía por ese dios griego carnal.

—Necesito a una acompañante para asistir a un evento el próximo sábado dieciséis de este mes —calculé mentalmente y faltaban algo más de dos semanas para esa fecha.

—Estaré ocupada —contesté sin más.

—Pues desocúpate —dijo sin más—, necesito que alguien me acompañe y tu me debes un favor. —Su tono era seco y a mi parecer bastante brusco, como si estuviera enfadado. Lo medité unos instantes y pensé que, si así estaría en paz con él, asistiría a ese dichoso evento, después de todo se lo debía por haberme salvado.

—Envíale los datos a mi secretaria y allí estaré —contesté en el mismo instante que abría la puerta y me marchaba volviendo a respirar el aire contenido.

Necesitaba poner separación entre ese dios griego y yo, o de lo contrario no podría mantenerme alejada de ese cuerpo como mi mente quería, pero mi corazón no parecía querer valorar esa opción porque todo en mi me pedía a gritos que sucumbiera a la tentación que significaba Alejandro para mi.

El resto de la mañana se fue entre reuniones con los otros miembros de la junta directiva. Comí con un socio de mi padre que tenía varias propuestas de inversión que podrían ser interesantes antes de marcharme hacia Londres esa misma tarde y por suerte, pude entretenerme el resto de la tarde en aquellas propuestas que había discutido con aquel simpático hombre que tenía muchas ganas de conocerme por la cantidad de ocasiones en las que mi padre le había hablado de mi.

Cuando abandoné de nuevo España para dirigirme hacia la sede que teníamos en Inglaterra de Komarov, me iba con dos pensamientos; uno era que había vuelto a estar con Alejandro, a pesar de que me había propuesto no sucumbir yo misma ante él, lo había hecho, le había invitado a mi habitación siendo consciente de lo que ocurriría y el mero hecho de haberle dicho que se marchara después tratándole de la misma forma en la que él me había tratado a mi no hacía que me sintiera mejor. Lo segundo era que, aunque no lo deseara, volvería a verle más pronto de lo que me gustaría porque debía acompañarle a aquel maldito evento del que no tenía ni la menor idea en que consistía, es más, tampoco me interesaba saberlo, pero no entendía porque me lo pedía a mi.

Por un momento recordé su propuesta, me había pedido tener una relación normal, que quería intentarlo, ¿Por qué ahora? Su respuesta de que quería que fuera únicamente suya no me parecía la más indicada... más bien tendía a pensar que ahora yo suponía para Alejandro un puente hacia la cumbre, alguien útil con quien estar, era interesante tener una relación con la dueña y presidenta de la empresa en la que él era un simple socio minoritario y el solo hecho de pensar que había mencionado aquella propuesta por puro interés hacía que mi rabia hacia él creciera. Incluso desechaba a aquella chica con la que parecía estar saliendo y que desde luego no negó aquel abrazo en público delante de todo el mundo incluida yo, solo por su bienestar en la empresa. Si tanta pasión le dedicaba a su trabajo debería casarse con Komarov... me dije mientras cerraba la carpeta de pronto porque era incapaz de concentrarme.

Así me muriera de ganas por estar con él, no sucumbiré de nuevo. Me niego a hacerlo... no iba a darle el gusto, aunque me lo estuviera privando a mi también al mismo tiempo.

—¡Andrei! —dije intentando parecer lo más contenta que pude por teléfono.

—¿Estás bien? —contestó enseguida mi primo.

—Claro que sí, ¿Por qué lo preguntas? —pregunté esperando que por mi pronta efusividad no sospechara nada.

—Teniendo en cuenta el ataque que sufriste ayer, pensé que no estarías tan feliz de la vida —aseguró preocupado.

—¡Ah bueno! Eso... —me calmé un poco analizando la situación, prácticamente se me había olvidado y eso se lo debía únicamente a Alejandro, al menos eso lo tenía en su beneficio.

—¿Es que el señor Álvarez ha conseguido que se te olvide el incidente? —exclamó para mi consternación.

—Pero ¡qué dices! —le grité— Estoy de viaje de trabajo Andrei.

—Bueno, creo que eres lo suficientemente grandecita y responsable de tus actos, mientras tengas claro lo que haces. —Me sorprendió que Andrei no me recriminara nada. Tal vez fuera porque gracias a Alejandro me había librado del tipo que había intentado violarme y se lo agradecía de aquella forma—. Te llamaba para decirte que ya está solucionado lo del tipo ese. No vas a volver a encontrarte con ese hombre de nuevo, no trabajará en ninguna sede Komarov, ni en ningún otro trabajo te lo aseguro.

—Mejor no preguntó que habrás hecho —aseguré. ¿Era una mala persona por no sentir pena alguna por ese malnacido que había tratado de forzarme y que incluso iba a pegarme si Alejandro no hubiese aparecido en ese instante?

—No te interesa, solo quería decirte que estés tranquila. Cuando vuelvas a Moscú hablaremos de tu seguridad personal a partir de ahora —afirmó sin darme tregua.

—Está bien, después de Londres vuelvo a casa por un par de semanas al

menos, así que tendremos tiempo suficiente de vernos —confirmé visualizando mi agenda.

—Nos vemos pronto entonces, primita —dijo antes de despedirse—. Y ten cuidado, no te separes de tus guardias en ningún momento.

Llevaba varios días de haber vuelto a Moscú, lo cierto era que me estaba acostumbrando a trabajar desde aquel despacho que había sido de mi padre. Me había comprado un pequeño ático en el centro de la ciudad, ni muy pequeño ni excesivamente grande, pero me pasaba cada dos días por casa de mis padres para revisar con mi padre alguna que otra documentación y él me iba dando pautas sobre las indicaciones que debía tener, incluso me ponía en preaviso sobre ciertos asuntos que debía tener en cuenta de algunas personas en reuniones concretas que se hacían semanalmente.

Estaba tan sumida en el trabajo que apenas me quedaba tiempo para tener vida social, incluso llevaba casi cinco días sin hablar con Nadia por falta de tiempo y tuvo que ser ella misma quien para verme solicitara una cita a mi secretaria.

—¿Puedes hacer un respiro Irina? —dijo mi amiga mientras apuntaba un par de cosas en mi agenda antes de que se me olvidara.

—Si, enseguida —contesté escribiendo rápido.

—A este paso, te voy a ver por el hospital antes de lo que esperas —aseguró ella en plan dramática.

—No digas tonterías —contesté irónicamente.

—Irina —contestó llamando mi atención. Noté sus manos sobre las mías y dejé caer el bolígrafo—. ¿Qué pasa? —preguntó de pronto y suspiré dejándome caer sobre la silla.

—Si no ocupo todo mi tiempo en el trabajo acabaré pensando en él y si lo hago, seguro que le acabo llamando o algo peor —gemí sincerándome porque solo con ella podía hacerlo.

—Yo pensaba que lo tenías casi olvidado después de todo lo que te hizo —me contestó Nadia algo confundida.

—Yo también... —afirmé sin mencionar que eso era lo que quería, no lo que sentía.

—Tal vez solo tienes que dejar que pase el tiempo y quizá dentro de unos meses comenzará a formar parte de un recuerdo no tan nítido —aseguró tratando de aliviarme.

—Voy a verlo dentro de dos días, tengo que acompañarle a no se que cosa —mencioné asustándome el simple hecho de tener que volver a verlo.

—¿Por qué? —preguntó atónita.

—Es una larga historia, pero digamos que estoy comprometida a hacerlo. Pensé en poner una excusa, pero entonces le seguiré debiendo un favor —bufé.

—Tú estás peor de lo que yo pensaba —afirmó Nadia cruzándose de brazos sin apartar la vista de mi.

—¿En serio? —exclamé tapándome la cara con las manos—. No sé que hacer para olvidarlo Nadia, ¡No puedo conseguirlo por más que lo he intentado!

—Tal vez no debas hacerlo... —sugirió como si fuera lo más evidente.

—¿Cómo? —exclamé en voz alta por si resultaba que mi amiga se había vuelto completamente zumbada.

—Aprovéchate de tu posición para tener una relación con él como la tenías antes, tal vez así acabes cansándote de él de alguna forma, creo que así

acabarás dándote cuenta de que es un ególatra engreído y ese sentimiento que tienes, acabaría desapareciendo —contestó elocuente.

No me hubiera imaginado a Nadia dándome ese consejo, pero... ¿Podría tener razón?, ¿Podría funcionar que volver a tener una relación puramente sexual hiciera que me cansara del dios griego?

Con ese pensamiento y un vestido de color azul noche de manga larga y pedrería cuya espalda estaba completamente al descubierto, emprendí el viaje aquel viernes por la tarde de vuelta a Madrid. No sabía que esperar al día siguiente, no sabía a qué clase de evento debía acudir porque en la citación solo había una hora y un lugar, con el único añadido de que debía acudir de gala y ser puntual.

Iba a verle de nuevo, probablemente vestido de esmoquin y más sexy que nunca, pero mis nervios no solo eran por estar junto a él mientras durase aquel evento, sino porque de algún modo, las palabras de mi amiga Nadia resonaban de nuevo en mi cabeza hasta el punto de que habían llegado a tomar forma y creer que aquella sería la única solución para no morirme de agonía por la falta de aquel vibrante cuerpo de mi dios griego.

Miré el teléfono por enésima vez, no había ningún mensaje de Alejandro, ninguna llamada, nada de nada, cero, ¿Sin más aviso que aquella nota que envió dos días después de que volviera a Moscú debía presentarme en aquel lugar y esperar? Daba por hecho que no pasaría a recogerme, ni tan siquiera había dicho que un coche lo haría por él... y de algún modo aquello me resultaba de lo más extraño, por no decir inquietante.

Bien era cierto que, si echaba la vista atrás, en todos nuestros encuentros él nunca se preocupó porque llegase a los sitios en lo que me citaba, más bien era yo la que se apañaba la vida como pudiese para llegar. Pero en esta ocasión se trataba de una velada a la que supuestamente debía acompañarlo y hasta donde llegaba mi conocimiento, a ese tipo de actos se llegaban juntos, no por separado. Aunque no tenía ni la más mínima idea de que acto sería, pero supuse que probablemente se trataría de alguna gala benéfica, una subasta o una cena de negocios, aunque nada tuviera que ver con el consorcio Komarov porque no había ningún evento esa noche en España al que tuviéramos que asistir o estuviera programado.

Tal vez solo era la curiosidad junto con los nervios de volver a verlo y las palabras de Nadia que no dejaban de repetirse una y otra vez en mi cabeza. ¿Podría volver a tener con Alejandro algún tipo de relación similar a la que tuvimos? Mas bien no era una relación, se trataba solo de sexo sin compromiso y punto, pero ¿Podríamos establecer algo similar dada la situación actual?

Llegados a este punto era probablemente la única forma de estar con él, aunque me hubiera propuesto intentar tener una relación normal como

cualquier pareja lo hacía cuando se gustaba, lo más probable es que dejando a un lado el interés que ahora podría tener Alejandro por mi debido a quien era yo realmente, sería algo abocado al fracaso. Yo no podía permitirme tener una relación estable, aunque quisiera y él... bueno, él incluso seguramente estaba con esa otra chica del parque cuyos rasgos no dejaban de martirizarme al ser tan sumamente guapa. No entendía porque no habría invitado a esa chica con él a acudir a este evento, ¿Tal vez me necesitara por conveniencia? Suponía que hasta dentro de unas cuantas horas no encontraría respuestas.

Aunque el acontecimiento era de tarde, había preferido acudir un día antes para estar descansada durante la gala y también porque inexplicablemente quería estar radiante. Me quería sentir especialmente guapa aquella noche. Supongo que simplemente era por la incesante necesidad de gustarle cuando me viera por muy imbécil que aquello sonara, pero siendo francos aún le amaba, pese a todo le quería y no podía evitar hacer aquellas cosas.

Pedí cita en la peluquería, quería algo sencillo, pero que se apreciara el escote de la espalda que lucía el vestido. A última hora de la mañana después de levantarme tarde, estuve en un centro de belleza para hacerme una limpieza facial, manicura y pedicura al completo. Después me fui directa a la peluquería, cuando llegue al hotel me di cuenta de que no había comido y tenía un hambre voraz, pero no me daba tiempo, debía ducharme y maquillarme para estar a las seis en aquel lugar, me parecía demasiado temprano para tratarse de un evento de tarde que sin duda se prolongaría hasta la cena, pero bueno... todo aquello resultaba muy extraño, así que la hora era lo de menos.

Resalté mis ojos con un potente delineado azul oscuro que haría que mi propio color natural brillara más y en los labios llevaba un rojo con subtono vino que resaltaba mis rasgos. Cuando estuve lista me subí a los zapatos de tacón cuyos pies sufrirían bastante debido a la altura y cogí un chal porque a pesar de estar

acostumbrada al frío ruso, hacía algo de fresco por ser noviembre.

Me monté en el coche que había alquilado durante el fin de semana y le di la dirección al chofer, en realidad no tenía ni la más mínima idea de si debía o no despedir después a mi chofer porque no sabía si al terminar dicho evento Alejandro me llevaría de vuelta al hotel o lo debería hacer por mi cuenta, pero chica precavida vale por dos, así que cuando el conductor me dijo que ya habíamos llegado le dije que esperase hasta recibir de nuevo indicaciones. El servicio estaba incluido por lo que cuando el conductor se bajó y me abrió la puerta miré a mi alrededor visualizando aquella impresionante iglesia.

Miré el reloj y era la hora exacta, pude ver algunas personas en la puerta que vestían trajes largos y parecían estar esperando.

—Perdoné, ¿La dirección exacta que le di a que edificio corresponde? — pregunté descartando la iglesia como lugar.

—A la iglesia, por supuesto —afirmó como si no hubiera duda alguna.

—¿A la iglesia?, ¿Está usted seguro? —exclamé confusa. No podía ser... era imposible.

—Si señorita, conozco personalmente la Iglesia de San Manuel y San Benito, es la dirección que usted me dio, no hay duda alguna —afirmo de nuevo.

—Está bien, gracias por aclararlo —contesté sintiéndome tonta y comencé a alejarme del vehículo.

—No puedo quedarme aquí, así que si me necesita solo debe llamarme, trataré de estar cerca en algún aparcamiento que encuentre —dijo antes de rodear el vehículo para entrar de nuevo en el asiento del conductor.

—Por supuesto, gracias.

¿Una iglesia?, ¡Pero que diantres hacía yo allí! Según parecía por la

vestimenta debía tratarse muy probablemente de una boda, dudaba que la gente se vistiera así para un bautizo. Me acerqué lentamente y sintiéndome algo estúpida porque acababa de enterarme de que no iba a asistir a una gala benéfica o a un acontecimiento que era simplemente cordial, se trataba de una boda y Alejandro debía ser un invitado familiar o lo suficientemente conocido para asistir.

¿Por qué me invitaba a algo tan personal cuando nunca había querido hablar de sí mismo o peor aún, que nos vieran en público? No entendía nada de aquello.

Cómo no sabía muy bien que hacer fingí tener una llamada de teléfono, hasta que cada vez más gente se concentró en la puerta. Podía notar ciertas miradas sobre mí, seguramente porque nadie me conocía y yo no parecía conocer a nadie tampoco ¿Dónde demonios se había metido Alejandro?, ¿Quién era ahora el impuntual? Pensaba reprocharle aquello durante toda la noche.

Escuché como quien no quiere la cosa a alguien decir que fueran pasando dentro de la iglesia, que la novia probablemente no tardaría en llegar.

Siendo sincera, me daba cierto apuro, porque me sentía como si me estuviera literalmente colando en aquella ceremonia sin conocer a nadie. Decidí guardar el teléfono y entrar en la iglesia de una vez, pero antes de hacerlo alguien me interrumpió.

—Perdona —escuché y alcé la mirada para encontrarme con un chico bastante alto y muy guapo a decir verdad. Llevaba un traje formal como el resto de los invitados que le sentaba bastante bien a pesar de no estar hecho a medida por el sobrante en sus pantalones.

—¿Sí? —exclamé algo nerviosa.

—Tu vienes por parte de la novia, ¿Verdad? —preguntó al mismo tiempo que me sonreía y yo sonreí al mismo tiempo porque no sabía que decir.

Probablemente no, era más seguro que estuviera allí por parte del novio que sería algún amigo de Alejandro, pero tampoco podía confirmarlo porque no tenía ni idea de quienes eran sus amigos, no sabía nada de él.

—Pues... —empecé a decir tratando de inventarme algo, pero en ese momento llegó un coche con adornos en las puertas, que sin duda alguna debían ser los novios.

—Al fin está aquí, se ha hecho de rogar bastante —contestó sonriente y yo me quedé observando a la pareja que se casaría en un instante.

Miré al vehículo para ver bajar a los novios que debían venir juntos a la iglesia, desconocía como era una boda en España, pero imaginaba que sería igual que en Rusia donde el novio recoge a la novia en su casa y van juntos hasta el lugar de la ceremonia, aunque allí casi todo el mundo se casa por el juzgado y no en la iglesia porque no tiene ningún poder, pero aún así hay parejas que lo seguían haciendo solo por lo que representaba.

En el momento que reconocí a Alejandro salir del vehículo y coger delicadamente a aquella mujer vestida de novia palidecí. Ella le sonreía y parecía tan enamorada que me agarre al hombro del chico que había a mi lado para no caerme.

«No puede ser» Me repetí tres veces. «No me puede haber invitado a su propia boda»

—¿Estás bien?, Se que a vosotras estas cosas os emocionan mucho y supongo que aún más si es tu amiga —dijo el chico sosteniéndome, algo que agradecí.

—Si... claro —contesté casi sin aliento.

—Entremos, que no me quiero perder la cara de Alberto —dijo de pronto aquel chico y no entendí porqué decía eso.

¿Alberto?, pensé, ¿Quién demonios es Alberto y qué tendrá que ver? Tal vez solo fuera el padre de la novia o alguien celoso de aquella boda.

Cuando entré en la iglesia todavía seguía agarrada al brazo de aquel chico que me guió por uno de los laterales hasta los asientos situados en las primeras filas del altar. Ni tan siquiera había podido mirar a la gente que quedaba a nuestra izquierda porque iba salteando obstáculos y mirando el suelo para no caerme con aquellos zapatos.

—¡Ey, dejadla pasar hasta el pasillo! —susurró el chico que me acompañaba a otros presentes en una de las bancadas—. Es una amiga de Teresa —añadió mientras todos los presentes me miraban como si me estuvieran estudiando detenidamente y me dejaron pasar sin rechistar.

—No hace falta... yo... —dije intentando evitar molestarles, pero eran tantos los que me permitieron pasar que no pude negarme.

Cuando llegué justo al extremo del pasillo miré al frente y vi a un chico trajeado esperando en el altar, ¿Quién era ese? Se giró en cuanto la música comenzó a sonar, parecía esperar a alguien, en ese momento me volví hacia la puerta de la iglesia y las pocas personas que había sentadas se levantaron para ver como entraba la novia y avanzaba por el pasillo del brazo de Alejandro. La reconocí inmediatamente como la chica morena del parque, era absolutamente preciosa y por raro que pareciera solo miraba hacia el chico que aguardaba en el altar.

No entendía nada, pero seguí mirando expectante a la situación, Alejandro estaba increíblemente guapo con aquel traje azul oscuro y cuando se comenzó a acercar a mí, me vio. No sabía que esperar de su reacción al verme, pero sin duda, lo que menos esperé es que me sonriera, fue una sonrisa demasiado sincera que inexplicablemente me hizo sonreír a mi también. ¿Y por qué puñetas le sonreía si me había invitado a su propia boda? Aunque ya no estaba

del todo segura de que así fuera, pero debía serlo, habían llegado juntos y era la chica morena del parque... ¿Qué otra cosa sería sino? Aunque el chico ese que había en el altar... ¿Sería un testigo?, ¿Y entonces por qué ella le miraba embobada? No entendía nada...

Pero cuando llegaron hasta el altar y Alejandro entregó a la novia a aquel chico que estaba esperando, me di cuenta de que él se hacía a un lado quedando a la izquierda de la novia y me miró de nuevo.

—Bienvenidos a todos los presentes. Hoy nos hemos reunido para celebrar el sagrado matrimonio de Alberto Nicolás Roldán Montes y María Teresa Álvarez Santiago que han decidido...

«Teresa Álvarez» ¡Era su hermana!, ¡Alejandro acababa de invitarme a la boda de su hermana!

¿Una acompañante para un evento?, ¡Por dios que era la boda de su única hermana!, ¡Ay dios! Allí debía estar toda su familia y no tenía ni idea de con qué excusa iba a presentarme ante todos ellos.

En ese momento sentí dos cosas; la primera era que Alejandro ni se casaba, ni tenía novia como yo pensaba... ¡La morena del parque era su hermana! Y segundo... en ese momento quería matar a Alejandro por no avisarme, pero además de matarlo también me moría inexplicablemente de ganas por besarle al haberme invitado a algo tan personal.

—Oye preciosa... ¿Y tú has venido sola a la boda? —escuché la voz masculina que tenía al lado y me reí interiormente.

—Cssh —siseó alguien—. Cállate que yo la vi primero ¡eh! —escuché decir a otro y en el momento en que me giré vi como a siete chicos trajeados mirándome. Probablemente enrojecí y mis mejillas se teñirían de rojo ante tantos pares de ojos observándome detenidamente.

¿Qué se supone que debía contestar?, No sabía como me iba a presentar Alejandro, ¿Compañera?, ¿Amiga?, ¿Jefa?, ¿Socia?

—¿Cómo te llamas? —susurró uno.

—¿Sabes donde te vas a sentar? —escuché decir a otro.

—Oye, no agobiarla tanto, que no se va a esfumar de la boda, ¿verdad? —reconocí al mismo chico que me había acompañado hasta allí y que estaba al otro extremo.

—No... no me iré o eso creo —susurré no pudiendo evitar reírme.

Lo cierto es que eran bastante graciosos con sus comentarios todo el tiempo, fui descubriendo que eran amigos del novio e incluso supe que era el primero de todos ellos en caer bajo la “soga” del matrimonio, al parecer el resto estaban solteros aparentemente o a juzgar por sus comentarios.

Intenté prestar atención a la ceremonia en la medida de lo posible y aunque no duró mucho, fue bastante bonita. Antes de que me diera cuenta ya había terminado y al parecer tanto novios como padrinos debían firmar el acta de casados, así como algunos testigos porque uno de aquellos chicos mencionó algo de querer firmar dicha acta.

—¡Vamos!, ¡Hay que enterrarlos literalmente en arroz! —exclamó uno de ellos que no era el me había traído hasta allí, ni tan siquiera sabía sus nombres así que no tenía como llamarlos. Los siete enanitos desde luego no, porque salvo uno todos eran más altos que yo y eso que yo no era precisamente muy bajita que digamos.

Salí hacia el exterior de la iglesia que de por sí estaba quedándose vacía salvo algunos rezagados que había hablando. Me preguntaba quien sería la familia de Alejandro, estaba bastante nerviosa, ¿Qué le habría dicho a su

hermana cuando le dijo que llevaría acompañante? Quizás mis nervios eran más por las explicaciones que él debía haber dado que por el hecho en sí de estar allí, ahora que sabía que Alejandro nunca había estado con otra al menos que yo supiera, algo me hacía vibrar de nuevo en mi interior, como si tuviera un rayito de esperanza ante la negrura que vaticinaba hacía tan solo unos instantes.

Todos estaban entusiasmados cogiendo paquetitos de arroz y repartiéndolos entre los invitados, avisando a todo el mundo que estuviera preparado, al parecer los novios iban a salir en breve de la iglesia.

Abrí la bolsita vaciando el contenido de ésta en una mano y uno de los chicos me ayudó para vaciarme el contenido de otra en la otra mano que apenas podía manejar porque llevaba el bolso agarrado con el brazo pegado a mi costado al no tener asa.

Justo antes de que los novios salieran y el arroz comenzara a volar por el aire, sentí aquellos brazos fuertes rodeando mi cintura, ese aroma masculino potente embriagar mis cinco sentidos y no solo el del olfato, además de aquella voz ronca susurrando a mi oído.

—Has venido... —dijo tan cerca de mi oreja que me estremecí desde los pies hasta la cabeza y reconocí inmediatamente esa voz. No pude responder por la avalancha y los gritos que se vinieron en el momento en el que los novios salieron por la puerta de la iglesia.

Tiré el arroz con mi mano derecha y después cogí el bolso para poder tirar el que tenía en la mano izquierda, aunque con ésta fui un poco mas torpe, sobre todo porque Alejandro no me había soltado la cintura.

—¡Alejandro! —escuché de pronto y se trataba del mismo chico que me había acompañado al principio.

—¡Que pasa Oscar! —contestó mientras notaba como se saludaban algo más que formalmente.

—¡Ese padrino! —gritó otro cuando se dio cuenta de que él estaba allí.

De uno en uno fueron acercándose a saludarlo y yo me quedé en medio de todo mirando como espectadora sin saber dónde meterme.

—Pobrecilla —dijo uno de ellos—. ¿No conoces a ningún invitado?, ¿Solo a la novia? —preguntó uno que si no recordaba mal se llamaba Carlos.

—En realidad aún no conoce a mi hermana, no se la he presentado —contestó Alejandro captando la atención de todos incluida la mía.

—Espera un momento, ¿La conoces? —exclamó el tal Oscar. Hablaban de mi como si no estuviera allí presente y me pareció absurdo.

—Un poco —contestó guiñándome un ojo y dejándome atónita por ello—. Es mi novia. —Soltó delante de todos.

Probablemente si no llevara en aquellos momentos un tanga que por cierto, estaba casi incrustado en mi piel, estaba segura de que se me habrían caído las bragas literalmente al suelo, ¿Su novia?, ¿Estaba escuchando bien? No... probablemente me habría quedado sorda de tantos gritos y no había dicho aquello, solo eran imaginaciones mías.

—¡Pero serás cabrón! —exclamó uno de ellos mientras le daba un golpe en el hombro aunque en ese momento Alejandro solo me miraba a mi y yo a él sin decir nada.

¿Qué esperaba que hiciera en ese momento? Dejarlo por embustero y desmentirlo no era una opción, él sabía muy bien que no podía hacerlo, jugaba con ventaja y yo no. Alejandro estaba en su campo y yo solo era una mera espectadora invitada.

—¡Ya decía yo que tu hermana no podía tener amigas tan guapas! —escuché decir a otro mientras algunos se reían—. Perdona por la franqueza preciosa, que por cierto aún no sabemos cómo te llamas.

—No te preocupes —sonreí—. Soy Irina —contesté— Irina Komarova —añadí en el último momento.

—¿Komarova? —preguntó indeciso— ¿No se llama algo así la empresa por la que te dejas medio riñón cada día? —preguntó dirigiéndose a Alejandro.

—Si, de hecho, ella es la dueña —contestó como si aquello fuera lo más normal.

—¡Joder que cabrón! —exclamó haciendo que todos rieran—. Tío... ¡Véndeme tu vida, en serio! —añadió y no pude evitar reírme por la ocurrencia de aquel chico.

—Oye deberíamos empezar a llamar a los taxis para que vayan llegando —mencionó alguien de pronto.

—¿Has venido en taxi? —me preguntó de pronto Alejandro en voz baja para que nadie me escuchara.

—No, tengo a mi chofer cerca —contesté en el mismo tono.

—Vamos —dijo cogiéndome de la mano mientras nos separábamos del grupo.

Cuando hubo una distancia prudencial no aguanté más la situación y de algún modo necesitaba respuestas.

—¿Tu novia?, ¿En serio? —casi grité.

—Cssh —siseó colocándome un dedo en los labios mientras se acercaba a mi de forma peligrosa—. Mira, solo es un favor, solo será esta noche y después te prometo que no me volveré a acercar a ti —susurró.

—¿Y no te pareció correcto avisarme al menos? —pregunté como si aquello le pareciera normal.

—Si lo hubiera hecho, ¿Habrías venido? —exclamó—. Hasta me sorprende lo hayas hecho y precisamente no te llamé para que no pudieses negarte o darme alguna excusa banal para no hacerlo.

—Así que lo tenías todo pensado —contesté sin más.

—Le prometí a mi hermana que traería una acompañante —susurró.

—¿Y por qué no pagaste a una? —pregunté sin pensar.

—Porque después de que te viera en el parque, tuve que explicarle quien eras... y ella quiso que trajera a ti.

—¿Qué le dijiste exactamente? —exclamé atónita.

—¿Es necesario? —contestó mirándome fijamente.

—No me contestes con otra pregunta —insistí.

—Está bien, le dije que habíamos estado saliendo y que nos habíamos dado un tiempo —admitió con cierto pesar en sus palabras.

—Pero ¡Cómo se te ocurre! —le grité.

—¿Y qué querías que hiciera? Es mi hermana pequeña y parece que tiene un sexto sentido para esas cosas, no habría colado decirle que solo eras una amiga y mucho menos iba a decirle que entre nosotros solo hubo un contrato para follar sin compromiso.

—Pues habrías sido sincero por una vez —contesté cruzándome de brazos.

—Yo siempre he sido sincero Irina. Jamás te he mentado —me recriminó y tuve que reconocer para mi desgracia que desde el principio me dijo como serían las cosas entre nosotros, no me dio pie a tener pretensiones de ningún

tipo, solo que yo acepté esas condiciones pensando que mi corazón no se vería afectado.

—¿Qué tengo que hacer? —dije cambiando de tema porque me negaba a admitir que tenía razón en cuanto a eso.

—Solo finge ser mi novia durante esta noche —contestó serio—. Y después se acabó todo, no nos volveremos a ver salvo para lo estrictamente necesario que requieran los negocios.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo Alejandro? —exclamé sorprendida porque él era el primero en decir que no era un hombre de relaciones en pareja.

—Lo sé, pero quiero hacer feliz a mi hermana —admitió mirándome a los ojos y no pude negarme.

—Está bien, pero que conste que lo hago solo porque te debo una y porque no quiero arruinarle el día de su boda a tu hermana —contesté, aunque en realidad lo hacía también porque me parecía demasiado divertida la situación a pesar de todo.

—Te advierto que no sé qué deben hacer los novios, pero supongo que se abrazan y se besan —susurró acercándose a mi—. Aunque imagino que como en eso tenemos algo de práctica no supondrá un problema, ¿o sí?

—Si tienes claro que solo será por esta noche, no lo tendré —respondí aprovechándome de ello, ¡lba a besarle! Y no tenía ni que pedirlo... ¡Ay dios!, creo que esa noche iba a pasarme factura durante los próximos meses... estaba segura de ello, pero en aquel momento me daba absolutamente igual, solo me apetecía tener la excusa perfecta para probar esos labios de nuevo.

—Lo tengo claro —contestó más serio de lo normal y aquello me extraño.

10.

Confesiones ocultas

POR ALEJANDRO

Solo necesitaba esa noche, una sola noche para demostrarle que ella significaba mucho más para mí que cualquier cosa en el mundo. No solo había pedido a Irina que me acompañara a la boda de mi hermana engañándola para que no pudiera negarse porque mi hermana me lo hubiera rogado hasta la saciedad, sino porque realmente deseaba tenerla allí... conmigo y poder gritar delante de todos que ella era mía a pesar de no serlo.

Hasta hacía tan solo unas horas pensé que no vendría, que simplemente no aparecería y me dejaría más tirado que una colilla, pero para mi sorpresa no solo había acudido, sino que se había tomado demasiado bien el papel de novia temporal que le había impuesto frente a todos.

Si aquello no terminaba bien, si de algún modo no conseguía hacerle ver que realmente ella me importaba... no tenía ni idea de como afrontaría de nuevo tener que alejarme de ella, asumir que no tendría ninguna posibilidad de que volviera a ser mía otra vez entregándose a mis brazos.

Aún tenía latente el recuerdo de nuestro último encuentro en aquella ducha de su habitación, tal vez solo había sido precipitado por la tensión y el miedo que ella había debido padecer cuando aquel cretino de Fernández había intentado abusar de ella y no solo eso, incluso iba a golpearla y lo habría hecho de no haber entrado justo en ese momento al escuchar sus gritos. En ese momento mi juicio se nubló y no existió nada más que el deseo de matar a esa escoria que le estaba haciendo daño a mi preciosa rusa, es más, ni tan siquiera recuerdo como pude controlarme y dejar de apretar aquel cuello que impedía que el aire

llegara a los pulmones de ese idiota, aunque la cuestión era otra... que el simple hecho de saber que Irina corría peligro alguno me alteraba, necesitaba protegerla, saber que ella estaba bien y sobre todo deseaba cuidarla yo mismo.

Saber que no era la mujer que durante todo ese tiempo había creído que era; una mujer que solo hacía las cosas por su propio beneficio e interés, una completa usurpadora que haría cualquier cosa por ascender... ¿En qué momento pude creer que Irina sería así? Había tenido las evidencias delante de mis ojos y jamás me había parado siquiera a plantearme la posibilidad de que no lo fuera, solo porque aceptó aquel acuerdo que a quien menos beneficiaba era a ella.

En el momento que supe que Irina no era una simple becaria, sino la mismísima hija de Luciano Komarov, el mundo se cayó a mis pies y con él todas mis creencias, aunque mi primer pensamiento fue que para ella solo debió tratarse de un juego o de lo contrario ¿Qué razón habría tenido para aceptar aquel acuerdo en el que ella se entregaba a mí sin ninguna objeción? Después de meditarlo detenidamente y no encontrar respuestas a mis preguntas, solo tuve un pensamiento; ella era inalcanzable para mí.

«Y pensar que le había dicho que no estaría jamás a mi altura cuando era precisamente yo quien no lo estaba»

No me extrañaba que precisamente me hubiera recriminado tal cosa, puesto que había sido yo quien le había dictado duramente aquellas palabras solo por mi propio miedo de enfrentarme a algo que pensaba que acabaría en decepción. ¡Imbécil! Eso es lo que fui por no haber aceptado en aquel momento algo que ahora incluso ansiaba; estar con Irina sin ningún tipo de restricción.

Saber que probablemente no tendría ninguna posibilidad con ella no iba a amilanarme, si algo podía constatar es que la atracción que sentíamos y lo que

indudablemente yo conseguía hacerle sentir era indiscutible, de otro modo no habría regresado a mis brazos después de haber roto aquel acuerdo. Mis ansias por ella y la creencia de que Irina realmente se sentía atraída por mi, me hacían seguir hacia delante, creer que de alguna forma podría existir algún equilibrio, alguna posibilidad de volver a estar juntos, de tenerla en la forma que ella quisiera... no me opondría a nada con tal de que volviera a ser mía de nuevo.

Había aceptado fingir representar el papel de mi novia durante toda la velada y pensaba aprovecharlo al máximo tocando aquella delicada piel, deleitándome en el roce de mis dedos con su cuerpo, besar dulcemente aquellos labios o no tan dulce si podía hacerlo, pero sobre todo pensaba dedicarle toda la atención que fuera necesaria para que se sintiera cómoda y sobre todo para demostrarle que de verdad podría hacerlo, que si estaba dispuesta, estaría encantado de intentar tener aquella relación de pareja que ella en una ocasión había planteado.

¡Dioses! Me moría por sacar el tema, por planteárselo de nuevo, aunque temiera su respuesta como la última vez en mi despacho donde se había negado citando mis palabras, pero si había aceptado fingir que estábamos saliendo y que éramos pareja durante esa noche delante de mi hermana, mi familia y todos mis amigos presentes, me hacía tener esperanza... al menos una ínfima posibilidad de que aceptara.

—Me alegro, porque no me gustaría que después se pudiera dar lugar a confusiones entre nosotros —contestó sorprendiéndome.

—Nunca hubo confusiones entre nosotros, ¿verdad? —contesté observándola fijamente.

Era tan preciosa que podría pasarme la vida entera mirándola sin cansarme...

—Lo cierto es que no —contestó seria—. Siempre supiste marcar los límites

En ese momento me lamenté profundamente por mis absurdas reglas... ¡Estaba dispuesto a enviar al diablo la puntualidad si era necesario con tal de saber que después de esa noche volvería a verla!

—Supiste adaptarte muy bien a ellas a pesar de que no tenías porque hacerlo, no ganabas nada con ello —comenté tratando de ver si era capaz de averiguar algo más sobre la aceptación de ese acuerdo.

Había insistido que solo lo hizo porque no tenía nada mejor que hacer, pero no iba a crearme aquello, tenía que haber algo más, debía haber mucho más.

—Tal vez fuera porque me gustaba lo que obtenía a cambio —confesó justo antes de sacar el teléfono y llamar al chofer del vehículo que vendría a recogernos.

POR IRINA

Mi chofer llegó y Alejandro abrió la puerta del coche como todo un caballero para que entrara sin esperar a que el conductor lo hiciera. Me acomodé mientras lo hizo él después.

—Al Hotel Imperial por favor —dijo Alejandro indicando la dirección al chofer.

—¿Por qué vamos al hotel? —pregunté confundida.

—Porque allí es la celebración de la ceremonia —contestó volviendo la mirada hacia mi.

Si de por sí Alejandro siempre estaba imponente, en aquella ocasión lo estaba aún más. Ese olor varonil que siempre me volvía loca invadía y perfumaba todo el vehículo, probablemente me desmayaría de un momento a otro si es que no comenzaba a hiperventilar por tanta hormona masculina en mis fosas nasales.

—Esta bien —contesté por inercia mientras me dejaba caer en el asiento.

—El día que te encontré en el bar, fui a supervisar algunos detalles como favor a mi hermana, se me hizo algo tarde y por eso te encontré —dijo en un tono neutral.

¿Es que hoy era día de confesiones? Me pregunté al tiempo que le observaba. Mi cuerpo además de estar recostado estaba ligeramente inclinado hacia el suyo y él hacía lo mismo, era como si inconscientemente nuestros cuerpos se atrajeran como imanes.

—Así que estabas allí por casualidad de verdad —contesté sin poder evitar

reírme ante la situación.

—Así es —contestó con un amago de sonrisa que me pareció demasiado dulce.

No tardamos en llegar teniendo en cuenta que estaba al lado de la iglesia, así que cuando nos bajamos y el chofer preguntó sobre qué hora debía recogerme, casualmente en esa ocasión no me hospedaba en ese hotel, sino en uno a las afueras, de ahí que lo preguntara.

—No hará falta, yo me encargo de la señorita —anunció Alejandro contestando en mi lugar y despidiendo al chofer del vehículo alquilado.

—¿Tu te encargarás de mí? —pregunté con cierta ironía.

—Te llevaré cuando me lo pidas, es lo menos que puedo hacer —respondió demasiado amable, ¿Dónde estaba este Alejandro todo aquel tiempo atrás?, ¿Era solo así en ámbito familiar? Y hablando de familia...

—¿Me vas a presentar a toda tu familia? —pregunté de pronto cambiando de tercio y algo nerviosa por lo que aquello implicaba.

—No tengo mucha familia realmente —contestó algo serio y eso me hizo preguntarme porque no la tenía. En realidad, Alejandro solo me había hablado de su hermana y nadie más ahora que lo pensaba.

Habíamos sido de los primeros en llegar, Alejandro me dejó un momento a solas y me entretuve mirando la mesa en la que estaríamos sentados, mientras él se esfumó hacia no sé que lugar, pero desde luego en el salón no estaba. Encontré el número en el que supuestamente estaríamos sentados y me sorprendió ver que era una mesa para nueve personas y yo era la única mujer en ella, ¡Qué bien!, ¡Esto será divertido! Gemí de ironía.

Justo cuando me dirigía a la mesa, sentí de nuevo como alguien me rodeaba la

cintura y por ese olor supe que Alejandro estaba de vuelta.

—Todavía no nos sentamos, primero es la copa de bienvenida —me susurró al oído mientras me guiaba hacia uno de los laterales que yo suponía sería la pista de baile donde había unas mesas altas para estar de pie.

—¿Copa de bienvenida? —pregunté sin saber que era eso.

—Sí, es para hacer tiempo hasta que lleguen los novios, que estarán haciéndose fotos para el reportaje de boda.

—¡Ah, entiendo! —exclamé.

Al menos esa parte sí era igual que en Rusia. La gente fue llegando y poco a poco aquello se fue llenando, al parecer los siete enanitos como los había apodado a pesar de no ser en absoluto enanos, eran los que estarían en la mesa con nosotros.

—Disculpad un momento —volvió a avisar Alejandro mientras le veía marcharse de nuevo.

—¿Y hace mucho tiempo que Alejandro y tu salís juntos? —me preguntó uno de ellos, aún me costaba identificar los nombres al habérmelos presentado tan rápido y ser demasiados.

—Pues... unos cuantos meses —dije sin especificar.

—¿Meses?, ¿Estabais saliendo durante este verano? —insistió.

—Emm si, ¿Por qué? —pregunté contrariada.

—¡Es ella! —gritó de pronto y mi cara fue de conmoción máxima, ¿Era quién?

Otro que había al lado me miró

—No me extraña que pillara la tajada que pilló en la despedida —le contestó.

No pude preguntar de que narices estaban hablando porque la música sonó y los novios hicieron su entrada entre los vítores y gritos de los invitados, pero había mencionado despedida y eso me hizo evocar el recuerdo de Alejandro llegando completamente borracho a mi apartamento en una despedida de soltero.

¿Había bebido tanto por mi?, ¿Qué se suponía que significaba aquello?, ¿A qué se referirían sus amigos?

—Empieza el espectáculo —escuché el susurro de su voz en mi oído mientras sentí como sus brazos rodeaban mi cintura y me daba un casto beso en el cuello. Si no fuese por lo apretada que me sostenía contra él, mis piernas habrían fallado y más aún en esos andamios de tacones que llevaba por zapatos.

Cuando alcé la mirada me encontré de frente con la hermana de Alejandro que sin duda alguna estaba bellísima. En ese momento me dio la sonrisa mas sincera que jamás me habían dado en toda mi vida y no pude hacer otra cosa sino responder de la misma forma, aunque yo me sintiera una impostora por estar fingiendo salir con su hermano.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! —gritó mientras alzaba los brazos hacia mi y noté como Alejandro me soltaba para que abrazase a su hermana.

No sabía que responder ante aquello, la verdad, así que me limité a abrazarla entre aquellas capas de tul que tenía su vestido de novia—. ¡Qué bien hueles!, ¡Y qué guapa eres! Aunque en el parque ya vi que eras muy guapa sin maquillaje, pero ahora estás espectacular, no me extraña que mi hermano esté así contigo.

Escuché varias risas y me volví para ver que Alejandro sonreía mientras se llevaba una copa de vino a los labios.

—Bueno... la verdad es que yo también tenía muchas ganas de conocerte Teresa, tu hermano me ha hablado de ti en alguna que otra ocasión —contesté sonriente.

—¿De verdad? —exclamó extrañada—, ya tendremos tiempo de hablar. ¡Ah! Espero que me la trateis bien, eh —dijo a modo sargento—. Porque es la única dama que estará en vuestra mesa —les anunció y luego me miró a mí— Lo siento, me avisó con tan poco tiempo de margen que no pude hacer grandes cambios.

—No te preocupes, estaré muy bien acompañada —contesté sin darle importancia.

Inesperadamente volvió a abrazarme.

—Hay muchas cosas que quiero contarte y que necesitarás saber para entender porqué es así —dijo en voz baja y mi rostro cambió en ese momento.

Cuando se separó de mí no cesó de mirarme y sin soltar mi mano la apretó fuertemente, como si con aquello tratara de establecer una especie de secreto entre nosotras. Yo asentí en esos momentos, intuí de alguna forma que ella me iba a contar algo de Alejandro, algo que quizá haría que entendiera su comportamiento todo este tiempo.

—Tranquila Teresa, está en las mejores manos —anunció uno de los chicos.

—Te refieres a las mías ¿no? —contestó Alejandro provocando que éste se riera.

—Si, si —afirmó—. Por supuesto —respondió alzando las suyas.

Durante toda la velada podía notar la cercanía de Alejandro constantemente, mirándome a cada instante, observándome en ciertas ocasiones, cogiéndome la mano cuando hablaba con el chico que tenía al otro lado de mi asiento que

resultó ser Oscar e inesperadamente depositaba un beso en el dorso o la muñeca para llamar mi atención de alguna forma y entonces sonreírme.

¿Qué era todo aquello?, ¿Por qué se comportaba de aquella forma en la que tantas veces habría deseado que lo hiciera?

En un momento dado, los novios se acercaron a la mesa para saludar, había descubierto que el marido de Teresa, el famoso Alberto, era el mejor amigo de la Universidad de Alejandro y la gran mayoría de allí también habían sido compañeros, así que le conocían desde hacía años.

—Irina, ¿Me acompañas al baño? Con este vestido enorme no puedo casi moverme yo sola —dijo con cierto tono de complicidad.

—Por supuesto que si —contesté levantándome inmediatamente.

—¡Ey!, ¿Dónde vais? —intervino en ese momento Alejandro.

—Al baño —sonreí.

En ese momento se acercó a mi y sin esperarlo fundió sus labios con los míos en un beso tan dulce que me hacía desear más, mucho más. Los golpes de puños en la mesa al tiempo que unos gritos de exaltación los acompañaban hicieron que Alejandro torciera la cabeza hacia un lado y riera, todo aquello era demasiado cómico.

—No tardaremos —escuché decir a Teresa mientras me cogía de la mano y yo me sujetaba el vestido para no tropezarme.

En cuanto entramos en el baño cerró la puerta de un movimiento y miró que no había nadie dentro de aquel habitáculo. Me extrañó su reacción, pero tal vez era una persona demasiado tímida.

—Tu le quieres, ¿verdad? —preguntó directamente mirándome fijamente en cuanto terminó de comprobar que no había nadie en la última puerta.

La miré sin saber que decir. No quería mentir y en realidad, aunque todo aquello fuera falso, lo cierto era que sí, le quería, por mucho que no quisiera hacerlo le seguía queriendo.

—Si —afirmé siendo sincera.

—A ver... sé que él jamás te lo contará porque evita tocar el tema e incluso llega a enfadarse si lo hago. Aunque mi hermano crea que lo ha superado yo se que no, porque hasta ahora jamás le había visto así con una mujer, de hecho, jamás me había presentado a ninguna chica, aunque soy feliz de saber que tú has conseguido traspasar esa barrera que ni yo misma he podido lograr pasar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté confusa y al mismo tiempo intrigada.

—A ver... esta historia es demasiado larga como para contarla en cinco minutos y a la ligera, pero él me contó que os habíais dado un tiempo e intuyo cuáles debieron ser las razones y puede que incluso te canses de esa máscara fría que siempre mantiene intacta porque es incapaz de dejarla atrás, por eso tengo que contártelo, debo advertirte que hay una razón por la cuál él es así.

—Me estás asustando —contesté sincera.

—No sé si te ha contado que no tenemos madre —dijo cogiéndome las manos y mirándome a los ojos directamente.

—Si —contesté recordando el día del teatro donde me confesó lo poco que sabía sobre su vida.

—Mi madre se fugó de casa cuando tenía quince años. Su padre, es decir, mi abuelo, era un hombre muy estricto y severo, probablemente le pegaba, pero lo desconozco. La cuestión es que se lio con un hombre casado, tuvo a mi hermano y después ese hombre la abandonó, así que comenzó a meterse en el mundo de la noche y el alcohol donde comenzó a prostituirse y acabó

teniéndome a mi. Al final terminó metida hasta el cuello cuando se enganchó a las drogas y no te puedo descifrar el infierno que fue aquello porque no lo recuerdo.

—¡Oh dios mío! —Exclamé en un sonido ahogado.

—Yo era muy pequeña, apenas tenía dos años cuando murió de una sobredosis y tuvimos que irnos a vivir con mi abuelo.

La miré como si aquello me tranquilizara, pero ella me miró con los ojos brillantes.

—No puedo decir que tenga buenos recuerdos de mi infancia, pero no los tuve peores por mi hermano. Mi abuelo no soportaba a las mujeres, decía que todas era unas putas que solamente miraban el dinero, su propia mujer le había abandonado por otro hombre y él creía que había sido por dinero, no porque era un magnánimo hijo de perra. Su hija también le abandonó en cuanto tuvo ocasión y terminó donde ya te he contado, así que ya te puedes imaginar lo que pensaba de mi...

—¡Madre mía! —exclamé atónita

—Todos los golpes que iban para mi, los recibió mi hermano —susurró y noté como su voz temblaba. En ese momento me imaginaba a ese niño pequeño de ojos azules tratando de defender a su hermana pequeña y la impotencia me consumía por dentro al sentirle indefenso—. Él siempre ha crecido con una figura masculina autoritaria que solo sabía discriminar a todas las mujeres diciendo que eran inútiles y que solo valían para una sola cosa; abrir las piernas por un precio. Por suerte yo era lo suficientemente pequeña para comprenderlo y solo fui consciente los últimos años de vida de mi abuelo. Tengo los recuerdos, pero no llegaron a marcarme y en parte fue porque Alejandro siempre me escondía por la casa para que estuviera lejos de él.

—Y a cambio él tuvo que soportarlo todo... —jadeé como respuesta siendo consciente ahora de la situación.

—Si, por eso cuando ahora le veo contigo... —dijo con expectación—. Irina, él jamás ha sido así con una mujer —añadió volviendo a coger mis manos—. Tu has sido capaz de lograr algo que yo misma no he conseguido hacer en años... es como si tuviera ilusión por vivir.

—Yo... —comencé a decir, ¿Cómo le decía que no era así?, ¿Qué todo era fingido?, ¿Qué realmente no estábamos juntos?

—No tienes que hacer nada, solo seguir a su lado a pesar de sus actos. Sé que al final él cederá y terminará por abrirse aceptando que todo eso que tiene metido en la cabeza no es real, que verdaderamente no es como su abuelo le hizo creer que era y que todo lo que vivió no fue una infancia normal. El día que lo haga, será libre de esa carga que lleva a sus espaldas.

No pude contestar porque en ese momento alguien entró en el baño y Teresa cambió pronto de conversación, pero todo lo que me había contado no se me iba de la cabeza, tanto fue así que cuando volví a la mesa me senté más seria de lo normal porque no podía dejar de darle vueltas.

—¿Estás bien? —preguntó esa voz masculina que tantas veces había deseado volver a escuchar y me volví hacia ella. Alejandro estaba tan cerca...

—Si —dije de pronto y sonreí, empezaba a entender su actitud, pero aquello era demasiado fuerte para asimilarlo de golpe, aunque desde luego había cambiado toda la percepción que tenía respecto a él.

—Si no quieres estar aquí... —comenzó a decir.

—Me gusta estar aquí —contesté interrumpiéndole sintiendo unas irrefrenables ganas de abrazarlo, había una parte de mi que pedía a gritos

consolar a ese niño que había tenido una infancia demasiado horrible a pesar de que se había convertido en un hombre fuerte hecho a sí mismo.

Alejandro había logrado tantas cosas él solo por mérito propio que era digno de admirar, pero más aún lo era sabiendo la infancia que tuvo que soportar y más aún lo sobreprotector que había sido con su hermana. Eso me demostraba que verdaderamente era capaz de amar.

11. La reconquista

—Si no la besas, lo hago yo —escuché decir una voz masculina y en ese momento Alejandro me hizo un deje de sonrisa mientras le sentía acercarse lentamente a mi. Coloqué mis manos sobre sus hombros rodeando su cuello y cuando noté posar sus labios sobre los míos simplemente cerré los ojos y saboreé cada segundo en el que aquel dios griego me regalaba su ambrosía.

El anuncio de que los novios iban a cortar la tarta nos hizo separarnos para contemplar el momento. Después de aquello todo fue bastante rápido, tomamos el postre, hubo brindis y antes de darnos cuenta ya estábamos bailando en la pista de baile mientras todo el mundo bebía.

Por alguna razón no me apetecía beber. Sí, soy rusa y sí, bebo bastante alcohol sobre todo en invierno por costumbre en mi país, pero como norma general no suelo beber, y de hecho aquella noche me apetecía estar lo más cuerda posible. Pude ver que Alejandro tampoco estaba bebiendo, la primera copa que se había pedido quizá ni la terminó porque le duró demasiado. No obstante, mis pies estaban matándome por momentos y me maldije infinitamente por no llevar un calzado de repuesto.

Había estado bailando con todos y cada uno de los amigos de Alejandro mientras podía notar su mirada fija en mi todo el tiempo, porque cada vez que daba un giro le veía observándome sin perderme de vista, como si fuera a desvanecerme de un momento a otro.

Después de bailar con el último de sus amigos que no lo rechacé por simple cortesía me alejé para sentarme.

—Les caes bien —escuché decir a Alejandro mientras se sentaba a mi lado.

—Ellos también me caen bien, son muy majos y parecen buenos chicos — contesté mientras me descalzaba y tocaba con los pies el suelo frío—. ¡Ah! — gemí de puro placer al notar el alivio del dolor.

—¿Quieres irte de aquí? —preguntó y giré mi cabeza para mirarle de frente.

Esos ojos azules tenían una promesa en su mirada, una oscura que sabía reconocer perfectamente en cualquier parte.

—¿Podemos? —pregunté indecisa.

En ese momento noté como cogía mis zapatos con una mano y con la otra entrelazaba mi mano con la suya haciendo que le siguiera. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, no sabía a donde iríamos, pero definitivamente intuía lo que íbamos a hacer y una parte de mi lo suplicaba a gritos.

Entramos en el ascensor y vi que Alejandro pulsó una planta inferior a la que nos encontrábamos, ¿A dónde se suponía que iríamos? Ni tan siquiera pregunté porque en el mismo momento en que las puertas se cerraron, sentí su brazo ceñirse en mi cintura atrayéndome hasta él y noté sus labios fundirse con los míos en un beso que rozaba casi la desesperación. Simplemente era abrasador notar esos labios jugando con los míos mientras aquella lengua se adentraba para recibir una acogida gustosa como respuesta.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero ninguno de los dos hacía ademán alguno por salir. Nuestras bocas estaban necesitadas la una de la otra. Cuando las puertas iban a cerrarse de nuevo noté como Alejandro me empujaba y la puerta chocó con su pie para evitar que se cerrase. En ese momento se separó momentáneamente y justo antes de que pisara el suelo del parking del hotel, me alzó entre sus brazos para que no anduviera descalza por el pavimento de aquel lugar tan sucio por las ruedas de los coches.

Mientras íbamos de camino a su coche o al menos supuse que así sería tenía

unas ganas irremediables de mordisquearle la oreja, de provocarle... de darle placer con mi lengua y me contuve cuando alguien más entro en el parking. Suponía que la escena debía ser digna de ver al estar en los brazos de Alejandro mientras este me cargaba precisamente como el novio carga a la novia en la noche de bodas. Era la primera vez que me sostenía de aquella forma tan delicada y no al hombro como había hecho en dos ocasiones.

Llegó hasta un vehículo gris perlado que parecía un coche deportivo, nunca le había visto con ese coche, pero tampoco había viajado tanto con Alejandro para saber cuántos modelos disponía de medios de transporte. Abrió la puerta y me dejó con cuidado mientras me aseguré de que la cola del vestido quedaba dentro, Alejandro cerró la puerta y dio la vuelta. No tenía ni idea de a donde iríamos, ¿A su casa tal vez?, ¿A un hotel?, ¿A mi hotel? Lo cierto era que me importaba más bien poco, solo le necesitaba a él aquella noche y probablemente todas las noches después de aquella.

Alejandro encendió el motor y el rugido del coche me hizo comprobar que debía ser un Mustang o similar por el ruido que hacía, aunque yo no entendía mucho de coches la verdad. En cuestión de segundos estábamos fuera del hotel y debido a las altas horas de madrugada y el poco tráfico descubrí que estábamos saliendo de Madrid en menos de un cuarto de hora.

—¿Dónde vamos? —pregunté de pronto al observarle concentrado mientras conducía.

—Quiero enseñarte algo —contestó sin mirarme en un tono bastante serio.

—¿A las cinco de la mañana? —pregunté sin más.

—Si, ya lo entenderás —aseguró y no hice más preguntas.

Hacía bastante frío, pero dentro del vehículo con la calefacción puesta se estaba muy bien. A pesar de la hora no tenía sueño, la incertidumbre de no

saber hacia dónde me estaba llevando hacía que me mantuviera despierta, hasta que después de varios caminos secundarios y de coger un desvío de la carretera, Alejandro cogió una vereda y al final de esta los faros del coche alumbraron una reja.

Vi como él se bajaba rápidamente y la abría el candado para volver rápidamente al coche, ¿Dónde demonios estábamos? Cuando pasamos la verja se podía ver una casita como de madera, pronto amanecería y suponía que la veríamos en todo su esplendor, pero no sabía que hacíamos allí...

Alejandro apagó el motor del coche y se bajó, yo fui a abrir la puerta cuando él apareció a mi encuentro ayudándome a bajar. Me había vuelto a calzar los zapatos de nuevo para no pisar la tierra.

—¡Que frío! —exclamé de pronto y antes de poder añadir nada más, vi como él se quitaba su chaqueta y me la colocaba por los hombros. Jamás le había visto así de... ¿Atento?, ¿Caballeroso? Ni siquiera sabía como definirlo.

Abrió la puerta y me invitó a pasar, hacía algo de frío dentro, pero no tanto como fuera.

—Voy a encender la chimenea, siéntate y ponte cómoda —me dijo mientras le observaba.

El sofá estaba justo enfrente de la chimenea donde ya tenía la leña preparada así que no tuvo que desplazarse a ninguna parte para cogerla.

Inesperadamente la casa no era demasiado moderna, más bien era rural, cercana, muy hogareña. Era como la típica casa familiar a la que la gente va a pasar los fines de semana en familia. El sofá era cómodo con una especie de manta que protegía la tapicería, toda la casa en sí tenía mezcla de madera con tabiquería tradicional de paredes blancas.

—¿Esta casa es tuya? —pregunté mientras miraba alrededor y podía reconocer algunas fotos en unos cuantos marcos que había colocados por la casa. Casi todos por lo que me alcanzaba la vista a ver eran de Alejandro con su hermana o sus amigos además de gente que desconocía.

—Si, por supuesto. —contestó como si fuera evidente.

—¿Y por qué hemos venido hasta aquí? —pregunté observándole mientras le escuchaba soplar y comencé a percibir el sonido del crepitar de las pequeñas llamas que ardían, como si la madera hubiera comenzado a prenderse.

—Las vistas son espectaculares —contestó mientras se volvía hacia a mí y se sentaba a mi lado.

¿Las vistas?, ¿Habíamos ido hasta allí por las vistas? Lo cierto es que ahora que lo pensaba, ni tan siquiera sabía donde me encontraba y estaba completamente a su merced.

—Y porque cuando te vuelva a hacer mía, quiero asegurarme de que no puedas escaparte a ninguna parte —añadió acercándose a mi lentamente mientras sus labios se dirigieron hacia mi oído notando sus dientes en el lóbulo de mi oreja derecha—. Quiero follarte Irina, tengo tantas ganas de ti que creo que voy a explotar.

Jadeé por toda respuesta y noté como de un solo movimiento estaba recostada en aquel sofá mientras el cuerpo de Alejandro me cubría parcialmente y sus labios volvían a devorar los míos nuevamente haciéndome perder cualquier sentido, cualquier cordura y deseando únicamente una cosa; ser suya.

El único sonido era el de nuestros labios fundiéndose y el leve chisporroteo del crepitar de las llamas. Noté como Alejandro dejaba de besarme los labios para iniciar un recorrido lentamente que bajaba desde mi boca hacia el cuello y podía sentir como sus dientes jugueteaban con la piel de este haciéndome

jadear al mismo tiempo que me estremecía.

—¿Tienes frío? —le escuche susurrar.

—Un poco —gemí, aunque estaba empezando a entrar en calor más rápido de lo normal.

—Ven aquí —me dijo mientras noté como me alzaba y se sentaba en el suelo, sobre la alfombra que había delante nuestra entre la chimenea y el sofá mientras me invitaba a sentarme en su regazo para estar más cerca del fuego.

Me senté a horcajadas sobre él subiéndome parcialmente el vestido para poder hacerlo. Cuando noté su cuerpo contra el mío me estremecí y sentí sus manos acariciando mis piernas sobre la tela del vestido para después ascender por mi espalda y tocar mi piel.

—Siempre me pareció que tu piel era de seda... tan suave y delicada que uno no se cansa de tocarla —gimió antes de poseer mis labios de nuevo mientras yo respondí a ese beso con la misma fiereza ante la necesidad de tenerlo.

Cuando las manos de Alejandro me estrecharon aún más contra su cuerpo, noté a través de la tela de mi vestido y de su pantalón aquella prominencia que anunciaba el deseo en estado puro y enloquecí al saber lo excitado que estaba, tanto era así que gemí al frotar mi cuerpo con su entrepierna.

Me deshice de la chaqueta de Alejandro dejándola a un lado y mientras hundía mi boca en su cuello deleitándome con su aroma mientras él mordisqueaba mi hombro intenté deshacerme de los pequeñísimos botones de aquel vestido que tenía en la cintura, pero ante mis vagos intentos de lograrlo deprisa, noté las manos de Alejandro saliendo a mi encuentro y él delicadamente fue abriendo uno a uno.

Cuando lo consiguió, bajé la cremallera lateral y antes de que me diera cuenta,

él había estirado del vestido por la parte superior dejándolo arremolinado en mi cintura y al mismo tiempo estando mis pechos al descubierto ya que no llevaba sujetador por el escote de espalda.

Alejandro apresó uno de mis pezones metiéndolo por completo en su boca y no pude evitar contener la respiración ante la sorpresa acompañada del placer al mismo tiempo. Me arqueé hacia él para facilitarle un mayor acceso y jadeé cuando comenzó a hacer maravillas con su lengua.

Jugueteó primero con uno mientras masajeaba el otro y después una mano acarició mi espalda mientras volvía de nuevo a hundir su boca por completo haciendo que la sensibilidad de mis pezones aumentara tanto que solo podía jadear ante aquel éxtasis.

—¡Oh Dios! —gemí cuando noté al mismo tiempo como su incipiente barba hacía que éstos se endurecieran y con los dientes jugueteaba hasta tal punto que me volvía completamente loca.

Entonces noté como su mano se perdía por debajo de mi falda y buscaba mi entrepierna, encontrando el punto exacto para hacerme gemir de placer cuando noté como sus dedos acariciaban mi clítoris. Sin duda alguna debía estar completamente mojada ante aquel espectáculo.

—Quiero que te corras en mi boca —jadeó mientras yo no podía evitar moverme para frotarme con el contacto de sus dedos ante la necesidad que tenía de sus caricias.

—Alejandro —susurré en su oído mientras comenzaba a desabrocharle la camisa provocando que algunos botones saltaran y sacándola del pantalón para tocar aquel perfecto y duro abdomen bien marcado.

Cuando quise deshacerme del cinturón, de un solo movimiento me vi empujada al suelo y mi vestido desapareció, quedando únicamente con aquel tanga que

podía asegurar habría quedado más que inservible.

—Me vuelves loco —le escuché gemir mientras bajaba dando pequeños besos por mi vientre mientras yo me agarraba a la alfombra con todas mis fuerzas presa de aquel incipiente placer.

Los dedos de Alejandro se hicieron con el borde del tanga y poco a poco fue deslizando la prenda hacia abajo por mis piernas hasta que cuando la sacó estaba completamente desnuda ante él y a su merced.

Se acercó a mi para darme un suave beso en los labios, una promesa de algo más que no pude interpretar que era.

—Ahora quiero saborearte —dijo con aquel tono ronco lleno de sensualidad que me enloquecía y noté como bajaba lentamente de nuevo, dando pequeños besos húmedos por mi vientre, acercándose peligrosamente al centro. Notaba su aliento, su respiración y mi cuerpo se contenía ante la espera de lo que sabía que vendría... hasta que sentí sus labios posarse en mi clítoris y enloquecí de puro deleite.

Su lengua jugueteaba de forma que podía notar perfectamente el incesante revoloteo en mi estómago y como poco a poco aquella sensación de placer aumentaba, necesitaba más, quería más... Alejandro pareció notarlo cuando uno de sus dedos se hundía dentro de mi provocando que mi cuerpo no solo se arqueara ante aquel succulento contacto, sino que gemí ansiando más de aquello.

—¡Quiero más! —grité.

—¿Más? —exclamó incitándome cuando otro dedo más acompasó al primero y yo jadeé por respuesta

—Si —jadee moviéndome ante su contacto—. Quiero más —susurré.

—¿Mas? —Su voz sonaba ronca cuando noté como un tercer dedo se introducía dentro de mi y mis gritos de placer aumentaban con ello.

—¡Joder sí! —grité mientras escuchaba como se deshacía de su pantalón

—Dime lo que quieres preciosa, dime exactamente lo que quieres —gimió con aquella voz ronca llena de sensualidad

—Quiero que me la metas hasta el fondo —jadeé—. Quiero que me folles de una jodida vez o me volveré loca —gemí mientras busqué su boca con desesperación y él me respondía mientras noté como su polla se hundía en mí saciando ese apetito que solo él era capaz de lograr.

Entrelacé mis piernas en sus nalgas mientras mis labios no dejaban de devorar los suyos y mi lengua se fundía con la suya tan ardientemente que casi creía que me abrasaría entre ese fuego que nos consumía.

El ritmo de sus embestidas era cada vez más fuerte y mis gemidos se ahogaban en la garganta porque no podía dejar de besarlo. Ni podía ni quería, le necesitaba tanto que hasta me daba miedo asimilarlo.

Le empujé hasta provocar que él quedara de espaldas y yo me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo sin que siquiera hubiera necesitado salir de mi interior, el lugar donde le correspondía. Mis labios suavizaron aquel beso hasta que me separé lentamente y comencé a moverme sobre él sin dejar de mirarlo.

Sus manos agarraban mis caderas mientras ayudaban a mantener el ritmo que estaba marcando y que cada vez aumentaba conforme mi propio placer me lo exigía y que al parecer era el mismo de ambos.

No podía apartar mis ojos de los suyos, Alejandro se incorporó para atrapar de nuevo mi boca y en ese momento supe que él era y sería el hombre de mi

vida, sabía que jamás encontraría a alguien como él por más que lo intentara o buscara, nunca encontraría a otra persona con la que mantendría aquella conexión tan potente que solo con él había sido capaz de tener, simplemente era impensable.

—Quiero que seas mía, Irina... —jadeó—. Sé mía —gimió mientras me mordía de nuevo el lóbulo al mismo tiempo que sus manos me agarraron de las nalgas y se hundía completamente en mí provocando que el orgasmo que estaba a punto de alcanzar fuera colosal.

—¡Si! —grité mientras me arqueaba hacia atrás y cerraba los ojos ante aquella sensación indescriptible—. ¡Si! —volví a gritar haciendo que el ritmo fuera mas suave.

Noté como sus labios estaban en mi garganta y con la respiración un poco más calmada abrí los ojos y le miré. Sus ojos azules aún estaban algo oscuros y aquella mirada solo incitaba al pecado nuevamente, mi dios griego exudaba sexo por cada uno de los poros de su piel y aquello no ayudaba en absoluto a pensar en que pronto me tendría que marchar de allí.

—Quiero ser el único con derecho a tenerte y necesito saber que soy el único que te posee o enloqueceré —volvió a decir mientras su mirada estaba fija en mí.

12. Un nuevo acuerdo

¿Qué se suponía que significaban aquellas palabras?, ¿Qué clase de propuesta estaba haciéndome ese dios griego?

—¿Enloquecerás? —susurré como única respuesta.

—No deseo compartirme —respondió tajantemente.

—¿Y qué sugieres? —le apremié.

Sabía de sobra que Alejandro no era dado a relaciones, después de lo que su hermana me había confesado aquella noche, intuí que no confiaba en las mujeres, que no lo hacía con ninguna. Probablemente de ahí radicarán aquellas palabras de querer que solo fuera suya y no pude evitar ceder ante aquello, después de todo había incluso barajado esa posibilidad.

—Tal vez podamos...

—Establecer un acuerdo firmado —le interrumpí.

—¿Es lo que quieres? —me respondió con una mirada intensa.

—Si...—jadeé acercándome a su cuerpo más, entrelazando mi aliento con el suyo, pese a que ni tan siquiera nos habíamos separado y aún podía notar su calidez dentro de mi cuerpo—. Pero yo estableceré las condiciones en esta ocasión Alejandro —sonreí a medias antes de apresar sus labios por completo impidiendo que pudiera responderme.

Alejandro gimió en mis labios por respuesta al mismo tiempo que sentía como me alzaba para volver a hundirse en mí de nuevo. Adoraba la vigorosa fogosidad que siempre tenía para estar dispuesto, conseguía saciar mi ansía de él una y otra vez y cuando me vi atrapada entre la alfombra y la calidez de su

cuerpo enloquecí dejándome arrastrar por el placer de saber que iba a volver a disfrutar de ese cuerpo de nuevo cuantas veces quisiera, que iba de alguna forma a tener a mi dios griego de nuevo, solamente mío y completamente a mi disposición.

—Eso habrá que discutirlo —jadeó en mi oído mientras notaba como su miembro salía lentamente para volver a hundirse por completo dentro de mí sin prisa alguna, torturándome con ese placer eterno.

Me arqueé hacia él para sentirlo aún más, acariciando su espalda con mis manos y clavando mis uñas en su carne para exigir más placer, más éxtasis, más de aquella ambrosía que solo él me daba.

—Tenemos todo el tiempo mi fiera preciosa —le escuché decir cerca de mi oído, con su calidez acariciando mis tímpanos y gemí de saber el placer que se avecinaba, que estaba segura de que sentiría.

Sus manos se entrelazaron con las mías sobre mi cabeza y sus movimientos comenzaron a ser más raudos y veloces, cada vez que una de sus embestidas me empalaba contra aquel firme suelo, un gemido de auténtico placer escapaba de mis labios casi sin aliento. Estaba tan lubricada por su esencia y la mía juntas que sentía como su polla se deslizaba tan profundamente que me ahogaba con aquella sensación.

—Alejandro —susurré con desesperación y creo que él pudo sentirlo igual.

—Irina... —me contestó por toda respuesta justo antes de besar mis labios con desesperación y el culmen de aquel placer me invadió de pronto, ahogando mis gritos de placer en su boca y por lo que deduje, él acababa de alcanzar el éxtasis al mismo tiempo que yo.

Mi pulso comenzó poco a poco a ser normal después de la agitación del momento, aún podía sentir los espasmos de aquel orgasmo y como Alejandro

salía lentamente de mí a pesar de no separarse ni un momento de mi cuerpo.

—Ven, casi nos perdemos el momento —me dijo de pronto y le miré extrañada.

Se alzó y me tendió la mano para que yo también lo hiciera. Ambos estábamos completamente desnudos y vi como cogía la manta que cubría el sofá y se la ponía en la espalda mientras me atraía hacia su cuerpo y avanzábamos hacia un cierre de puertas acristaladas correderas que no había podido apreciar antes porque estaban cubiertas con unas cortinas espesas.

—Fuera hará frío, así que ven aquí —me advirtió invitándome a acercarme a su cuerpo y lo hice mientras él encerraba nuestros cuerpos con la manta justo antes de abrir la puerta.

Notaba la calidez de su cuerpo en mi espalda mientras me abrazaba por la cintura para mantenerme firme a él. Tenía que admitir que la sensación era demasiado excitante y placentera al mismo tiempo.

Fuera hacía frío, mucho frío, aunque solo podía notarlo en los pies y la cara porque el resto de mi cuerpo estaba completamente caldeado por el suyo que parecía emanar calor incesante. Ante mí la vista era aún bastante oscura, pero parecía que de un momento a otro amanecería por la tenue luz que se veía detrás de las montañas.

—Ven —dijo mientras notaba como se sentaba atrayéndome hacia a él—. De un momento a otro amanecerá.

Ambos guardamos silencio esperando a ese momento, sentía su mano acariciando mi vientre, jugueteando con sus dedos en esa zona y yo me recosté en su pecho notando ese olor masculino de él mezclado con su perfume y con la esencia de sexo que acabábamos de compartir y nos embriagaba.

En cuanto la primera luz anaranjada se hizo presente y reflejó el agua que había bajo nosotros, tuve que incorporarme para verlo mejor. ¡Estábamos en una laguna! Aquello era simplemente precioso, inigualable. Cuando los primeros rayos de sol del amanecer iluminaron el lugar, se podía vaticinar un espectáculo de colores verdes reflejados en aquella agua cristalina.

—Es precioso —susurré sin dejar de mirar.

—Lo sé —me contestó con la voz algo abstracta—. De hecho, lo compré por las vistas —añadió—. Me gusta venir aquí cuando estoy estresado... por eso nadie conoce este lugar.

—¿Nadie? —pregunté de pronto apartando la vista y mirándole solo a él.

—Eres la primera persona que traigo aquí. Ni tan siquiera mi hermana conoce este sitio —contestó como si con aquello lo dijera todo.

En ese momento mi garganta se reseco.

—¿Y por qué me has traído entonces? —pregunté con tacto.

—No lo sé... —dijo apartando la mirada de mí—. Tenía ganas de enseñarte este lugar —añadió provocando que miles de oleadas de sensaciones me invadiesen de pronto sin poder frenar ninguna de ellas—. Ven —me susurró después de estar un rato en silencio y el cansancio por las horas que llevaba despierta comenzaba a hacer mella en mí.

—¿Vamos a dormir? —pregunté algo somnolienta.

—Primero vamos a darnos una ducha caliente y después te dejaré dormir. — Su voz sonaba a promesa procedente de aquellos labios. Además, ¿Desde cuándo una ducha con Alejandro era simplemente una ducha normal? Solo tenía que recordar la última que precisamente había sido en mi habitación de hotel hacía tan solo unas semanas... ¡Dios!, ¡Quería esa ducha ya!

Saber aquello solo hacía que me anticipase al hecho, ¿Cómo demonios podía desear tenerlo de nuevo después de dos orgasmos seguidos hacía tan solo unos instantes? No sabía por qué, pero él me volvía insaciable por más cansada que estuviera.

Entramos en aquel baño que a pesar de todo era bastante amplio, Alejandro quitó la manta que nos cubría y sentí el frío repentino en mi cuerpo mientras él le daba al grifo del agua caliente.

—Para ser rusa, soportas más bien poco el frío —me dijo mientras noté como sus dedos se hundían en la carne de mi piel para acercarme a él.

—Puedo soportar el frío si no estoy completamente desnuda —susurré cuando sentí de nuevo su calor corporal.

—Me gusta que tengas frío... y que estés desnuda, es una combinación muy conveniente para mí —contestó antes de acercarse lentamente para acariciar mis labios con los suyos.

De un solo movimiento me alzó sobre su cintura y yo me enrosqué en él mientras le besaba con más ansiedad, con más frenesí. Gemí cuando noté el agua en mi espalda, estaba caliente, tan caliente que repentinamente sentía un calor inmenso crecer en mí.

—Quiero follarte como la primera vez que fuiste mía, ¿Lo recuerdas? —Su voz ronca hizo que se me cerrasen los ojos.

—Si —jadeé mientras me dejaba caer pisando el suelo de la ducha.

—Inclínate para mí preciosa —me dijo con aquella voz que exudaba sexo y deseo provocando que le deseara aún más, que lo anhelase aún más.

Hice lo que me pedía, mientras giraba la cabeza y veía ese deseo en sus ojos, el mismo deseo que vi aquel día, el mismo que me hizo sentirme deseada por

primera vez de verdad... ¡Dios!, ¡Como quería que me llenase de nuevo!, ¡Me urgía que lo hiciera!

—¡Ah! —grité cuando noté una palmada en mi nalga provocando un leve escozor que solo hizo que el ansía de que se adentrara en mí fuera más urgente.

—No sé cómo lo vas a hacer —comenzó a susurrar mientras notaba sus manos en mi trasero paseándose al mismo tiempo que el agua caía en mi espalda caliente y sentía su polla rozarse contra mí.

Me mordí el labio a la espera de que siguiera hablando, pero el momento no llegaba y busqué su roce ante la necesidad de tenerle.

—¿Qué? —susurré a la espera de su silencio buscándole, queriendo su contacto de nuevo.

—Para que tus fines de semana sean solo míos, únicamente míos. —Su aliento estaba en mi oreja mientras jadeé de nuevo por su contacto—. Prométemelo.

—¡Ah! —gemí cuando noté su mano bajar y comenzaba a acariciar lentamente mi clítoris—. ¡Joder! —gemí de nuevo.

—Dilo —insistió presionándome.

—Son tuyos —contesté con premura mientras noté como al mismo tiempo que me acariciaba se adentraba lentamente y moría de puro placer.

Alejandro me envolvió en una toalla limpia cuando salimos de la ducha y sin saber porqué notaba su mirada sobre mí constantemente. Admití que estaba realmente cansada, pero repetiría una y mil veces si era necesario aquellos momentos junto a él. Le había prometido que mis fines de semana serían suyos y aunque lo había hecho bajo coacción, tenía que admitir que lo deseaba fervientemente. No sabía como lo haría, ni siquiera si podría hacerlo posible,

pero saber que a partir de ahora le tendría más de cuarenta y ocho horas a mi disposición hacía que cierto nerviosismo y mariposeo se asentara en mi estómago.

Alejandro me llevó hasta una habitación principal donde el único mobiliario era una amplia cama con dos mesitas. La luz apenas se filtraba por las espesas cortinas, íbamos a dormir juntos, después de tanto tiempo, iba a dormir junto a Alejandro de nuevo... Nos adentramos en aquella amplia cama y Alejandro se acercó a mi por la espalda bordeando mi cuerpo, podía notar su piel en contacto con la mía como si ambas se sincronizasen. Su respiración era profunda e intensa, casi tanto como ese aroma varonil del que se siempre se caracterizaba, aunque estuviera recién duchado.

Notaba su aliento en mi cuello y aquello lejos de molestarme, era tan agradable que pronto caí en un profundo sueño no queriendo saber nada del futuro, nada del mañana... solo quería disfrutar ese presente y el resto ya se determinaría.

Desperté lentamente envuelta en un calor demasiado agradable, pronto noté esos músculos en mi espalda y recordé donde estaba exactamente y todo lo que había sucedido hasta llegar a ese momento. Hundí mi cabeza en la almohada sofocando un pequeño gemido, ¿En qué punto estaba ahora exactamente? Habíamos esclarecido que tendríamos un acuerdo, pero también me había hecho prometer que los fines de semana serían suyos. Saber que iba a volver a tener el cuerpo de Alejandro me satisfacía, pero al mismo tiempo intuía que en un momento determinado querría más y no sabía si él estaría dispuesto a ofrecérmelo a menos que finalmente me cansara como aseguraba Nadia cosa que por extraño que pareciera dudaba que ocurriera, pero podría ser una posibilidad, ¿no?

Sentí como Alejandro se movía y quise aprovechar para salir de la cama,

necesitaba aclarar mis ideas.

—¿Dónde vas? —gimió cerca de mi oído y yo cerré los ojos ante el roce de aquella voz rota, sabía que si le veía la cara no querría marcharme de allí, aquellos ojos enmarcando ese bello rostro recién despierto y con esa aura de inocencia que le otorgaría su somnolencia solo haría que mi corazón se encogiese de nuevo.

—Voy un momento al baño —susurré mientras trataba de deshacerme de su agarre y él finalmente cedió mientras se colocaba completamente boca abajo sobre el colchón acaparando casi toda la cama. Parecía estar medio dormido aún, no me extrañaba después de tantas horas de sexo como habíamos tenido la pasada madrugada.

Ni tan siquiera sabía que hora era exactamente, pero podía asegurar que sería tarde y yo debía volver a Moscú para estar a primera hora de la mañana al día siguiente.

Me enjuagué la cara con agua fría y me miré al espejo de pronto, tenía la cara lavada ya que me había quitado todo el maquillaje en la ducha y aunque tenía algunos restos de máscara de pestañas que no se habían ido con el jabón, mi aspecto parecía el de una adolescente, siempre había sido así, aparentaba menos edad de la que realmente tenía sin todo aquel maquillaje.

Salí sin hacer ruido y vi que Alejandro seguía tumbado en la cama durmiendo. Me fui al salón donde aún permanecían las brasas de la leña que había encendido, me había envuelto en la manta que estaba en el baño para no pasar frío, ya que estaba desnuda y fui buscando lo que quería encontrar hasta que por fin divisé mi bolso de mano. Saqué rápidamente el teléfono y exclamé un sonido ahogado cuando vi la hora que marcaba, ¡Mierda!, ¡Eran las cinco de la tarde!, ¿Cuánto habíamos dormido? Ni tan siquiera tenía una idea de a qué hora nos acostamos, pero tenía que marcharme inmediatamente y aún así,

llegaría de madrugada a Moscú.

Intenté ver si tenía conexión el GPS de mi teléfono en aquella casa, pero era imposible, ¡No podía pedir que vinieran a buscarme! No me quedaba más remedio que despertar a Alejandro, estaba allí atrapada como quien dice y en ese instante recordé cuando dijo que precisamente me había llevado ahí para que no pudiera alejarme. Él y su maldito poder de control, pero la calma me vino cuando recordé las razones de porqué él era así, haciendo que respirase tranquilamente. Después de todo había sido una noche para rememorar, lo cierto es que había sido la mejor noche que había pasado junto a él...

Volví a la cama y me coloqué de rodillas, ¿Cómo se supone que debía despertarlo?

—Alejandro —susurré, pero él parecía profundamente dormido—. Despierta —dije mientras le rozaba el hombro y vi como él comenzaba a moverse.

Cuando abrió aquellos ojos somnolientos y me miraron dibujando una leve sonrisa se me encogió el corazón y se me aceleró el pulso.

—¿Sí? —susurró en un leve quejido.

—Tengo que irme enseguida, aunque si me das la dirección puedo pedir que me recojan —contesté rápidamente.

—¿Qué? —exclamó alzándose de pronto.

—Es tarde, tengo que volver a Moscú, mañana tengo varias reuniones a primera hora —dije levantándome y poniéndome de pie mientras me envolvía fuertemente en la manta como si aquello indicase la distancia que debía mantener con él para no volver a sucumbir al pecado.

—Esta bien, te llevaré a tu hotel —mencionó como un autómata mientras se levantaba y yo iba hasta el salón principal donde me volví a colocar el vestido

azul sin ropa interior debajo.

En cinco minutos le vi vestido con unos vaqueros y un jersey. Recogió el traje de la boda que permanecía tirado por el suelo como lo estaba también mi vestido antes de que lo recogiera y se lo echó al hombro sin ningún miramiento. Imaginaba que no sería él quien lo lavaría y plancharía debidamente.

—¿Vamos? —exclamó señalando la puerta y salí.

Fuera hacía fresco así que me monté rápidamente en el vehículo y seguidamente lo hizo él tras cerrar la puerta de aquella casa que ahora podía apreciar mejor gracias a la luz del día. Era preciosa toda forrada de madera por fuera. Se podía ver como una balconera la rodeaba y estaba en el borde del acantilado que daba a la laguna por lo que pude ver cuando dio marcha atrás con el vehículo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó al cabo de un rato en el que los dos guardábamos silencio.

—Bastante, pero comeré en el avión, no te preocupes —contesté siendo consciente de que no podía perder más tiempo.

—Está bien —contestó secamente.

No podía soportar aquel silencio así que, sin preguntar si le molestaba o no hacerlo, le di al botón de la radio del coche o lo que supuse sería la radio y la música comenzó a sonar.

—¿Qué tipo de música te gusta? —me preguntó de pronto y yo le miré extrañada.

—Bueno... como buena rusa y amante de la danza y el ballet me gusta la música clásica, pero adoro el pop rock y lo que no soporto es el rap. —No

supe porque tuve que añadir aquello.

—Me gusta la música clásica —contestó sin apartar la vista de la carretera en ningún momento—. Aunque nunca he ido a ver una función de ballet clásico la verdad —añadió.

—¿No? Pues no sabes lo que te pierdes —respondí sin pensar.

—Podríamos ir... juntos —añadió al final de coletilla.

—Tal vez —contesté después de unos segundos de meditarlo—. Quizá pueda hacer un hueco en mi agenda —contesté con cierto tono de diversión.

—Me prometiste los fines de semana, ¿Recuerdas? —dijo en un tono bastante serio y yo le miré fijamente. Ese perfil no indicaba que bromeaba, se lo había tomado bastante en serio.

—Te prometí los fines de semana, pero no te prometí que yo viajara —dije de pronto.

—¿Eso qué quiere decir? —exclamó confuso e incluso volvió su mirada para verme.

—Que si los quieres, vas a tener que venir a por ellos allá donde esté —aseguré.

—¿Me vas a hacer coger un avión para ir a verte cada fin de semana?

—Si —afirmé seria, pero divertida al mismo tiempo.

—¿Todos? —volvió a insistir.

—Todos —dije sin pena alguna, después de todo él pretendía que yo lo hiciera.

Alejandro pareció meditar un momento y yo intenté relajarme en el asiento.

—Habrá que discutirlo —dijo de pronto.

—No hay discusión Alejandro, te dije que yo pondría las normas, ¿Recuerdas?

—le recordé y noté como su respiración era profunda.

—¿Qué mas normas se supone que habrá? —preguntó directamente.

—Vas a aprender que a partir de ahora tu no tienes el control —comencé a decir tratando de ser comedida—. Te daré una dirección y un lugar cada viernes por la mañana junto a tu itinerario de viaje e irás sin rechistar. — Aunque estaba improvisando en el fondo me estaba gustando, iba a hacerle a Alejandro exactamente lo que él me había hecho a mi.

—¿No voy a saber donde iré hasta el mismo viernes? —dijo con evidentes signos de contrariedad.

—No —negué. Ni tampoco mantendrás ningún tipo de contacto conmigo durante la semana, solo existiré para ti de viernes a Domingo el tiempo que estés conmigo.

—¿Algo más? —dijo sorprendiéndome que no discutiera aquellos términos.

—Si —dije de pronto—. Vas a venir bien dispuesto, no quiero malas caras, ni malas formas, ni pretensiones y mucho menos recriminaciones —mencioné sin tratar de reírme—. Y vas a follarme hasta que diga basta —añadí esta vez casi en un susurro.

—¿Algo... —escuché como tosía para aclararse la voz— ¿Mas?

—Si —jadeé—. Vas a hacer lo que te pida, cuándo te lo pida y cómo te lo pida... sin excusas, sin peros y sin preguntas.

—¡Joder! —escuché como gritó a la vez que sentía como el vehículo derrapaba frenando en un lateral de la carretera secundaria en la que viajábamos.

Me había asustado y miré al frente, pero no vi nada, en ese momento volví la vista a él y se abalanzó sobre mí mientras devoraba mi boca con tanto frenesí que no pude sino responder a sus ardientes labios.

13. Intercambio de papeles

El cinturón de seguridad impedía que nuestros cuerpos se fusionarían en una cercanía tan próxima como realmente ambos queríamos, escuché el cierre y antes de darme cuenta por estar tan concentrada en aquellos labios que me devoraban con ansia me vi atraída hacia él por aquellos fuertes brazos para dejarme caer sobre su cuerpo.

Aquel vestido no ayudaba, es más, después de lo de anoche y lo que estaba soportando en ese momento dudaba que pudiera quedar servible para otra ocasión, por no decir que no llevaba ropa interior bajo el.

La desesperación con la que nos anhelábamos mutuamente era tan obvia que mientras él se desabrochaba los vaqueros yo intentaba remangarme el vestido y sin querer debí darle a la bocina del coche porque en ese momento salté del susto y aprovechando la inclinación de mi cuerpo noté como aquel miembro viril y duro se adentraba lentamente en mí conforme bajaba y jadeaba de puro placer.

¡Joder!, Estábamos en una carretera secundaria que cualquiera que pasara nos podría ver, pero a ninguno de los dos pareció importarnos. Sus manos estaban firmes en mis caderas mientras acompañaban mis movimientos y mi boca era incapaz de despegarse de la suya salvo para emitir gemidos ahogados que morían en sus labios. Era demasiado placentero, demasiado embriagador como para admitir que tendría que soportar la larga sequía de cinco días sin poder disfrutar de aquello, de aquel endiablado hombre y de ese dios griego del sexo.

Sus jadeos roncós acompañados de esas salvajes embestidas hacían que ese momento de culmen se acercara, podía notar como se acercaba a mí, como

comenzaba a invadirme esa sensación previa en la que era inevitable cerrar los ojos para saborearla, para sentirla plenamente dejándose arrastrar por ella.

—Vamos... córrete conmigo preciosa —jadeó de pronto rozando mis labios y no pude evitarlo, me arqueé hacia él mientras dejaba que mi cuerpo fuera arrastrado por el cálido y abrasador orgasmo mientras escuchaba como él gemía alcanzando el mismo éxtasis que yo.

Ambos guardamos silencio cuando emprendimos el camino de nuevo. Lo cierto era que me había costado tener que separarme de su cuerpo, de su calor y abandonarlo para volver a mi asiento.

Llamé por teléfono a mi personal de seguridad, les dije que iría directamente al aeropuerto, así que les encargué recoger mis cosas en la habitación del hotel.

—¿Entonces te llevo directamente al aeropuerto? —preguntó en cuanto colgué.

—Sí, a la zona de vuelos privados. —contesté mientras tecleaba en el teléfono unos mensajes para confirmar que comenzaran a poner a punto el avión y pudiera salir en cuanto llegara.

—Supongo que no te veré hasta el próximo viernes —dijo justo en el momento en el que nos adentrábamos en la zona para vuelos privados.

—Supones bien —respondí metiéndome en mi papel.

Después de todo aún no podía creerme que él accediera, pero debía precisamente aprovechar la situación que estaba a mi favor.

—¿Me avisarás cuando tu avión aterrice? —preguntó de pronto justo cuando paró el vehículo en la puerta de entrada ya que no tenía autorización para entrar.

—No —negué tratando de no sonreír.

Necesitaba que Alejandro sintiera lo que él me hizo a mi para que fuera consciente de ello.

—¿Y cómo sabré si llegaste bien? —exclamó frunciendo el ceño.

—Si el viernes tienes noticias mías, sabrás que llegué bien —contesté bajando del vehículo y cerrando la puerta mientras lo bordeaba para entrar a la zona privada de acceso restringido.

No iba a despedirme, podría hacer que mis defensas cayeran y cambiar de opinión, así que pensaba marcharme sin mirar atrás, pero una mano se agarró a mi brazo impidiéndome avanzar.

Tenía la esperanza de que me detuviera, de que me diera uno de esos besos de película diciéndome que me quedara una noche más, suplicándome que lo hiciera, pero eso solo ocurría en las películas, aquello era la vida real, porque quien me había detenido fue mi personal de seguridad, no Alejandro.

Pude cambiarme de ropa en el avión y guardar aquel vestido al fin, sin duda lo llevaría a alguna tintorería para ver que se podía salvar de él. Tenía un hambre voraz por lo que acabé casi por completo con las existencias del avión privado para sorpresa del personal de tripulación. Además, unido al hambre, tenía esa ansiedad por la falta de sexo que iba a tener de Alejandro durante toda la semana. No habían pasado ni dos horas y ya estaba sufriendo la agonía... ¡Dioses! Ese hombre suponía un peligro para mi integridad sexual, me había vuelto adicta, ninfómana y todos los términos que se pudieran apelar para definir que me tenía literalmente enganchada.

Eran las tres de la mañana cuando al fin llegué a mi pequeño apartamento, en esos momentos agradecí vivir sola. No habría soportado las charlas eternas de mi madre y más aún después de aquel fin de semana apoteósico y peor aún,

después de la conciencia que iba a tener que tomar para el papel que tendría que representar y actuar frente a Alejandro.

Yo no era así por naturaleza, era una persona más pasional y menos fría, iba a costarme un mundo mantener un carácter serio y autoritario, pero debía hacerlo. Tal vez esa fuera la única forma de poder tenerlo de algún modo.

No quería tener esperanza, de verdad que no quería...pero mi corazón iba por otro lado a mi razón y cuando me metí bajo el grifo de la ducha no podía dejar de imaginar las mil posiciones sexuales que quería hacer el próximo fin de semana cuando tuviera a Alejandro solamente para mí, a mi merced y realizando cualquier deseo o petición que le pidiera hacer.

Me deslicé entre las sabanas de mi enorme cama, la sentí demasiado fría, ¿Dónde estaba su calor?, ¿Dónde estaba esa calidez que él tenía? Deseé tenerlo allí, aunque solo fuera a mi lado para dormir y comprendí que estaba más enamorada de Alejandro de lo que jamás había estado y con aquel fin de semana solo había conseguido que mis sentimientos aflorasen aún con mas fulgor que antes.

Aquel lunes me levanté con la hora pegada, tal vez el sueño tardío fue una de las causas, pero agradecí tener toda la mañana ajetreada para no pensar tanto en mi dios griego y desinhibirme un poco de su reciente recuerdo que me perseguía constantemente.

—¿Y bien? —preguntó Nadia nada más verme.

Habíamos quedado para comer juntas y contarle que tal había ido el fin de semana, ni tan siquiera le había dado un pequeño adelanto por teléfono muy a su pesar. La suerte es que ella estaba igual o más liada de trabajo que yo y eso ya era decir.

—No se si decir que muy bien o muy mal —bufé dejándome caer sobre la silla

del restaurante en el que acabábamos de entrar para almorzar. Por suerte ese día Nadia tenía turno de noche y no tendría que comer en el hospital para poder verla.

—Que mal suena eso —contestó mientras miraba la carta del menú y yo la imitaba sin saber qué elegir porque tenía de todo menos hambre por raro que pareciera.

—A ver —dije cerrándola de pronto porque acabaría pidiendo lo de siempre y así no tendría que pensar mucho más a pesar de mi poco apetito—. La cuestión es que sí pactamos una especie de acuerdo en el que solo nos veríamos el fin de semana y solo tendríamos sexo —confesé en un tono de voz bajo.

—¿Pero? —añadió mi amiga.

—Sé porqué él actúa de ese modo —le confesé.

—¿Cómo dices? —exclamó atónita.

Le relaté lo que me había confesado su hermana Teresa con cierto tacto y ella gimió de compasión tal como habría esperado.

—La cuestión es que no se si estoy haciendo bien pagándole con la misma moneda con la que él me trató a mi —confesé—. Aunque crea que pueda servir para que reaccione o se de cuenta de que todas las mujeres no son como su abuelo le hizo creer.

—Mira... por muy dura que me parezca la situación, creo que puede funcionar. Si él sufre en sus carnes propias el mismo trato que tu recibiste de él, puede que lo haga, que reflexione al respecto o al menos, que descubra si siente algo más por ti que atracción física.

—¿Y si no funciona? —exclamé con cierto miedo.

—Al menos te quedará el consuelo de que lo has intentado, porque tú sí que estas enamorada de él —dijo de forma plausible.

—No quiero que me haga más daño, pero tampoco puedo dejarlo ir —confesé de pronto.

—Quien no arriesga, no gana Irina —confesó llevándose la copa de agua a los labios.

—Eso es lo que siempre ha dicho mi padre —contesté con una vaga sonrisa mientras el camarero se acercaba y nos tomaba nota de la comanda.

Durante el resto de la semana me quedé mirando el teléfono varias veces esperando que su nombre apareciera, pero no hubo ningún mensaje, ninguna llamada, nada. ¿Tan en serio se había tomado mi advertencia? En realidad, yo lo hice cuando él me lo ordeno en su día. No le llame, ni le envié ningún mensaje, pero no sé porque ahora me parecía distinto.

Había pensado hacer algo especial como primer fin de semana, no tenía claro qué hacer, pero sí estaba segura de que no llevaría a Alejandro a mi casa, mucho menos a un hotel puesto que me parecía algo frío y distante... por lo que alquilé un lujoso ático en el centro de Moscú durante el fin de semana.

Le envié los billetes de avión, había pensado en enviarle mi avión privado, pero me parecía darle demasiados privilegios y aquello solo sería el principio.

El ático estaba meticulosamente decorado con buen gusto, bajo mi punto de vista algo ostentoso, pero lo alquilé por el jacuzzi climatizado que tenía en la terraza acristalada al exterior y por la enorme bañera que tenía uno de los baños. Sabía en cuanto la vi que íbamos a hacer buen uso de ella. Constaba de varios salones grandes y numerosas habitaciones, además de una gran cocina comedor en cuya nevera me había asegurado de tener helado.

Adjunté con los billetes de avión una copia de la llave con la dirección y las indicaciones pertinentes para que no hubiera complicaciones en su interpretación. Estaba nerviosa, Alejandro debería llegar de un momento a otro si tenía en cuenta la hora de su vuelo y el trayecto desde el aeropuerto hasta el ático, más aún cuando un chofer le estaba esperando precisamente para traerle directamente hacia su destino.

Me había librado pronto de la última reunión y me fui directamente desde la empresa hasta el apartamento, cualquiera podría afirmar que estaba al borde de la desesperación cuando me duché rápidamente lavando meticulosamente cada palmo de piel de mi cuerpo y embadurnándolo en aceite perfumado para tener una piel extremadamente suave. Ondulé mi cabello para que pareciera que tuviese más volumen, me maquillé sutilmente y me vestí únicamente con una prenda de satén y encaje que había comprado específicamente para ese momento, aunque en realidad iba a estrenar ropa interior todo el fin de semana, pero esa era especial, de color azul noche; consistía en una minúscula braguita brasileña que se unía centralmente como si se tratara de un trikini al sujetador de encaje que no dejaba casi nada a la imaginación y portaba unas correas cruzadas.

Esperaba que le gustara, al menos lo había comprado únicamente con esa intención e incluso lo acompañé de una bata de seda en el mismo tono de azul.

Me senté en la barra de la cocina a esperar, ni en el propio taburete, ni de pie, sino en la barra americana que separaba la cocina del comedor y que cuando Alejandro se adentrara sería lo primero que vería. Esperé con el teléfono al lado, no tenía ningún aviso, ni llamada, ni mensaje... supuse que todo estaría en orden y de pronto escuché la llave en la cerradura. Rápidamente dejé el teléfono a un lado, me dejé caer la bata por un hombro y crucé mis piernas como si estuviera tranquilamente allí pasando el tiempo.

Cuando le vi adentrarse mi cuerpo se contrajo, iba con un traje gris claro, portaba al hombro una especie de bolso de piel marrón y en la otra su maletín de trabajo, como si acabara de salir de la oficina. En ese momento me pregunté como sería esperarlo en casa cuando volviera del trabajo, ¿Sería exactamente así?

Antes ni siquiera de saludar, escuché como dejaba caer los bultos al suelo de un solo golpe, parecía no importarle el contenido porque no tuvo ningún cuidado en hacerlo. Le miré, me miró y en ese momento de conexión entre ambos dio dos zancadas abalanzándose sobre mi y devorando mi boca con tanta ansia que solo pude enroscar mis piernas alrededor de su cintura y acogerle. Literalmente ardía en deseos de ese hombre y mi fuego necesitaba ser apagado.

Sin dejar de besarme apasionadamente notaba como se deshacía de su chaqueta y posteriormente de su camisa. No pude evitar abrirme más de piernas para acercarme a su cuerpo, aunque de por si estaba literalmente pegado al mío mientras nuestras bocas no se abandonaban ni un solo instante.

El olor a sudor mezclado con su perfume me embriagaba, ese aroma tan masculino y varonil que solo él poseía hacía que perdiera todos mis sentidos al mismo tiempo y obnubilaba por completo mi juicio.

—Debería ducharme, pero mi instinto por meterme dentro de ti sobrepasa mis límites —gimió separando levemente sus labios antes de que yo contestara mordiéndole uno de ellos y el sabor férreo de la sangre me abrumara.

Definitivamente este hombre me hacía perder el juicio y sacar la fiera que había dentro de mi. Me quité la bata dejándola caer a mi espalda y bajé mis manos por su torso ahora desnudo mientras él comenzaba a realizar un recorrido desde mi boca hasta bajar por mi cuello mientras yo ahogaba mis gemidos en su hombro y clavaba mis dientes en el.

Le desabroché el cinturón y rápidamente sus manos se acoplaron a las mías para ayudarme a deshacerse de su pantalón. Podía notar su más que evidente erección y aquello únicamente me enardecía, saber que Alejandro estaba siempre más que dispuesto para tomarme solo provocaba que mi ardor no se apagara, sino que, por el contrario, aumentara considerablemente.

Justo en el momento en el que podía notar como su erección ahora libre rozaba mi muslo interior, acercándose lentamente a mi, buscando la entrada que nos conduciría a ambos al abismo. Busqué de nuevo su boca como si fuera algo totalmente necesario, como si me pertenecieran sus besos y los necesitase tanto o más que el mero hecho de que él me hiciese suya. En el mismo instante que mi lengua se adentraba para buscar la suya, noté sus dedos haciendo a un lado mis mini braguitas y sentí como la polla de Alejandro se hundía dentro de mi ser, provocando que gritase en su boca de puro placer.

«¡Oh dios!» jadeé mordiendo de nuevo su labio sin poder evitarlo mientras notaba sus manos en mi trasero atrayéndome hacia él mientras salía lentamente y volvía a embestirme con fuerza.

Rodeé con mis piernas su cuerpo y me apoyaba en él cada vez que volvía a entrar en mi acudiendo al encuentro de sus embestidas, haciendo que aquel momento fuera una catarsis de placer y cuando sentí aquel orgasmo llegar para atravesarme completamente, grité como nunca había gritado antes. Sin duda la ausencia de sexo en esos cuatro días había provocado que el encuentro fuera más que apoteósico, había sido extraordinario.

Mi pulso tardo en volver a ser algo normal, aunque aún seguía acelerado. Notaba como Alejandro no se había separado de mi cuerpo tampoco y en ese momento reaccioné. Tenía que ser autoritaria, tenía que imponer mis normas, así que con la actitud más fría que pude aunar, me separé de él de un movimiento y me bajé de un salto de la encimera no importándome en absoluto

mi casi desnudez.

—Ve a ducharte, tienes diez minutos —dije tratando de no mirarle o me costaría un mundo hacerlo.

—¿Vamos a alguna parte? —contestó con un tono de voz que parecía extrañarle mi orden.

—No —negué—. Te espero en el jacuzzi, date prisa porque ahora te quedan nueve y restando.

—¿Es que tendré que cumplir algún tipo de castigo si llego tarde? —exclamó y pude notar una especie de sonrisa en sus labios haciendo que me costase no reírme.

—Si, como llegues tarde no te dejaré follarme durante el resto de la noche —susurré y en ese momento él cambió su semblante y sin mediar palabra se quitó los zapatos y el pantalón que estaba arremolinados en sus tobillos para quedar completamente desnudo.

—Me sobrarán cinco —contestó autoritario mientras se daba la vuelta y me dejaba ver ese perfecto culo en movimiento mientras caminaba—. ¡Así que prepárate porque voy a follarte toda la noche preciosa! Y aún tendré más para mañana y pasado mañana.

En el momento en el que se perdió por el pasillo no pude evitar reírme... ¡Ay dios!, ¡Aquello iba a ser más divertido de lo que imaginaba!

Controlé la hora y justo cuando faltaba apenas un minuto Alejandro apareció completamente desnudo por la puerta acristalada de la terraza cubierta.

Había encendido el Jacuzzi y hacía burbujas al mismo tiempo que estaba iluminado, unas velas hacían también de ambiente y dos copas de vino aún por servir junto a una botella era el resto de acompañamiento para una magnífica

velada. Por suerte ya lo había dejado todo preparado y solo había tenido que encender las velas para el momento mientras esperaba.

—Debo reconocer que las vistas son espectaculares —dijo sin dejar de observarme atentamente.

—Fue lo que me hizo decidirme para alquilarlo —contesté sincera y reconfortándome que le gustase.

—No me refería al apartamento preciosa, aunque también las tiene —afirmó consiguiendo que me sonrojara.

—¿Estás intentando sobornarme acaso? —exclamé alzando una ceja.

—No, ¿Tendría que hacerlo?, ¿Ganaré puntos con ello? —preguntó algo contrariado.

—Tal vez hayas tardado más de diez minutos —aseguré perspicaz.

—No, he tardado exactamente nueve minutos y treinta y seis segundos. —En ese instante alcé una ceja. No podía ser... era imposible que lo supiera.

—Es imposible que lo sepas, no tenías ni reloj, ni móvil... —comencé a decir.

—Se marcar el tiempo, de pequeño debía hacerlo muy a menudo para llegar siempre puntual —aclaró sin entrar en detalles.

—¿Por qué? —exclame no pudiendo evitar preguntarlo por intuir la respuesta.

—No importa —contesto eludiendo la pregunta—, pero en ocasiones como ésta siempre viene bien para saber cuánto estoy tardando.

—Está bien —dije mientras alargaba el brazo para coger la botella y se la entregaba junto a un sacacorchos.

Alejandro descorchó el vino y yo cogí las copas esperando que lo sirviera.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó de pronto.

—Porque esta noche, tu y yo terminemos extasiados —sonreí recordando el momento en el que él dijo eso justo en aquel jacuzzi de aquel piso madrileño la primera vez que me citó tras aquel acuerdo.

—Brindo por ello —respondió chocando su copa con la mía y ambos degustamos el vino.

Dejé mi copa sobre el borde y apagué tanto las luces como el motor del jacuzzi, solo nos iluminaba la poca luz que emanaba de las velas y observé como él me imitaba y también depositaba su copa sobre el borde. Fui apagando una a una cada vela.

—¿Por qué apagas todo? —preguntó entonces y yo sonreí ahora a oscuras mientras me acercaba a él y me colocaba a horcajadas sobre su cuerpo.

—Porque no quiero que me veas... quiero que me sientas —susurré roncamente en su oído mientras notaba como sus dedos rodeaban mi cintura y depositaba un cálido beso en mi garganta.

—Quiero sentirte Irina... es lo que más deseo —gimió antes de fundir sus labios con los míos y una pregunta se formaba en mi mente.

¿Acaso tendría algún tipo de trasfondo sus palabras?

14. ¿Alguna vez te has enamorado?

Notaba su piel caliente junto a la mía, su carne invadiéndome, provocando la fricción entre nuestros cuerpos y saciando ese apetito sexual insaciable que tan bien sabía hacer. No podía cansarme de él, era perfectamente consciente que no podría hacerlo jamás y aun así me torturaba en pensar que, pese a todo, probablemente él jamás pudiera tener una relación normal e incluso de forzarse a hacerlo, primaria más su interés que sus sentimientos.

«Mejor no pienses en ello», me dije a mi misma dejándome arrastrar por el sueño y agotamiento de aquella noche.

No solo habíamos tenido sexo en el jacuzzi, también en el salón cuando tomábamos la cena que había pedido a domicilio, en la cocina de nuevo cuando fui a por el helado y en aquella enorme cama cuando decidimos acostarnos. Si, estaba extasiada, extenuada y segura de que al día siguiente cuando despertase querría más, mucho más de nuevo.

Me giré de lado para dormir apoyando mi cabeza sobre la almohada y sentí como su cuerpo, de pronto se acoplaba al mío mientras un brazo se apoyaba en mi cintura al tiempo que suavemente me atraía a él provocando que mi espalda tuviera el calor constante de su firme pecho. Adoraba estar así, aunque jamás lo confesara en voz alta.

No dije nada, él tampoco lo hizo y el silencio nos abrumaba. En ese momento sentí sus labios en mi hombro, posteriormente en mi cuello y finalmente en mi nuca mientras escuchaba su respiración profunda.

—Buenas noches preciosa. —Su voz era ronca, aunque sonaba pausada.

—Buenas noches, Alejandro —contesté sin moverme expectante ante su

siguiente caricia a pesar de estar somnolienta.

—Me encanta tu olor después de hacerte mía —susurró a mi oído provocando que me estremeciera.

—¿Mi olor? —exclame sin poder evitar preguntar aquello a pesar del sueño que comenzaba a invadirme.

—Si... —jadeó apretándome más contra él—. Tu aroma natural es suave y con la mezcla de sexo es puramente exótico.

—A mí también me gusta como hueles —admití en un momento de confesión.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Si —afirmé—, incluso pensé en retirar del mercado ese tentador perfume que usas —contesté riéndome sin poder evitarlo.

—¿Cómo? —gritó justo antes de que sus dedos se clavaran en mi carne suavemente provocándome cosquillas y no pude evitar retorcerme para deshacerme de él al mismo tiempo que me reía a carcajadas.

—¡No! —grité—. ¡Para! —Volví a gritar mientras me retorecía y reía al mismo tiempo.

—¿Vas a tratar de retirarlo del mercado? —contestó mientras me seguía haciendo cosquillas y yo intentaba vagamente deshacerme de sus manos.

—¡No!, ¡No lo haré! —contesté gritando para que parase.

—Vaya... qué fácil es convencerte —contestó acercándose a mi quedando su frente unida a la mía. Yo jadeaba por el esfuerzo de retorcerme y él me miraba fijamente. La habitación apenas estaba iluminada salvo por la suave luz que se filtraba desde la ventana procedente de las luces de la ciudad—. Me gusta tu risa —confesó haciendo que mi garganta se secara por sus palabras.

No sabía que responder, por lo que acaricié sus brazos que estaban a mis costados y posteriormente acaricié su rostro delicadamente aun notando la barba incipiente algo áspera, la sensación me encantaba. Sus labios acortaron la distancia y se fundieron junto a los míos lenta y pausadamente, era tan dulce que no quería que el momento terminara jamás, pero se separó del mismo modo y volvió a colocarse a mi lado volviendo a rodear mi cintura y atrayéndome de nuevo hacia él.

—¿Alguna vez te has enamorado? —pregunté de pronto sintiendo la necesidad de hacerlo. Pude notar la tensión en su cuerpo estando tan pegado al mío y su respuesta se prolongó hasta el punto de que pensé que no pensaba hacerlo.

—No —contestó secamente y pensé que su respuesta simplemente sería aquella negación, que no añadiría nada más y ahí quedaría todo—. Nunca he creído en esas cosas —añadió partiéndome el corazón en dos.

No dije nada, no respondí siquiera, simplemente cerré los ojos y pensé con todas mis fuerzas en que no iba a dejar que aquellas palabras me afectaran. No lo harían. No podían hacerlo. Tal vez, aunque ni el mismo Alejandro lo supiera; podía enamorarse.

Abrí los ojos lentamente tratando de reconocer donde estaba para ubicarme. En un principio no reconocí el lugar, hasta que recordé que era el apartamento que había alquilado para ese fin de semana y del que sin duda recurriría en más de una ocasión cuando citara a Alejandro en Moscú.

Alejandro... pensé en ese momento mientras me giraba sobre mi misma y comprobé que la cama estaba vacía, ¿Dónde estaba?

Me alcé rápidamente con la intención de buscarle. No se habría marchado, ¿no? Al menos no le había dado permiso para hacerlo, pensé y me reí de mi misma, puesto que él jamás pediría permiso para irse. Era plenamente

consciente de que no lo haría, es más, ahora que lo pensaba no le había dado el acuerdo que había redactado esa semana y que me había costado tanto trabajo hacer porque no era capaz de ser una persona firme y estricta como quería aparentar que sería.

Cuando abrí la puerta del dormitorio y salí a través del pasillo le vi en la cocina. Me apoyé en el marco de la puerta para contemplar ese hermoso cuerpo en movimiento mientras parecía preparar el desayuno vestido únicamente con un pantalón de chándal oscuro acompañado de todos aquellos músculos de sus brazos y pectorales en movimiento.

—¡Buenos días! —dijo en cuanto me vio observándole.

Le vi recorrer lentamente con la mirada mi cuerpo como si me devorase y yo crucé los brazos mientras avanzaba hacia él. En ese momento fui consciente de que estaba completamente desnuda al rozar mis brazos con mis pechos desnudos, pero no dejé que eso me hiciera retroceder, al contrario, alcé aún más el mentón.

—No recuerdo haberte dado permiso para salir de la cama —dije todo lo seria que pude.

—¿Debía pedirlo? —preguntó alzando una ceja extrañado.

—Si quiero que me folles cuando despierte, debes estar ahí —gemí muy cerca de él.

—Pensé que después de anoche tendrías hambre. —Su voz ahora había cambiado a un tono ronco, demasiado ronco y aquello solo provocaba en mí un calor incesante y un anhelo de contacto inminente.

—Tengo otro tipo de hambre aún más fuerte —sugerí justo antes de notar como él rodeaba con un brazo mi cintura y me alzaba contra él.

—Joder... —susurró cerca de mis labios—. Pienso despertarte cada mañana con mi polla tan hundida dentro de ti que solo podrás gemir de placer cuando abras los ojos —gimió en mi oído.

Estaba segura de que si llevara bragas en ese momento las habría mojado, estaba más que preparada para sentirlo, para recibirlo y con mis pies fui empujando como podía su pantalón hacia abajo mientras buscaba el contacto con su boca incesante.

Cuando noté su polla adentrándose en mi interior jadeé. Sin duda Alejandro me había convertido en una ninfómana, ya era oficial, esa necesidad de sexo constantemente, casi a cada hora solo podía significar eso. Aunque si tenía en cuenta de que solo lo quería con él tal vez no se considerase una enfermedad del todo.

Terminamos comiendo huevos con beicon algo chamuscado, aunque sorprendentemente ninguno de los dos se quejó de ello porque éramos conscientes de la razón por la se había quemado y no nos importaba.

Vi que justo al lado de donde estábamos sentados estaba el maletín con la carpeta que contenía el documento del acuerdo y cuando terminé de comer lo saqué de allí para enseñárselo.

—He redactado el documento personalmente —me adelanté a decir mientras se lo entregaba en una carpeta marrón.

—¿Qué es? —preguntó algo extrañado.

—Nuestro acuerdo —afirmé pensando que sería de su interés.

No respondió, sino que se limitó a abrir la carpeta y le vi bajarse de la silla y comenzar a andar mientras parecía leerlo. No sabía si se opondría a alguna de las condiciones, básicamente en ellas redactaba un poco lo que habíamos

acordado verbalmente.

Mis fines de semana serían suyos desde el viernes a las diez de la noche hasta el domingo a la misma hora, es decir, dos días completos. Eso era lo único que conseguía de mí, porque el resto de las condiciones solo eran beneficios míos.

Alejandro debía venir allá donde le indicara que lo hiciera y todos los gastos correrían por mi parte. No podía excusarse, replicar, contradecir o reprochar en ningún momento y tampoco servían los motivos que no fueran justificables y éstos solo implicaban la muerte o un estado de salud precario. El resto no eran aceptables y en caso de no acatarlo el acuerdo se rompía.

No se podría hablar de trabajo bajo ningún concepto, ni tener vida social con otras personas. Nadie sabría que existía algún tipo de contacto y en el caso de acudir a un evento juntos, deberíamos actuar como simples conocidos.

Alejandro debería acudir de buen agrado, sin malas caras y mucho menos realizar cualquier tipo de reproche hacia mí. Siempre estaría dispuesto, listo y preparado si lo exigía y acataría cualquier petición que quisiera sin rechistar.

Hasta ahí podía ser algo normal, pero había sido un poco más puntillosa. Tenía que pedir permiso cada vez que se separara de mi lado y esperar que a que se lo diera, de lo contrario no podría marcharse. Tendría que cocinar para los dos, cosa que ya había empezado a hacer sin saberlo de antemano y además debía estar correctamente depilado, aseado y perfumado para mi disposición.

—¿Tienes un bolígrafo? —preguntó provocando que saliera de mi ensoñación mientras recordaba todas las normas.

—¿No tienes ninguna objeción? —reclamé pensando que contradiría alguna de mis peticiones.

—No —contestó secamente.

Fui hasta el maletín donde saqué un bolígrafo que llevaba el logotipo de la empresa y se lo di. Alejandro se acercó a la mesa y lo firmó sin más réplicas entregándomelo.

—Aquí tienes tu copia, ya está firmada por mi —dije entregándosela y él la firmó también dejándola a un lado. Casi me sorprendía la facilidad con la que había accedido a todo aquello no siendo él bajo ningún concepto beneficiado, ¿Por qué lo haría?

—Ahora que el papeleo ya está, ¿Qué se supone que haremos, señora? —preguntó con sorna.

—Quiero un baño caliente en esa bañera enorme —mencioné en primer lugar porque fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Para ti sola? —Su voz no era seria y aquello me agradaba.

—Puede —musité.

—¿Ah sí? —exclamó incitándome con una media sonrisa.

—Tal vez lo comparta si sabes dar masajes —contesté atrevida.

—¿Dar masajes? —preguntó y le vi alzar una ceja.

—Quiero después un masaje por todo el cuerpo con aceite —admití recordando que compré un montón de chismes online de juguetes sexuales y hasta ahora no me había acordado...

—Será una tentación —gimió cerca de mi oído—. Pero me limitaré solo a mover los dedos —añadió antes de desaparecer por el pasillo camino del baño.

Cuando ya estaba fuera de mi vista caí en la cuenta de que ante la excitación

había olvidado que no me pidió permiso para irse, ¡Mierda!, ¡Yo no servía para hacer aquello! Gemí interiormente mientras no podía evitar reírme.

Esperé pacientemente para darle tiempo a preparar aquel baño, pensando en si no me estaría equivocando de estrategia... ¿Por qué Alejandro, ese dios griego dominante, accedía a todas mis peticiones de buen agrado?

«Tal vez sea consciente del comportamiento que tuvo al juzgarme mal» pensé inocentemente y ahora yo se la estaba devolviendo de la misma forma y sintiéndome culpable al mismo tiempo por ello.

Empezaba a creer que tal vez había sido una mala idea, quizá no debí darle el acuerdo tan pronto, tal vez habría sido mejor esperar un tiempo, ver hacia donde nos conducía aquello y ¿Quién sabe? Tal vez un día sin darnos cuenta éramos una pareja normal. Aunque muy normal nunca seríamos debido a nuestros trabajos personales y a vivir en dos países demasiado distantes.

Estaba tan ensimismada que cuando sentí aquellos brazos rodeando mi cintura grité por no esperarlo.

—¡Joder! —exclamé mientras me llevaba una mano al pecho por la agitación.

Alejandro me había envuelto en sus fuertes brazos y sin decir nada me alzó de tal forma que tuve que agarrarme a él para no caerme y me llevó en volandas hacia el baño donde pude percibir el sonido del agua y el aroma a lavanda que invadía la estancia debido a las sales de baño que debió haber vertido en el agua. Me dejó caer lentamente en la bañera mientras el agua cubría mi cuerpo. La estancia estaba iluminada con luz natural, era muy acogedora y agradable al mismo tiempo.

—Sé que te gusta el agua muy caliente —susurró mientras entraba en la bañera y se colocaba detrás de mi.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté insólita.

—Porque nos hemos duchado juntos en más de una ocasión y he podido darme cuenta —contestó mientras me atraía hasta él quedando en su regazo y la espuma comenzaba a taparnos.

—¿Y a ti no te importa? —pregunté calmada.

—Después de ducharme con agua fría media vida, creo que puedo soportarlo

—Su voz sonaba lejana, vi como cogía una de las esponjas nuevas y la mojaba en agua para después echarle gel y comenzar a frotar muy suavemente mi piel con ella.

Aquello era tan placentero que podría permanecer así toda la vida, era tan agradable estar de esa forma con él... quería estar siempre así, me sentía feliz así.

—¿Y por qué te duchabas con agua fría? —pregunté sonando lo más natural posible.

—No parecía ser una necesidad el agua caliente en la casa que vivía. Descubrí que existía el agua caliente cuando fui a la Universidad —aseguró y a mi se me encogió el corazón.

—¿A los dieciocho años? —exclamé sin poder evitarlo.

—Diecisiete —contestó con el mismo tono neutro—. Tenía prisa, así que me adelanté un curso para terminar antes.

—¿Por qué tenías prisa? —pregunté entonces.

Tenía mis razones —contestó evadiendo la pregunta y ahí supe que estaba entrando en terreno pantanoso.

Las manos de Alejandro comenzaron a trazar círculos con la esponja en mi

estómago y fue bajando lentamente hasta frotar mi clítoris haciendo que me contuviera de placer. Si yo hacía ese gesto me parecía normal, pero que ese dios griego lo hiciera por mi, me provocaba oleadas de calor y placer al mismo tiempo.

15. Maldita mala suerte

Jadeé con su contacto mientras alzaba mis brazos para acercar su boca a la mía y arqueé mi cabeza para permitir el contacto. Era como darle un beso al revés y supo extremadamente bien cuando su boca se acercó a la mía.

Su incipiente barba raspaba mi frente y parte de mi nariz consiguiendo que aquello me deleitase. Introduje mi lengua profundamente y Alejandro salió a mi encuentro con la suya, mientras bailaban al mismo compás que sus dedos jugueteaban allí abajo provocando que mis gemidos murieran en la garganta.

Dejé de besarle repentinamente, provocando su confusión por aquel repentino corte. Le miré intensamente mientras lentamente avanzaba por el agua hasta colocarme de rodillas y avanzar con mis manos dándole una buena vista de mis nalgas que previsiblemente suponía estaban embadurnadas de espuma.

Bajé mi cuerpo todo lo que pude sin mojarme mientras me abría ligeramente de piernas. Era toda una invitación, que esperaba que él supiera interpretar perfectamente.

Escuché el sonido del agua y sus manos no tardaron en tocar mis glúteos mientras lo acariciaban y de pronto noté su agarre fuerte mientras gemí incontroladamente anticipándome a lo que estaba por llegar. Esperé atentamente, no sabía que haría, pero deseaba que se hundiera dentro de mí ser a pesar de que no hacía ni dos horas desde que habíamos tenido sexo en la cocina, pero debía aprovechar el tiempo, ¿no? Tan solo faltaban treinta horas para que él se marchara y no volvería a verlo en varios días de nuevo.

Escuché el sonido del agua, ¿Había abierto el grifo de la bañera de nuevo? Me resistí a no mirar, prefería la incertidumbre puesto que eso acrecentaba mi

deseo. Los chorros de agua comenzaron a acariciar mis partes íntimas e inmediatamente después su boca me devoraba con ferocidad

—¡Dios! —exclamé al notar como succionaba mi clítoris y después hundía su lengua en mi interior mientras comenzaba a jugar con ella provocándome espasmos.

«Plaff»

El sonido de una cachetada no muy fuerte en mi trasero me hizo contener la respiración y el movimiento por inercia ante la sorpresa no evito que me encogiera. No había sido para nada fuerte, de hecho, no había dolido, ni tan siquiera picaba la piel... mas bien lo podía definir como excitante.

—¿Quieres más? —exclamó jadeante.

—Si —gemí

Y de nuevo sentí otra cachetada justo antes de que sus dedos se adentraran lentamente dentro de mi y grité ante el contacto.

Busqué su cercanía tratando de retroceder para sentir su miembro en mis nalgas y me incorporé para hacerlo.

—Lo quieres, ¿Verdad? —exclamó mientras comenzaba a recorrer un camino ascendente con la mano que le quedaba libre.

—Lo quiero —susurré mientras sus dedos entraban y salían y con otra mano me agarraba uno de mis pechos frotándolo al mismo tiempo.

—Dímelo —jadeó con esa voz ronca

—El qué —susurré implorante.

—Sabes perfectamente lo que quiero escuchar —insistió cerca de mi oído y después sentí sus dientes en el lóbulo de la oreja mientras creía que moriría

extasiada lentamente.

—Soy tuya Alejandro —jadeé—. Te necesito dentro de mí hundiéndote por completo.

—Eres mía —repitió al mismo tiempo que sus dedos reemplazaban su polla erecta y firme mientras se abría paso en mi interior deslizándose suavemente.

Estaba más que mojada, más que preparada para alojarle dentro de mí y su contacto solo me hacía asegurar y perseverar lo que de por sí sabía, que todo mi cuerpo y cada célula de mí le pertenecía completamente.

Ladeé mi cabeza para poder besar sus labios, y así, entre suaves, pero firmes movimientos con mi espalda en permanente contacto con su pecho y nuestros cuerpos unidos como uno solo, sentí que quería ser de verdad de Alejandro, que le quería tener en mi vida para siempre perteneciéndole a él, pero que también fuera mío.

Después del repentino cansancio que invadió mi cuerpo tras liberarse, agradecí que fuera tan sumamente atento como para envolverme en una gran toalla y me acogiera entre sus brazos hasta depositarme sobre la cama. Adoraba que me tratara así, aunque me hiciera sentir como una niña pequeña, pero resultaba encantador.

—¿Dónde está ese aceite? —preguntó cuando incluso a mí se me había olvidado el supuesto masaje que debía darme.

—Allí —señalé el armario.

Le escuché reírse y me extrañó, así que alcé la vista y le observé sacando la caja en la que había metido todo.

—¿Vamos a usar todo esto? —preguntó algo divertido.

—Quizás... —respondí intrigante—. Si no te gusta podría usarlo...

—No vas a utilizar esto con otra persona que no sea yo —respondió tan tajante y serio que apagó mi leve sonrisa—. Tenemos un acuerdo.

—Iba a responder sola —dije de pronto y pareció cambiar su semblante de cara, como si de pronto le volviera el color a la piel.

—En ese caso deberás llamar por teléfono para estar informado puesto que me serías igualmente infiel con esos cacharros —advirtió señalándolos.

—¿Te sería infiel? —exclamé entre atónita y divertida al mismo tiempo.

—Lo serías —aseguró mirándome fijamente.

—Entonces debo llamarte si decido “jugar” con esos juguetes —contesté haciendo comillas con los dedos cuando lo mencioné.

—Así es... —insistió.

—Pero no estaríamos respetando el acuerdo —le recordé.

—Entonces no utilizarás esos juguetes y me los llevaré para asegurarme de que solo los utilizas conmigo —contraindicó sorprendiéndome.

—Tal vez me lo piense —susurré—, pero ahora me vas a dar ese masaje —dije no queriendo insistir demasiado en el tema.

Las sensuales manos de Alejandro recorrían mi cuerpo embadurnado de ese aceite que embriagaba la estancia con olor a chocolate de forma inusual. Aun así, sus manos se deslizaban suavemente ciñéndose a la espalda y lo cierto es que en un momento dado, fui consciente de que necesitaba aquello. Llevaba toda la semana bastante tensa y Alejandro estaba consiguiendo que me relajase.

—Estoy aguantándome las ganas de devorarte —susurró de pronto con esa voz suave y sin querer me reí de sus palabras porque hasta a mi me estaba

entrando hambre con aquel olor.

—Pues es comestible —respondí en cierto tono de diversión.

—¿En serio? —escuché justo antes de sentir un mordisco en mi hombro.

—¡Ay! —exclamé de pronto intentándome dar la vuelta, pero él me lo impedía.

—No he terminado —respondió justo antes de sentir como su lengua recorría mi espalda mientras sus manos impedían que pudiera moverme literalmente y simplemente me quedé atenta a cada movimiento de su lengua sobre mi cuerpo.

Sus labios fueron ascendiendo hasta llegar a mi cuello y darme un cálido beso, entonces sentí como su mano acariciaba mi mejilla y me giré lentamente pudiendo apreciarle de cerca, mirándole directamente a los ojos.

Lentamente se inclinó posando sus labios junto a los míos y yo alcé mis manos para envolver su rostro. Era tan sumamente dulce que casi parecía un sueño.

—¿Qué te apetece comer, señora? —preguntó de pronto rompiendo esa magia que de pronto había sentido por un momento, como si hubiéramos conectado de verdad, sin necesidad de palabras.

—No me llames señora, no me gusta —advertí ante aquella palabra que me hacía sentir una vieja decrépita.

—¿Y como deseas que te llame? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Como siempre has hecho —contesté sin dudar.

—¿Preciosa? —exclamó con una vaga sonrisa.

—Si —afirmé y sonreí.

—Está bien, preciosa... Entonces, ¿Qué deseas que te prepare? —volvió a preguntar.

—Tortitas con chocolate y nata —respondí evitando no reírme por mi respuesta.

—Eso es un desayuno —contestó extrañado.

—¿Nunca has almorzado un desayuno? —pregunté retándole con la mirada.

—No —negó como si fuera lo más normal del mundo.

—Pues hoy lo harás —respondí tajantemente.

—¿El menú también me incluye a mi? —preguntó en cierto tono de diversión.

—Por supuesto que si —afirmé sonriente.

Me parecía demasiado divertido ver a Alejandro cocinar, más aún degustar las tortitas con chocolate y nata que le obligué a tomar. Lo cierto es que le habían salido bastante bien y comenzaba a apenarme el hecho de que le obligase a cocinar para los dos. No era una persona dada a que los demás me lo hicieran todo a pesar de mi condición. Me gustaba compartir las tareas, ayudar... y ahora me estaba costando un mundo no hacerlo.

—¿Has traído algún traje? —pregunté de pronto.

—Si, aunque tendré que plancharlo ¿Por qué? —respondió extrañado.

—Porque vas a necesitarlo esta noche —respondí dándole un mordisco a una manzana roja que había cogido del frutero.

—¿Dónde iremos? —preguntó curioso.

—Es una sorpresa, pero debemos salir a las siete en punto, así que iré a prepararme —respondí dejándole solo para darme una ducha ya que debía quitarme la pringue del aceite en la espalda.

En lo más profundo de mi ser, pensaba que de un momento a otro él se adentraría en aquella ducha, pero agradecí que no lo hiciera o no me daría

tiempo a arreglarme adecuadamente. Esa noche quería estar realmente hermosa, espléndida, hacerle justicia a su apodo; preciosa.

Había escogido para ello un vestido negro entallado con el cuerpo superior en gasa y bordados que ocultaban las zonas que debían cubrir, es decir; mi pecho. Porque salvo ese bordeado el resto era completamente visible dejando a la vista mi piel. Era tan insinuante que probablemente era el vestido mas provocador que había vestido en toda mi vida.

Cuando salí a las siete en punto por el pasillo, Alejandro ya estaba impecablemente vestido con su traje. Supuse que debió encontrar una plancha por el apartamento cuando no me mencionó nada al respecto y tuve que reconocer que estaba endiabladamente sexy, casi me daban ganas de cambiar los planes, pero repetí mentalmente que no debía hacerlo.

—¿Debemos irnos ya? —dijo de forma susurrante acercándose hasta mi.

—Si —jadeé conforme se fue acercando porque ese perfume suyo se apreciaba a esa distancia consiguiendo que el culote de encaje que llevaba puesto se mojara por completo.

«Y eso que aún no he salido del apartamento» musité.

—Pues a mi me apetece encerrarte en esa habitación y follarte con ese vestido puesto —jadeó al tiempo que sus manos rodeaban mi cintura y sus labios se posaron en mi cuello cuando le facilité el acceso.

—Vamos a llegar tarde si hacemos eso —jadeé de nuevo.

—Está bien, pero te follaré con ese vestido a la primera oportunidad, así que quítate lo que sea que lleves debajo —dijo de pronto.

—¿Qué? —exclamé y le miré abriendo sorprendidamente los ojos ante su petición.

—Si no puedo tenerte ahora y yo tengo que aguantar empalmado toda la noche, al menos tu no llevarás ropa interior —insistió.

Aquello me causó gracia, pero la sola idea de no llevar nada me excitaba. Me metí una mano por debajo de la falda ajustada y estiré del culote hacia abajo hasta que lo saqué, iba a volver para dejarlo en la habitación cuando él me freno en mi intento.

—No —dijo rápidamente—. Yo lo guardo preciosa —añadió arrebatándome la prenda y guardándosela en el bolsillo del pantalón—. Así podré olerla sabiendo lo que me espera después.

«¡Joder!» gemí interiormente.

La limusina nos esperaba en la puerta del edificio tal y como estaba previsto. Y el chofer nos esperaba servicialmente para asistirnos. Alejandro me permitió entrar primero y después entró él acto seguido mientras el chofer cerraba la puerta y rodeaba el vehículo para adentrarse de nuevo en la limusina y emprender el viaje.

—Imagino que no me vas a decir a donde vamos —dijo en ese momento Alejandro rompiendo el silencio.

Ni tan siquiera me había quitado el abrigo de pelo sintético que llevaba en ese momento para evitar el frío que hacía fuera.

—Imaginas bien —respondí sonriente.

—¿Puedo saber al menos cuanto tiempo tardaremos en llegar? —Su voz comenzaba a ser susurrante... provocativa...

—No —respondí adelantándome a sus intenciones, aunque si era sincera conmigo misma me moría de ganas porque me tocara, la sensación de no llevar nada de bajo era más que liberadora, simplemente excitante.

—Entonces... —comenzó diciendo al mismo tiempo que su mano acariciaba mi pierna por encima del estrecho vestido subiendo hasta mi cintura— ¿Qué podemos hacer mientras llegamos? —preguntó con ese tono ronco que hacía que me mojara por completo y gimiera de placer.

—¿Brindar? —exclamé en un susurro.

Era gelatina en sus manos, estaba visto y comprobado que me derretía ante su simple contacto.

—Brindemos entonces —contestó separándose de pronto e inclinándose hacia la cubitera que teníamos enfrente con una botella de cava y de paso cogió las copas para servir. Le ayudé cogiendo las copas para que descorchara la botella mientras observaba atentamente como lo hacía y después sirvió el contenido en cada una de ellas hasta la mitad volviendo a dejar la botella en su lugar para que se mantuviera fría.

—¿Por qué brindamos esta vez? —preguntó mirándome a los ojos directamente.

—Por una noche diferente —respondí sin dejar de mirarle.

—¿Diferente? —exclamó y le observé alzar una ceja.

—Si... diferente y arriesgada —le dije de forma sugerente.

—Arriesgada... eso me gusta, suena demasiado bien —gimió acercándose a mis labios.

—Y excitante —gemí antes de rozar los suyos para apartarlos y beber el contenido de la copa.

La espera hacía que todo fuera mucho más placentero o eso esperaba... porque ganas no me faltaban de abalanzarme sobre Alejandro para devorarlo allí mismo.

La limusina frenó la marcha. Ya deberíamos haber llegado teniendo en cuenta que el gran teatro Bolshoi no quedaba muy lejos del apartamento en el que nos alojábamos.

Cuando bajé de la limusina observé a Alejandro que miraba detenidamente el teatro y seguramente se fijó en las personas elegantemente vestidas que comenzaban a entrar por la gran alfombra roja bien colocada.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó de pronto girándose para verme.

—Depende de lo que creas que sea —le respondí sonriente.

—Ballet —dijo sin preguntas, dándolo por hecho.

—Si —afirmé—. Hoy es el estreno de temporada del gran ballet ruso.

—Eso suena emocionante —contestó atento.

—Lo es. Aquí es todo un acontecimiento —dije entrelazando mi brazo mientras caminábamos hacia la entrada.

Mi familia tenía un palco privado en el teatro para acudir las veces que quisiéramos disfrutando de la privacidad que aportaba. Era uno de los lujos que mi padre se permitía tener y que a mi desde pequeña me encantaba. Lo cierto era que lo disfrutábamos relativamente poco debido a la agenda apretada de mi padre, pero de pequeña solía ir en ocasiones con mis tíos o mis niñeras si ellos no estaban en la ciudad. Era sencillamente espectacular, sin tener en cuenta que lo había practicado durante toda mi vida.

—¿Palco privado? —exclamó una vez que entramos y las cortinas de terciopelo volvieron a cerrarse.

—Uno de los privilegios de ser una Komarov —mencioné sin mucha importancia.

—Y deduzco que estaremos solos —gimió acercándose hasta mí, junto al borde del palco donde observaba como la gente comenzaba a entrar y sentarse en sus butacas.

—Deduces b...

—¿Luciana? —exclamó una voz y en ese momento quise morirme, que literalmente me enterraran viva, ¿No se suponía que mis padres estaban de crucero en las Bahamas? Lejos del frío invierno y disfrutando de un sol maravilloso como para no echar de menos Moscú.

—¡Papá! —exclamé fingiendo la sonrisa más extraña que en mi vida había dedicado a mi padre.

—¡Irina!, ¡Si estás aquí! —gritó mi madre que acababa de entrar porque seguramente debía estar saludando a alguien conocido y por eso había tardado un poco más.

—Si —afirmé nerviosa—. ¿Y vosotros no se suponía que estabais de crucero?

—No quise que mi voz sonara molesta, pero dudaba que lo hubiera conseguido.

—Tu padre no quería perderse el estreno y además, es el cumpleaños de Ingrid, así que decidimos volver anoche y hemos llegado esta misma mañana —contestó de forma natural.

—¿Y no se os ocurrió avisar a vuestra única hija? —pregunté con cierto tono de ironía.

—No sabía que debíamos hacerlo. Además, tu dijiste que estarías todo el fin de semana ocupada, ¿Quién es él? —preguntó de pronto mi madre al ver a Alejandro que nos observaba atentamente y del que me había olvidado momentáneamente ante la aparición inesperada de mis padres.

—Él es...

—Álvarez —dijo mi padre ofreciéndole la mano y terminando la frase por mi.

—Así es —añadí—. Teníamos asuntos que tratar de la empresa y me parecía poco hospitalario no invitarle al estreno del ballet ya que estaba aquí y es muy típico de la ciudad.

—Por supuesto —dijo mi padre serio—. Así es como se mantiene a los socios contentos —añadió con cierta sonrisa.

La sonrisa de mi padre me tranquilizó, al menos la mentira había colado o eso esperaba fervientemente.

—Encantado de volver a verlo Señor Komarov —dijo Alejandro dirigiéndose a mi padre en un perfecto inglés—. Señora —saludó con la cabeza a mi madre que le saludó ofreciéndole la mano sonriente mientras le observaba detenidamente.

—Será mejor que nos sentemos, va a comenzar el breve la función —dije para calmar mis nervios.

¡No me podía creer mi maldita mala suerte!, ¡Para una vez que planifico algo, me sale el tiro por la culata!

16. Nervios a flor de piel

Estaba tensa. El hecho de que mis padres y Alejandro entraran en la misma frase me ponía los nervios a flor de piel y a pesar que el ballet me encantaba, no me conseguía relajar.

Podría ser que la mentira de traer a Alejandro como socio hubiera colado con mi padre, pero era más que evidente que no lo haría con mi madre y no sabía que explicaciones debería dar al respecto si se interesaba más de lo debido.

«Cálmate» me dije a mi misma. «Ya eres lo suficientemente mayorcita como para tener que decir con quién o no tienes una relación por muy implícitamente sexual que ésta sea»

Alejandro estaba en una esquina del palco mientras que mi madre y yo ocupábamos los asientos centrales. Era lo suficientemente amplio como para estar los cuatro en primera fila.

Noté el roce de su mano deslizarse sobre mi cadera lentamente y me puse más tensa aún. Le di un manotazo a su mano y juraría que le vi sonreír adrede.

—Nunca te había visto así de rígida preciosa —susurró con aquella su voz ronca cerca de mi oído que consiguió contrariarme.

¡Gracias al cielo que todo el teatro estaba a oscuras salvo el escenario!

—Recuerda que llevo tu ropa interior en mi bolsillo —añadió ante mi silencio.

—¡Calla! —susurré en voz baja y le escuché reír silenciosamente.

—No me digas que la situación no es un tanto... divertida —volvió a susurrar.

—No le encuentro la diversión por ninguna parte —contesté seriamente e incluso hasta me parecía raro que él lo encontrara gracioso.

—Para mi, sí —contestó rápidamente—. Intentaste controlar todo y se te olvidó el factor sorpresa —musitó.

Le miré boquiabierta, aunque él apenas pudiera verme por la poca luz que había en el lugar.

—Ya te parecerá menos divertido esta noche —respondí airada.

Vi como cogía mi mano y la colocaba en un lugar donde sentí su erección. La dureza de su miembro hacía que mi respiración se cortara.

—Eso solo logra excitarme —me susurró aquel dios griego a mi oído.

—¿Sí? —gemí en un susurro—. Ya me lo dirás luego.

—¿Vas a azotarme? —gimió en un hilo de voz.

—Algo peor —contesté provocándole.

Lo cierto era que aquello había hecho que casi olvidara que mis padres estaban justo al lado y cuando fui consciente de nuevo me erguí en mi sitio ya que estaba ligeramente inclinada hacia él y observé que mi madre seguía con la mirada fija en el escenario.

La función acabó y nos levantamos para aplaudir. Había sido magnífico pese a que apenas hubiera podido prestar la atención que realmente se merecía la compañía de baile.

—No han decepcionado —dijo mi padre asintiendo cuando las luces del escenario se apagaron y los aplausos comenzaron a cesar para comenzar a evacuar el teatro.

—No, nunca lo hacen papá —asentí.

—¿Le ha gustado? —preguntó mi madre a Alejandro en español.

—¡Oh sí! Muchas gracias señora Komarov. Era la primera vez que veía una actuación de ballet y ha sido magnífica.

—Nada como el ballet ruso —corroboró mi padre—, ¿Dónde vais a cenar? —preguntó mi padre—. Deberías llevarlo a Menestrof es el mejor restaurante para degustar nuestra comida.

—Si, claro —contesté sonriente—. Probablemente iremos —asentí intentando despedirme.

—Señor y señora Komarov —advirtió Alejandro—. Ha sido un placer —añadió mientras nos despedíamos.

Entramos en la limusina de nuevo y nada más cerrar la puerta, él se abalanzó sobre mí apesando mis labios intensamente.

—No me apetece nada cenar en ningún restaurante por muy bueno que sea —jadeó cerca de mis labios.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté curiosa.

—Encerrarme en ese apartamento contigo y no volver a salir hasta que tenga que marcharme —contestó mordiendo mi labio inferior y lo arrastró sutilmente pellizcándome sin llegar a hacerme daño, pero con un matiz tan sugerente y sexy que podía notar el flujo entre mis muslos de lo candente y húmeda que estaba.

—Voy a atarte a la cama —susurré.

—¿Sí? —jadeó mi dios griego.

—Si... —afirmé—, y voy a montarte hasta saciarme, a follarte intensamente... y tú no podrás tocarme —le aseguré mientras no dejaba de mirarme a los ojos.

Guardamos la compostura hasta que llegamos al apartamento y entré primero, la puerta se cerró tras él mientras comencé a avanzar, pero su mano me detuvo y mi espalda tocó la puerta de entrada haciéndome retroceder mientras sus manos acogían mi cintura.

Sus labios se acercaban peligrosamente a los míos y le detuve.

—No —susurré—. Irás a la habitación y te desnudarás de cintura para arriba, te tumarás sobre la cama de la habitación del fondo y me esperarás.

—No se si podré esperar —me susurró en el oído.

—Lo harás —dije intentando no sonreír y alcé el mentón altivamente para que entendiera que era una orden.

Escuché una especie de gruñido y después bajo su mano por mi cintura hasta hincar sus dedos en mi trasero sobre la tela del vestido, agarrándolo fuertemente.

Aquel sonido me estremeció, pero acto seguido se dio la vuelta y se marchó hacia la habitación mientras le veía quitarse la chaqueta por el camino y preveía que estaba desabotonándose la camisa.

Me deshice del vestido y lo dejé sobre el sofá. Salvo por las medias hasta los muslos y los zapatos altos de tacón, estaba literalmente desnuda y caminé hacia la habitación principal. Me coloqué un conjunto transparente de seda, era una especie de body negro que dejaba poco a la imaginación.

Cogí la caja con los juguetes eróticos y fui con paso decidido hacia la habitación donde se encontraría mi dios griego. Había elegido esa habitación porque el cabecero era de forja y podría enganchar las esposas con las que pensaba maniatarlo.

Cuando entré vi a Alejandro tumbado sin zapatos y solo con el pantalón del

traje, su pecho estaba completamente descubierto tal como le había indicado que estuviera.

Me observaba atentamente y la sensación de poder era refrescante.

—Alza tus brazos sobre la cabeza —ordené mientras dejaba la caja sobre la cama y la abría para sacar las esposas. Pese a ser un juguete sexual parecían bastante robustas.

—¿En serio? —exclamó alzando una ceja con una medio sonrisa.

—Completamente —contesté acercándome mientras él subía sus brazos y enredaba sus manos alrededor del cabecero. Me aseguré de que quedaba bien agarrado.

—Debo reconocer que me pone mucho verte así de autoritaria —me dijo con ese tono ronco.

—Acostúmbrate —susurré inclinándome sobre él rozando con mis pechos su nariz y pude notar como intentaba abalanzarse para morderme, pero lo evité apartándome justo a tiempo.

—¿Iba en serio lo de no poder tocarte? —me preguntó observándome fijamente.

—Si —jadeé mientras mis manos comenzaban a acariciar su pecho y bajaban lentamente.

Le desabroché el cinturón mientras él me observaba fijamente, desabroché el botón y le quité los pantalones dejándole únicamente en ropa interior.

Cogí uno de los geles de calor de la caja y me subí a horcajadas sobre él mientras trazaba una línea en su pecho y comenzaba a masajear mientras le daba pequeños mordiscos a su cuello.

—¡Joder! —gimió mientras yo me movía sobre él creando fricción en su dura erección situada entre mis muslos.

—¿Te gusta? —gemí.

—Si —jadeó tratando de moverse sin apenas conseguirlo

—Esto solo acaba de comenzar —le dije mientras jugueteaba con el borde de su bóxer y le escuché gemir.

Metí una mano bajo ellos y acaricié su erección lentamente sin dejar de mordisquear su pecho. Fui bajando poco a poco hasta que liberé su erección y me la metí por completo en la boca de una sola vez. Alcé la vista y vi como él me miraba fijamente y después arqueaba su cabeza hacia atrás mientras gemía de éxtasis.

Así era como quería tenerlo... gimiendo del placer que yo le daba y que solo obtenía conmigo.

Me ayudé con una mano para masajear al mismo tiempo que hundía su polla en mi boca cada vez más rápido, con mayor fricción, hasta que mi cuerpo me pidió a gritos tenerlo dentro.

Me subí de nuevo a él mientras deslizaba la parte de la braguita del body y me hundía completamente.

Alejandro alzó sus caderas para metérmela hasta el fondo y gemí al notar su desesperación.

—Preciosa... —le escuché jadear.

—¿Sí? —pregunté mientras balanceaba mi cuerpo para hundirme de nuevo en él.

—Bésame —gimió—. Quiero tener tus labios mientras me hundo en ti.

Mis músculos estaban resentidos de aquella agotadora noche, pero sonreí para mis adentros mientras recordaba y rememoraba esa fantástica velada ya que ahora me debía conformar con un triste helado en el sofá porque Alejandro se había marchado hacía tan solo unas horas.

Habíamos estado teniendo sexo hasta altas horas de la madrugada, aquel hombre definitivamente era insaciable y yo me sumaba a su insaciedad, si es que esa palabra existía. Para que mentir, era plenamente consciente de lo embaucada que estaba de ese dios griego y lo tremendamente vulnerable que era mi cuerpo a sus caricias o simplemente a su sola presencia.

Suspiré mientras le daba otra cucharada al helado de chocolate mientras pensaba en los largos que iban a ser los días hasta que llegara el viernes. Se había ido hacía tan solo dos horas y ya notaba su ausencia. Nos habíamos levantado algo tarde y aún conservaba su olor en mi piel porque no, no me había duchado y no lo haría hasta el día siguiente por la mañana para conservar su olor impregnado en mi cuerpo... en las sábanas de aquella cama... en todo el apartamento en sí, ¡Dios! Iba a morir lentamente por la falta de su presencia.

Alejandro se había llevado la caja con los juguetes eróticos y casi me reí cuando lo hizo. No se la había llevado literalmente, sino que los había metido en su bolsa de viaje. Aún recordaba aquel beso antes de marcharse donde dejaba una promesa en sus labios cuando nos viéramos dentro de cinco días... Pero ya no estaba segura de poder aguantar cinco días, no estaba segura de nada.

El lunes fue una mañana demasiado caótica. Tanto fue así que se me olvidó por completo de que había quedado a comer con Nadia, por suerte mi amiga me perdonó por no poder acudir y pasé el resto del día encerrada en mi despacho atendiendo llamadas y redactando algunos documentos importantes, así como

leyendo algunos informes para los que tendría varias reuniones a lo largo de la semana.

—Señorita Komarova —anunció mi secretaria justo cuando creía que mi cabeza estallaría de un momento a otro.

—¿Si? —respondí tratando de destensar mis hombros.

—Al parecer ha surgido un problema con la sede de Portugal y requieren que asista urgentemente para aprobar una medida disciplinaria.

—¿Es de vital importancia que asista? —pregunté a mi secretaria.

—Lo he consultado con el asesor y dice que si, que necesitan su firma para incorporar la medida urgentemente —insistió.

—¿Cuándo sería? —pregunté haciendo memoria sobre lo apretada que tenía la agenda esa semana.

—Le he dejado el miércoles libre para que pueda ir a primera hora y esté de vuelta el jueves.

—¿Pasaré la noche allí? —pregunté de pronto con los ojos abiertos como platos.

—Si, como no sabía cuánto se podría alargar, pensé que sería una opción razonable, pero si lo prefiere yo puedo...

—No, no. —respondí enseguida—. Es perfecto así.

Portugal estaba a un tiro de piedra de Madrid.

«Tal vez podría darle una pequeña sorpresa a mi Dios griego» me dije mientras sonreía pensando en la maldad que acababa de ocurrírseme.

El miércoles terminé mucho antes de lo que pensaba mi secretaria, es más, antes de que acabara la mañana ya estaba fuera de la sede Komarov en Lisboa

y tomé el avión para ir directamente a Madrid. Me cambié en el avión y nada más aterrizar en menos de una hora, cogí un taxi hacia la sede directamente.

No aguantaba mis ganas de aparecer en su despacho para darle aquel mensaje. Cuando subí hasta la última planta su secretaria me confirmó que no estaba, al parecer había salido a comer con un socio y volvería un poco más tarde.

—Le esperaré en su despacho —dije contundente.

—Pero yo debo marcharme en veinte minutos —me contestó algo contrariada.

—No importa, váyase tranquila —le insistí. Mejor aún si tenía que marcharse.

—Está bien —contestó sacando una llave de su bolso personal y abriéndome la puerta.

Estuve paseándome por el despacho más de veinte minutos, de hecho, abrí la puerta y comprobé que la secretaria de Alejandro ya se había marchado.

Me metí en el baño privado de su despacho porque me estaba asando de calor con aquel abrigo de plumas y debajo solo llevaba un conjunto de lencería de seda en color rojo, por lo que me parecía demasiado extravagante estar así pululando por su despacho.

En ese instante escuché la puerta y el sonido de su voz.

«¡Mierda!, ¿Iría con el socio con el que había salido?» pensé mientras me colocaba rápidamente el abrigo de nuevo y comprobé que no había ninguna voz aparte de la de él, estaba hablando por teléfono y le podía escuchar porque no había cerrado del todo la puerta.

—¡Pero que pesado eres!, Ya le he dicho a mi hermana varias veces que no vamos a ir a cenar. Al final fue mala idea llevarla a la boda después de todo —le oí decir y aquello provocó que prestara más atención.

«Silencio»

—¿Y qué quieres que le diga?, ¿Qué solo es una folla-amiga?, ¿Qué solo estoy con ella por interés? No puedo decirle eso y lo sabes.

Tuve que llevarme una mano a la boca para no producir sonido alguno, ¡Hablaban de mí!, ¡Estaba segura de que se refería a mí!

—Está bien... hablaremos en otro momento. Saluda a Teresa de mi parte.

Cuando el silencio fue prolongado supuse que habría finalizado la llamada. Me recosté en la pared y alcé la vista al techo para evitar que las lágrimas salieran.

Tenía dos opciones después de saber que Alejandro solo estaba conmigo por interés. Hacer como que no había escuchado nada y después terminar con aquello o gritarle lo que pensaba y marcharme.

Cuando me decidía por que opción tomar de las dos escuché la puerta y salí un par de minutos después dándome cuenta de el despacho estaba vacío. Aproveché para salir de allí y huí aprovechando que él no estaba.

Era consciente de que sabría que le había escuchado cuando su secretaria le informara al día siguiente de que estaba esperándole en su despacho, pero no me importó. En ese momento sabía que no podía hacerle frente, mi maltrecho corazón no podría asumirlo.

Fue entonces cuando supe que intentar tener una relación con Alejandro era como darse contra un muro, pero había albergado una pequeña esperanza, había pensado que algo había cambiado en él... y solo era el puro interés el que podía moverle hacia ello. No me quería a mi, sino a mi apellido.

17. Reacción inesperada

Volví directamente al aeropuerto y esperé a que prepararan el avión privado para salir inmediatamente hacia Moscú. No iba a pasar la noche allí, me negaba a hacerlo.

Inconscientemente apagué el teléfono, no quería saber si me llamaba, tampoco quería hablar con nadie. Tenía que asimilar primero yo misma la verdad de aquellas palabras que resonaban una y otra vez en mi cabeza.

Trabajo. Eso era lo único que haría que me olvidase de esa maldita conversación que había escuchado por error y también me haría olvidar a Alejandro.

—Nadia! —contesté cogiendo el teléfono de mi despacho que me acababa de pasar mi secretaria.

—Me tienes abandonada —contestó mi amiga con reproche.

—Ha sido una semana horrible, es más, tengo mucho que contarte —admití.

—¿Sigues teniendo los fines de semana ocupados? —me preguntó.

—Ya no —contesté seria.

—¿Qué ha pasado? —exclamó preocupada.

—Te lo cuento mejor esta noche, ¿Vienes a mi apartamento? —contesté invitándola.

—Esta noche tengo guardia, pero tal vez antes de entrar pueda pasarme y así cenamos juntas —dijo tan atenta como siempre.

—Me parece bien, te veo esta noche Nadia.

—Hasta luego, Irina.

Mi teléfono comenzó a sonar de nuevo, pensé que sería Nadia que se le habría olvidado decirme algo.

—Dime Nadia —contesté sin mirar.

— No soy Nadia —respondió aquella voz masculina.

Su voz grave me tensó.

—¿Qué quieres? —contesté airada.

—¿Es cierto que estuviste ayer aquí Irina? —exclamó directamente.

—Si, estuve —respondí sincera mientras me dejaba caer sobre la silla.

—¿Y por qué te marchaste?, Me podías haber esperado... Tengo ganas de ti, preciosa. No imaginas cuánto.

—Déjame dudarlo —atajé.

—¿Cómo? —exclamó y su voz denotaba contrariedad.

—Que dado tu “interés” hacia mi, déjame dudar que quieras estar con tu “folla-amiga” —le contesté para que no quedase ninguna duda.

—Estabas aquí... —susurró.

—Si Alejandro. Te esperé... y ahora casi agradezco haberlo hecho para saber que solo te importa mi apellido. Hemos terminado, por si te quedaba alguna duda al respecto.

—¿Qué?, ¡No! —gritó.

—Adiós Alejandro —respondí secamente y aparté el teléfono para darle al botón de finalizar la llamada.

—Iri... —no le seguí escuchando porque le colgué.

Hice caso omiso a las llamadas que vinieron después, incluso se atrevió a llamar a mi despacho y tuve que remitir a mi secretaria que no me pasara ninguna llamada de él.

Preparé dos copas de vino blanco y metí la pizza en el horno justo en el momento en el que sonó el timbre y abrí directamente sabiendo quien sería.

Cuando abrí la puerta Nadia me sonrió y yo fingí una media sonrisa.

—Por tu cara presiento que no me vas a contar nada bueno —dijo con semblante preocupado.

Suspiré y le di dos besos para saludarla.

—Será mejor que nos sentemos —le dije mientras pasaba y cerraba la puerta comenzando a contárselo todo.

—¡Será cabrón! —exclamó cuando le relaté lo que escuché en su despacho.

—No lo sé Nadia, le he dado demasiadas vueltas y he llegado a la conclusión que tal vez yo tenga parte de culpa en todo esto —aseguré.

—¿Culpa?, No seas idiota... él fue un capullo desde el principio, la diferencia es que ahora que sabe quien eres. Le “conviene” estar contigo más que antes.

—Lo sé —admití—. Pero eso no cambia el hecho de que esté enamorada de él y me duela saberlo.

—¿Cómo estas? —me preguntó en ese momento preocupada.

—Jodidamente mal —admití y me dejé caer en la encimera mientras me mordía el labio para evitar derramar las lágrimas que me apetecía, pero que me negaba a soltar.

—Ese idiota no te merece —me contestó levantándose para abrazarme—. Llamaré al hospital para avisar que no puedo ir, tu me necesitas más esta

noche.

—Gracias Nadia —susurré mientras la abrazaba y esta vez sí caían las lágrimas de mis ojos sin poder evitarlo.

—Para que están las amigas sino —la escuche contestar.

Nadia se quedó toda la noche y lo cierto es que me sirvió desfogarme con ella y contar todo lo que Alejandro me hacía sentir. Comprendí que él nunca me prometió nada, que nunca dejó entrever que me quisiera o que sintiera algo por mí. Había pensado que todo se debía a su infancia como me había advertido su hermana, pero era evidente que él era así, no iba a cambiar y por más que me empeñase en hacerlo, él solo se movería en base a su interés y nada más.

Aquel fin de semana decidí pasarlo en casa de mis padres. Tuve que soportar el interrogatorio de mi madre sobre Alejandro, pero creo que la convencí de que entre el señor Álvarez y yo, no había absolutamente nada.

Había desconectado el teléfono porque seguía recibiendo llamadas de Alejandro y mensajes diciendo que tenía que hablar conmigo. No contesté ninguno, ni pensaba hacerlo. Cuando tuviera que reunirme con él por algo referente a la empresa ya pensaría que hacer para evitar verlo o si tenía suerte, cosa que dudaba, me habría olvidado de él.

Aquel lunes fui con más optimismo al trabajo. Desahogarme con Nadia sobre todo lo que sentía y pasar el fin de semana en casa de mis padres me sirvió de distracción para no pensar en él y coger con fuerza renovada el retorno a la rutina. Leí el informe de pendientes para esa semana y revisé la agenda que tenía preparada mi secretaria para la semana, no tenía ningún viaje y lo agradecí infinitamente porque no me apetecía en absoluto salir de la ciudad.

—Señorita Komarova, tenemos un aviso urgente de la sede central de Komarov en Madrid —avisó mi secretaria por el interfono en cuanto contesté.

Me alerté momentáneamente al escucharlo, no podía encontrármelo tan pronto. Fuera lo que fuera enviaría a Andrei en mi lugar porque me negaba a tener que enfrentarlo cara a cara.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin dejar que me afectara la noticia no queriendo que mi secretaria me notara preocupada.

—El director de la empresa ha dimitido —contestó sin premura—. Presentó su carta de cese el viernes a última hora y nos han avisado esta mañana cuando la han tramitado. Hay que suplir el puesto inmediatamente y encontrar un candidato adecuado o sufriremos retrasos importantes.

—¿El señor Álvarez ha dimitido? —exclamé estupefacta.

—Si señorita —afirmó de nuevo.

—¿Por qué? —No pude evitar preguntarlo puesto que para Alejandro ese trabajo lo era todo en su vida.

—Solo alegó asuntos personales en su carta de renuncia. La cuestión es que no hay nadie capacitado para el puesto, por lo que la situación es algo caótica al no existir un miembro en la junta directiva que asuma el cargo —añadió preocupada.

—Yo me encargo de todo —contesté mientras ella asentía.

Enviaría a Andrei para que fuese inmediatamente a la sede de Madrid a poner orden y tratara de encontrar a alguien que ocupara el puesto de Álvarez. Aún no podía creerme que Alejandro hubiera dimitido, ¿Tendría algo que ver lo que había pasado entre nosotros para que lo hiciera?

Cité a mi primo en mi despacho para comunicarle la noticia, no era algo que creía oportuno mencionar por teléfono.

—¿Me has mandado llamar primita?

—Si. Tenemos un contratiempo —le confirmé—. Cierra la puerta.

Observé como Andrei me miraba contrariado y cerraba la puerta.

—El director de la sede en Madrid ha dimitido —solté en cuanto estuve segura de que aquello que habláramos no saldría de mi despacho.

—¿Álvarez? —exclamó confuso.

—Así es —afirmé.

—¿Esto es personal Irina? —preguntó cruzándose de brazos.

—Lo cierto es que no lo se. Puede que lo sea —respondí sincera porque ni yo misma sabía que razones había tenido para renunciar a su puesto idílico dentro de la empresa.

—¡Joder Irina! —gritó saltando de la silla.

—Necesito que vayas y averigües que ha ocurrido para que dimita —dije haciendo caso omiso a su reacción.

—¿No es más fácil que cojas el teléfono y le llames para preguntárselo tú misma? —exclamó retándome con la mirada.

—No puedo —aseguré.

—¿Y por qué no vas tu a averiguarlo? —insistió.

—Tampoco puedo —contesté evasiva.

—Está bien, iré —dijo levantándose—. Pero no voy a tratar de convencerlo si esto es debido a un asunto personal entre vosotros —aseguró señalándome con el dedo como si fuera una amenaza.

—Lo más probable es que esté en la competencia —aclaré convencida que tal vez la conversación que tuvimos por última vez le hubiera dado pie a buscar

trabajo en otro lugar.

—¿Y si es así? —preguntó para saber que tendría que hacer en ese caso.

—Busca a alguien acorde para el puesto o hazle una mejor oferta. Seguro que no lo rechazará —concordé segura de que habría pasado precisamente eso.

—Está bien, saldré inmediatamente y te mantendré informada —contestó abriendo la puerta para marcharse.

—Gracias Andrei.

—Nada, aquí está tu primo mayor para salvarte el culo cuando lo necesites —bufó.

Sonreí de medio lado como respuesta y le vi salir de mi despacho sonriente.

Intenté centrarme en el trabajo los días siguientes hasta que recibí la llamada de Andrei el miércoles, había supuesto que todo habría sido bastante fácil y por eso no había tenido noticias suyas con anterioridad, pero estaba equivocada, demasiado equivocada de hecho.

—Hola primito —contesté algo nerviosa porque sabía de qué trataría su llamada y lo cierto es que la había esperado mucho antes.

—Esto es un puto caos prima —atajó sin saludarme.

—¿Qué ocurre? —exclamé preocupada.

—Pues que aquí nadie está capacitado ni preparado para el puesto de dirección y Álvarez se niega a volver. Ya ha rechazado dos cifras muy superiores al sueldo que tenía anteriormente en la empresa y francamente, sé cuando alguien no quiere volver por lo que por mucho que le ofrezca se negará a regresar de nuevo —contestó con ligero abatimiento.

—¿Has hablado con él? —pregunté nerviosa.

—Si —afirmó—. Lo curioso de todo esto es que no se ha ido a la competencia como pensabas —añadió con cierto tono extraño.

—¿No?, ¿Y dónde está entonces? —pregunté extrañándome que se negase a volver si no tenía otro trabajo a la vista.

—Está trabajando de camarero en una discoteca, ¿Te lo puedes creer? —gimió incrédulo y yo me quede boquiabierta, pero ¿qué narices hacía Alejandro trabajando como camarero?—. Tengo que ir a Estados Unidos mañana, así que te vas a tener que venir tú hoy mismo y aclarar esto, porque ya te advertí que si era algo personal me lavaba las manos y esto querida prima, es obvio que es personal.

—Joder... —susurré.

—Mas te vale llamar al aeródromo para que preparen el jet privado y salgas cuanto antes —dijo como contestación.

—Está bien. Iré yo misma —respondí porque realmente no me quedaba otra alternativa más que asistir personalmente y solucionar aquello.

Fui a comer como tenía previsto a casa de mis padres y después volaría hacia Madrid para ver como aclaraba aquel asunto. Aún no podía creerme que Alejandro hubiera cambiado la dirección de la empresa por estar detrás de una barra, ¡Era absurdo!

—Hola mamá —saludé nada más entrar en la cocina y verla dando el último toque a los platos. Ella no cocinaba, pero creo que el hecho de colocar meticulosamente la vajilla, elegir la combinación de los platos y decorar la mesa la hacía sentir como que realmente lo hacía.

—¡Irina, hija! ¡Que pronto has llegado! —exclamó mi madre aceptando el beso que le daba en la mejilla.

—Tengo que coger un vuelo a primera hora de la tarde, así que tengo algo de prisa y por eso he llegado un poco antes —confesé dejando el bolso y la maleta en la entrada del salón.

—Está bien. La comida estará lista en cinco minutos y tu padre está ahí dentro así que ve a hacerle compañía —contestó señalándome el salón.

La dejé terminar como a ella le gustaba dándole el último toque a las copas y me fui hacia el salón donde mi padre estaba viendo la televisión.

—Veo que la vida de jubilado no te sienta nada mal —exclamé siendo algo divertida.

—¡Luciana! —gritó sonriente mientras me miraba enseñándome los dientes.

—Papá —contesté dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal todo?

—Igual que hace tres días que estuviste aquí —contestó mi padre volviendo la mirada hacia el televisor.

—Bien —dije secamente.

—¿Alguna novedad? —preguntó y supe que me estaba poniendo a prueba, cada vez intentaba contarle menos cosas sobre la empresa a menos que fuera estrictamente necesario para que se sintiera con más libertad y menos atado a ella, al menos ese era mi propósito.

—No, todo bien —contesté mirando también hacia el televisor.

—Entonces ¿Ya está solucionado lo de la dirección en la sede Komarov de España? —preguntó con simpleza como si me hubiera dicho que le pasara el azúcar para el café.

—¿Qué?, ¿Cómo te has enterado? —pregunté nerviosa.

—Yo me entero de todo Luciana —contestó mi padre seriamente.

—Lo voy a solucionar, saldré esta tarde hacia allí —atajé dando por finalizada la conversación.

—No deberías mezclar lo personal con lo profesional, Luciana —dijo volviendo la mirada del televisor hacia mi y enmudecí.

—¿Cómo? —exclamé.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Álvarez no tenía nada que tratar aquí hace una semana y eso lo sabemos muy bien los dos. Ahora resulta que ha dimitido sin preaviso. Si esto se trata de algo personal más vale que lo soluciones cuanto antes —contestó en un tono muy serio.

—Pienso solucionarlo papá —dije cruzándome de brazos algo enfadada.

Era el segundo miembro de mi familia que me “regañaba” por ser la culpable de aquella dimisión cuando ni tan siquiera sabían lo que había ocurrido y ya me estaba hartando.

—Eso espero —contestó—. No nos podemos permitir que una de las sedes no tenga dirección.

—Andrei está allí —dije asegurando que realmente el puesto estaba cubierto temporalmente.

—Tu primo no es Álvarez. Ese hombre sabe como dirigir la empresa y de hecho lo hace demasiado bien, por eso le permití ser socio dado su potencial —admitió mi padre seguro de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que quieres que vuelva a dirigirla? —exclamé atónita.

—Yo no presido la empresa ahora, pero si quieres mi opinión, te diré que no vas a encontrar a nadie más dedicado y que haga mejor su trabajo que Álvarez —contestó firme.

—¡Todos a la mesa! —exclamó mi madre de pronto dando por terminada la conversación entre mi padre y yo.

Lo cierto era que no sabía que mi padre tenía a Alejandro en tan alta estima y en aquellos momentos no sabía si quería que lo tuviera o no teniendo en cuenta que Alejandro solo estaba conmigo por puro interés.

Llegué con el tiempo suficiente para que Andrei me pusiera al corriente de la situación. Me comentó todo lo que sabía sobre Alejandro y posteriormente se marchó dejándome sola en la habitación del hotel.

Iba a acostarme inmediatamente, a pensar en cómo actuar al día siguiente cuando tuviera las cosas algo más claras respecto a cómo debía proceder, pero sabía que no podría conciliar el sueño. Así que cogí el único vestido que llevaba en la maleta acompañado de unos tacones altos y los labios rojos, me fui directamente en taxi a la dirección que Andrei me había dado donde supuestamente trabajaba Alejandro. Tenía que verlo con mis propios ojos para creérmelo.

Entré a la discoteca y pese a ser un miércoles a las tres de la madrugada había algo de ambiente, aunque estaba mucho de tener el aforo completo. Me quité el abrigo y avancé hasta que efectivamente reconocí a Alejandro detrás de la barra que había al fondo, justo en la mitad de la discoteca.

Me acerqué lentamente con paso decidido y me senté en uno de los taburetes que había en la barra esperando a ser atendida. Él estaba tan concentrado sirviendo copas que no me había visto. Llegó entonces hasta mi y alzó la vista quedándose un segundo atónito mientras le miraba fijamente.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sin apartar la vista.

—Yo tengo la misma pregunta, Alejandro.

18. Confesiones

POR ALEJANDRO

Estaba allí, Irina Luciana Komarova... mi apreciada y preciosa rubia estaba justo allí delante de mis narices tan hermosa como siempre y observándome fijamente. Quizá estaba soñando, quizá no estaba despierto aún...

Sólo hacía unos días que me había volcado de lleno en el trabajo del pub por las noches para evitar pensar en Irina y en todo lo que había ocurrido. Aún no me hacía a la idea de que no volvería a pisar el despacho de dirección de Komarov, pero ir cada día a esa oficina sabiendo que no volvería a verla cuando llegara el fin de semana o que presuponía que solo estaba con ella por su maldito apellido me asfixiaba, necesitaba demostrarle de alguna forma que lo único importante para mi era y siempre sería ella, que me importaban mil infiernos estar en la dirección o trabajar en un simple bar de camarero con tal de volver a tenerla.

No había esperado que Andrei se presentara allí mismo, justo donde ahora estaba ella para ofrecerme una propuesta que triplicaba mi anterior sueldo con tal de que regresara de nuevo a la dirección de la empresa. Jamás me había sentido como un pilar fundamental o indispensable de la empresa, sabía que podría ser sustituible a pesar de hacer muy bien mi trabajo o al menos empeñarme en lograr hacerlo cada vez mejor hasta liderar la sede de España como una de las pioneras en toda Europa, pero cuando el primo de Irina me ofreció aquella cantidad además de mejorar las prestaciones de mi contrato, supe que no tenían un candidato mejor que yo o medianamente idóneo para el puesto.

En cualquier caso, me había negado rotundamente a todas y cada una de sus propuestas, mi finalidad no era obtener mejores prestaciones o aumentar el sueldo que de por sí estaba conforme pese a no ser la gran fuente de mis ingresos... Yo solo quería una cosa; Irina. Si no la tenía a ella, no quería nada a cambio.

Jamás pensé que ella acudiría a mi despacho por sorpresa después de ser tan clara en sus condiciones y en no mantener relación alguna entre semana, pero desde luego me había encantado la idea de que lo hiciera, solo que maldije por decir lo que dije en aquel momento y sobre todo porque ella malinterpretara mis palabras de aquella forma sin dejarme si quiera explicarme, cortando todo contacto conmigo para evitar justificarme.

Lo admito; la culpa era únicamente mía como casi siempre lo había sido, pero me moría por estar con ella más de aquellas cuarenta y ocho miserables horas que pasábamos juntos y la necesitaba con desesperación. La agonía por no poder expresar cuánto la echaba en falta y lo que realmente me importaba, hacía que me estuviera consumiendo lentamente y lo peor de todo es que temía tanto poner alguna objeción a cualquier petición suya porque me negaba a perder aquel acuerdo puesto que era lo único que me permitía estar cerca de ella. La sola idea de no volver a verla me aterraba casi tanto como enfrentarme a mi pasado y aceptar lo que mi abuelo verdaderamente me había provocado pese a fingir que no era así.

La quería... definitivamente quería tanto a Irina que me dolía en el pecho y en el alma no estar junto a ella. Saber que no podría estar a su lado era un tormento y mucho más insoportable que cualquier dolor físico que hubiera experimentado, algo que por desgracia había padecido en mi propia piel con bastante frecuencia durante mi niñez.

Nunca me he quejado de mi infancia, asumí que formaba parte de mi vida y de

la experiencia que me había tocado vivir para convertirme en el hombre que ahora era. Mi abuelo fue una persona estricta, con una doctrina militar que supo inculcarme a una edad muy temprana, en lo más profundo de mi ser era consciente que aquel adoctrinamiento me había llevado a estar en el lugar donde ahora me encontraba, pero al mismo tiempo había demasiadas cosas que podría recriminar a la educación que me había tratado de inculcar y al comportamiento que mantenía frente a Teresa dejando claro que no la toleraba.

Aún seguía teniendo las marcas en mi piel de aquellos golpes que había tenido que soportar para protegerla. Incluso en ocasiones tenía pesadillas que regresaban del pasado rememorando aquellos fragmentos que aún no conseguía olvidar a pesar de que habían pasado demasiados años... por suerte mi abuelo había muerto justo el año que debía comenzar la universidad porque de otro modo no me habría podido llevar conmigo a Teresa sin su consentimiento, a pesar de que de todos modos pretendía hacerlo.

Gracias al poco dinero que aún le quedaba y a la venta de la casa en la que habíamos vivido todos esos años, pude alquilar un pequeño apartamento cerca del colegio de Teresa puesto que mi sueldo de camarero no daba para tanto, pero así fuimos sobreviviendo e incluso cuando Teresa cumplió la mayoría de edad pude permitirme pagarle una universidad privada para que tuviera la mejor formación académica.

Teresa para mi siempre había sido mi prioridad, mi responsabilidad y por consecuencia, la única mujer que había tenido en mi vida a la que de verdad quería y consideraba excepcional frente a todas las demás, aunque mi creencia se había ido a freír puñetas en cuanto Irina desestabilizó toda mi existencia, ella había conseguido lo que ni mi hermana durante años de insistencia no había logrado, que abriera mi corazón al amor.

Me deleité de nuevo observando su rostro tras aquella barra, con aquellos

ojos de un azul especial tan nítido que era incluso más bello que el mismísimo cielo y ni qué decir de sus labios, ansiaba tanto besarlos que apreté fuertemente los puños para controlar aquel felino impulso. Sabía porqué estaba ella allí, probablemente habría acudido tras los infructíferos resultados de su primo Andrei, no iba a hacerme vanas ilusiones, no había venido porque de algún modo me hubiera perdonado o me diera otra oportunidad, sino porque probablemente estaba en un aprieto respecto a la dirección de la empresa y necesitaba que regresara de nuevo a ocupar mi lugar.

POR IRINA

Tardó casi un minuto en responder, quizá el necesario para inventarse una excusa creíble o eso pensé.

—Ya le dije a Andrei que no iba a volver por mucho que subiera la oferta — contestó y apartó la mirada.

Le observé confusa, iba a responderle cuando alguien le pidió una copa interrumpiéndonos y yo miré hacia otro lado mientras veía como la servía y le cobraba al chico que acababa de pedir.

—¿Por qué lo rechazaste? —pregunté una vez que el chico se marchó con su copa y nos volvimos a quedar a solas.

—No me interesa —contestó mientras le veía coger el trapo y limpiar la barra.

Lo cierto era que me sorprendía la facilidad con la que se desenvolvía porque justo cuando terminó de hacer aquella tarea comenzó a ordenar los vasos.

—¿Y te interesa más esto? —exclamé englobando el lugar.

—He trabajado desde los dieciséis años en “esto” —puntualizó—. Me pagué así la carrera, por lo que no veo porque no podría volver a hacerlo, es un trabajo tan honrado como otro cualquiera.

Enmudecí. De todas las cosas que me podía haber respondido no me esperaba aquella.

—Necesitamos que vuelvas a la dirección. Al menos temporalmente —dije en el tono más formal que pude.

—Podréis encontrar a otro que desempeñe el trabajo igual o mejor de lo que

yo lo hacía —afirmó sin mirarme.

—Haces esto para fastidiarme, ¿verdad? —respondí exaltada—. Esto es algo personal y lo sabes. Se suponía que nunca debía pasar de lo personal a lo profesional.

—Estoy trabajando —contestó cambiando de tema—. Si no vas a tomar nada al menos déjame hacer mi trabajo.

Iba a levantarme y largarme de allí, pero entonces el orgullo me pudo.

—Vodka —dije sin pensar—. Solo —añadí—. Y doble.

No me contestó, simplemente tuve mi copa delante de mí en menos de dos minutos e incluso con su rodaja de limón. No sabía que demonios hacía allí, ¿porque no me largaba y que le dieran con viento fresco? Pero con eso no iba a arreglar nada y solo le iba a demostrar a mi padre que no era capaz de gestionar lo personal y lo profesional al mismo tiempo.

Yo me había metido en ese lío y yo solita iba a salir de él. No había tomado ni dos sorbos de la copa cuando alguien se me acercó.

—Hola preciosa —escuché a mi izquierda y pude apreciar vagamente la silueta de un chico. Parecía joven pero lo que más me inquietaba era que ese preciosa no salía de los labios de Alejandro que precisamente estaba a escasos metros de distancia en aquel instante.

—Hola —contesté por ser cortés.

—¿Que hace una belleza como tú, sola en este lugar? —exclamó e intuí que lo hacía por dar pie a una conversación que me apetecía más bien poco tener.

—¿Tomar una copa? —ironicé.

—¿Te puedo invitar a otra? —preguntó con cierto tono sensual.

—Claro —volví a ironizar.

—¡Ey tú! —gritó llamando despectivamente a Alejandro que se acercó enseguida—. Sírvale otro...

—Vodka solo —intervine.

—Eso —contestó el aludido—. A ella y yo tomaré lo mismo —añadió sonriente.

Miré a Alejandro que evitaba completamente el contacto y de algún modo me dolió que lo hiciera, pero comprendí que él estaba conmigo por interés, ¿No era así? Entonces nada de todo aquello podría siquiera importarle, yo no le importaba.

Me tomé de un sorbo el resto de mi copa y cogí la otra.

—Una chica salvaje —escuché susurrar al chico que me había invitado a la siguiente copa—. Eso me gusta —siseó cerca de mi oído y me aparté.

Le miré directamente a la cara. Era corriente, quizá podría llegar a ser interesante si no fuera por lo anulado que quedaba al compararlo con el dios griego en cuestión. Todos eran incomparables respecto a él.

—Te agradezco la copa, pero no me interesas —dije directamente y sin rodeos.

—¿No? Pues yo diría que sí —dijo comenzando a acercarse a mí de tal modo que comenzaba a rozarme con su pierna.

—He dicho que no —insistí aún con un tono de voz calmado.

—Vamos —comenzó a susurrarme—. Bailemos y ya verás como cambias de opinión, ¿O que tal si te tomas otra copa? Puedo pagarte si quieres...

«¿Qué demonios?» Me refrené las ganas de propinarle un guantazo.

—Aléjate de mí ahora mismo —contesté con un odio que ni yo misma era capaz de contener.

—¡Vamos!, ¡Déjate de remilgos! Eres una puta, ¿No?

El puñetazo que vi estrellarse en la cara de aquel tipo no lo vi venir y cuando observé los músculos contraídos en la cara de Alejandro me quedé sin palabras.

—¡Largo! —gritó saliendo de detrás de la barra mientras el tipo se recomponía.

—¡Haré que te despidan! —gritó el tío que acababa de insultarme en toda mi cara y al que Alejandro acababa de marcarle un ojo—. ¡Quiero hablar con el encargado ahora mismo! —volvió a gritar.

—Adelante, habla —contestó Alejandro exaltado— Le tienes delante.

—¡Pues exijo hablar con el dueño! —volvió a gritar el otro tío que había pasado de parecerme imbécil a idiota completo.

—Venga, dime—le apremió Alejandro—. También le tienes delante.

—¿Pasa algo? —preguntó el guardia de seguridad que acababa de llegar hasta donde nos encontrábamos nosotros y toda la situación me parecía de lo más surrealista.

—Échalo de aquí Johnny —dijo Alejandro sin miramientos—. Y no le quiero volver a ver por el local.

—Si señor —afirmó con semblante serio y cogió al tipo que iba refunfuñando mientras le arrastraba hasta la puerta.

En ese momento Alejandro se volvió y caminó directamente hacia donde me encontraba. No me había movido del sitio, aunque si me había quedado de pie

junto a la banqueta. Sin decir absolutamente nada me agarró del brazo y me arrastró junto a él detrás de la barra hasta que atravesamos la puerta que había tras ella y que daba a un pasillo.

—¿Dónde vamos? —pregunté de pronto.

—A negociar —afirmó—. ¿No has venido a eso? —exclamó.

De alguna forma sabía que estaba enfadado pese a no entender porqué. ¿No se suponía que la enfadada debía ser yo? Aunque más que enfadada estaba indignada por la situación. Llegamos hasta la puerta del final del pasillo y entramos a lo que parecía ser un despacho. Inmediatamente al entrar, cerró la puerta y me quedé acorralada entre su cuerpo y la madera, aspirando de nuevo ese aroma que me volvía absolutamente loca y me extasiaba hasta límites incontrolables.

—¿Eres el dueño de la discoteca? —pregunté de pronto porque necesitaba aclarar mi mente de la intensidad sexual que él me provocaba.

—Si. Es uno de los negocios que poseo —contestó con simpleza.

—Y si eres el dueño... ¿Por qué trabajas de camarero? —pregunté confusa.

—Porque necesito ocupar mi mente —respondió sin entrar en detalles.

En ese momento le miré fijamente a los ojos y vi su intensa mirada sobre mi, juraría que aquel brillo era deseo. Un deseo profundo y extremadamente abrasador.

—¿Por qué? —susurré sin saber siquiera porqué lo había preguntado.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti, porque me vuelves loco... porque definitivamente voy a agonizar sino te tengo. —Su tono era ronco y su respiración agitada—. Irina...—comenzó a decir de nuevo—. Me muero si no estoy contigo.... literalmente me muero.

Sus labios casi rozaban los míos, su aliento se entremezclaba de tal forma que me hacía anhelar besarlo y yo solo podía cerrar los ojos ante la intensidad de su masculinidad y el deseo que no solo expresaban sus palabras, sino también su cuerpo.

Cerré los ojos embriagándome con su aliento y sintiendo como todo mi cuerpo se estremecía ante su inminente contacto. Era pura gelatina entre sus dedos, deshaciéndome por momentos y pudiendo ser moldeada a su antojo y semejanza.

—No —susurré aunando todas mis fuerzas e intentando apartarme de él.

El recuerdo de aquella maldita conversación telefónica que había escuchado había conseguido instalarse en mi cerebro y reunir las fuerzas suficientes y necesarias como para separarle.

«Solo está contigo por interés, solo eres una “folla-amiga” y nada más». Me repetí mentalmente.

Apoyé mis manos en su pecho y le intenté apartar. Sabía que yo no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, pero él interpreto mi gesto y se apartó.

—Te escuché —dije mirándole fijamente y estaba completamente segura del dolor que podía reflejarse en mis palabras—. Te oí Alejandro —añadí—. Oí perfectamente como declarabas que estabas conmigo por interés y sé que te has marchado porque te he descubierto —dije echándoselo en cara.

—Si —afirmó y su respuesta fue tan contundente que hasta me confundió a mí misma que no lo negara hasta la saciedad o que ni siquiera lo intentara—. Interés sexual, Irina... al igual que tú, ¿O lo vas a negar?

«¿Qué?» era lo único que procesaba mi mente.

—¿De qué forma iba a aprovecharme si mantengo la misma posición y estatus

que antes y se supone que tú y yo no nos conocemos, ni mantenemos una relación porque así lo quisiste? —Me recriminó como si con eso explicara todo—. ¿Te puse alguna objeción?, ¿Te contra-oferté alguna propuesta?

—No... —negué admitiendo que era cierto.

—Exacto, porque a mí no me interesa tú apellido como has debido presuponer, ni la empresa, ni el maldito dinero que tu primo quiere ofrecirme para que vuelva. La que me interesa eres tú. Solo y exclusivamente tú. —Su voz era tan seria que en aquel momento me hubiera caído redondita al suelo si no llega a ser porque aún permanecía cerca de la puerta y pude agarrarme al pomo para sostenerme ya que mis piernas temblaban como flanes.

—Pero tu dijiste... —comencé a balbucear.

—Tenía un mal día —comenzó a decir mientras se daba la vuelta y se llevaba una mano al cabello para repeinárselo como si estuviera nervioso—. Mi hermana lleva insistiendo en que vayamos a cenar a su casa desde que volvieron de la luna de miel hace una semana. Me llama todos los días porque quiere verte, ¿Qué cojones querías que le dijera? Le conté la verdad a mi cuñado para ver si era capaz de apaciguarla, porque si se lo cuento a ella con lo ilusionada que está, sé que la destrozaré. —Hizo una pausa para observarme—. No me arrepiento de haberte llevado a la ceremonia Irina, fue el mejor fin de semana que he tenido en mi vida... y lo fue solo porque estabas tu. Si dije aquello solo era por la presión que sentía en ese momento y porque te extrañaba, de haber sabido que estabas ahí... —Sus palabras murieron en un sonido gutural que murió en su garganta.

Podía apreciar a Alejandro algo contrariado y nada seguro de sí mismo. Aquello me conmovió.

—Me lo podías haber sugerido —contesté centrándome en aquello que

preocupaba a Alejandro que podía llegar a comprender, su hermana Teresa. Al igual que sabía que a ella le preocupaba él.

—Dejaste claro que nada de citas, ni incluir a terceros o algo similar. Eso sin mencionar que sería yo siempre quien viajaría y sería el único modo de verte —dijo recordando las condiciones del acuerdo.

—Aun así, podrías haberlo propuesto... —insistí.

—¿Y arriesgarme a no verte más?, ¿A qué rompieras de nuevo el contacto conmigo? No —negó—. Tú no querías una relación, lo dijiste. Tu querías un acuerdo.

No sabía si era desesperación lo que notaba en sus palabras o era lo que yo quería desear que fuera, pero cada vez estaba más segura de que me estaba desvaneciendo por ese hombre a cada palabra que decía. Tal vez fuera yo, que le amaba tanto como para creerme cada una de sus palabras o tal vez fuera lo afectado que parecía lo que hacía que me las creyera.

—Yo no quería un acuerdo —confesé—. Nunca lo quise; ni la primera vez, ni la segunda, pero pensé que tu sí —respondí totalmente sincera.

—Yo quería estar contigo, me daba igual el cómo, el dónde o de qué forma Irina —contestó acercándose a mí de nuevo y llevando sus manos a mi cara para acariciarme con sus pulgares.

Se sentía algo rudo, pero era deliciosamente suave al mismo tiempo sin dejar de mirarme a los ojos con aquellas profundas y brillantes gemas azules.

—Pero me dijiste que no eras un hombre de relaciones, ¿Qué podría hacer sino para que estuviéramos juntos? Me lo dejaste claro desde el primer día Alejandro —insistí.

—Lo sé —respondió uniendo su frente con la mía—, pero puedo intentarlo...

contigo sé que puedo hacerlo.

—¿Quieres... intentarlo? —repetí como si no lo hubiera escuchado bien.

—Si —susurró en mis labios—. Lo quiero de verdad —aseguró—. Quiero estar contigo sin restricciones.

Notaba sus labios acariciando los míos suavemente y me alcé de puntillas para entrelazar mis brazos alrededor de su cuello y profundizar aquella caricia deleitándome en cada uno de sus suaves besos.

—Está bien —dije mirándolo fijamente al separarme un poco.

—¿Bien? —exclamó alzando una ceja.

—Si —respondí sin añadir nada más.

—¿Sí? —preguntó con un deje de sonrisa, como si no creyera que estuviera accediendo a aquello.

—Con una condición —añadí de pronto haciendo que él frunciera el ceño de repente, probablemente pensara que no sería tan fácil y no lo era.

—¿Cuál? —preguntó sin apartarse de mi lado.

—Bueno... en realidad son dos condiciones —dije después de pensarlo y frunció aún más el ceño. Esperé a ver si tenía algo que decir, pero guardaba silencio esperando a que hablara—. La primera es que volverás a la dirección de la empresa puesto que te necesito en ese puesto —aclaré.

—Si me prometes que vas a dirigir el consorcio Komarov desde aquí, lo haré gustosamente o al menos el noventa por ciento del tiempo. Y no me vale que me digas que no puedes porque sé que perfectamente que es viable desde cualquier parte del mundo —contraatacó.

—Está bien. —acepté.

De todos modos, iniciar una relación estando los dos en polos opuestos del mundo carecía de sentido. Podía trasladar mi despacho a Madrid y tratar los asuntos por videoconferencia como venía haciendo cuando tenía que viajar.

Alejandro sonrió complacido y me colocó las manos en la cintura atrayéndome hacia él.

—¿Y la segunda? —preguntó ahora más alegre.

—No hablamos Alejandro, nunca lo hacemos... apenas sé nada de ti, ¿Qué clase de relación vamos a tener? Mira a donde hemos llegado con todo esto precisamente por eso —aclaré englobando la situación.

—Ahora estamos hablando —atajó—. Lo estamos haciendo, ¿no?

—Si, hasta que el sexo nos anula el juicio —contesté.

—No puedo evitar desearte, y sé que tú a mi tampoco —confesó acariciándome lentamente las caderas y bajando hacia mis nalgas.

—Si vamos a intentar tener una relación para que funcione... —dije haciendo una seña para señalarnos—. Vamos a hacerlo bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó temiendo mi respuesta por su expresión.

Lo que iba a decir creo que me dolería más a mi que a él, quizá a partes iguales, pero sería la única forma de conocerle, la única forma de que se abriera a mi.

—Nada de sexo durante un mes —dije cerrando los ojos porque si le veía sería incapaz de negarme a lo que mis propias palabras estaban diciendo en voz alta.

—¿Un mes? —gritó en un tono de incredulidad que casi me hizo reír.

—Un mes —repetí.

—¿Quieres volverme loco? —exclamó apartándose de mí y llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo voy a controlarme durante todo un mes teniéndote al lado? Casi sería mejor que ese mes estuvieras en Moscú en lugar de aquí o me matarás lentamente.

—Para mi también será difícil. —respondí—. Además, si no cumplimos esa parte no me vendré a vivir aquí. Esta será la única forma de llegar a conocernos Alejandro.

—Un mes —volvió a repetir—. Treinta días.

—Desde hoy —le aclaré.

—Pues prepárate preciosa, porque el día treinta y uno pienso llevarte al extremo de placer de ti misma y vas a gritar mi nombre desde el ocaso hasta el alba —susurró en mis labios mientras los devoraba con voracidad.

19. Una segunda oportunidad

—Creo que es mejor que vuelva al hotel —dije con media sonrisa y apartando mi rostro del suyo porque probablemente si no dejaba de mirarlo saltaría sobre él literalmente y enviaría al demonio mis propias palabras sobre vetar el sexo entre nosotros.

—¿Has venido sola? —preguntó entonces.

—Si —afirmé sin decir que había cogido un taxi para llegar.

—¿Y dónde se supone que están tus guardaespaldas? —preguntó observándome inquisitivamente.

—Les dejé en el hotel —confesé encogiéndome de hombros.

—No voy a dejar que te vayas sola —contestó mientras en ese momento veía como se quitaba su camiseta ajustada y yo me mordía el labio para evitar así el gemido que saldría de mí garganta.

Jamás me cansaría de apreciar ese cuerpo musculoso y bien formado de horas de gimnasio, pero ¿Quién en su sano juicio lo haría? Era humana... y mis bragas mojadas así lo atestiguaban.

«Dios bendito que largo iba a ser ese mes» Ni tan siquiera había pasado un día y ya me estaba arrepintiendo»

—Vamos —advirtió Alejandro sacándome de mi ensoñación y me fijé que ahora llevaba una camisa ajustada y se colocaba una chaqueta de cuero encima al tiempo que cogía los dos cascos de la moto en la mano.

—¿Iremos en moto? —pregunté sonriente.

—Si —afirmó—. Es mas cómodo moverse por la ciudad en moto, así que no traje el coche.

—Está bien —respondí sonriente y él se acercó a mi para darme un fugaz beso que apenas tuve tiempo de saborear mientras me cogía la mano y estiraba de mi para que le siguiera.

—¿En qué hotel estas? —preguntó una vez llegamos hasta el lugar donde tenía aparcada la moto que estaba muy cerca de la entrada.

—Me alojo en el Palace —aseguré colocándome el casco.

—Está bien. Sube —dijo en cuanto el motor estaba encendido.

El trayecto fue bastante corto y cuando llegamos al hotel, Alejandro frenó en la puerta. Debido a las altas horas de la noche apenas había tráfico para ser un lugar céntrico.

—Gracias —susurré.

—Ahora mismo solo querría subir contigo a esa habitación y volverte loca de placer, preciosa —comenzó a decir con esa voz ronca y rota que me provocaba todas esas sensaciones alterando así hasta mi sistema nervioso.

—Alejandro —susurré cerrando los ojos y tratando de contenerme.

—Lo sé. Nada de sexo en treinta días —aseguró.

—Si —gemí.

—Pero no dijiste nada de besos —añadió antes de apresar mi boca con una fiereza innata que me fue imposible no responder de la misma forma.

—Creo que es mejor que paremos —susurré mientras me separaba lentamente.

—¿Te veré mañana? —preguntó con una vaga sonrisa.

—Te esperaré en la oficina para restituir tu puesto como director —respondí tácitamente.

—¿Y después? —preguntó impaciente.

—Viajaré por la tarde a Moscú para planificar mi regreso a Madrid y cerrar las pertinentes reuniones que tenga pendientes —afirmé.

Observé como Alejandro sonreía y una de sus manos me apretaba contra él, tenía que abrir mis piernas para no chocar con la suya e inclinarme parcialmente sobre él que seguía sentado en la moto.

—Hasta mañana entonces, preciosa. —contestó mientras me daba un lento y más que delicado beso en la clavícula dejándome extasiada.

En ese instante se colocó el casco y llevaba el de repuesto en brazo izquierdo metiendo la mano entre la visera y la entrada para poder utilizar ambas manos en la moto.

—Hasta mañana —dije esperando verlo marchar.

—No me iré hasta que entres —comentó pacientemente.

Alcé una ceja por respuesta y no pude evitar sonreír.

—¿De verdad? —exclamé divertida.

—Vamos, entra —insistió mientras me daba la vuelta y justo antes de entrar me giraba para verle allí en la moto aún, esperando a que mi silueta se perdiera.

Solo cuando entré en el hall de entrada del hotel pude escuchar el ruido de la moto arrancar y posteriormente marcharse.

«Treinta días sin sexo... casi veintinueve» pensé mientras me dejaba caer en la puerta de la habitación del hotel tras saludar a mis guardaespaldas y

avisarles de que había regresado.

Me quité el maquillaje lavándome la cara y me puse el pijama. Habían pasado muchas cosas esa noche, pero entre ellas la más importante era que iba a intentar una relación con Alejandro, íbamos a empezar una relación, algo serio y no sabía si nos definiríamos como pareja, novios o ¿Por qué había que ponerle nombre? Lo único importante era que no habría acuerdos, ni contratos, nadie que ganara algo con aquello... solo estaríamos él y yo juntos al fin y lo más importante, sin sexo de por medio. Aunque aquello fuera una auténtica tortura para ambos.

Justo cuando estaba cerrando los ojos pese a no poder dormir de la pura felicidad que sentía, mi teléfono se iluminó en la oscuridad de la habitación.

No iba a cogerlo, pero lo hice y pude apreciar que era un mensaje, uno de Alejandro y el pulso se me aceleró inmediatamente mientras desbloqueaba el móvil y lo abría.

Alejandro:

«Ya que no podré tenerte físicamente, te tendré en mis sueños y en mis pensamientos porque me vuelves loco. Buenas noches preciosa»

No sabía si responder o no, pero ante un mensaje así ¿Cómo no hacerlo?

Irina:

«Puedes soñar conmigo todo lo que quieras... si después lo harás realidad. Buenas noches Alejandro»

Su respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

Alejandro:

«Ten presente que lo haré. No lo dudes.»

A las nueve de la mañana estaba entrando en la sede central Komarov de Madrid ataviada con un traje completamente gris, entallado hasta las rodillas y que marcaba cada una de mis curvas. Con un escote bastante indecente para ser un vestido de oficina, pero precisamente por eso lo había elegido, que no tuviera sexo en treinta días con Alejandro no significaba que no quisiera provocarle, o al menos era lo que mi subconsciente necesitaba hacer pese a ello.

Sabían de mi llegada así que un miembro del personal se acercó para darme varios informes que Andrei había dejado para mi y acompañarme a la planta cuarenta y siete donde estaría el despacho que ocuparía, es decir, el despacho de Alejandro.

Sorprendentemente pensé que había llegado temprano teniendo en cuenta la hora a la que me despedí de Alejandro, él ya estaba allí esperándome en la puerta del que era su despacho y que en pocas horas volvería a serlo.

Se levantó en cuanto llegué hasta él y sorprendiéndome tanto a mi como a su secretaria y a la persona que me había acompañado además de mis guardaespaldas, me dedicó una sonrisa y sin previo aviso se acercó para besar mis labios delante de todos.

Fue una caricia suave, con un matiz intenso, pero dejando claro que aquello

iba en serio y a pesar de la inesperada sorpresa de aquel gesto, me gustó que lo hiciera.

Se separó lo justo para mirarme fijamente a los ojos, como si esperase una reacción por mi parte y en ese momento sonreí.

—Buenos días preciosa —susurró ahora relajado.

—Buenos días señor Álvarez —contesté con cierto aire divertido—. Creo que tenemos una cita pendiente en su antiguo despacho.

—Eso tengo entendido —contestó con cierto aire de diversión.

Su matiz en las palabras al mismo tiempo que su mirada intensa se fijaba en el escote de mi vestido, me hacía sentir deseada.

Pasé junto a la antigua secretaria de Alejandro y la miré fijamente.

—Si, señora —dijo levantándose enseguida para abrirnos el despacho.

—Señorita por favor —aclaré en cuanto abrió la puerta y entré seguidamente de Alejandro.

—Por supuesto señorita. —contestó algo aturdida—. ¿Desea alguna cosa?, ¿Qué le traiga algo?

—Café por favor y llame antes de entrar —contesté sin pensar, pero en ese momento sentí las mejillas rosadas de la secretaria de Alejandro y me ruboricé yo también.

¡Mierda!, Ahora todo el mundo pensaría que no sería una reunión de trabajo después del beso que me había dado y de confirmar que estábamos juntos.

Cuando cerró la puerta me volví para dirigirme hacia la mesa, pero Alejandro me lo impidió interceptándome en el camino y apresando mi cintura entre sus manos para atraerme hacia él y esta vez sí, devorar con ansiedad mis labios de

forma frenética consiguiendo que mi cuerpo se uniera aún más a él impidiendo siquiera que un hilo fino de aire corriera entre nuestros cuerpos y dejando mi aliento por completo en su boca.

—No sabes lo que tuve que contenerme para no besarte así ahí fuera —gimió en mis labios.

—¿Y por qué no lo hiciste? —contesté algo sonriente.

—La próxima vez lo haré —contestó aturdido, pero mirándome fijamente como si aquello fuera una promesa real.

—No se si será una buena idea —dije separándome de él y tratando de llegar hasta la silla que había tras la mesa, la misma silla que siempre había ocupado él cada vez que había ido a su despacho—. Podrían pensar que somos unos degenerados y se supone que hay que mantener una reputación de cara a la empresa, al menos eso me dijiste tu mismo —añadí con cierto retintín al final.

—Empiezo a pensar que me importa un comino la reputación —contestó mirándome fijamente pero no me miraba a la cara, sino al escote de mi vestido.

—¿Te gusta? —pregunté entonces haciéndole que me mirase a los ojos.

—Sabes la respuesta —contestó con esa mirada azul directa que me provocaban los siete males por mi cuerpo—. Si no fuera por esa maldita petición tuya... ahora mismo te tumbaría sobre esta mesa y me hundiría dentro de ti, haciéndote gritar mi nombre de forma que se enterase todo el edificio que eres mía.

—Veintinueve días —susurré.

—Tu cuerpo me dice que lo deseas tanto como yo —comenzó a susurrar mientras se inclinaba sobre la mesa acercándose hasta mí—. Si me lo pides

aguantaré, pero nos vas a matar a los dos de agonía.

—Veintinueve días —repetí algo más segura.

Si caía ahora... si quebraba, estaba segura de que no funcionaría. Ni tan quiera sabía porqué, pero de algún modo creía necesario que Alejandro y yo teníamos que conocernos sin sexo de por medio. Quizás sería la única forma de que él, al fin se abriera a mi y realmente me revelara sus miedos.

—Tenía que intentarlo —dijo entonces dejándose caer en la silla y en ese momento llamarón a la puerta para traernos el café.

Restituí el antiguo contrato que Alejandro tenía con la empresa, mismas condiciones, salario y jornada laboral, pero con fecha actual. En cuanto terminamos y aclaramos algunos puntos que habían quedado colgados tras su marcha, fuimos a almorzar puesto que yo saldría a primera hora de la tarde de vuelta a Moscú.

—¿Cuándo volverás? —preguntó nada más sentarnos en el restaurante una vez que le dije que partiría en cuanto termináramos el almuerzo.

—Probablemente mañana o pasado, depende de lo que tarde en realizar el traslado e informar de ello a todo el mundo —aseguré.

—Está bien —contestó algo serio y me descolocó, pero no le di importancia —. ¿Se lo dirás? —añadió y no supe entender a qué se refería.

—¿El qué? —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Le vas a decir a tus padres las razones por las que te trasladas aquí? —preguntó directamente.

—¿Por qué quieres saberlo? —dije colocándome la servilleta en las rodillas y bebiendo un sorbo de agua.

—Porque no creo que se me den bien las relaciones familiares... —contestó algo alterado.

—Ya conociste a mis padres en la función de ballet, aparte de que mi padre sabe quien eres y te conoce —dije sin ver el problema.

—No es lo mismo el trato únicamente profesional que cuando se convierte en algo personal —puntualizó con cierto semblante de preocupación.

—Mi padre te tiene en alta estima Alejandro —contesté sonriente—. Me dijo que no quería perderte como director de la sede Komarov en Madrid y quería que te restituyera en el puesto.

—Que me quiera para dirigir la empresa es una cosa, pero que vea de buen agrado que me acuesto con su hija es otra bien diferente —afirmó mirándome ahora directamente.

—Lo sabe —contesté sincera y por primera vez vi a Alejandro sin palabras, estaba completamente mudo—. Sabe que tuvimos algo, al igual que lo sabe mi primo Andrei y deduzco que hasta mi madre lo sospecha, pero no apesuremos las cosas, tal vez pase bastante tiempo hasta que coincidamos de nuevo.

Noté como Alejandro relajaba los músculos, ¿Tan en serio se tomaba que le aceptaran? Él siempre me había parecido que encajaba perfectamente en cualquier situación, la típica persona que sabía manejarse ante todos, pero tal vez en ese ámbito no sabría como hacerlo al ser algo completamente desconocido para él.

Me despedí de mi dios griego en el restaurante justo antes de coger el vehículo que me llevaría directamente al aeropuerto privado puesto que ya había preparado mis cosas para salir ese mismo día y deberían estar cargadas en el Jet privado.

—Llámame cuando llegues —susurró en mis labios antes de darme un cálido beso.

—Lo haré —contesté con una sonrisa mientras me alejaba de él y me giré para verlo una última vez antes de marcharme.

No podía dejar de imaginarme como ese hombre había conseguido filtrarse tanto bajo mi piel, pero solo había que observarle allí de pie; impecablemente vestido, pulcramente peinado y con esa mirada penetrante que podría derretir el mismísimo glacial ártico para saber que le pertenecía, que todo mi cuerpo, mi mente y hasta mi conciencia eran por y para él.

Había tomado una decisión. Había apostado por esa relación pese a todos los altibajos que hasta ahora habíamos tenido y me tocaba esperar que mi familia me apoyara. Siempre se había dirigido la presidencia desde Moscú desde que mi padre fundó la empresa lo había hecho así, esperaba que cuando le dijera la decisión que había tomado porque no me quedaría mas remedio que decírselo antes de que alguien se lo mencionara, lo aceptara y no me recriminara nada.

Fui directamente a la mansión de mis padres sin pasar por mi pequeño apartamento, ya iría al día siguiente para hacer unas cuantas maletas en cuanto aclarara ciertos puntos básicos en la empresa que tendría que hacer antes de marcharme.

—¡Irina! —gritó mi madre en cuanto me vio atravesar la puerta.

—¡Hola mamá! —exclamé sonriente, pero algo cansada ya que estaba muerta del viaje y de apenas dormir en varios días.

—¡Que mal aspecto tienes hija!, ¿Duermes bien? —preguntó en tono de preocupación.

—¡Pero qué preguntas tienes! —Atajó mi padre acercándose hasta donde estaba para darme un beso—. ¿Se ha aclarado ya el tema de la dirección en la sede de Madrid? —preguntó directamente.

—Si papá, ya está todo aclarado —aseguré con una sonrisa.

—Trabajo, trabajo, trabajo —comenzó a decir mi madre—. Así tu hija jamás se va a echar novio y no te dará nietos —comenzó a decir mientras iba hacia dios sabe donde y mi padre me miraba con esa cara de saber que algo le estaba ocultando.

—Voy a dirigir la empresa desde Madrid —. Le solté sin más porque no sabía como decirlo sin rodeos.

—No creo que sea buena idea que hagas eso —contestó en un tono que no parecía una replica, sino más bien un consejo. Al menos no había puesto el grito en el cielo—. Siempre se hizo desde aquí y hay ciertos asuntos que requieren que estés precisamente aquí.

—Puedo hacerlo desde cualquier parte y lo sabes, tu mismo lo has comprobado debido a la cantidad de tiempo que pasabas fuera. Hoy día con la tecnología que tenemos a nuestra disposición mucho más avanzada que en tu época, puedo hacerlo perfectamente. Además, no era una pregunta papá, era una afirmación, pero quería que te enteraras por mi —afirmé convencida.

—¿Entonces estás segura? —preguntó como si estuviera tanteando la situación.

—Lo estoy —respondí firme—. Completamente segura.

—¿Es por él? —preguntó mi padre alzando una ceja.

—Si. —Sabía que negarlo era mentir descaradamente y se daría cuenta.

—¿Seguís hablando de trabajo?, ¿Es qué no os cansáis nunca? —exclamó mi

madre de nuevo a mi espalda.

—En realidad hablábamos sobre el novio de tu hija —contestó mi padre sin apartar la vista de mi.

Mis ojos se abrieron de par en par y abrí la boca estupefacta. Para mi asombro mi padre comenzó a reír en lugar de hacer algún tipo de reproche o mencionar algo.

—¿Qué? —gritó mi madre y en ese momento mi padre empezó a reír a carcajadas sorprendiéndome aún más—. Es una broma, ¿verdad? —preguntó mirándome a mi.

—Diría que no cuando piensa mudarse a España, así que debe tratarse de algo serio —confirmó mi padre sin dejarme hablar.

En ese momento mi mirada pasó de mi padre a mi madre que me observaba fijamente.

—¡Con que reunión de negocios en el palco del teatro! —refunfuñó mi madre colocándose una mano en la cintura—. ¡Muy bonito!, ¡Ten hijas para que no cuenten nada y lo nieguen todo! —comenzó a gritar—. ¡Tú lo sabías y no me dijiste nada! —le reprochó a mi padre.

—Se supone que te lo debería contar ella, ¿no? —contestó encogiéndose de hombros.

—¡Qué estoy aquí! —grité atrayendo la mirada de los dos.

—Tienes que traerlo y presentarlo formalmente —comenzó a decir mi madre.

—Entonces se supone que... ¿Os parece bien? —pregunté algo contrariada sobre todo mirando a mi padre.

—No es ruso desde luego, pero no puedo hablar mal de él —contestó mi

padre y rodé los ojos.

—Mejor que Dimitrios desde luego que es —intervino mi madre en voz baja y en ese momento me reí interiormente.

No había punto de comparación entre Dimitrios y Alejandro, era como comparar a un dios griego con un simple mortal.

—Creo que mejor me voy a acostar, estoy muy cansada y mañana tengo demasiadas cosas que preparar —dije eludiendo toda la dicharachera que se traían entre manos.

—Pero ¿cuándo lo vas a traer? —insistió mi madre—. Tendremos que conocerlo mejor, ¿Verdad Luciano?

—¡En algún momento lo haré! —grité escapando del salón donde mis padres se encontraban para dirigirme hacia mi habitación que seguía exactamente igual que siempre.

Bueno, el primer paso estaba dado. Después de todo no podía eludir decírselo, porque si Alejandro y yo íbamos a empezar a ir en serio, los rumores iban a comenzar y prefería que no se enterasen por terceros o peor aun, por la prensa. Lo mejor había sido que mi padre parecía aceptarlo de buen agrado y algo me decía que probablemente sabía algo de él que parecía gustarle, quizá él se veía reflejado en Alejandro de alguna forma y por eso apreciaba tanto su trabajo... fuera como fuera, la cosa no podía haber salido mejor.

Cogí el teléfono y vi que tenía una llamada perdida de Alejandro. Sonreí interiormente y en lugar de contestar con un mensaje le llamé.

—Hola —dijo al tercer tono de llamada con esa voz ronca completamente reconocible en él.

—Hola —respondí. Mi voz sonaba estúpida, como de tonta enamorada y hasta yo misma sacudí la cabeza para centrarme.

—Esto es un poco extraño —comenzó a decir él.

—Lo sé —reí algo nerviosa.

—¿Llegaste bien? —preguntó amablemente.

—Si, ahora mismo estoy en casa de mis padres. Vine a decirles la decisión de irme a España —contesté para que lo supiera.

—¿Y? —preguntó con cierta intriga.

—Respetan mi decisión y no han puesto objeción alguna —respondí con cierto aire de felicidad.

—¿Entonces cuando volverás? —exclamó rápidamente.

—No lo sé, si puedo y me da tiempo lo haré mañana...o tal vez pasado —susurré.

—Quiero tenerte cerca Irina, aunque me niegues tenerte. —Su voz era cargada de sensualidad y comencé a tener un calor incesante. La necesidad de darme una ducha fría inmediatamente para calmarme aunaba con fuerza.

—¿Has hablado con tu hermana? —pregunté cambiando de tercio

—No, aún no.

—¿Por qué no hablas con ella y aceptas esa cena para cuando regrese? De todos modos, tendremos que buscar planes para no quedarnos mucho tiempo a solas ante el peligro —dije divertida.

—Me gusta quedarme a solas ante el peligro —gimió—. Pero la llamaré mañana para que organice algo este fin de semana y estemos los cuatro juntos, así no estaremos solos ante el peligro.

Sonreí para mis adentros.

—Alejandro —susurré mordiéndome el labio con un aire exótico que esperaba se pudiera apreciar en la voz.

—Dime preciosa —jadeó con esa voz tan ronca que estaba casi rota.

—El sexo telefónico no se considera sexo, ¿verdad? —gemí.

—¡Dios!, ¡No!, ¡Por supuesto que no se considera! —contestó completamente excitado al otro lado de la línea.

—Menos mal... porque ahora mismo estoy deseando que me cuentes las mil maneras en que vas a follarme cuando pasen estos veintinueve días —dije mientras me dirigía hacia el baño de mi habitación.

20. Sexo telefónico

—Preciosa, si no me matas de agonía te hago lo que quieras... donde quieras... como quieras, pero siempre que implique estar dentro de ti. —le escuché gemir levemente.

—¿Estás solo? —pregunté aun intuyendo la respuesta.

—Completamente, ¿Y tú? —jadeó.

—Si —gemí.

—Desnúdate... aunque no pueda verte, desnúdate para mí —susurró.

—Si...—contesté mientras comenzaba a subirme el vestido.

—¿Aún llevas ese vestido con el escote de esta mañana? —preguntó en ese tono sensual y erótico que me volvía loca.

—Si —afirmé volviendo a susurrar.

—Entonces déjate —me contestó de golpe—. Hoy tenía tantas ganas de follarte con ese vestido puesto que no quiero que te lo quites.

—Está bien —dije mordiéndome el labio—. Dime qué quieres que haga —añadí dándole la voz cantante.

—Quítate la ropa interior —contestó rápidamente—. Quiero tenerte desnuda bajo ese vestido.

—Vale... —Comencé a decir mientras me aguantaba el teléfono entre la oreja y el hombro y me quitaba las braguitas negras y el sujetador como buenamente podía, haciendo malabares para que el teléfono no se golpeará contra el suelo.

—Quiero verte... —susurró con esa voz ronca tan masculina que me hacía arder de deseo.

—No —afirmé—. Dije nada de sexo y esta será la única excepción.

—Me vas a matar preciosa, me paso el día empalmado pensando en ti y en ese perfecto culo que tienes —contestó con la respiración agitada.

—¿Lo estás ahora? —pregunté de forma sugerente.

—¿Tu qué crees? —ironizó—. Tengo mi polla más dura que una piedra en la mano y deseando hundirse dentro de ti.

—Húndete en mi entonces... —gemí—. Cierra los ojos e imagina que estoy allí, sobre ti, saboreando la piel de tu cuello.

—Um —le escuché gemir—. Tócate para mi... haz que tus manos sean las mías preciosa.

—Si... —jadeé mientras me dejaba caer contra la encimera del lavabo abriendo mis piernas y frotando mi clítoris al tiempo que bajaba para hundir mis dedos adentrándose, pensando en que era él quien lo hacía—. ¡Dios! —grité mientras comenzaba a acelerar el ritmo.

—¿Quieres cabalgarme preciosa? —Su voz sonaba acelerada, como si pudiera sentir la agitación—. O quieres que me hunda en ti desde atrás mientras te corres para mi.

—¡Ah! —grité mientras me volvía a sujetar el teléfono entre la oreja y el hombro para acariciar mis pechos bajo el vestido con la mano libre—. Desde atrás —gemí mientras aceleraba el ritmo.

—Si —contestó balbuceante—. Casi puedo sentir tu olor que me vuelve loco... y tu coño palpitante en cada una de mis embestidas —gimió frenético.

—¡Joder sí! —grité apretando con una mano uno de mis pechos mientras me mordía el labio y sabía que estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Vamos preciosa... córrete conmigo, córrete para mí —dijo previamente a que el clímax me alcanzara.

—¡Si! —grité—. ¡Si! —comencé a gemir mientras notaba como mi cuerpo convulsionaba con el placer del orgasmo.

No colgué el teléfono mientras mi respiración volvía a recuperarse pausadamente, aunque seguía siendo algo acelerada se iba calmando. Escuchaba como Alejandro estaba en la misma tesitura que la mía.

—Me vuelves completamente loco y ni siquiera te tengo aquí —le escuché decir al otro lado de la línea.

—¿Eso es bueno o malo? —respondí con una pregunta.

—No lo sé, pero quiero averiguarlo —contestó con semblante serio.

—Entonces lo averiguaremos —respondí traviesa.

—Y mientras tanto tendré que hacer acopio de guisantes congelados —gimió desalentado.

—¿Guisantes congelados? —pregunté extrañada.

—¿Cómo crees que voy a apaciguar sino el deseo que me provocas preciosa? —contestó con ironía.

En ese momento una carcajada profirió de mi garganta de imaginarme a mi dios griego con una bolsa de guisantes congelados en la entrepierna.

—No tiene ni puta gracia —le escuché decir, aunque su voz era algo divertida.

—Si que la tiene —dije algo más calmada.

—No importa... pienso hacer que me lo recompenses con creces —contestó tan seguro de sí mismo que hasta mi labio interior tembló ante lo que sabría que se avecinaba en cuanto aquel veto sin sexo finalizara.

Me despedí de Alejandro y me di una ducha rápida antes de meterme en la cama. Aún no podía creerme que después de todo lo que había ocurrido entre mi dios griego y yo, fuéramos a estar juntos de verdad. Sin ningún tipo de acuerdo o trato, solo por la simpleza de querer permanecer unidos frente a todos.

Al final mi viaje se retrasó hasta el mismo sábado a primera hora de la mañana porque tenía varios asuntos pendientes que terminar antes de irme sin fecha de vuelta, salvo para casos puntuales. Decidí no llevarme tanto equipaje como la primera vez puesto que preveía que en apenas dos semanas tendría que volver a una junta directiva. Además, mi secretaria no había podido volver a reservar el pequeño apartamento en el que estuve alojada cuando entré como becaria a la empresa y del que tantos buenos recuerdos guardaba porque al parecer lo habían vendido, de hecho, estaban en trámites de compra y por eso no podía recurrir al nuevo comprador, así que me alojaría momentáneamente en un hotel mientras encontraba un apartamento que se ajustara a mis necesidades, eso requería no llevar tanto equipaje para mi propia comodidad.

Llegué algo agotada del viaje sobre el medio día y pese a que dormí en el avión, me di una ducha y me acosté un par de horas para descansar. Aquella noche iríamos supuestamente a cenar a casa de la hermana de Alejandro y no sabía exactamente que esperar de aquella cena, aunque ya me conocían, no era lo mismo hablar cinco o diez minutos como en la boda que durante toda la velada.

Los golpes en la puerta me despertaron y tras ubicarme temporalmente me

dirigí a ver porque mi personal de seguridad requería mi presencia. Probablemente tendría pelos de loca y solamente llevaba una camiseta corta en la que se veía perfectamente mi ombligo junto a unos shorts de color rosa, pero cuando abrí la puerta me encontré con ese par de ojos azules estudiándome fijamente y no pude evitar sonreír al verle de nuevo; tan sumamente guapo y puramente masculino, irradiando sensualidad sin pretenderlo o no... daba igual, él era la esencia de la atracción encerrada en un cuerpo de hombre.

—Eres jodidamente atractiva incluso recién levantada —susurró antes de dar una zancada y tenerme agarrada de la cintura entre sus brazos mientras me daba mi beso de bienvenida que con gusto lo recibía enredándome en sus labios y agarrándome a su cuerpo para no caerme con la fuerza y devoción que lo hacía.

El calor de su cuerpo traspasaba hacia el mío de una forma tan sensual y potente que provocaba que perdiera la noción y el sentido completamente.

Noté sus manos rodeando mi cintura y lentamente comenzaron a bajar por mis nalgas alzándome para atraerme hacia su cuerpo. Gemí susurrante en sus labios mientras le mordisqueaba por todo lo que era capaz de hacerme sentir.

—Será mejor que te vistas o acabaras tumbada sobre esa cama y me darán igual tus condiciones, la cena y el puto mundo entero —rugió.

Su mirada era tan intensa que hasta me hacía dudar a mi misma si quería verdaderamente aquel veto, ¡Que mierdas! Estaba claro que no lo quería, que lo que deseaba era que tumbara sobre aquella cama y sentir como me llenaba por completo, pero sería un error. No podíamos tener una relación basada únicamente en sexo y que el noventa por ciento de ésta fuera eso. Aquello no funcionaría a largo plazo si entre nosotros no nos comunicábamos.

Con esa idea me separé de él dando un paso hacia atrás y luego me mordí el labio sensualmente al ver esa mirada de profundo deseo sexual que era incapaz de apartar de mi cuerpo y me hacía sentir completamente deseada y profundamente atractiva al menos en su presencia. Solo él podía hacerme sentir así ante la intensidad de poder que tenían sus hechizantes ojos. Vi que iba a dar un paso en mi dirección, justo el espacio que nos separaba como si mi gesto hubiera sido una invitación, así que para no caer en la tentación de nuevo me di la vuelta y salí corriendo hacia el baño mientras le escuché reír.

—¡Cobarde! —me gritó.

—¿Cobarde? —le reproché—. ¡Aquí el que trata de romper el veto eres tú! —le grité.

—No trato de romper nada, lo acepté —dijo alzando la voz para que le escuchara puesto que había dejado la puerta del baño entreabierta—. Solo pruebo para ver si has cambiado de opinión. —Esta vez le escuché en el marco de la puerta y le vi a través del espejo del baño. Estaba en ropa interior a punto de meterme en la ducha.

—Era un requisito Alejandro —le contesté seria—. Si lo rompemos volveré a Moscú y tendremos una relación a distancia. —En realidad lo dije para controlarme a mi misma, pero noté como su semblante cambiaba y parecía entenderlo.

—Está bien. —Su tono pese a ser serio, no parecía enfadado. Se acercó lentamente y sin dejar de mirarme en el reflejo del espejo me rodeó por la cintura y le vi posar sus labios sobre mi hombro—. Será como tu quieres —añadió y volvió a depositar otro beso en el cuello mientras inesperadamente dejaba de abrazarme y se marchaba del baño cerrando la puerta dejándome completamente a solas.

¿De donde había salido ese Alejandro comprensivo, tierno y dulce al mismo tiempo? Casi podía decir que hasta paciente y todo.

Me metí en la ducha y me enjaboné rápidamente, cuando salí le escuché hablando por teléfono y me puse rápidamente un mono negro de pantalón largo y tirantes, tal vez fuera algo elegante para una cena entre amigos o familiar en este caso, pero era lo primero que había cogido del armario sin pensar y sabía de sobra que llegaríamos tarde. Me apresuré en dar un poco de toque de color a las mejillas y labios junto a un poco de máscara de pestañas para enmarcar los ojos. Ya estaba lista puesto que no había tenido que retocar mi pelo, recogí el abrigo y el bolso justo antes de mirar a Alejandro que seguía hablando por teléfono mientras se acercaba a mi para rodearme la cintura y así salir de la habitación juntos.

—Les he dicho a tus guardaespaldas que esta noche estarás conmigo. Así que se quedarán en el hotel —dijo en cuanto colgó la llamada.

—Está bien —respondí dirigiéndome al que estaba apostado en la puerta de mi habitación—. Os llamaré cuando esté de vuelta, aprovechad para descansar unas horas.

—Como usted mande señorita —contestó formalmente asintiendo.

—Ahora soy toda suya, señor Álvarez —dije divertida—. Más vale que me proteja o se las tendrá que ver con unos fornidos rusos de mal carácter —añadí algo risueña.

—Tal vez decida secuestrarla señorita Komarova —respondió en el mismo tono de diversión.

—Um, ¿Y qué harás?, ¿Pedir un rescate? —pregunté mientras entrábamos en el ascensor.

—Tal vez... —sugirió mientras le daba al botón de bajar—. Depende de si vale o no su peso en oro.

Le di un manotazo al molestarme su respuesta de interesado pese a intuir que estaría bromeando y efectivamente el deje de su sonrisa me lo hizo ver así.

—Tal vez ni tan siquiera su peso en oro sería capaz de tentarme si pienso en que sería completamente mía, señorita Komarova —susurró en mi oído justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y todo mi cuerpo se estremeció, también lo hicieron mis bragas que se mojaron por completo con aquella sensual voz.

Durante el camino a casa de Teresa y Alberto fuimos hablando de gustos musicales, y terminamos por concretar que una de las cosas que podríamos hacer es ir a una obra teatro que fuera un musical aprovechando la temporada. Cuando aparcamos el coche en la entrada de un complejo residencial bastante nuevo y moderno, me puse algo nerviosa. No les había visto más que en una ocasión y fue en su boda por lo que apenas había tratado con ellos, tampoco sabía que les habría contado Alejandro sobre mi, ni con que intenciones se suponía que acudía a esa cena y por algún motivo las palabras no me salían para preguntárselo a él.

—¿Te pasa algo? —preguntó con evidente tono de preocupación.

—No —negué y sonreí algo forzada.

—Teresa tiene muchas ganas de volver a verte, vamos —dijo apremiándome mientras rodeaba el vehículo para subir a la acera y veía que llevaba una botella de vino en la mano.

—Si, claro —contesté decidida mientras Alejandro llamaba al código del apartamento

—¿Sí? —Se escuchó al otro lado del interfono.

—Hemos llegado —contestó con voz autoritaria Alejandro.

En ese momento le sentí entrelazar los dedos de su mano libre y no pude evitar aferrarme a ellos.

—¿Qué les diré si me preguntan cómo nos conocimos? —exclamé nerviosa.

—No te preocupes... ella quiere sobre todo saber de ti, de tu vida, más que de nosotros —sonrió de pronto.

—¿De mí? —pregunté confundida.

—Ha intentado sonsacarme cosas sobre ti y no le conté nada, supongo que de ahí su insistencia en invitarte a cenar para ver si así averigua algo —dijo con una vaga sonrisa.

—O sea, que me someterá a un interrogatorio —contesté dando por hecho que así sería.

No me pudo responder porque las puertas se abrieron y la puerta de uno de los apartamentos que daban al hall estaba abierta y de ella se podía apreciar la leve música y luz tenue que salía de ella.

—¡Irina! —escuché antes de ver la sombra de la figura de Teresa viniendo hacia mí para abrazarme.

—¡Hola! —exclamé algo sorprendida ante la efusividad y algo divertida al mismo tiempo observando a Alejandro como nos miraba.

—¿A mí no me saludas hermanita? —intervino él algo divertido.

—¡Solo porque al fin has decidido compartirla un rato con nosotros y no reservarla solo para ti! —exclamó airada, pero se notaba el deje de diversión en todo momento dejando a relucir que era una broma.

—Hola Irina. —Me giré para ver al marido de Teresa, Alberto que se acercaba con unas copas en la mano y le sonreí mientras le daba dos besos.

—¡Sentaos! —exclamó Teresa algo eufórica y pude divisar que la mesa ya estaba lista y con algunos entrantes colocados.

Alejandro me ayudó a quitarme el abrigo y caminó hasta la entrada para dejarlos en el perchero volviendo después para sentarse a mi lado.

—¿Y dime Irina?, ¿Es cierto que llevas la presidencia de la empresa en la que trabaja mi hermano? —me preguntó directamente Teresa.

—Si, así es. —respondí sin restricción—. Mi padre no se encontraba muy bien y decidí asumir el mando a pesar de no tener apenas experiencia. Pero no estoy sola, cuento con bastante ayuda —añadí sonriente.

—¿Pero qué edad tienes? —preguntó alarmada.

—Veintidós años —dije como si fuera normal.

—¡Asaltacunas! —gritó de pronto Alberto y yo miré a Alejandro que para mi asombro sonreía.

—Diez años no es una gran diferencia, ¿No? —contestó él sin extrañarse y en ese momento me di cuenta de la diferencia de edad entre Alejandro y yo. Nunca me había parado a pensarlo, sabía que era unos años mayor, pero no exactamente cuantos, aunque sinceramente me importaba bien poco el tema de la diferencia de edad.

—Tu no hables mucho, que nosotros nos llevamos cinco —intervino Teresa.

—De todos modos, la edad está sobre valorada, mis padres se llevan casi quince años —intervine como si fuera lo más normal.

—Parece que la cosa viene de familia... —dijo Alberto guiñando un ojo y

aquello me hizo tranquilizarme.

—¿Y cómo es que hablas tan bien español? —me preguntó Teresa volviendo al tema de las preguntas en aquel infinito interrogatorio.

—Mi madre es española. Así que desde pequeña me enseñó su lengua materna como es lo más normal y me desenvuelvo bastante bien —afirmé.

—Entonces eres mitad rusa y mitad española —aclaró como si lo entendiera todo.

—Si, tengo la doble nacionalidad —sonreí delicadamente hacia la hermana de Alejandro.

La cena comenzó a volverse divertida, contestaba a todas las preguntas que Teresa me hacía y hubo un momento en el que nos quedamos ella y yo manteniendo una conversación mientras que ellos comenzaron a hablar de otra cosa.

—Ven, que aún no te he enseñado el apartamento, dejemos que los chicos recojan la mesa mientras tanto. —Ni siquiera me dio tiempo de rechistar ya que me vi arrastrada por Teresa hacia el interior de la vivienda a través del pasillo que daba al salón en el que nos encontrábamos.

Estaba segura de que la intención de Teresa no era otra que la de hablar en privado, la cuestión era si se debía a que ella querría contarme algo o más bien, preguntarme a mi.

—Tengo que saberlo —susurró en cuanto llegamos al fondo del pasillo y vi que era la habitación principal

—¿Qué? —exclamé en voz baja y algo extrañada no sabiendo a que se refería exactamente.

21. Secretos a escondidas

Teresa se aseguró que nadie venía hacia el pasillo y que realmente estábamos a solas.

—¿Te lo ha contado?, ¿Te ha confesado algo sobre su pasado? —insistió con interés.

—No... —negué algo contrariada porque en realidad me habría gustado que lo hiciera para saber que confiaba en mí.

—Lo suponía, aunque albergaba cierta esperanza al verle sonreír como nunca lo ha hecho —contestó algo hostil—. Sé que es demasiado doloroso para él, aunque nunca lo reconozca, pero también sé que no será él mismo hasta que se libere y saque ese dolor que lleva acumulando durante años.

—Yo también lo creo después de lo que me contaste —le confesé—. Admito que entendí ciertas cosas a raíz tus palabras, cosas en su carácter que no habría podido comprender de otra forma.

—Él parece distinto contigo... estoy segura de que en algún momento te lo confesará y solo espero que cuando llegue ese momento, estés preparada para escucharle —me confesó—. Le conozco lo suficiente para saber que por ti es capaz de enfrentarse a sus propios demonios si ha sido capaz de reconocerte frente a todos. He deseado tantas veces que llegara alguien capaz de lograr llegar hasta él que solo puedo darte las gracias Irina, gracias por aparecer en la vida de mi hermano.

Mis ojos se volvieron algo cristalinos ante tales palabras y sinceramente no sabía que responder porque yo no había hecho nada, nada salvo enamorarme

perdidamente de su hermano.

Sonreí mientras me hacía aire con la palma de la mano para no llorar y ella estaba igual que yo así que ambas reímos a la par.

—Bueno... ahora que vais a vivir juntos, tal vez sea todo más sencillo.

Alcé una ceja confundida y la miré extrañada.

—¿Vivir juntos? —exclamé algo confusa.

—¡Mierda! —dijo llevándose una mano a la boca como si hubiera dicho algo que no debiera—. A lo mejor era una sorpresa y lo he fastidiado todo puesto que se supone que yo no lo sé, pero suponía que lo sabrías cuando vives allí.

—¿Vivir dónde? —pregunté puesto que cada vez estaba más perdida sobre lo que relataba.

—En el apartamento de gran vía, ¿No vives en un ático de allí? —preguntó ahora extrañada ella—. Alejandro le pidió a Alberto que le gestionara los trámites de la compra y yo escuché que tu vivías allí... —En ese momento Teresa guardó silencio de pronto y me miró estupefacta—. La estoy jodiendo a base de bien, ¿verdad?

—¿Él es quien ha comprado el apartamento? —exclamé atónita.

—Ya no estoy tan segura —contestó algo nerviosa.

—Dejé de vivir allí hace un par de meses o tres —susurré ni recordando el tiempo exacto que había pasado—, pero llamé hace unos días y me dijeron que lo habían vendido.

—Vaya... no lo sabía. Tal vez sea una sorpresa y yo he metido la pata hasta el fondo —contestó rápidamente—. Por favor, no le digas que te lo he contado. Además, se supone que yo no debo saberlo.

Sonreí honestamente ante la cara de horror de Teresa.

—No te preocupes, no le diré nada —le contesté sincera—. Tal vez él mismo me lo cuente e incluso tenga una explicación al respecto —dije para tranquilizarla, aunque mi mente no paraba de preguntarse porque Alejandro habría decidido comprar el apartamento donde yo había estado viviendo aquellos meses, ¿Qué razón tendría?

—¡Cariño!, ¿Podemos meterle mano al postre? —exclamó la voz de Alberto a lo lejos algo insinuante.

—¡Ni se te ocurra tocar mi tarta de queso! —chilló de pronto Teresa y casi me quedo sorda cuando lo hizo.

Cuando aparecimos de nuevo a través del pasillo, noté la mirada intensa de Alejandro sobre mi y aunque en un principio no le miré porque iba riéndome por la discusión que se traían a gritos Teresa y Alberto, lo hice cuando fui a sentarme y él extendió su brazo sobre el respaldo de la silla para acariciar mis hombros y atraerme hacia él.

Su mirada era intensa, pero descubrí que trataba de estudiarme, como si le preocupara que su hermana me hubiera contado algo. Podía notar como observaba mi reacción así que me acerqué y le di un beso en los labios que más bien era una caricia. Mi intención no era otra más que tranquilizarlo, pero su semblante pareció cambiar y noté como se erguía y parecía adquirir una máscara de cierta frialdad, al menos era lo que podía sentir en sus ojos.

—La tarta está buenísima. Adoro los postres —dije dejando la cucharilla sobre el plato completamente rebañado—. En realidad, todo estaba buenísimo.

—Me alegro de que te haya gustado —contestó sonriente Teresa—. La próxima vez te prepararé mi tarta tres chocolates. Cómo no sabía tus gustos, pensé que quizá pecaba de empalagamiento chocolatil.

Ambas nos reímos ante su ocurrencia.

—Tengo que probarla... adoro el chocolate. aunque creo que lo justo sería devolveros la invitación y cocinar nosotros, ¿No? —pregunté en ese momento mirando a Alejandro que en aquel momento pareció totalmente contrariado.

Todos guardaron silencio esperando una respuesta.

—Claro —afirmó secamente.

—Aunque yo no tengo todavía cocina puesto que estoy alojándome momentáneamente en un hotel, pero espero encontrar pronto un apartamento que se adapte a mis necesidades —sonreí explícitamente a Teresa.

—¿Te alojas en un hotel? —preguntó ella de forma fingida.

—Si —afirmé—. El apartamento en el que me alojaba fue vendido así que no tuve más remedio que irme a un hotel —contesté con pesar y noté la mirada cómplice de Alberto hacia Alejandro y cómo éste se quedaba callado—. Aunque todavía no me acostumbro a comer tanto fuera de casa y la sensación de no estar ubicada, pero seguro que encuentro algo en esta semana —volví a sonreír hacia Teresa cómplice de lo que estaba haciendo.

—Si necesitas ayuda puedes llamarme —contestó amablemente.

—No hace falta —intervino de pronto Alejandro interrumpiendo la conversación que teníamos entre nosotras, aunque ellos estuvieran pendientes.

Teresa y yo le miramos expectativas ya que no había añadido nada más, sino que cogió el vaso, se lo llevó a sus labios y pareció meditar la respuesta. Por un momento pensé que mencionaría mi antiguo apartamento sacando a relucir que era él quien lo había adquirido.

—¿Por qué? —preguntó Teresa atreviéndose a hacerlo mientras yo seguía observándole silenciosa.

—Se quedará en mi casa —aseguró mientras miraba a su hermana y me quedé completamente con la mandíbula desencajada ante aquella respuesta, pero guardé silencio porque ni tan siquiera me atrevía a preguntarle delante de su familia y luego Teresa comenzó a chillar emocionada por lo que menos aún pude mencionar nada.

—¿Qué es eso de que me quedaré en tu casa? —exclamé nada más salir por la puerta del edificio.

—Bueno... no has objetado nada cuando lo dije —añadió sin más.

—¡Porque con la reacción de tu hermana no me he atrevido! —exclamé—. ¿Va en serio lo de querer que me mude a tu casa? —insistí asombrada.

—Prefiero que estés en mi casa a que estés en un hotel —fue su respuesta.

—Eso no contesta a mi pregunta, ¿Realmente quieres que invada tu espacio Alejandro? —pregunté mirándole detenidamente para estudiar su respuesta.

—Nunca me ha importado tenerte en mi cama precisamente —sugirió de forma imperiosa mientras llegábamos al coche que estaba aparcado y él me atrapaba entre la carrocería y su cuerpo tremendamente caliente. Se agradecía ante el contacto frío de la chapa del coche que estaba helada.

—Olvidas que estamos de celibato por veintisiete días aún —dije recordándolo para ambos.

—Veintiséis, ya es más de media noche —corrigió.

—Da igual, veintiséis —respondí observándole fijamente—. Eso no quita el hecho de que no habrá sexo esté o no en tu cama.

—Puedo soportarlo —contestó acercándose a mí.

Lo extraño es que seguía algo más serio y taciturno de lo normal, como si en el

fondo algo no le agradara o tal vez fuera mi percepción y simplemente estaba viendo fantasmas donde no los había.

—¿Entonces va en serio? —volví a insistir.

—Al menos hasta que encuentres un apartamento si quieres —susurró cerca de mis labios y comenzando a mordisquear lenta y suavemente mi labio interior tirando de el.

—Ni tan siquiera sé donde vives, nunca me has llevado a tu casa —susurré con desesperación porque deseaba que me besara con deseo, con ese frenesí que solo él era capaz de lograr.

Noté sus manos en mi cintura adentrándose por el abrigo y rodeándome. Podía notarlas sobre la prenda de ropa que cubría mi cuerpo, tan calientes y al mismo tiempo fuertes que me hacían sentirme segura entre sus brazos. Nunca, jamás, ningún hombre me había hecho sentir la seguridad que él me proporcionaba. Era como si estando entre sus brazos, no tuviera miedo a nada... como si pudiera afrontarlo todo porque sabía que él estaría ahí.

—Entonces debo solucionarlo ahora mismo. —Sus labios rozaron los míos fugazmente y escuché el sonido de los cerrojos del coche abrirse. Acto seguido me abrió la puerta y sonreí ante tal caballerosidad mientras me sentaba en el asiento del copiloto del vehículo donde se estaba mucho más calentito que en la calle.

Alejandro se sentó y enseguida conectó la calefacción mientras arrancaba el coche y poníamos rumbo hacia su casa, o al menos así me lo había hecho saber.

Iba a saber dónde vivía, por fin iba a descubrir cómo era la casa de Alejandro a la que tantas veces traté de imaginar y que siempre ponía imágenes similares a la decoración de los pisos a los que él me había llevado.

Llegamos al centro y veía como Alejandro comenzaba a callejear. Habíamos guardado silencio todo el camino y lo cierto es que solo me había percatado de ello cuando vi que entrábamos en lo que parecía un garaje subterráneo e inexplicablemente me puse nerviosa de pronto, ¿Por qué razón debía ponerme nerviosa? Tal vez fuera porque plantearme el hecho siquiera de vivir en su casa, de compartirlo absolutamente todo, era al mismo tiempo emocionante y atemorizante.

Aparcó el coche en la que imaginé sería su plaza de garaje porque al lado estaba esa moto en la que había montado hacía tan solo unos días y antes de reaccionar él ya había dado la vuelta y llegado hasta a mi rodeándome con su brazo por la cintura pegándome a su cuerpo.

—Antes de subir quiero preguntarte algo. —Su tono era serio y su mirada aún más. Si no fuera por la cercanía de su cuerpo hubiera pensado que tendría algo que temer porque parecía que iba a reprocharme algo.

—Tu dirás —respondí observándole como si no tuviera nada que esconder.

—Que te ha contado Teresa. —No era ni siquiera una pregunta, daba por hecho que su hermana me había contado algo y por su rostro, era como si no le fuese a gustar lo que ella me habría dicho.

—No entiendo a qué te refieres —respondí sincera.

—Sé que te quería preguntar o contar algo y quiero saber qué era —me exigió.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Es qué no puedo hablar de cosas en privado con tu hermana?

—¿Te habló de mi? —insistió.

—Puede ser... —fingí desinterés.

—Dime ahora mismo qué te ha contado —dijo acercándose aún más a mi y su

nariz casi rozaba con la mía.

—¿Es que tienes un pasado que ocultar, Alejandro? —gemí en sus labios—. ¿Algo de lo que temes que me entere? —susurré—. ¿Tal vez una exnovia celosa y maniática de la que tenga que preocuparme porque aparezca en tu puerta suplicándote? —terminé por decir para quitarle hierro al asunto.

En ese momento sentí como su cuerpo se relajaba y noté como su respiración era pesada y contenida.

—No tengo exnovias —atajó mientras su nariz rozaba mi mejilla y emprendía camino hacia mi cuello—. Y eres la primera mujer aparte de Teresa que va a entrar en mi casa.

La sorpresa ante sus palabras fue tal que si no hubiera sido porque cuando su boca apesó la piel de mi cuello provocando un gemido de mis labios hubiera proferido un grito de emoción al saber que iba a ser la primera mujer que Alejandro invitaba a su casa, no solo a entrar, sino a vivir allí y sabía que eso debía significar una cosa; yo era importante para él.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos. No me extrañó verle pulsar el botón superior que la caja de mandos del ascensor tenía, después de citarme en varios lugares y ser todos una última planta, deduje que el fanatismo de Alejandro por los áticos era incuestionable, de hecho, fue una de las razones para que en Moscú alquilara aquel ático, sabía que le gustaban.

—¿Por qué te gusta tanto vivir en la última planta? —pregunté algo divertida.

No había insistido en saber qué era lo que su hermana me había contado o preguntado y lo agradecí porque ni quería mentirle, ni contarle la verdad. De algún modo deseaba que fuera él quien se abriera a mi y no forzarlo a hacerlo.

—No me gusta que nadie esté por encima de mí —soltó sin más.

Aquella respuesta me hizo meditar. ¿Qué quería decir exactamente con sus palabras? Sonaban tan ambiciosas que la comparación con el terreno profesional cruzó mi mente... no quería plantearlo siquiera de nuevo, ya había desechado la idea de que estuviera conmigo por interés profesional, pero era demasiado difícil no pensarlo después de aquella confesión.

—Yo estoy por encima de ti en la empresa —intenté decirlo en un tono despreocupado.

—Pero soy yo quien dirige la sede. Te recuerdo que me fui y no encontraste a alguien lo bastante bueno para que me reemplazase —contestó con una sonrisa de sobrado y lo peor es que tenía razón, no había nadie tan bueno como él y eso lo sabía Andrei, mi padre, el propio Alejandro y hasta yo misma.

Las puertas se abrieron en ese momento y llegamos a un hall donde para mi sorpresa había dos puertas en lugar de una. Pensé que el fanatismo se extendía hasta vivir solo en la última planta, pero cuando entré comprendí porque habría pasado por alto ese pequeño fallo y es que las vistas eran absolutamente únicas hacia la ciudad. Nada más entrar todo era absolutamente acristalado al fondo y hasta que las luces comenzaron a encenderse la luz de la propia calle era la que iluminaba parcialmente aquel inmenso salón decorado mínimamente. Todo en sí era una decoración minimalista en tonos suaves, cálidos y neutros combinados con los suelos de madera veteados que recorría probablemente todo el apartamento.

—¿Te gusta? —me preguntó mientras se quitaba el abrigo y lo colocaba en un armario con puertas correderas en la entrada, de forma que resultaba casi invisible.

—Todavía no lo he visto completamente para poder juzgar —añadí mientras yo también me quitaba el abrigo al notar la calidez por estar encendida la calefacción.

—¿Qué tal si te das una vuelta para inspeccionar mientras yo descorcho una botella de vino? —me preguntó mientras se desabotonaba los puños de la camisa y el primer botón, como si la tranquilidad de estar en casa le hiciera hacer aquello mecánicamente.

—Está bien —sonreí ante la idea de poder explorar yo misma sin restricción alguna su apartamento.

Comencé a mirar a mi alrededor. Justo a la derecha había una puerta que comunicaba con lo que pude apreciar era la cocina, bastante moderna y seguía la misma línea de tonos neutros. Con una pequeña isla en la mitad que servía tanto de barra americana como para cocinar y con todos los electrodomésticos de acero inoxidable, parecía sacada de un anuncio de revista de decoración. Dejé allí a Alejandro eligiendo el vino entre su selección de vinoteca para volver al otro extremo del salón donde se abría un pasillo. La primera habitación estaba casi vacía y era relativamente pequeña. Deduje que era la habitación de planchar por todos los artefactos que allí había precisamente para el planchado, sin más misterio cerré la puerta y proseguí. Encontré un baño de tamaño medio bastante normal, deduje que era un baño de invitados porque todo estaba pulcramente colocado y limpio, sin una pequeña señal de uso.

Seguí adentrándome por el pasillo y descubrí el primer dormitorio o lo que deduje sería un dormitorio porque la habitación estaba completamente vacía sin muebles, ¿Cuánto tiempo haría que él vivía allí? Descubrí que tenía baño propio y estaba exactamente como el anterior, sin señal alguna de que se usara.

Entré a otra habitación exactamente igual que la anterior. Vacía y con un encogimiento de hombros y comenzando a pensar que algo raro ocurría, abrí la última habitación y me encontré con el que debía ser el dormitorio de Alejandro porque para empezar no existía ningún otro amueblado. Por su

tamaño sabía que era la habitación principal y lo más raro de todo era la simpleza en la decoración, no había cuadros, ni elementos decorativos. Solo una cama con dos mesitas y en ninguna de ellas había nada. Todo estaba en su lugar bien colocado, como si cada cosa tuviera su sitio. La cama estaba perfectamente hecha sin ningún tipo de arruga y no había ropa de por medio, nada, ni tan siquiera una silla o butaca donde colocar algo, ¿Tan estrictamente ordenado era este hombre? Me fijé en las dos puertas que había a mi izquierda y deduje que sería el armario, si me venía a vivir a aquella casa dudaba que mi ropa entrara en ese armario tan pequeño, pero cuando lo abrí me quede con la boca abierta al descubrir un ropero más grande incluso que la habitación en la que me encontraba y que probablemente sería el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

—Y yo que creía que mi ropa no iba a entrar en el armario... —susurré.

—Puedo hacerte un hueco. —Di un pequeño saltito al escucharle porque no le había oído llegar. Vi que llevaba dos copas en la mano y me ofreció una, la cogí mientras me colocaba el cabello a un lado para volver a inspeccionar el lugar.

—Creo que solo por esto y las vistas ya merece la pena el apartamento —me sinceré y noté como él emitía una carcajada.

—Me gusta que mis trajes tengan su espacio —confesó sin ningún tipo de vergüenza al poseer semejante vestidor.

—¿Por qué tienes las habitaciones vacías? —le pregunté intrigada.

—Es la excusa perfecta para no invitar a nadie o que alguien se auto-invite —dijo sin más importancia.

En ese momento me eché a reír ante tal declaración. En mi vida se me podría haber ocurrido una respuesta similar, menos aun en imitar ese gesto para evitar

las visitas oportunas o no.

—¿Te resulta gracioso? —me preguntó confundido.

—La mayoría de la gente pondría excusas, pero tu, prefieres tener el apartamento medio vacío para evitar darlas. —contesté aún con cierto atisbo de sonrisa.

—Tengo lo que necesito, esas habitaciones simplemente podrían no existir —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y si un día decidieras tener hijos? —pregunté sin pensar bien la pregunta.

El semblante de Alejandro cambio a un rostro algo más serio y taciturno y aquello hizo que mi sonrisa se perdiera lentamente.

—No es algo que me haya planteado —terció sin entrar en detalles.

—Yo tampoco —contesté para aliviar la tensión.

—¿Entonces vas a mudarte? —preguntó directamente mientras su mano comenzaba a rodear mi cintura para acercarme a él.

—No sé si sea una buena idea —contesté mordiéndome el labio—. Teniendo en cuenta que solo hay una cama para compartir.

—Podemos hacer muchas cosas en esa cama... sin llegar a tener sexo —gimió cerca de mi oído.

—¿Estás tentándome? —pregunté acalorada.

—Totalmente —susurró con esa voz grave y sexy en mi cuello al tiempo que notaba el roce de sus labios candentes en mi piel.

22. Una confesión profunda

—Bueno... también tengo la opción de encontrar al comprador de mi antiguo apartamento para recomprárselo o tal vez alquilarlo.

—Podrías... —sugirió—. Aunque era un poco pequeño.

—Era perfecto —concluí—. De hecho, creo que sí, definitivamente voy a hablar con el nuevo propietario o tal vez pueda renegociar en la mediación si aún no se ha firmado la compra.

—No lo hagas... —susurró de pronto.

—¿Por qué? —fingí desinterés.

En ese momento noté que se separaba de mí y daba un largo sorbo a su copa y evitaba mirarme directamente.

—Porque al nuevo propietario no le interesa ninguna de tus opciones.

—¿Y eso como puede saberlo tú? —exclamé cruzándome de brazos.

Tenía exactamente en el punto en el que quería a Alejandro, sin más remedio que confesar y de hecho me sorprendía que hubiera caído en la red y no me hubiera puesto alguna excusa o simplemente tratado de que desechara esa idea.

—Porque yo soy el comprador. —Su franqueza casi me sorprendió.

—Vaya... —No fingí que estaba sorprendida o estupefacta, sino todo lo contrario, mi pasividad respecto a su afirmación era evidente.

—Lo sabías —confirmó comprendiéndolo enseguida.

—Si, pero esperaba que me lo dijeras tú —confesé con sinceridad y desde

luego seguía sin comprender porque no me lo había mencionado.

—¿Desde cuándo? —preguntó ahora interesado.

—Eso no importa y no responde a la razón de porqué no lo has mencionado ni siquiera —dije en un tono neutro que no evidenciaba que estaba enfadada, pero tampoco contenta.

—Quiero saber desde cuanto hace que parezco un imbécil —afirmó sin responder lo que verdaderamente importaba.

Rodé los ojos ante su respuesta y le miré.

—Tal vez te lo diga si confiesas tu interés en ese apartamento —dije pensando que así conseguiría sonsacarle algo.

—Simplemente me pareció una buena inversión... —contestó sin más—. Está en el centro, cerca de aquí y es una última planta en un edificio singular.

—Si quieres que me venga a vivir aquí Alejandro, vas a tener que darme la respuesta que quiero escuchar y no una excusa banal que te acabas de inventar ahora mismo —le advertí mirándole fijamente.

—Esa es la verdad —insistió.

—Si fuera esa la razón, tú mismo lo habrías mencionado cuando dije que estaba interesada en volver a ese apartamento, pero lo habían comprado y no te habrías tenido que ver presionado a confesarlo como ahora —dije segura de mi misma. Noté como guardaba silencio, como si dudara o no en contar lo que no tenía ni la más remota idea serían las razones para adquirir aquel inmueble en el que me había alojado y que él visitó en tantas ocasiones, pero estaba segura de que no era por ser una buena inversión porque de hecho el apartamento no estaba a la venta—. Será mejor que me marche —añadí sin esperar una respuesta y girándome para atravesar el pasillo que conducía a la

puerta de entrada.

Había llegado al salón cuando me dirigí directamente para coger mi bolso y llamar a mi personal o a un taxi que viniera por mí, cuando de un solo movimiento sentí como era arrastrada hacia atrás y unos fuertes brazos me acogían entre ellos. Cerré los ojos instantáneamente y aliviada al mismo tiempo por saber que había impedido que me marchara de aquella forma, que no todo estaba perdido después de todo, quería que confiara en mí.

—Necesitaba sentirte de nuevo —susurró en mi oído sin dejar de abrazarme por la cintura y mi espalda notaba su abdomen firme, su calor a través de la ropa y aquel aroma que siempre le acompañaba—. Necesitaba tener algo que me recordara a ti... y ese era el único lugar en el que fuiste mía sin reservas, te entregaste a mí por completo y te hice el amor... no podía dejar que nada, ni nadie lo reemplazara.

—Alejandro... —sollocé casi con las lágrimas en los ojos.

De todas las posibles respuestas, jamás me había podido imaginar que fuera precisamente esa la razón y era tan sumamente extraordinaria que me dio un vuelco al corazón.

—El sentimiento de anhelo que tengo hacia ti es tan fuerte que me asusta, pero al mismo tiempo sé que no puedo, ni deseo, ni quiero alejarme de ti Irina — confesó con aquella voz ronca casi en un susurro.

Mi respiración era entrecortada ante tal confesión. Sus manos aún rodeaban mi cintura apretándome contra su cuerpo y lentamente me fui girando sobre mi misma para verlo, para enfrentarme a él porque necesitaba urgentemente ver su rostro.

Cuando le observé sus ojos eran cabizbajos, como si no pudiera enfrentarse a mí, como si de algún modo pudiera temer mi reacción o al menos así lo

interpretaba. Nada más lejos de la realidad... con aquellas palabras solo había conseguido que mi corazón se acelerase y palpitara a un ritmo que probablemente me acabase dando un ataque cardíaco de gran magnitud.

—Yo tampoco quiero alejarme de ti —comencé a decir en voz baja captando su atención porque en ese momento su mirada se alzó clavándose en mis ojos—. Ni lo deseo... ni puedo... ni tan siquiera creo que pudiera lograrlo.

En ese momento no aguanté más y me lancé hacia sus labios cual cazador se lanza hacia su presa, necesitaba saborearle con intensidad, con una necesidad imperiosa que hasta yo misma me podría asustar. Noté como sus labios respondían fervientemente mientras me alzaba de pronto y sentí la dureza en mi espalda de lo que probablemente sería la pared más cercana a donde nos encontrábamos mientras el cuerpo de Alejandro se aplastaba contra mí y podía apreciar perfectamente su erección entre mis muslos, provocando que todas mis defensas se anularan en aquel momento.

Le necesitaba... ¡Maldita fuera mi estampa! Le necesitaba con urgencia.

Mientras sus manos acariciaban mis nalgas sobre el pantalón de tejido fino y podía sentir el calor de estas a través de la prenda, mis labios comenzaron a rozar su cuello y poco a poco le fui desabrochando la camisa mientras más piel quedaba a relucir para cubrir con mis labios.

Cuando mis dedos bajaron por su pecho entre nuestros cuerpos y busqué su entrepierna, rocé su erección por encima del pantalón.

—Espera... —susurró apartándose ligeramente de mi.

Le escuche respirar profundamente mientras parecía querer controlarse.

—No quiero esperar —dije de pronto.

—No dejaré que te vayas... no lo permitiré —respondió sorprendiéndome con

aquella confesión—. Respetaré el veto sin sexo para evitar que te marches.

Me mordí el labio con desesperación, yo misma lo había impuesto y ahora yo misma era presa de mi propio destino y por primera vez me arrepentía de mis propias palabras porque le necesitaba con desesperación y anhelo, quería que él también supiera cuánto me importaba.

—Solo esta noche —susurré—. Te necesito ahora y después lo cumpliremos.

—¿No te irás? —exclamó suplicante.

—No —respondí jadeando en sus labios—. Te prometo que no me iré y me vendré a vivir aquí, contigo.

—Joder... —gimió antes de devorar literalmente mis labios con desesperación mientras escuché como la tela del mono negro que llevaba se rasgaba ante el ardor que notaba que debía sentir para aquello. Sus labios fueron recorriendo mi piel por mi cuello y bajando por mi escote, me liberó uno de mis pechos y noté sus labios apresando uno de mis pezones, gimiendo de puro placer.

En ese momento sentí como me cogía entre sus brazos y me abracé instantáneamente a él mientras me llevaba hasta la habitación, sin dejar de besarme un solo instante pronto sentí la comodidad del mullido colchón bajo mi espalda. Necesitaba fervientemente sentirle de nuevo, era demasiado tiempo sin volver a estar completa, sin estar llena por él.

Saqué su camisa del pantalón y comencé a desabrocharle el cinturón mientras él me despojaba la prenda que había quedado inservible. Probablemente iba a necesitar todo mi guardarropa considerando el lado salvaje que en cierta forma me atrevía a afirmar que me encantaba de Alejandro.

—Me haces perder el juicio, preciosa —jadeó mientras sus manos recorrían

mi piel y las mías tocaban su pecho apreciando cada uno de sus músculos mientras no podía dejar de mirarle a los ojos guardando silencio.

—Hazme tuya, necesito ser tuya —gemí.

El sonido inteligible de su garganta me hizo volver a jadear al saber que así sería cuando sus labios se hundieron en mi cuello mientras una de sus manos se introducía entre mi ropa interior para buscar el centro de mi placer. Con un solo roce de sus dedos en mi clítoris me tenía gimiendo entre sus brazos, pero yo quería más, deseaba más.

—Por favor... —gemí mientras mis manos se agarraban fuertemente a las sabanas de aquella cama con fuerza al tiempo que mi cuerpo se arqueaba hacia él en busca de la unión de nuestros cuerpos. El roce de su erección en mi muslo era una completa tortura para mí, iba a volverme completamente loca.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa —me susurró al oído antes de sentir como se adentraba lentamente, abriéndose paso en mi interior con facilidad, volviendo a sentirme completa de nuevo y un profundo gemido de placer escapó de mis labios—. ¿Eres mía, Irina? —exclamó con aquella voz ronca rota de pasión.

—Soy tuya Alejandro.... completamente tuya —asentí.

Y no mentí, era suya lo quisiera o no; en cuerpo, mente y alma.

—Mía... —le oí susurrar mientras yo me perdía en una vorágine de olas de placer que me proporcionaban cada una de sus embestidas y el auténtico clímax de éxtasis me embriagaba con fuerza haciéndome perder por completo mis sentidos.

Notaba mi respiración agitada con cada jadeo después de haber gozado la plenitud y abrí lentamente los ojos siendo consciente de la pared blanca de la

habitación y después del peso del cuerpo de Alejandro sobre el mío. La sensación lejos de ser pesada era asombrosamente placentera, me gustaba notar su peso sobre mí, apresando cada palmo de mi cuerpo unido al suyo, podía incluso estremecerme con ello.

En ese instante se hizo a un lado y justo cuando iba a exclamar un gemido de nostalgia por separarse de mi cuerpo, sus fuertes manos me arrastraron hacia él quedando ambos tumbados de costado sobre el colchón de aquella cama que había sido testigo de nuestra pasión, observándonos sin decir absolutamente nada.

No se trataba de un silencio incomodo, todo lo contrario. En sus ojos podía decir mucho más que cualquier palabra, simplemente nos comunicábamos mediante aquella mirada silenciosa.

No pude evitar acariciar su mejilla sin dejar de observarle y él termino por apresar mi mano con la suya para darme un beso en la punta de los dedos.

—He pensado muchas veces en cómo sería tenerte en esta cama, tal y como te tengo ahora —dijo con voz calmada.

—¿Pensabas en mi cuando estabas solo? —Me atreví a preguntar.

—Preciosa, yo siempre pienso en ti, este solo o no. —Cuando dijo aquello se giró tumbándose de espaldas sobre la cama, como si con aquella confesión hubiera abierto una parte de él que no quería ser descubierta y de algún modo se sintiera culpable. Aproveche la ocasión para colocarme sobre su pecho recostándome a su lado.

—No eres el único —me atreví a decir para ver cuál era su reacción.

—¿Eso significa que hay más hombres igual de locos por ti que yo? —exclamó irónicamente.

—¡Serás tonto! —grité mientras escalaba para mirarle fijamente—. Eso significa que yo también pienso en ti constantemente —dije mientras me acercaba para darle un cálido beso cuya intención solo era rozar sus labios, pero con Alejandro nada era suave y de pronto me vi en vuelta por la embriaguez de su pasión profundizando de nuevo aquel beso.

—Me alegro de que así sea, porque empezaba a creer que era el único que estaba perdiendo la cordura —susurró mientras me alzaba con sus brazos y terminaba colocándome a horcajadas sobre él. Sabía que adoraba que lo montase así, en aquella postura, era consciente de que se deleitaba viéndome cabalgarle mientras me desinhibía al mismo tiempo y le daría exactamente lo que quería porque no solo lo deseaba él, también lo hacía yo, que adoraba ver esa mirada de verdadera lujuria en sus ojos cuando lo hacía.

Abrí lentamente los ojos, a pesar de la oscuridad de la habitación se podía intuir que debía ser de día por la poca claridad que entraba a través del pasillo en la estancia que permanecía con la puerta completamente abierta. Me moví un poco y noté entonces el cuerpo que tenía a mi espalda y el brazo que sostenía mi cintura, en ese momento sonreí sin poder evitarlo al percatarme de donde me encontraba y de quién era mi opresor.

Me imaginé la imagen de mi misma con sonrisa boba de tonta enamorada y era completamente consciente de que así debía estar ahora mismo, pero no me importaba, era feliz con ello, la dicha me invadía al recordar las confesiones de Alejandro de la pasada noche y era aún más feliz por estar entre sus brazos siendo suya de verdad, bueno... no teníamos un compromiso formal ni nada por el estilo, pero sentía que le pertenecía solo a él, al igual que él a mi.

En ese instante noté como su abrazo me apretaba más contra su cuerpo y pude advertir su erección en mis nalgas desnudas no pudiendo evitar sonreír y más aún cuando escuché su leve queja en mi cuello. Desconocía si estaba despierto

o no porque su respiración era tranquila y ahora que lo pensaba agradecía que él no roncara o al menos, no había percibido que lo hiciera, ni me había despertado para averiguarlo.

Supe que Alejandro estaba despierto cuando sus labios rozaron mi hombro, después mi cuello y finalmente mi nuca.

—Buenos días —susurré sin verle porque estaba de lado hacia la pared.

—¿Te he despertado? —gimió en mi oído mientras me rodaba para quedar boca arriba mientras él seguía de lado.

—No... —negué—. Lo cierto es que ya estaba despierta.

Sus labios se acercaron a los míos y los recibí fervientemente. Gemí en los suyos cuando volví a notar su erección frotándose contra mí, queriendo buscar su hogar, adentrarse de nuevo en las profundidades para satisfacerme y volverme loca, pero no podía ser... no podíamos volver a lo mismo ahora que tanto habíamos progresado.

—Alejandro... —susurré en un gemido.

—¿Sí? —Su voz sonaba perdida, deleitándose en mi cuello mientras sus manos recorrían mi cuerpo y eso provocaba que me costase aun más trabajo decir aquello.

—No podemos. —Mi voz denotaba dolor, me lamentaba tener que negarme a algo que tanto deseaba y probablemente incluso me dolía más a mí que a él.

En ese momento sentí como sus labios se apartaban de mi y sostenía su cuerpo con sus manos sin rozarme, le vi alzar su rostro hacia arriba como si necesitara no observarme para recomponerse y entonces le escuché suspirar.

—Está bien —dijo de pronto—. Será mejor que vayamos a desayunar y después iremos a recoger tus cosas para instalarte aquí.

—¿Hoy? —pregunté sorprendida.

—¿Para qué retrasarlo? —Me contestó mientras se levantaba y observaba su completa desnudez.

Desde luego podía pasar por una de esas figuras que se exponen en los museos musculosas... un dios griego, ¡Mierda!, ¡Si es que el apodo le venía como anillo al dedo! En ese instante le vi mirándome fijamente, aquel hombre no escondía su cuerpo, no tenía un atisbo de vergüenza en exponerlo y me reí al darme cuenta de que estaba observando como probablemente se me caía la baba de mirarlo detenidamente.

—Si... porqué retrasarlo —respondí después de que casi me había olvidado hasta de su respuesta y puede que hasta de mi nombre completo ante semejante bombón. Así que esquivé su mirada que seguía mirándome fijamente.

—¿Sabes una cosa? —exclamó haciendo que volviera a mirarle y me fijé en que seguía allí observándome de pie en la misma posición, completamente desnudo mientras yo seguía en la cama, en *su* cama.

—¿Qué? —pregunté en ese momento algo cohibida.

—He descubierto que estás justo donde quiero verte cada mañana cuando despierte —soltó con tanta seguridad y simpleza que mi corazón se detuvo en aquel instante.

¿De dónde se sacaba este hombre aquellas palabras tan dulces? Y lo soltaba con tanta naturalidad como el que dice pásame el azúcar...

No pude contestar porque en ese momento se dio la vuelta sin esperar una respuesta y se perdió por la puerta del baño.

23. Inicios de convivencia

Salí de la ducha envuelta en una toalla y no había rastro de Alejandro por la habitación, aunque se escuchaban ruidos lejanos de lo que supuse provenían de la cocina. No sabía que ponerme puesto que mi ropa estaba rota y sonreí al recordarlo, así que me aventuré en el enorme guardarropa de Alejandro a la búsqueda de alguna prenda que me pudiera servir.

Encontré el cajón de su ropa interior, más bien podría decir cajones y descubrí que no había otro color que no saliera del blanco, negro y algún gris esporádico, ¿Es que tenía algún problema con la diversidad de colores? Me dije a mi misma que tenía que regalarle unos boxer de color amarillo, solo para que contrastaran con la monotonía de aquellos tonos. Reconocía que el blanco le sentaba genial, bueno y el negro y el gris, y todos... por eso estaba segura de que el amarillo le sentaría igual de bien.

Cogí unos boxer de color blanco y me los puse mientras tiré la toalla momentáneamente al suelo y me dediqué a elegir alguna camisa, todas estaban tan pulcramente abotonadas y planchadas que hasta me daba cierta nostalgia estropearlas, pero finalmente cogí una azul celeste que no recordaba haberle visto y por lo que supuse no sería de sus favoritas.

Con la toalla en la mano la camisa a medio abotonar, atravesé el salón y fui directa a la cocina, donde la luz estaba encendida y descubrí a mi perfecto dios griego semi desnudo cocinando.

—¿Tortitas? —exclamé emocionada.

—Con chocolate y nata para la dama —contestó mientras se giraba a verme y vi cómo se llevaba el pulgar a la boca como si estuviera limpiándose algún

resto de comida.

Ese gesto le hacía parecer de lo más sexy y endiabladamente atractivo.

—Así que te he viciado —respondí con sorna.

—Me parece un desayuno poco sano, pero puedo hacer una excepción los fines de semana si eso te complace —contestó mientras se acercaba lentamente a mí—. Y además, necesitas reponer energías después de lo de anoche.

Sonreí ilusamente y en ese momento recordé que llevaba la toalla para echarla a lavar.

—¿Dónde pongo esto? —pregunté cambiando de tema porque más valía no tentar a la suerte.

—En el baño, ¿O se te ha olvidado que vas a vivir aquí? —contestó sonriente.

—Pues... la tiré al suelo. —Por no decir que no sabía si Alejandro se sentiría cómodo al compartir conmigo el baño teniendo en cuenta que en aquella casa había cuatro.

—En ese caso, la habitación de la colada está allí —contestó señalándome lo que hasta ahora creía sería una despensa y en realidad era un minúsculo espacio donde había lavadora, secadora y varios canastos de ropa, uno blanco, otro negro y otro verde—. Blanca, negra y color. Así no hay confusión —me señaló cada uno de los cestos.

—Parece que lo tienes todo bien calculado. —Me aventuré a decir sonriendo mientras me acercaba y dejaba la toalla dentro del canasto blanco.

—¿Llevas mi ropa interior? —exclamó en su típico tono ronco y grave en ese momento.

Ya empezaba a conocerle lo suficiente como para saber que se estaba excitando.

—Si, a menos que quieras que no lleve nada, es lo único que he encontrado. Le miré y podía notar el deseo en sus ojos y la intensa mirada... sabía que, si por él fuera y quizá también por mi misma, estaría ahora mismo sentada sobre aquella lavadora con su miembro hundiéndose entre mis piernas; así lo atestiguaba el bulto bastante apreciable que escondían sus bóxer blancos, al igual que los que yo llevaba puestos.

Desconocía que utilizar su ropa interior iba a satisfacerle hasta tal punto de tener una erección, pero también podía notar como se auto controlaba a sí mismo.

Oí como tosía para aclararse la garganta y en ese momento le vi apartar la vista de mí y volver a la vitrocerámica donde siguió cocinando las tortitas en silencio. Me contuve sobre no decir nada, sabía que necesitaba apaciguarse y porque no decirlo, yo también lo necesitaba.

Tal vez estaba siendo una idiota por vetarnos a ambos a tener sexo, pero de algún modo Alejandro se estaba abriendo al fin a mi y de alguna forma presentía que si la incertidumbre de él por la que tantos años le habían machacado según Teresa era que todas las mujeres eran iguales y que todas abríamos las piernas para un fin por decirlo de algún modo, a mi juicio debía demostrarle a Alejandro que sin sexo también existíamos, tenía que dejar que me conociera y solo así, terminaría por terminar de confiar en mi para contarme todo aquello que de algún modo sentía que lo torturaba por dentro.

Recogimos mis cosas del hotel y las cargamos en su coche, terminé de realizar la cancelación de la habitación y hospedé a mis guardaespaldas en un hotel algo más cerca del edificio de Alejandro, dándoles nuevas órdenes ya que ahora que iba a estar mucho mas tiempo acompañada me parecía absurdo

contar con su servicio pese a que Alejandro insistió en que mantuviera la seguridad siempre, incluso aunque estuviera acompañada por él, así que desde que saliera de casa, hasta que volviera, estarían cerca de mi.

Coloqué la última de las perchas y estiré mis brazos. Aún no tenía toda mi ropa allí, pero lo cierto es que quedaba aún bastante espacio que poder utilizar. Coloqué las maletas vacías en una de las habitaciones sin ocupar y me di una ducha rápida para quitarme el sudor de todo el día. Esta vez sí coloqué mi toalla junto a su albornoz y me sentí algo extraña, miré la encimera del lavabo donde estaba mi neceser y había colocado el cepillo de dientes junto al suyo, no era la primera vez que veía las cosas de Alejandro junto a las mías, puesto que en alguna ocasión había visto su neceser junto al mío como cuando fui a Londres a verlo o cuando vino a Moscú no hacía tanto, pero sí que era la primera vez que estaban allí por tiempo ilimitado y quizás, solo quizás incluso permanente.

Salí a buscarlo y me lo encontré sentado en el sofá, con un pantalón de chándal como una única prenda de vestir, suponía que debía ser así cuando estaba tranquilo en casa y aquello me hizo sentir cómoda, parecía estar cambiando de canal sin mirar nada en concreto y conforme me acercaba me observó fijamente con aquel gesto de cejas y una medio sonrisa la cual respondí.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —pregunté algo desorientada mientras me sentaba a su lado en el sofá y colocaba los pies de lado para acomodarme.

—Pues como imaginé que debías estar cansada... ¿Qué te parece si vemos una película en casa y pedimos más tarde la cena para que nos la traigan? —preguntó para saber si estaba de acuerdo.

—¿Sushi? —exclamé de pronto sonriente.

—No por favor... —contestó rápidamente mirando hacia la pantalla del

televisor para esquivar mi rostro—. Cada vez que pienso en sushi, recuerdo aquella vez que lo comí de tu cuerpo y... —se calló cuando comencé a reír.

—Está bien —reconocí, ya que a los dos nos podría traer demasiados recuerdos ardientes que no podíamos paliar—. ¿Pizza? —pregunté siendo esta mi segunda opción.

—Puestos a elegir y teniendo en cuenta que nada será sano, lo acepto —terció resignado.

—¿Tienes algún problema con la comida que yo deba saber? —exclamé de pronto en un tono divertido.

—En absoluto —negó—. Como de todo, pero suelo evitar las grasas innecesarias y procuro comer bastante saludable para que ésta —añadió señalándose el abdomen—. Se mantenga en su sitio.

—Entonces... —susurré colocándome de pronto a horcajadas sobre él y al parecer le sorprendió que lo hiciera—. Tendré que asegurarme que “ésta” —dije cambiando el tono de voz recalcando la palabra—, se mantenga en su sitio y me conformaré con no tentarte demasiado —añadí mientras le daba un esporádico beso lo suficientemente profundo como para que cuando me apartara de él la inercia de su cuerpo viniera en mi busca y así fue, solo que sonreí y volví a mi lado del sofá.

—Eres perversa —admitió, pero su sonrisa decía lo contrario.

—Ya agradecerás que lo sea cuando termine este veto —jadee cerca de sus labios.

—Créeme que lo haré —afirmó seguro.

Al final terminamos comiendo pizza familiar de cuatro quesos a pesar de la negación de Alejandro a elegir concretamente esa y vimos una película

romántica y ñoña de la que estaba segura él vomitaría azúcar hasta por los oídos, pero en el fondo supe que lo hacía porque aquella era mi primera noche viviendo en su casa y quería contentarme, probablemente con el paso del tiempo comenzaría a sacar sus verdaderos gustos y dejando de ser tan consentido.

Me quedé dormida entre sus brazos en un momento dado casi sin pretenderlo, antes de que la película terminara y lo supe porque solo porque me desvelé mientras Alejandro me llevaba en brazos a la habitación.

—Tengo que lavarme los dientes —susurré somnolienta.

Probablemente debía ser la única persona del mundo que pensaba en algo así cuando ya me había dormido. Alejandro por toda respuesta me dejó en el suelo del baño frente al lavabo, me dio un beso en el cuello y volvió a salir. Me cepillé los dientes con los ojos cerrados, estaba absolutamente muerta de cansancio y luego subí a la cama trepando sobre ella hasta meterme bajo el cobertor, pero estaban frías y me encogí, así que en cuanto sentí la fuente de calor humano me acerqué a ella como una polilla hacia la luz y noté como sus brazos me rodeaban atrayéndome hacia él.

«Podría pasarme aquí el resto de mi vida» pensé antes de dejar que Morfeo me arrastrara hacia la oscuridad.

Empezamos a establecer una rutina conforme iban pasando los días. Alejandro se levantaba primero y se daba una ducha, a él le gustaba tomarse el café tranquilo, mientras leía el periódico así que cuando yo llegaba ya vestida, él terminaba de desayunar en mi compañía. Posteriormente yo me maquillaba en uno de los otros baños mientras él se terminaba de preparar y después salíamos juntos hacia el trabajo.

Resultaba bastante cómico cuando la gente nos veía llegar a la vez y el rumor

de que la presidenta y el director de la empresa estaban juntos había comenzado a extenderse como la pólvora, probablemente a estas alturas no quedaba nadie que no lo supiera.

Por las noches solíamos hacer planes, ese fin de semana Teresa y Alberto vendrían a cenar a casa para devolverles la invitación y sobre todo Teresa parecía demasiado encantada con la idea. Mientras tanto, Alejandro había insistido en que fuera con él al gimnasio, el mismo en el que ya estuve tiempo atrás. La intención era desfogarnos y terminar demasiado cansados como para no caer en la tentación posteriormente en casa, aunque lo cierto es que era inevitable pensar en los días que faltaban cuando le veía cada mañana levantarse con ese cuerpo creado para la tentación de abdominales perfectos y no poder disfrutarlo como quisiera.

Lo sé, era un castigo impuesto casi por mi misma, pero me convencía de que él estaba haciendo progresos. Me había hablado de su época universitaria, donde conoció a la mayoría de sus amigos con los que mantenía buena relación y también eran amigos de Alberto, también me había hablado del barco y de varias de sus posesiones, pero seguía sin decir ni media de su niñez y aquello comenzaba a preocuparme. Tal vez necesitara más tiempo, al menos eso era lo que trataba de repetirme una y otra vez.

—Ya solo faltan nueve días, preciosa. —Me susurró aquella noche después de darnos una larga ducha para quitarnos el sudor del gimnasio y estábamos sentados en el sofá descansando.

No solíamos ducharnos allí, no sabía por qué Alejandro no lo hacía y yo evidentemente no le iba a dejar esperando, aunque lo cierto es que prefería hacerlo en casa para poder ponerme el pijama justo después.

—Parece que llevas la cuenta rigurosamente, apuesto a que hasta tienes un calendario en el que vas tachando los días —contesté riéndome de la

situación.

—Puede ser... —admitió y entonces reí fuertemente.

Pasé sus manos por los hombros, su tez bronceada ya no lo era tanto debido a que probablemente estuviera perdiendo el bronceado del verano y ahora eran visibles unas pequeñísimas y finas líneas apenas apreciables. Había que fijarse muy de cerca para verlas, me pregunté de que serían porque eran mas fáciles de notar al tacto incluso que a la vista.

—¿De qué son estas marcas? —me atreví a preguntar para ver su expresión.

—¿Qué marcas? —exclamó sin importancia.

—Estas —reiteré—. Aquí —dije indicándole la zona para que observara.

—No lo sé, nunca me he dado cuenta —contestó apartando la mirada, pero notaba como evadía la respuesta y a su vez también evitaba mirarme.

—¿Cómo no te vas a dar cuenta? —exclamé presionándole.

—¿Qué mas da? —gritó bruscamente siendo tosco en su respuesta y supe que aquellas marcas debían de traerle malos recuerdos.

—¿Fue él? —exclamé.

No supe porque razón las palabras se escaparon de mis labios sin control y en ese momento Alejandro me miró con sus ojos oscurecidos como si acabara de decirle que el mismísimo demonio había regresado de los infiernos.

—¿Él?, ¿Cómo que él? —exigió demasiado serio.

En ese momento no sabía si debía confirmar o no que lo sabía, pero ya había metido la pata y no había vuelta atrás. Sabía que no dejaría pasarlo e insistiría hasta que confesara a qué me refería.

—Tu abuelo —confesé esperando su reacción.

Se levantó ofuscado en el momento en el que lo dije, noté como su respiración se agitaba de manera incontrolada.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó sin mirarme.

—¿Importa mucho eso? —respondí indecisa.

—¡Sí!, ¡Por supuesto que sí que importa! —exclamó alterado.

—Lo sé desde la boda de tu hermana —contesté decidiendo ser sincera.

—Te lo dijo ella —afirmó llevándose las manos a la cabeza.

—No... —susurré no queriendo meter en líos a Teresa a pesar de que ella lo habría hecho de buena fe, tratando únicamente de ayudar a su hermano.

—¿No?, ¿Es que acaso me investigaste?, ¿Investigaste mi pasado?, ¿Por qué razón ibas a hacerlo ahora y no antes? Fue ella —insistió.

—¿Y qué más da la razón por la que me enterara o quién me lo dijera? —grité tratando de hacerle ver que no era importante.

—Lárgate de aquí. —Su respuesta me dejó estática y completamente anonadada.

—¿Qué? —exclamé casi sin pensarlo no queriendo procesar lo que acababa de pedirme.

—Me has oído, fuera de mi casa. —Su era tono autoritario, lo había dicho sin mirarme, completamente de espaldas a mi, como si de alguna forma no pudiera decírmelo a la cara.

—¿Tan malo fue?, ¿Tan grave es que me para que no puedas decírmelo de una maldita vez? —exclamé

—¡He dicho que te largues! —gritó esta vez con tal autoridad que casi podría acongojarme.

—Si salgo por esa puerta, no pienso volver Alejandro. —Le amenacé, pero todo lo que obtuve fue un silencio atroz.

—Me parece bien —contestó y escuché su voz baja, nada que ver con su tono anterior, sino que parecía sonar frío, calculador... como si no le importara.

En ese momento cogí el móvil y sin pensarlo me fui hacia la puerta. No pensé que estaba descalza, no pensé que estaba en pijama, solo pensaba en los mil demonios que me llevaba aquella situación y como habíamos terminado en lo que parecía una noche tranquila de aquella forma.

Abrí la puerta dispuesta a marcharme, dispuesta a irme de verdad, a romper con todo y a sufrir, porque estaba completamente segura de que sufriría como jamás lo había hecho y en ese instante me giré hacia él viendo como tenía una mano apoyada en la pared dejándose caer, era como si estuviera abatido, roto por dentro... Así que en ese momento le di un portazo a la puerta cerrándola con todas mis fuerzas, tanto fue así, que el sonido hizo eco por todo el apartamento solo que no estaba fuera, no me había ido, seguía allí dentro.

—¡No! —grité pasados unos segundos.

La adrenalina me consumía, no pensaba largarme, no pensaba allanarle el camino, quisiera él o no, iba a enfrentar sus miedos de una maldita vez, porque lo único que me hacía pensar de su comportamiento era eso, Alejandro tenía que tener miedo de enfrentarse a su pasado, un miedo que solo estaba en su cabeza y que no le permitía avanzar.

En ese momento él se giró de pronto y enmudeció. No sabía si el hecho de que me hubiera quedado le sorprendía o le cabreaba, pero me dio exactamente igual.

—¡No pienso irme!, ¡No pienso largarme de nuevo! —exclamé—. Ya estoy harta de esa maldita coraza que interpones entre tu y yo, que no me permite

llegar hasta ti, Alejandro.

—Te dije que te fueras... —susurró, pero su voz sonaba más a una especie de pregunta por la forma de arrastrar sus palabras.

—No pienso irme, te guste o no, voy a quedarme —dije cruzándome de brazos.

—No quiero que estés conmigo por lástima. No lo puedo soportar —me contestó evitando la mirada.

—¿Lástima?, ¿Qué estoy contigo por lástima? —ironicé—. Alejandro... siento muchas cosas por ti y lástima no es precisamente una de ellas.

—¿Y por qué ibas a estar conmigo sino? Precisamente desde la boda de Teresa, cuando antes me habías dejado claro que entre tú y yo no habría nada.

—Sus palabras parecían denotar dolor.

—Porque te quiero —dije sin más. En ese momento él me miró de pronto a los ojos buscando verdad en mis palabras—. Me enamoré de ti sin quererlo, sin pretenderlo, si tan siquiera darme cuenta mucho antes de que Teresa me confesara aquello y si no quería nada contigo antes de la boda fue porque no quería que me hicieras daño de nuevo, no podría volver a pasar por ese dolor otra vez. —Me acerqué lentamente a él mientras permanecía quieto, llegué hasta estar de frente y coloqué una mano en su pecho desnudo, notaba como su corazón se aceleraba al igual que el mío—. Estoy completa y absolutamente enamorada de ti —añadí antes de elevarme un poco para llegar a rozar mis labios con los suyos, esperando una respuesta...

Y la respuesta no tardó en llegar cuando él los apresó de tal forma y con tal voracidad que pensé que me caería al suelo si no llega a ser porque al mismo tiempo me alzó entre sus brazos.

24. El oscuro pasado de Alejandro

Sentía sus manos rodeando mi cintura con fuerza. La necesidad que había en aquellos labios me hizo comprender mucho más que deseo, me hizo sentir su tormento.

—Irina... —susurró en un gemido.

—Cssh —siseé acallando sus labios y volviendo a besarle mientras paseé mis manos por sus brazos hasta llegar a su mano y tirar de él conforme caminaba hacia atrás sin dejar de besarle en ningún momento dirigiéndome a la habitación.

Aparté mis labios de él un segundo para deshacerme de la camiseta que llevaba, no utilizaba sujetador para estar por casa, así que mis pechos quedaban libres y a la vista. Antes de que pudiera reaccionar Alejandro se abalanzó sobre mi cuello provocando que no pudiera evitar proferir un gemido interno por respuesta ante la sorpresa. Sus candentes labios bajaban por mi clavícula dando ligeros besos y acercándose a mi pecho lentamente, era como si no hubiera prisa a pesar de la necesidad que sabía que él tenía y que sin duda alguna yo también podía incluirme.

Mordisqueó la piel alrededor de mis pezones hasta que de un fuerte movimiento que me provocó una oleada de calor noté como su boca húmeda apresaba mi pecho izquierdo en su boca y jadeé de puro placer. Mientras su boca se deleitaba yo no podía evitar arquearme inclinándome hacia él, sentía como mi cuerpo me exigía ser invadido por él, que fuera llenado de nuevo para volver a sentirme completa. Me incliné para intentar llegar hasta el borde de su pantalón mientras él seguía acariciándome con deleite y me mordía el

labio ante aquel roce extremo, mis manos no llegaban así que alcé mis piernas y con los dedos de los pies fui haciendo que su pantalón de chándal fuese inclinándose hacia abajo.

—Por favor... —supliqué.

—No te vayas nunca. —Su voz era ronca.

Mis pantaloncitos de pijama desaparecieron al igual que mis braguitas. Podía sentir su erección frotándose contra mi entrepierna, pero me miraba con esos ojos azules tan brillantes que hacía que me conmoviera, como si esperase una respuesta.

—No voy a irme, no pienso irme —afirmé.

—No te vayas, aunque te ordene que lo hagas —insistió mientras seguía mirándome fijamente—. Ya no sé vivir sin ti, no quiero vivir sin ti.

Mis ojos debieron volverse cristalinos, aquello no era una declaración de amor, no me estaba diciendo que me quisiera como yo le había confesado, pero era más, mucho más de lo que esperaba.

Coloqué mis manos en su rostro suavemente, pude notar como una pequeña lágrima escapaba de mis ojos.

—No me alejaré, ni me marcharé, ni huiré... aunque tu mismo me ordenes que lo haga —aseguré.

Por toda respuesta Alejandro me besó suavemente mientras sus manos entrelazaban las mías sobre mi cabeza y se deslizaba en mi interior consiguiendo que mi gemido ante tal deseo muriera en sus labios.

Su lengua jugaba en un baile sensual con la mía, su calor corporal apresaba mi cuerpo provocándome oleadas de placer inaudito que, en conjunto con cada una de sus embestidas, al principio suaves, pero cada vez más certeras,

intensas, profundas y fuertes, conseguía que me acercara para rozar el paraíso.

En ese momento Alejandro me alzó de un solo movimiento atrayéndome hacia él, mientras sus manos sujetaban mis nalgas mientras sentía como se hundía completamente en una estocada y morí de placer justo cuando sus dedos rozaron mi clítoris para estimularme. Grité de éxtasis al notar como el orgasmo me llenaba, me invadía e incluso me colapsaba.

—Te quiero. —Fue lo primero que escuché cuando mis sentidos comenzaban a volver en sí.

Abrí mis ojos para encontrar su mirada azul fija en mí y en ese instante le abracé con desesperación.

Me quería, Alejandro acababa de confesar que me amaba.

—Las marcas por las que preguntaste son de un látigo, en concreto de un martinete.

«Dios mío...» Pensé sin expresarlo mientras mis dedos acariciaban su espalda.

Iba a separarme de él levemente para mirarlo, pero entonces noté que me abrazaba con más fuerza e intuí que mientras me lo contaba no deseaba que le mirase, tal vez así le resultara más fácil hacerlo y entonces seguí rozando mis dedos en su espalda.

—Apenas tengo recuerdos nítidos antes de los seis años, solo el leve recuerdo de estar en una casa sucia que olía mal y allí entraban muchos extraños, muchos hombres. Algunos ni tan siquiera reparaban en nosotros, pero hubo uno que quiso llevarse a Teresa y escapé por la ventana con ella a casa de una vecina, apenas recuerdo el rostro, pero sí que nos daba algo de comida y nos dejaba quedarnos en su casa hasta que aquellos hombres se iban.

Teresa debía ser muy pequeña, ni siquiera sabía andar y lo recuerdo porque yo siempre la llevaba en brazos. Mi madre o más bien, la mujer que supuestamente se hacía llamar madre, ni tan siquiera se daba cuenta de que no estábamos en casa, mis últimos recuerdos de ella eran siempre tirada en el suelo de aquella casa rodeada de basura y agujas que más tarde comprendí, eran jeringuillas para drogarse.

Murió de una sobredosis, y si soy sincero, no sentí nada cuando nos explicaron que había muerto. Tenía más estima a esa vecina casi desconocida a la que probablemente le dábamos lástima y por eso nos daba algo de comer que a mi propia madre. Teresa no sabe absolutamente nada de esa época, no la recuerda y yo jamás le conté nada, aunque sabe que nuestra madre murió de una sobredosis y que se prostituía, yo nunca le dije el peligro al que esa mujer nos exponía cada día. Asuntos sociales se dio cuenta que no estábamos escolarizados y le dio nuestra custodia a nuestro abuelo. La primera vez que le vi pensé que nuestra suerte no podía ir a peor, nosotros veníamos de un lugar si normas, sin disciplina y sin reglas. Mi abuelo era un exmilitar en el que basaba su vida en esos tres pilares fundamentales; cumplir las reglas, acatar las normas y una estricta disciplina harán que te conviertas en hombre.

Sus palabras indicaban que esa frase se la debía haber recitado demasiadas veces. No supe lo extremas que eran sus palabras hasta que descubrí que por cada falta por mínima que fuera, implicaba un castigo. Si las sábanas no estaban perfectamente estiradas sin una sola arruga, el desayuno era sustituido por tres latigazos de cinto. No estar puntualmente a la hora indicada donde él decía, implicaba pasar cada minuto de retraso por una hora de rodillas, con un garbanzo en cada una de ellas para que se clavara literalmente en la piel y los brazos extendidos con un tomo de la biblia en cada uno de ellos. Eso me hizo a contar mentalmente el tiempo, porque no tenía reloj. Conforme fui creciendo el dolor del cinto ya era demasiado poco, me había acostumbrado al dolor y sin

dolor, el castigo no era ejemplar, por lo que del cinto pasó al látigo y después al martinete que tenía más correas para rasgar la piel.

Me abracé más a él si es que era posible, era injusto que hubiera tenido que soportar aquello a manos de aquel hombre atroz que no se merecía ser llamado abuelo.

—Yo creía que era normal, incluso pensé que debía ser así para convertirme en un hombre como él siempre decía, pero su odio hacia Teresa me hacía pensar que algo en él estaba mal. Ella apenas era un bebé, demasiado pequeña incluso para recordar, pero la trataba como si fuera una vergüenza, decía que sería una puta igual que su madre y su abuela, que lo llevaba en la sangre.

A pesar de los insultos yo entendía que no podíamos ir a ninguna parte, así que la única forma que tenía para proteger a Teresa de las palizas de él era llevármelas yo en su lugar, a él le enfurecía que tratara de protegerla, así que cuando me castigaba por defender a Teresa, habitualmente no podía levantarme en varios días de la cama. Supe que tenía que sacarla de allí pronto, debía terminar mis estudios lo más pronto posible para llevármela de ese infierno, yo podía soportarlo, pero ella no.

Con el tiempo descubrí que mi percepción hacia cualquier mujer que no fuera Teresa era tal como mi abuelo lo había descrito, las veía a todas como unas interesadas, unas putas que se vendían al mejor postor por un precio y era incapaz de sentir absolutamente nada por ellas, nada que no fuera apetito sexual... nada hasta que llegaste tú que incluso a pesar de creer que eras como todas las demás, me hiciste algo de lo que era incapaz de escapar, de dejar de pensar en ti.

Hiciste que me diera absolutamente igual que fueras o no una interesada, yo solo quería estar contigo porque si pensaba que te había perdido, sentía que

me ahogaba. Por eso estaba dispuesto a intentarlo, a pesar de no haber tenido nunca una relación, a pesar de que creyera que sería incapaz de hacerlo bien, pero solo era miedo a perderte, miedo a que te dieras cuenta que yo... no sé querer a una mujer Irina, no sé qué se supone que tengo que hacer o qué debo decir y no quiero perderte, no quiero que un día te des cuenta y descubras que...

—Yo solo necesito que seas tú, Alejandro. Te amo incondicionalmente, con tus defectos, con tus cambios de humor, con tu tono ronco que me hace vibrar de deseo y con tú increíble autoridad que sin ninguna duda altera mi sangre por completo.

—¿No te cansarás de mí?, ¿No te marcharás cuando te des cuenta de que no soy normal? —preguntó con cierto abatimiento.

—No deseo que seas normal, si lo fueses... no estaría aquí contigo y no me habría enamorado de ti —le aseguré.

—No te merezco Irina, pero soy demasiado egoísta para dejar que te vayas —admitió y sonreí.

—Entonces sé egoísta... seré feliz así —admití abrazándole con más fuerza.

—Enséñame a amarte... enséñame a quererte... —susurró mientras acariciaba mis labios y su aliento se mezclaba con el mío tan candente que mis ganas de que me volviera a hacer suya crecían intensamente.

Ahora que Alejandro me había confesado ese tortuoso pasado que le atormentaba, parecía como si una parte de él se hubiera liberado, era como si la carga que pesaba sobre sus hombros fuera más liviana y pasajera, lo noté porque cada vez sonreía con mayor facilidad al mirarme, porque aprovechaba el mínimo roce para rodearme con aquellos fuertes y enormes brazos para acercarme a él y abrazarme sin ninguna intención, solo por el mero hecho de

tenerme cerca de su cuerpo y probablemente él mismo lo hacía de forma inconsciente.

Para ser un hombre que aseguraba no saber cómo amar... lo estaba haciendo mejor que la mayoría que se suponía que sí sabían y tal vez por eso mismo, lo hacía con más intensidad.

—¡Esta noche vienen Alberto y Teresa! —grité entrando en la cocina con las bolsas de la compra que acababa de traer, aunque imaginaba que lo recordaba.

—Si, pero ¿Por qué no me dijiste que ibas a hacer la compra? Te podría haber ayudado —contestó entrando en la cocina siguiéndome.

—No pasa nada, me gusta hacerlo —contesté sin más mientras me acercaba a él y le daba un beso que no desaproveché para profundizarlo con aquella jugosa lengua que hacía maravillas por mi cuerpo—. Te lo decía porque no me gustaría que le reprocharas nada sobre lo que ella me contó de ti. Sabes que solo tenía buenas intenciones.

No habíamos vuelto a hablar del tema desde que Alejandro hizo su confesión, pero de alguna forma no deseaba que le recriminase nada a su hermana, a pesar de que sabía cuánto quería a Teresa y de que jamás le diría nada que pudiera dolerle.

—Lo sé —contestó algo distraído—. En el fondo creo que hasta podría darle las gracias, ¿No? —confesó algo sonriente y le di un leve beso por respuesta.

—Tal vez debas hacerlo —dije guiñándole un ojo.

—¿Estás tratando de seducirme señorita Komarova? —Aquél tono ronco y sexy me ponía a cien y él lo sabía de sobra...

Me mordí el labio evitando mirarle mientras era incapaz de evitar una sonrisa.

—Para nada señor Álvarez —gemí.

—Yo creo que sí... —Su aliento estaba en mi nuca.

Acababa de apartar mi cabello suelto hacia un lado y podía notar como su nariz la rozaba aspirando mi aroma.

—Tengo que preparar la cena... —jadeé tratando de hacerle tomar conciencia de que no podía perder más tiempo.

—Pues empieza —gimió mientras notaba sus dedos subiendo el vestido ajustado que llevaba puesto y para entonces ya estaba completamente húmeda y mojada ante la idea de lo que iba a suceder.

Su polla estaba completamente dura y podía notarla rozando mis nalgas, mientras una mano ascendía por mi vientre, tocando mis pechos y subiendo hasta mi boca donde me metió uno de sus dedos en la boca y yo lo chupé con ansia, su mano derecha se colaba entre las medias abriéndose paso hacia mi entrepierna, donde mi más que húmedo coño le esperaba.

—¡Joder! —gimió en mi oído—. No sabes lo cachondo que me pone saber lo húmeda que estas cuando te toco, siempre preparada para que te folle, para que te haga mía de nuevo.

Gemí por respuesta mientras sus dedos encontraban la apertura y se deslizaban hacia mi interior tan fácilmente que ambos jadeamos al mismo tiempo.

—¡Dios! —gemí mientras le chupaba los dedos que metía en mi boca y mis manos se iban hacia atrás para desabrochar su pantalón.

—¿Me quieres dentro de ti, preciosa? —susurró mientras le bajaba la cremallera y estiraba de su pantalón a la vez que metía una mano en los bóxer liberando así su erección.

—Siempre te quiero dentro, dios griego —jadeé.

—¿Dios griego? —gimió sin dejar de cesar en sus movimientos entrando y

saliendo con sus dedos de mi interior.

—Si... —gemí—. Eres mi dios griego.

—Pues tu dios griego va a llevarte al Olimpo, preciosa. —De un tirón sentí como las medias y mi ropa interior eran arrancados de mi piel y antes siquiera de reaccionar, notaba su polla hundiéndose dentro de mi de un solo movimiento.

—¡Ah! —gemí ante la sorpresa.

Me apoyé en la encimera sujetándome con fuerza mientras mi dios griego salía lentamente para volver a hundirse de nuevo con más ahínco. Pronto empecé a acompañar sus movimientos, sus embestidas eran cada vez más fuertes y profundas, tanto así que no podía evitar gemir ante tal placer. Me alcé girándome levemente y su boca apresó la mía con desesperación mientras no dejaba de sentir la fricción de sus movimientos ahogándome literalmente en lujuria. Y en ese momento Alejandro me alzó una pierna provocando que se adentrará aún más en mi al tiempo que tocaba el punto exacto consiguiendo hacer realidad sus palabras... acababa de llevarme al puto Olimpo de los dioses.

Romper ese maldito veto de sexo, sin duda fue la mejor decisión de todas, aunque nunca llegamos a cumplirlo, de hecho, lo rompimos en dos ocasiones y ahora que Alejandro se había abierto a mi, ya no era necesario.

Sabía que el sexo era un pilar fundamental de nuestra relación, muy fundamental, pero éramos felices así... yo era feliz así.

—¡Traigo el postre! —gritó Teresa nada más entrar en la casa.

—¿Qué has traído hermanita? —Escuché preguntar a Alejandro mientras yo sacaba el pescado del horno que ya estaba listo.

A pesar de la interrupción por parte de Alejandro —aunque si tenía en cuenta que solo había sido para proporcionarme placer como siempre—, me había dado tiempo de terminar la cena justo a tiempo mientras él había preparado la mesa.

—No te lo diré o eres capaz de meterle mano antes de la comida. —escuché recriminarle Teresa con un tono divertido y oí la risa de Alejandro por respuesta, no pude evitar sonreír a pesar de que no los veía.

—Vaya cuñado, te veo muy bien. —Ésta vez era la voz de Alberto y los tacones repiqueteando en el suelo me advertían que Teresa no tardaría en entrar en la cocina.

En el instante en que dejé la bandeja caliente sobre la rejilla y apagué el horno me quité los guantes y me di la vuelta.

—¿Qué le has hecho? —exclamó casi en un susurro sonriente.

—¿Es en el buen sentido o no? —contesté con otra pregunta algo extrañada sabiendo que se refería a su hermano.

—Desde luego que, en el bueno. Nunca le había visto tan sonriente. A ver... sonreía, pero no de esa forma tan... natural, sin ser forzado —admitió.

—Te gustará saber que al fin me lo confesó todo —dije ahorrándome los detalles.

—¿En serio?, ¡Oh dios mío! —exclamó dejando la bandeja que llevaba en el primer hueco que encontró y se abrazó a mí—. Debe de quererte mucho Irina... ni tan siquiera conmigo ha sido capaz de hablarlo.

—Hermanita, déjala respirar que la necesito viva para llevar a cabo mis planes —escuchamos ambas mientras estábamos abrazadas.

Teresa se apartó rápidamente de mí y miró a su hermano.

— ¿Y cuáles son esos planes? —preguntó ella divertida.

—Si te lo digo, no será una sorpresa para mi preciosa novia —aseguró y en ese momento me sonrojé, intuía cuáles eran esos planes y lo más probable es que mi dios griego volviera a llevarme al Olimpo.

—Hola Irina —me saludó en ese momento Alberto.

La cena fue bastante tranquila, entre risas y algunas anécdotas de Alejandro y Alberto con sus amigos.

—Bueno, hay algo que nos gustaría contaros —intervino Teresa sorprendiéndonos a todos.

—Somos todo oídos, hermanita. —contestó Alejandro y en ese momento Teresa miró a Alberto cómplice de ella al parecer.

—Aunque aún es muy pronto y no queremos decírselo a la familia, si no os lo cuento a vosotros creo que explotaré de tanto contenerme o algo peor —comenzó a decir Teresa—. Hermanito... vas a ser tío.

Miré a Alejandro que se quedó con el rostro serio, sin expresión alguna, como si hubiera esperado cualquier cosa menos esa y en ese instante yo chillé de emoción para contrarrestar su sorpresa.

—¡Ay! —grité—. ¡Eso es estupendo! —volví a gritar mientras me levantaba y abrazaba a Teresa que sonreía radiantemente y en ese momento miré a Alejandro que al menos había cambiado su cara neutra por una sonrisa y le daba un abrazo a Alberto.

—Supongo que no lo esperabas... —escuché decir a Teresa cuando abrazó a Alejandro.

—No tan pronto... lo admito —volvió a sonreír—, pero me alegro mucho por ti, por vosotros.

—Eso espero porque vais a ser los padrinos de nuestro bebé —contestó tranquilamente mientras se acercaba a Alberto que la acogía entre sus brazos.

En ese momento comprendí que acababa de formar parte de aquella familia y que no quería estar en ningún otro lugar que no fuese allí, junto al amor de mi vida. Aquella noche mi dios griego volvió a llevarme Olimpo, como hacía desde que le conocí y como estaba segura de que haría durante el resto de mi vida.

—La semana que viene debo ir a Moscú por trabajo, y de paso veré a mis padres para estar con ellos unos días. —le dije mientras estábamos abrazados en la cama y yo tenía medio cuerpo sobre el suyo.

—¿Pasarás allí el fin de semana? —preguntó ensimismado.

—Si, tenía pensado hacerlo —admití acariciando con los dedos su pecho.

—Entonces tendré que ir a verte —dijo sorprendiéndome ante tal hecho.

Alcé mi vista y le vi mirando hacia abajo, justo a su pecho donde yo tenía apoyada la cabeza.

—Estarás en casa de mis padres —le advertí haciéndole ser consciente de la situación.

—Está bien —contestó como si nada le preocupase—. Supongo que tarde o temprano tendría que hacerlo teniendo en cuenta que son los padres de la mujer que quiero. Además, ya me conocen y según me has contado aprueban que estemos juntos, ¿no?

—Si, pero vas a pasar mucho tiempo con ellos —le advertí—. No quiero presionarte.

—¿Es que no quieres que vaya? —preguntó algo alterado.

—¡Por supuesto que quiero que vengas! —grité—. Es solo que quiero...
¿Advertirte? —exclamé—. A veces mi madre puede ser muy pesada cuando quiere y mi padre...

—Lo soportaré —me susurró mientras me alzaba para que pudiera besarle—. Por ti sería capaz de soportar el fuego del mismísimo infierno si hiciera falta, preciosa.

25. La decisión de Alejandro

POR ALEJANDRO

Se había marchado a Moscú hacía solo seis horas y ya la echaba de menos. ¡Dios!, ¿En qué momento esa mujer se había convertido en parte de mi vida?

Lo sabía muy bien... desde ese instante en que recibí esa foto, desde el mismo momento en el que la vi en aquel ascensor, desde que mis cámaras la grabaron llegando a mi despacho y desde el mismísimo instante en que llamo a aquella puerta del hotel acudiendo a nuestro encuentro dándome el orgasmo más placentero que había tenido en toda mi jodida existencia.

No era solo porque fuese increíblemente preciosa, con un cuerpo extremadamente sensual y sexy. Irina era mucho más. Ella era inteligente, fuerte, tenaz e irradiaba tanta vida, que había conseguido contagiarme para que yo también deseara vivir, deseara ser feliz, deseara amar... todo gracias a ella.

¡Joder si la amaba! Eso que sentía era tan fuerte que más me valía no pensar mucho en ello o me podría cagar de puro terror al pensarlo y por increíble que pareciera ella me quería, quería estar conmigo y no iba a ser yo quien le impidiera hacerlo sino todo lo contrario.

Jamás hubiera imaginado que una mujer así podría llegar para darle un vuelco de ciento ochenta grados a mi vida, pero menos mal que había aparecido y gracias a Dios que lo había hecho, porque ahora me daba cuenta de la oscuridad en la que siempre había estado y lo insulsa que había sido mi vida hasta que ella había llegado.

Yo, Alejandro Álvarez me encontraba allí contando las horas y minutos que faltaban hasta volver a verla, a pesar de que ello implicaba estar con sus padres y me daba igual ¡Me daba absolutamente igual si ello significaba estar con mi preciosa Irina

Había comprendido que no quería estar sin ella, que mi vida no tendría sentido si no la tenía a mi lado. Así que había tomado una decisión, algo que cambiaría mi vida, que marcaría un antes y un después, pero que era la determinación más fácil que me había costado decidir hasta ahora y quería hacerlo bien. Por primera vez, haría las cosas bien y no al revés como había sido toda nuestra relación desde el principio.

Me resultó extraño atravesar las rejas de la casa del señor Komarov. Pese a ser un socio minoritario de la empresa y el director de una de sus sucursales, en mi vida pensé tener una relación estrecha con ese hombre respetable y al que por supuesto admiraba por haber creado tan magnífico imperio empresarial desde cero y por su cuenta. Si era franco conmigo mismo, estaba nervioso, Irina me había advertido que aprobaba nuestra relación, pero hasta que no hablase en privado con él, no sabía hasta qué punto sería de verdad así o simplemente no había querido contrariar a su única hija.

Iba a subir el último peldaño cuando la puerta se abrió y pude ver esa cabellera rubia justo antes de abalanzarse sobre mí. En ese momento tiré mi bolsa de viaje de piel al suelo y la cogí en mis brazos sujetándola con fuerza.

«Ese perfume» pensé nada más reconocerlo. Podría pasarme la vida oliendo su cuerpo y embriagándome en cada parte de su ser olfateándolo.

Busqué sus labios importándome un comino donde estábamos y la abracé aún con más fuerza cuando su lengua comenzó a jugar con la mía.

—¿Me has echado de menos? —susurré jadeante cerca de sus labios.

—No... —negó divertida—. ¿Acaso hice algo para que creyeras lo contrario?

—Me preguntó volviendo a besarme con la misma intensidad.

—Para nada preciosa —gemí de nuevo en sus labios.

Una tos grave hizo que nos separásemos y miráramos en dirección a la puerta de entrada donde vi al señor Komarov de pie.

—Señor —le dije mientras dejaba a Irina en el suelo y me acercaba para estrecharle la mano la cual me respondió formalmente.

—Espero que haya tenido buen viaje Álvarez —contestó formalmente.

—Papá... —intervino mi preciosa rusa que pareció recriminarle algo.

—Me alegro —afirmó un poco más alegre—, ¿Porque no acompañas a Alejandro a su habitación para que se acomode? Tu madre no tardará en llegar —añadió mirando hacia su hija.

—Claro que sí, vamos —contestó mi preciosa novia cogiéndome de la mano para estirar de mi.

¿Debía decirle adiós a los formalismos? Aún no me imaginaba llamando al señor Komarov, Luciano a secas.

Aunque me había instalado en la habitación que estaba justo enfrente de mi preciosa rusa, no tenía ninguna intención de dormir lejos de ella, pero no me hizo falta decírselo porque fue ella misma quien se adelantó a mis pensamientos asegurando que dormiría allí conmigo y que incluso sus padres supondrían que así sería, aunque aquello solo fuera un mero formalismo.

La señora Komarov fue igual de simpática que el día que la conocí en la ópera y lo cierto es que conforme más tiempo pasaba, comencé a sentirme más

aceptado por los padres de Irina. De algún modo empecé a sentirme cómodo en aquella situación a pesar de que había pensado lo peor creyendo que pensarían que no era lo suficientemente bueno para su hija.

Nos íbamos el domingo después de almorzar, así que me levanté temprano esa mañana, mucho más de lo normal, observé a la preciosidad durmiente que tenía en la cama de la habitación que me habían asignado para dormir y pensé en lo afortunado que sería viendo ese rostro cada día al despertar durante el resto de vida... con ese pensamiento bajé las escaleras y me encontré al señor Komarov desayunando en la mesa del salón mientras parecía leer la prensa.

—Buenos días hijo —me saludó sin apartar la vista del periódico.

—Buenos días señor Komarov —contesté acercándome hasta donde él se encontraba y guardando un silencio incómodo.

Por primera vez en mucho tiempo estaba nervioso, bastante de hecho, pero tenía que hacerlo.

—Suéltalo de una vez —dijo el padre de Irina sacándome de mis pensamientos.

Miré a ese hombre que seguía sin apartar la vista del periódico, ¿Cómo demonios sabía que quería decirle algo? Más bien, preguntarle algo.

—¿Cómo dice? —exclamé confundido.

—Estás ahí de pie, dudando entre preguntarme o no algo que evidentemente te tiene inquieto —contestó mientras doblaba el periódico y se quitaba las gafas de vista para mirarme—. Sea lo que sea te escucho.

—Me gustaría hablar con usted en... privado —contesté en un tono formal.

—Vaya, eso ha sonado bastante serio, ¿Debo preocuparme? —exclamó y por raro que pareciera incluso noté cierta diversión en sus palabras. Tal vez solo

era producto de mi imaginación.

—No señor... espero que no —dije esperando que se lo tomara bien.

—Está bien, vamos a mi despacho —concluyó levantándose—. Allí no nos molestará nadie.

Le seguí a través de varias estancias hasta lo que se suponía que era el despacho personal de Luciano Komarov y en otro momento me habría parado a observar cada detalle, pero mis manos sudorosas y el tembleque de mi labio inferior me hacía no prestar atención a nada más que mi agitación.

—¿Y bien? —preguntó nada más cerrar la puerta.

—Quiero a su hija —respondí sin más.

—Me alegro. Yo también la quiero, aunque no del mismo modo, desde luego —contestó con cierta calma.

—Si, por supuesto —afirmé siendo consciente de la escasez de mis palabras—. Lo que quiero decirle es que la amo profundamente y deseo pasar el resto de mis días con ella —dije deseando haberme explicado lo suficientemente bien.

—¿Estás seguro? —exclamó mirándome fijamente.

—Completamente —dije firme—. Por eso quiero solicitar su permiso para pedirle que se case conmigo. —Ya está, lo había dicho, por fin había expresado firmemente mis intenciones hacia su hija.

—¿No se lo has preguntado aún? —preguntó extrañado.

—No señor, primero quería obtener su aprobación —respondí nervioso.

—Siéntate hijo —me dijo de un modo que eso no consiguió tranquilizarme, sino todo lo contrario. Hice lo que me pedía mientras me sentaba frente a su

mesa—. Voy a ser sincero —comenzó a decir... por un momento creí que se negaría, que me diría que no y el mundo se habría acabado para mi. Podría darme igual que me aceptara o no, pero sabía que ella no sería feliz sin la aprobación de su familia—. Investigo a todos mis socios para saber si esconden algún trapo sucio en su pasado que pueda afectar a mi empresa, como comprenderás no puedo correr riesgos y tú mejor que nadie puede entenderlo. Conozco tu pasado, y seré franco cuando admito que me honra saber en el hombre que te has convertido a pesar de ello; tu tenacidad, tu determinación y ese afán de superación en parte me recuerdan a mi, por eso no dudo de tu palabra cuando confiesas amar a mi hija. Mi pequeña Irina es mi única hija, ella es todo para mi aparte de mi mujer, claro. —hizo una pausa—. No soy ciego y he visto lo feliz que ella es a tu lado, hacía tiempo que no veía esa felicidad en sus ojos y sé que está enamorada de ti.

Me quedé esperando sin saber qué contestar, ¿Era ahora cuando venía un “pero”?, ¿Cuándo se negaría rotundamente a darme su mano porque no era suficiente para ella?

—Los dos lo somos —admití.

—Creo que eres el pilar que mi hija necesita para presidir la empresa y será un placer llamarte hijo si ella te elige y acepta como su futuro esposo —admitió finalmente.

—¿Me da entonces su bendición? —exclamé atónito sin creer que me hubiera dado su consentimiento.

—Aunque no la necesites te la doy —contestó sonriente.

En ese momento sentí una liberación incomprensible e inaudita, tanto fue así que no pude sino levantarme, sonreír y darle un pequeño abrazo por lo infinitamente agradecido que me sentía en ese momento.

Tenía la aprobación de su familia, ahora solo me faltaba la de ella y tendría que hacer algo inaudito para conseguirlo.

POR IRINA

Alejandro había estado de lo más raro desde que habíamos vuelto de Moscú. No sabía si es que por alguna razón había sucedido algo que no le había gustado o es que se había sentido demasiado incómodo en casa de mis padres a pesar de que no me dio esa sensación en ningún momento. Dejé de darle vueltas y cogí el teléfono para llamar a Nadia, apenas había podido comer con ella un par de veces cuando estuve durante esos días en la ciudad y últimamente ella apenas tenía tiempo por el sinvivir de horas extras que debía hacer en el hospital durante su primer año para conseguir experiencia.

—¡Iriiiii! —gritó nada más descolgar el teléfono y sonreí por su expresión de alegría.

—¡Nadiiii! —contesté en el mismo tono.

Si, parecíamos dos idiotas al teléfono, pero por suerte nadie nos escuchaba, aunque de hacerlo nos daba absolutamente igual.

—¿Qué tal va tu estupenda vida de enamorada?, ¿Problemas en el paraíso? —exclamó con cierto tono de ironía y noté que la había pillado en la hora de la comida porque la escuché engullir algún tipo de alimento y hablar con la boca llena.

—¿Qué haces comiendo a estas horas? —pregunté al contar mentalmente la diferencia de horario que debían ser las cinco de la tarde en Moscú.

—Turno doble —. Logré deducir que había dicho tras varios segundos después de su respuesta.

—Ese trabajo te va a matar, mejor ni te pregunto por tu inexistente vida

sentimental porque dudo que tengas tiempo ni de depilarte.

—Ahora que lo dices, debería —admitió—. En realidad, me conformaría incluso solo con sexual, aunque fuese —dijo riéndose—. En serio... no tengo tiempo ni de buscar a alguien para echar un simple polvo, que asco de vida.

—Pues sí que estas desesperada —contesté riéndome.

—Mejor no hablemos de mi, sé que me llamas porque te preocupa algo —dijo sorprendiéndome.

—¿Y tú como lo sabes? —exclamé atónita.

—Por las horas a las que me estás llamando —contestó Nadia como si fuera lo más normal del mundo.

—Vale, me conoces demasiado... pues es que Alejandro está muy raro desde que hemos vuelto de Moscú. No es que las cosas estén mal ni nada parecido, es que no sé, es como si me ocultase algo —admití no queriéndole dar más importancia de la que de por sí le daba.

—¿Crees que tiene a otra? —me preguntó directamente.

—¿Qué?, ¡No! Bueno... creo que no —admití ahora pensativa y con la duda en mi cabeza.

—A ver... en que te basas para decir que está raro, tal vez si me lo cuentas lo entenderé —contestó mientras la escuchaba masticar de nuevo.

—Le he pillado dos veces hablado por teléfono cuando llegaba e inmediatamente se encerraba en una habitación para que no le escuchase. Lleva dos días diciendo que tiene cosas que hacer y se queda en el despacho hasta tarde, algo que no había hecho hasta ahora... incluso me da la sensación de que me esconde algo y evita contarle cuando intento sonsacárselo —admití nerviosa.

—No sé, quizás no sea nada y estés viendo cosas donde no las hay o realmente sí tiene aventura, pero eso sería fácil de descubrir —contestó segura.

—Me moriré si me está engañando con otra... —susurré.

—Tengo que dejarte, hay una urgencia —contestó rápidamente—. Te llamo esta noche y seguimos hablando.

—Si, no te preocupes. —dije antes de que me colgara.

No podía engañarme, Alejandro no podía hacerme eso, él me quería, ¿no? Me lo había dicho, pero Nadia me había dejado con la incertidumbre. Ni tan siquiera lo había pensado hasta que ella lo había mencionado.

¿Me estaría realmente engañando Alejandro con otra mujer?, ¿Me moriré si es así! Pensé y en ese teléfono mi teléfono sonó haciendo que lo cogiera del bolso y me extrañó que fuera un mensaje de Alejandro.

Alejandro:

«A las 22.30h Hotel Petite Palace, habitación 568. No se retrase señorita Komarova»

¡Ay dios! Musité. Era el mismo hotel, la misma hora, la misma habitación en la que todo comenzó... ¿Por qué me citaba allí?

Fui a buscarle a su despacho, pero ya no estaba y le llamé, pero no contestó.

Alejandro:

«Pd: No se olvide de llevar un vestido elegante y sexy al mismo tiempo,

preciosa»

Decidí contestarle y comencé a teclear rápidamente viendo que no había otro modo alguno de contactar con él.

Irina:

«¿Qué clase de juego es este señor Álvarez?»

Alejandro:

«Uno que espero le agrade, señorita Komarova»

Irina:

«Eso ya lo veremos»

Cuando llegué a casa tampoco estaba, todo parecía tan misterioso que no sabía si preocuparme o simplemente disfrutar para aquello que suponía sería una noche de placer extremo.

Me duché y sequé el pelo cuidadosamente, me maquillé ligeramente y cogí un precioso vestido nuevo algo entallado por la rodilla de color rojo con escote en los costados al llevar unas cintas cruzadas que dejaban piel a la vista. Pensé que sería elegante y sexy al mismo tiempo. Me calcé los tacones y cogí el abrigo mientras salía por la puerta viendo que eran las diez y cuarto pasadas. Iba a llegar tarde y sonreí por ello porque me daba absolutamente

igual, sabía que a Alejandro ya no le molestaría como en aquellos entonces.

Subí a la quinta planta del Petite Palace y golpeé la puerta de la habitación 568 mientras esperaba.

—Llega tarde señorita Komarova. —Aunque me asusté inicialmente por la cercanía tras no esperarle, su voz me tranquilizo.

—No llego tarde —contesté divertida—. Es su reloj que está adelantado.

—Y encima mentirosa... no, no, no —gimió—, deberé castigarla por su falta —me susurró al oído mientras notaba como su nariz acariciaba mi cabello y casi rozaba mi nuca.

—¿Castigarme? —exclamé completamente mojada ante la expectación de lo que acontecía.

—Así es... por lo tanto cierra los ojos —anunció mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Los cerré inmediatamente y sentí como me colocaba una venda en ellos para ocultar la vista y que no pudiera ver nada. Justo cuando lo hizo noté como me cogía en brazos y por inercia me abrazaba a él para sujetarme.

—¿Dónde vamos? —pregunté al no escuchar ninguna puerta.

—Tu solo déjate llevar preciosa —susurró y me mordí el labio por inercia.

Noté como entraba en un vehículo al tocar la piel de los asientos, Alejandro me depositó con delicadeza mientras él también se sentaba a mi lado y me rodeaba la cintura. Aunque le notaba cerca no me besaba, solo se limitaba a acariciar mi cintura mientras me apretaba contra él. Estuve en silencio todo el tiempo hasta que del vehículo se detuvo y escuché la puerta, entonces volví a sentir como él me cogía de nuevo en brazos. Hacía algo de frío y deduje que estábamos al aire libre. Escuchaba voces lejanas, y olía a árboles, como a

vegetación... ¿Dónde se suponía que estábamos?

Me pareció que pasó una eternidad hasta que noté de nuevo el firme suelo cuando me deslizó de sus brazos y sentía su cuerpo en mi espalda mientras sus brazos rodeaban mi cintura.

El sonido de un violín se hizo presente en ese momento, se notaba a cierta distancia de allí, la melodía era suave y la reconocí inmediatamente; era un clásico del ballet del cascanueces, ¿Era casualidad? El resto de la orquesta comenzó a sonar de pronto y podía reconocer perfectamente que aquella música era en vivo y en directo, ¿Dónde estábamos?

—Desconozco el instante en el que me enamoré de ti, al principio pensé que solo era deseo, después ansía de dominación, más tarde posesión y finalmente comprendí que solo era amor... —Su voz sonaba aterciopelada y sentí como se posicionaba delante de mi porque lo hacía pegado a mi cuerpo.

Sus manos deshicieron el nudo de la venda que llevaba en los ojos y antes de quitarla besó mis labios levemente.

—Te amo, y deseo pasar el resto de mi vida junto a ti. —En ese momento la venda se deslizó sobre mi rostro y noté la oscuridad de la noche y las infinitas luces de velas que había alrededor, sobre el agua que estaba a nuestro alrededor.

Vi la orquesta frente a mi, reconocí inmediatamente donde nos encontrábamos, era el templo de Debod, había estado allí y fue donde conocí por casualidad a Teresa. Entonces me fijé en Alejandro que había dado un paso hacia atrás alejándose de mi poca distancia y en ese momento se arrodilló frente a mi en lo que parecía ser un lecho de pétalos de rosas que había bajo nuestros pies.

Supe en el instante en el que vi aquella cajita en su mano lo que estaba ocurriendo, de pronto supe porqué había estado tan extraño los últimos días y

a qué se debía todo aquel misterio.

—¡Oh dios mío! —grité llevándome las manos a la boca en una exclamación que fui incapaz de contener debido a la emoción.

—Irina Luciana Komarova Suárez, ¿Me harás el honor de ser mi esposa? —afirmó Alejandro mientras sus ojos se perdían en los míos haciéndome vibrar de pura emoción.

Continuará...



Phavy Prieto, escritora de origen Andaluz, nació el 31 de Julio de 1987. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, desde pequeña ha tenido una gran pasión por la lectura y las artes.

En Marzo de 2017 decide probarse a sí misma creando sus primeros libros en la plataforma digital Wattpad, compaginando esta afición con su trabajo habitual, no esperando conseguir tanta aceptación y valoración por parte de una comunidad de lectores con base internacional.

Para salir de su zona de confort, decide aventurarse en el género erótico más puro, dando origen a la trilogía Tu + Yo, donde consigue llegar a un público mucho más amplio que supera los ocho millones de lecturas con los dos primeros libros.

